

CEBADA
MAYOR

HISTORIA
DE LA VIRGEN

I

BT601

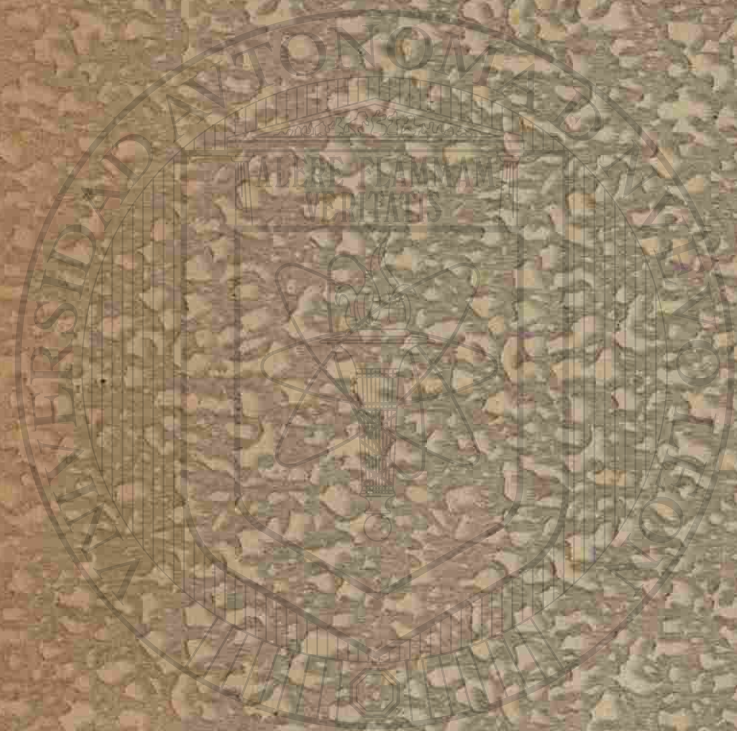
M6

v. 1

COB690



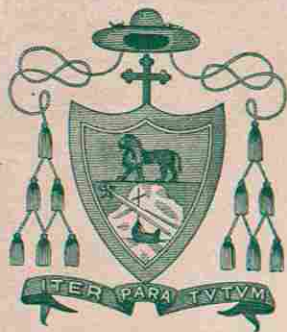
1080014880



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



NUEVA HISTORIA

DE LA SANTÍSIMA

VIRGEN MARIA,

MADRE Y SEÑORA NUESTRA,

CON LA EXPLICACIÓN DEL ORIGEN DE CADA UNA DE SUS PRINCIPALES
ADVOCACIONES Y DEL APARECIMIENTO DE ALGUNAS IMÁGENES CÉLEBRES
DE LA MISMA SEÑORA QUE SE VENERAN EN ESPAÑA,

POR EL PRESBITERO

D. Emilio Moreno Cebada,

Predicador de S. M. la Reina Nuestra Señora (Q. D. G.) y del Arzobispado
de Toledo, Examinador Sinodal de varias Diócesis, etc.,

Y COMPLETADA

CON UNA CORONA POÉTICA

Formada de las más escogidas composiciones que han dedicado a la bella Virgen de Judá,
en honor de los misterios de su vida, nuestros más célebres poetas.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



TOMO PRIMERO

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR

calle del Carmen, num. 13

1892



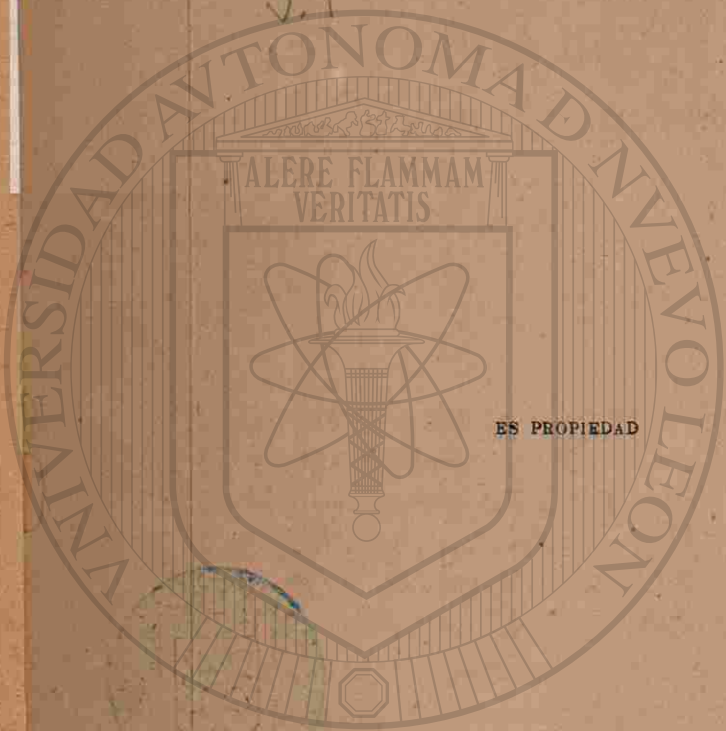
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
40354

005590

BT 001

M 6

v. 1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



MADRID.—Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros,
A CARGO DE D. AGUSTÍN AVIAL, S. Bernardo, 92.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

La actual sociedad se halla agitada por una lucha porfiada entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio; y si es cierto que ambos combatientes vienen disputándose el imperio del mundo desde los más remotos tiempos, también lo es que esta pugna ha llegado en nuestros días á sus últimos límites.

Hace cerca de diez y nueve siglos que la hija del cielo, la religion cristiana, apareció en el mundo para llevar la felicidad á todos los pueblos, á la manera que el sol, difundiendo por ambos hemisferios la luz de sus dorados rayos, convida á todos á participar de su benéfico calor y hermosa claridad. Ella abolió el culto licencioso y á veces cruel de los falsos dioses, hizo apagar las hogueras donde se sacrificaban víctimas humanas, y enseñando una moral santa y hasta entonces desconocida, hizo cesar la poligamia, los infanticidios legales, el bárbaro rigor de la esclavitud, condenando al mismo tiempo con la ley de la

008690

caridad el llamado derecho de guerra, que ponía al vencido á merced y discrecion del vencedor, que disponia á su antojo de su vida.

El Evangelio llevó la civilizacion á todas partes; y si los francos, los godos, los vándalos, los sajones, los lombardos, llegaron á constituir pueblos regidos por leyes justas; si dieron al traste con sus antiguas costumbres, rigurosas leyes y ritos supersticiosos; si llegaron á comprender toda la dignidad del hombre y su destino sobre la tierra, al Evangelio y solo al Evangelio lo debieron, pues que á su poderoso influjo debióse seguramente el cambio radical que experimentara el mundo en su estado fisico y en su constitucion moral.

Si los espíritus indóciles que por sistema combaten la religion del Crucificado meditasen con detenimiento los grandes beneficios que ella ha dispensado á la humanidad; si fijaran la vista en la época anterior á su establecimiento, y considerase cuán profunda era la corrupcion del corazon humano, cuán extendida por todas partes se hallaba la supersticion y á que grado habian llegado las aberraciones y los extravíos de la inteligencia, se avergonzarian ciertamente de abogar por causa tan perdida, y colmarien de bendiciones á la hija del cielo que desarrolló ella sola los fecundos gérmenes de verdadera civilización, ilustrando al mundo con su doctrina, que, como emanación divina, echó por tierra las absurdas doctrinas de la filosofia pagana.

Señalada á la religion católica una longevidad ex-

traordinaria, pues que habia de vivir tanto como el mundo, su desarrollo fué lento, como lo es el de aquellos árboles que tardando muchos años en dejar conocer su fecundidad, ven luego pasar algunas generaciones sin envejecer ni doblegarse al impulso de los más fuertes huracanes. Tres siglos de luchas continuas, de crueles persecuciones sostenidas sucesivamente por Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano, á través de las cuales sólo disfrutó la Iglesia algunas cortas épocas de tranquilidad y de paz, formaron la infancia del catolicismo. No podía ser de otro modo. La nueva doctrina que se anunciaba al mundo, no por los sabios del Areópago ni del Liceo, no por hombres de alta reputación adquirida por la ciencia ó la fortuna, sino por unos pobres pescadores de Galilea, que, con la cruz en una mano y el Evangelio en la otra, habian emprendido la árdua empresa de mudar la faz del universo por medio de una revolucion moral de gigantescas proporciones, se oponia á las inclinaciones de los hombres, á los sentimientos de sus corazones y á las creencias de su educacion. Por eso Roma, que vió con sorpresa vacilar sus ídolos; Roma, que aunque señora del mundo era la maestra de todos los errores, y que estaba muy léjos de pensar que habia de ser donada más tarde al Vicario de Jesucristo para que fuese la metrópoli del mundo cristiano; Roma, sobre cuyo famoso Capitolio habia de elevarse un día el estandarte de la Cruz, se propuso concluir con el nombre

cristiano, no perdonando los medios más inhumanos, que fueron tales, que el Cristianismo hubiese muerto en su misma cuna si hubiera sido obra de los hombres; empero era obra de Dios, y contra ella tenían que estrellarse necesariamente todos los esfuerzos humanos. Millones de víctimas cayeron durante las persecuciones bajo el hacha del verdugo, ó eran consumidas en las hogueras; empero sus cenizas producían nuevos cristianos, y del centro mismo del paganismo brotaban nuevos atletas que, abrazando la nueva doctrina y reconociendo públicamente por verdadero Dios al que había muerto con la nota de infamia en la cresta del Calvario, se disponían á salpicar con su sangre los vestidos de la immaculada Esposa del Cordero. ¿De qué sirvió todo el poder de los emperadores? ¿Cuáles fueron sus triunfos? ¿Cuáles sus victorias? ¡Ah! Roma vió destruirse y caer por tierra innumerables estatuas de Júpiter, Minerva, Hércules, Mercurio y los demás dioses del imperio; se apaga la hoguera de Saturno que se sostenía con toda clase de víctimas, y sacudiendo la Iglesia el manto de sangre que la cubría, se presenta engalanada con blancas vestiduras sobre el trono de Constantino.

El Cristianismo, que tan admirablemente triunfó del paganismo, estaba destinado á sufrir contradicciones en todos los siglos, para que todas ellas contribuyesen á aumentar sus victorias y fuesen otras tantas pruebas de su verdad y de la divinidad de su Fundador. Tras el paganismo vino la heregia comba-

tiendo á cara descubierta los principales dogmas que forman la creencia católica; mas el que había dicho que *las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia*, suscitó segun las necesidades de los tiempos, ilustres varones que, uniendo á sus virtudes una profunda sabiduría, destruyeron los miserables sofismas de Arrio, Donato, Vigilancio, y los no menos groseros errores que propalaban por do quier los priscilianistas, macedonianos, socinianos albigeneses, iconoclastas, y otras semejantes turbas de atrevidos heresiarcas. Cual gigantes esforzados fueron apareciendo en el mundo los Atanasios, Justinos, Ireneos, Jerónimos, Crisóstomos, Agustinos y otros semejantes genios, que con el mayor denuedo echaron por tierra el monstruo de la maldad.

Tres siglos ha habido en los cuales parece se conjuraron todas las furias infernales con el vano empeño de destruir hasta los cimientos del edificio católico sostenido por el invencible dedo de Dios. El siglo XIII, en el que volvieron á aparecer todas las antiguas heregias, que fueron predicadas en la mayor parte de la Europa por nuevos apóstoles del error, entre los que ocupan un lugar distinguido los Guillemos de Santo Amore, los Raimundos de Tarraga, y los Arnaldos de Villanueva, que, confundidos como los hereges de los anteriores tiempos, acabaron su vida en el oprobio y la desesperación, sin haber conseguido otra cosa que ser testigos oculares de los nuevos triunfos conseguidos por la Iglesia.

Llega el siglo XVI, y en el centro de Alemania se

levanta una nueva borrasca contra la Iglesia, más temible que todas las anteriores; fué una revolucion espantosa de marcado carácter demagógico, bautizada con el nombre de *reforma*.

Un escritor funestamente célebre, fraile, sacerdote y jurista, si no fué el iniciador de la reforma, pues que es indudable que ya existía el germen del protestantismo, como dice con razon el historiador Audin¹, se puso á su cabeza, y tomando en sus manos el estandarte de rebelión, para convertirle en lábaro de satánicas conquistas, se propuso pervertir á todo trance el Cristianismo, introduciendo una nueva doctrina: la autoridad inmediata de la Biblia, como único criterio de verdad. Lleno de orgullo el atrevido y funestamente célebre doctor de Wittemberg, el pérfido apóstata Lutero empezó á arastrarse en el cieno asqueroso de su inmoralidad y osadía; é inconsecuente en sus doctrinas, olvidado de todos sus deberes, y sin parar mientes en los repetidos avisos de su propia conciencia, cuyos gritos eran sofocados por las robustas olas de su soberbia y altanería, se propuso dar una decisiva batalla á la Iglesia. ¿Cuál fué el objeto de la reforma protestante?

No otro que el llevar á cabo una brutal ruptura entre los miembros de la Iglesia y su cabeza visible, introduciendo de este modo la muerte en los corazones cristianos. La Iglesia, la verdadera Iglesia de Je-

(1) Historia de la vida escritos y doctrinas de Martin Lutero. Prefacio.

sucristo no puede existir separada de la autoridad del Vicario de Jesucristo, como el cuerpo humano no puede tener vida sin la circulacion de la sangre.

¡Época desgraciada, cuyas funestas doctrinas aún hoy vienen siendo origen de tantas revoluciones y desgracias como venimos experimentando! Entregados los libros santos á la discusion del libre exámen; combatidos los principales dogmas de las creencias católicas; arrojados los sacerdotes de sus presbiterios como los monjes de aquellas santas moradas, en las que con la tranquilidad y sosiego de una conciencia libre de remordimientos, eran utilísimos á la religion y á los estados, pues que así elevaban al cielo el incienso de fervorosas oraciones, como trabajaban en el cultivo de las ciencias, y en el desarrollo del verdadero progreso religioso, bien diferente por cierto del que llamándose tal, solo tiende á concluir con cuanto de bueno nos dejaron nuestros mayores y que acaba por destruir las leyes, las costumbres, el principio de autoridad y hasta los tronos que el protestantismo enriquecido con los cuantiosos bienes, se robó á la Iglesia, y robustecido con la sangre de millares de víctimas, osténtase como verdadero gigante, pretendiendo encadenar á sus inmundas plantas cual mísero pigmeo, á los que fuertes en la fé volvían las espaldas llenos de temor á tan groseros errores. El protestantismo, en suma, cual la torre de Babel se levantó para insultar al cielo, y las mil y mil sectas disidentes que de él han surgido, sus continuas variaciones, han servido para sembrar la confusion y el desórden, como los

diversos idiomas confundieron y aterraron á los atrevidos babilonios.

Y por ventura ¿consiguió el protestantismo el objeto que se propusiera de acabar para siempre con la autoridad del Pontífice Romano? ¡Vana quimera! Si Dios que con altísima sabiduría y admirable providencia, gobierna el universo en peso, número y medida, permitió que la luz brillante de la fé se extinguiera en algun pais: si penetrando la peste del protestantismo en la poderosa Inglaterra, que á fuer de católica habia merecido el honroso título de jardin de la Iglesia, hizo que el ángel de la maldicion cerniese sobre su suelo sus negras alas, en cambio la verdadera religion cuya perpetuidad está ofrecida por el Dios-hombre que la estableciera, no para esta ó la otra localidad, sino en el mundo; la verdadera religion, decimos, dejóse ver brillante sobre toda ponderación en otros paises y principalmente, podemos decirlo con gloria, en nuestra España donde jamás ha penetrado el germen funesto del protestantismo, y que en el siglo XVI, justamente cuando tantos estragos causaba la reforma, fué un manantial fecundo de sábios formados segun al verdadero espíritu del Evangelio. No existian ya en el mundo ni un San Justino centinela avanzado de la verdad católica, ni un Agustino, magnifico defensor de la gracia, ni un Crisóstomo de cuya pluma salieran tan brillantes é imperecederos escritos, ni podia escucharse la inspirada voz de un Tomás de Aquino, que con sus predicaciones aterraba á los enemigos de la Iglesia y que fué en sus dias el oráculo de los reyes, el ester-

minador de las heregias, el doctor de la fe y que fué y será siempre el sol brillante de la Teología.

Empero el Omnipotente que hizo aparecer en el mundo cuando convino á sus altos designios tan esforzados campeones de la verdad católica, no abandonó á su Iglesia, cuando en el siglo XVI, se vió tan cruelmente combatida, y España, nuestra amada patria, España que fué siempre modelo de piedad y de catolicismo, y que está protegida de un modo especial por la que siendo Madre de Dios lo es tambien de los humanos, fué el arsenal digámoslo así, de donde brotaron en aquella época los mas valerosos capitanes de la milicia cristiana, que denodados y llenos de valor contuvieron los rápidos torrentes de la iniquidad, edificaron con mas velocidad que el protestantismo destruia, levantando con sus virtudes y sabiduria una muralla de bronce, para que la heregia no penetrase en nuestro reino, y se conservase en él, el rico tesoro de la unidad católica. No necesitaremos citar los inmortales nombres de un Ignacio de Loyola, de un José de Calasanz, de un Francisco de Borja y otros muchos, ni recordar tampoco que el siglo XVI, fué el de Teresa de Jesús, gloria de la religion y honor de nuestra España.

El último de los tres siglos de que ofrecimos ocuparnos fué el XVIII, padre y maestro de este en que vivimos. Los acontecimientos que en él tuvieron lugar, no van á ser en este momento objeto de nuestro exámen: están enlazados con nuestra historia contemporánea y por consiguiente en la memoria de todos

los hombres estudiosos. Cuatro palabras bastarán á nuestro objeto, pues nos vamos dilatando en este discurso preliminar, cuyo objeto y fin no conoce aun el benévolo lector, pero que no tardará en conocer. El filosofismo, á cuya cabeza se colocaron el coronado sofista Federico y Voltaire el patriarca de la impiedad, se propuso á todo trance concluir con el Catolicismo. Después de grandes y extraordinarios esfuerzos, el primero, felicitó lleno de regocijo al segundo porque tenia ya por indudable la muerte de la religion cristiana, invitándole en tono festivo á escribir el epitafio que se habia de grabar en la losa sepulcral del Catolicismo, al que solo podia ya salvar un milagro. «Este edificio, le decia, minado por sus cimientos vá á undirse, y las naciones transcribirán en sus anales que Voltaire fué el promotor de esta revolucion que se hizo en el siglo diez y ocho en el género humano¹.»

Poco tiempo hacia que Voltaire asi como el coronado encomiador de sus hazañas habian bajado al sepulcro, cuando la barca misteriosa del pescador, merced á los gérmenes de discordias, que aquellos dejaron sembrados, fluctuó en las terribles tempestades que ajitaron á la mayor parte de los pueblos de la Europa. Cuando príncipes, reyes, ejércitos, naciones, todo era arrastrado por el torrente devastador de horribles revoluciones, solo la nave de Pedro no se sumerge: sus pastores son perseguidos y dispersa-

¹ Correspondencia entre Federico II, rey de Prusia, y Voltaire, carta de 5 de Mayo de 1767.

dos; el supremo entre ellos arrojado de su silla y encerrado en prisiones: empero cuando mas furiosa parecia la tempestad, la Iglesia contra la que nada pueden las tempestades satánicas aparece cubierta de gloria, sin haber perdido nada de su primitiva grandeza, de su magnífico esplendor, de su soberana autoridad.

Cual si nada significasen tantos y tan relevantes triunfos: cual si cerca de diez y nueve siglos de perpetuidad no formase una prueba evidente de la verdad y divinidad de la Iglesia católica, hoy mismo en el siglo que á sí mismo se da el título de ilustrado, se levantan nuevas persecuciones contra la Esposa de Jesús, y hombres protervos, engalanados con la máscara de *sinceridad* aparente, llevan el dolor y la amargura al corazon del bondadoso Pontífice Pio IX, heredero de la grandeza de alma y admirable fortaleza de los venerables Pios VI y VII. Una impetuosa corriente que indudablemente se despeña de la carcomida cima del protestantismo, y á la que empuja el fuerte aire del impío filosofismo, se ha propuesto ahogar la verdad, la inocencia, la virtud, hollar la justicia y ensalzar el error y el indiferentismo religioso, que es el veneno mas activo que puede inocularse en las venas de la sociedad, porque la verdadera sociedad deja de existir al faltarle el aire que la vivifica y la nutre, que la sostiene y comunica principios de vitalidad, que es el orden, el respeto al principio de autoridad, la justicia y la fe, y todo esto se pierde con el indiferentismo religioso.

Y en un siglo que marcha con velocidad en pos de una filosofía destructora de todo recto principio, ¿qué medios se deberán tomar para detener el rápido torrente del mal, y preservar á los incautos de caer en el abismo de las malas doctrinas? Es indudable que se presentan nuevas y terribles batallas contra la Iglesia, y de consiguiente contra sus doctrinas y enseñanza divina. Lo es tambien que las chispas de este volcán han saltado por encima de nuestras fronteras y penetrado en el reino católico por escelencia, y nosotros tenemos por cierto que de mejorar la educación de los jóvenes depende la positiva prosperidad de nuestra patria. De poco nos servirán todos los progresos y adelantos que se hagan en las ciencias naturales, el fomento de la riqueza pública, un comercio floreciente, gran rapidez en el desarrollo de la agricultura, una marina poderosa, y ejércitos denodados que nos defiendan de nuestros contrarios, sin que á todo esto vayan unidos los adelantos morales. Guiese á la juventud llamada á ocupar un dia los altos destinos de la patria por los caminos de la rectitud. Enséñese á los que mañana serán padres de familia, en la verdadera doctrina de la Iglesia, y acostumbándose desde la infancia á practicar el bien, la patria encontrará en ellos buenos ciudadanos que lo son siempre los buenos cristianos.

Uno de los medios que á tan laudable fin conspiran es la lectura de obras religiosas que forman siempre los corazones dirigiéndolos al bien. ¡Qué bello espectáculo presenta una madre cristiana que rodeada

de sus hijos en las horas de descanso lee en alta voz un libro que enseña á practicar las virtudes, presentándolas en sus mas bellos coloridos, y que al mismo tiempo presenta al vicio con el negro manto de sus funestas consecuencias! ¡Qué diferencia entre esta madre y la que enseña á sus hijas el arte de agradar y cautivar los corazones! Aquella es la mujer cristiana, la mujer del Evangelio; esta el fiel retrato de la mujer pagana, que experimentará consecuencias desgraciadas, mientras que la buena familia gozará de venturosa paz, pues de ella se retira el espíritu de la discordia, á vista de las virtudes domésticas.

Así como de la familia podemos decir de la sociedad que es una gran familia: su felicidad, su prosperidad depende de que en ella reine la paz y las virtudes: deténgase con mano fuerte el torrente devastador de perniciosas lecturas; propáguense libros religiosos que enseñen al hombre los deberes que le ligan para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, y se habrá dado un gran paso en el camino de la regeneracion social.

El deseo de contribuir á esta obra laudable, puso la pluma en nuestra mano para formar nuestra primitiva Historia de la Vida de la Santísima Virgen Maria, y la de Nuestro Señor Jesucristo que hace poco tiempo vieron la luz pública. Idéntico motivo nos mueve ahora accediendo á los deseos de algunos amigos nuestros, al ofrecer al piadoso pueblo español y principalmente á los padres de familia esta nueva historia de la Madre de Dios, que lejos de ser

una repeticion de aquella, es casi una obra nueva, pues que aprovechando los nuevos estudios que hemos hecho en asunto de tamaña importancia, hemos seguido un plan distinto, reuniendo además cuantas noticias hemos podido adquirir sobre el origen de sus bellas advocaciones, y sobre el aparecimiento de algunas imágenes de la Señora que en España son objeto de la mayor veneracion. Aunque algo creemos haber adelantado, no nos lisonjamos de haber hecho una obra perfecta: nunca lo son las que salen de la mano de los hombres; pero no faltarán otros ingenios superiores, que trabajen sobre este asunto; con mas acierto y mérito que el que nos ha permitido nuestro escaso saber.

Por lo demás, el lector juzgará desapasionadamente, si nuestro trabajo puede ser de alguna utilidad, y si puede ponerse en manos de los jóvenes y de toda clase de personas, un libro, de cuya lectura mayores ventajas puedan sacarse que el que tiene por objeto el cantar las glorias y narrar las heróicas virtudes de la Soberana Emperatriz de los Angeles y de los hombres. Ella sea nuestro amparo en los azares de la vida y como acueducto de las divinas misericordias nuestra conductora al puerto de la salvacion.

PRIMERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE SU CONCEPCION EN GRACIA, HASTA QUE EN SU SENO PURÍSIMO SE VERIFICÓ LA ENCARNACION DEL DIVINO VERBO.

CAPITULO I.

Estado del mundo al empezarse á cumplir con el nacimiento de la Santísima Virgen los sucesos anunciados en el Testamento antiguo en orden á la Redencion de la humanidad.

Difícil empeño y colosal empresa es la que nos hemos propuesto al querer por segunda vez formar un cuadro de las grandes virtudes que adornaron á la felicísima criatura, que habiendo cooperado, en su calidad de Madre de Dios, á la Reparacion humana, reina hoy en el Empireo, siendo aclamada con júbilo universal Amparo del mísero mortal y Madre de misericordia. La tarea es en verdad árdua, y mas propia de génios brillantes y jigantescos, que de un pigmeo. Conocemos la exigüidad de nuestro mérito y la escasez de nuestros conocimientos: empero si la ardiente devocion que profesamos á la Virgen sin mancilla, cuya proteccion veces mil hemos experimentado á través de una vida llena de azares y sinsabores, alentó nuestra natural timidez, haciéndonos escribir y dar á luz nuestra primitiva

una repetición de aquella, es casi una obra nueva, pues que aprovechando los nuevos estudios que hemos hecho en asunto de tanta importancia, hemos seguido un plan distinto, reuniendo además cuantas noticias hemos podido adquirir sobre el origen de sus bellas advocaciones, y sobre el apareamiento de algunas imágenes de la Señora que en España son objeto de la mayor veneración. Aunque algo creemos haber adelantado, no nos lisonjamos de haber hecho una obra perfecta: nunca lo son las que salen de la mano de los hombres; pero no faltarán otros ingenios superiores, que trabajen sobre este asunto; con más acierto y mérito que el que nos ha permitido nuestro escaso saber.

Por lo demás, el lector juzgará desapasionadamente, si nuestro trabajo puede ser de alguna utilidad, y si puede ponerse en manos de los jóvenes y de toda clase de personas, un libro, de cuya lectura mayores ventajas puedan sacarse que el que tiene por objeto el cantar las glorias y narrar las heroicas virtudes de la Soberana Emperatriz de los Angeles y de los hombres. Ella sea nuestro amparo en los azares de la vida y como acueducto de las divinas misericordias nuestra conductora al puerto de la salvación.

PRIMERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE SU CONCEPCION EN GRACIA, HASTA QUE EN SU SENO PURÍSIMO SE VERIFICÓ LA ENCARNACION DEL DIVINO VERBO.

CAPITULO I.

Estado del mundo al empezarse á cumplir con el nacimiento de la Santísima Virgen los sucesos anunciados en el Testamento antiguo en orden á la Redencion de la humanidad.

Difícil empeño y colosal empresa es la que nos hemos propuesto al querer por segunda vez formar un cuadro de las grandes virtudes que adornaron á la felicísima criatura, que habiendo cooperado, en su calidad de Madre de Dios, á la Reparación humana, reina hoy en el Empireo, siendo aclamada con júbilo universal Amparo del mísero mortal y Madre de misericordia. La tarea es en verdad árdua, y más propia de génius brillantes y jigantescos, que de un pigmeo. Conocemos la exigüidad de nuestro mérito y la escasez de nuestros conocimientos: empero si la ardiente devoción que profesamos á la Virgen sin mancha, cuya protección veces mil hemos experimentado á través de una vida llena de azares y sinsabores, alentó nuestra natural timidez, haciéndonos escribir y dar á luz nuestra primitiva

y conocida *Historia de la Santísima Virgen María*; hoy al tomar de nuevo la pluma para trabajar en el mismo terreno y ofrecer al ilustrado y católico pueblo español el fruto de nuestros últimos desvelos, y las curiosas noticias con que concluiremos nuestra obra, nos alienta la grandeza misma del asunto que nos ocupa, y la seguridad de que oyendo la Señora nuestras continuas plegarias, nos alcanzará del dador de todo bien claras luces y oportuno acierto. Esta idea, vigorizando nuestras potencias, disipa la natural repugnancia que nace de nuestra pequeñez, agranda nuestra fantasía y rebustece nuestras fuerzas.

Como quiera, pues, que la Santísima Virgen María fué el lucero brillante que apareció en el horizonte de la Judea, como anuncio cierto de la venida del Sol divino de justicia Cristo-Jesus, cuya misión era salvar al mundo con el sacrificio de su vida, regenerándole al mismo tiempo con su doctrina, que como celestial y divina, había de disipar los groseros errores de la oscura noche en que estaba envuelto el mundo de los antiguos filósofos, creemos no solo curioso, sino útil, dar á conocer, siquiera sea con rapidez, el estado en que se encontraba el mundo moral cuando Dios en su altísima sabiduría dispuso que empezaran á tener cumplimiento los grandes misterios de la reparación, construyendo al formar á María un augusto palacio que fuese digna morada de su Magestad infinita.

Y desde luego, Sócrates al decir en el libro IV de las *Leyes*, «es preciso esperar del cielo un guía que nos instruya en la moral,» nos dá á conocer cuán lamentable era antes de la venida de Jesucristo el estado de las sociedades, cuán débil la constitución moral del mundo. Ora fijemos nuestra vista en los egipcios, en los indios, los persas y los chinos, ora contemplemos el estado de la moral entre los

griegos y romanos, no observaremos mas que un espantoso caos de confusión. Natural parece que en el trascurso de los cuarenta siglos que mediaron desde la creación del mundo hasta la época feliz de la Reparación humana, la razón hubiese llegado á una completa madurez. Pero lejos de ser así, cada vez eran mas groseros los errores, y los filósofos que gozaban de mas fama y reputación, eran tan dignos de lástima, como los ignorantes que les escuchaban y aplaudían. Si fijamos la vista en las escuelas filosóficas, veremos que al tratarse de formar códigos de moral, los mas eruditos se declaraban impotentes, confesión que no titubaron en hacer Marco Aurelio, Porfirio y otros semejantes estóicos. El mismo Cicerón, no sabiendo á cual de las opiniones entonces existentes adherirse, dice «que era obra exclusiva de Dios el hacer conocer cuál de las opiniones filosóficas era la mas conforme á la verdad.»

En vano será querer afirmar que la moral filosófica produjo grandes resultados. Verdad es que se nos pueden presentar hombres de un patriotismo á toda prueba como Régulo, de gran rectitud como Aristides; empero las bellas cualidades de estos, como la impassibilidad estóica de Sócrates, se nos presentan de otro modo, si contemplamos el móvil que á obrar de tal modo les impulsaba. Los vicios y entre ellos el orgullo que suele engendrar todos los demas, era la guía de las acciones que al parecer las hace recomendables. Admiramos actos de valor y de firmeza que llevaban á algunos á sacrificarse en defensa de su patria; pero este valor iba envuelto en un odio implacable contra todo extranjero que hacían objeto de su desprecio. Ni la humildad que apaga el fuego de la vanidad humana, y ahoga el grito de la soberbia, ni la paciencia que hace llevadera la adversidad, ni la caridad hermosa que abraza el

alma en el amor de Dios y del prógimo, eran conocidas, ni podían serlo en pueblos que como Atenas y Roma elevaban altares á dioses y diosas manchados con los vicios y crímenes mas abominables, y en donde reinaba por consiguiente un politeísmo insensato, que en vez de dar lecciones de virtud, autorizaba la venganza, la lascivia, el adulterio y los demas crímenes en el ejemplo de tales dioses que hacían objeto de su culto. No hay pues que estrañar á vista de tales divinidades, que fuesen objeto de los mas entusiastas aplausos, aquellos bárbaros combates de los gladiadores, en los que tanta sangre se vertiera, ni que el amor impuro, el fraude, la crueldad y hasta el parricidio, fuesen tenidos por laudable.

¡ Con cuán negros colores nos vemos precisados á pintar el cuadro de la sociedad, en cuyo seno plugo á Dios que se realizasen los grandes misterios de la reparacion humana! Las pasiones sin freno, hacían que los hombres se dirigiesen por los caminos á que le impelían las veleidades del corazón y los caprichos de la fantasía, no conociéndose el pudor en las costumbres. En vano buscaremos en aquellas sociedades, ni garantía en la propiedad, ni vínculos de familia, ni amistad sincera y desinteresada entre sus individuos. El derecho de la fuerza, reducía á la mas penosa esclavitud á una gran parte de la familia humana, y hasta los espectáculos que servían de diversion á los pueblos eran inhumanos y sanguinarios.

Si todos estamos en el deber de bendecir continuamente á Dios y rendirle los mas fervorosos homenajes en accion de gracia, por habernos hecho disfrutar de los beneficios de la moral evangélica, la mujer cristiana debe reconocer con gratitud que al Evangelio debe su regeneracion, pues que su moral divina la sacó de la condicion abyeeta en que

antes se encontrara. Veamos en confirmacion de esta verdad, cuáles eran sus derechos y las consideraciones que merecia en la antigua sociedad. Si leemos la historia de los Emperadores romanos, si registramos los anales de la Grecia, la veremos degradada hasta la saciedad, arrastrando en pos de su desenvoltura y sensualidad, á los filósofos, á los guerreros y á los mas egregios varones que se dejaban encadenar por sus caprichos. Cleopatra y la inicua Agripina, madre del inhumano Neron, la primera haciendo perecer un imperio en Egipto por su corrupcion, y la segunda siendo el escándalo de Roma, si Roma centro entonces de todos los errores y maestra de todos los vicios hubiese sido capaz de escandalizarse, son el retrato de la mayor parte de las mujeres de aquellos tiempos, que no conocían el pudor ni virtud alguna. Y aparte de esto, ¿cuáles eran sus derechos? ¿Qué clase de consideraciones gozaban? ¿Cuál era su influencia en la sociedad? Si bien por sus excesos conseguir podían algunos triunfos, su estado en general era el mas abyeeto, y el hombre podia arrojarla de su lado como cosa inútil cuando llegaba á hastiarle, toda vez que la mujer era mirada no como la compañera sino como la esclava del hombre. Esta degradacion en que había caído la mitad del género humano era antiquísima y no dejamos de encontrar vestigios de tan tristes verdades, por mas que estén envueltos en una profunda oscuridad los anales de la Asiria, la Persia, la Babilonia y el Egipto. Allí donde la idolatria era la religion de la generalidad, la poligamia era admitida, y no faltó pueblo que la sancionó con sus leyes. Los asirios presentaban sus mujeres al mercado, vendiéndolas en pública almoneda.

Ni fué tampoco mucho mas afortunada la mujer en Grecia, toda vez que allí era admitido el repudio y el divor-

cio: sin necesidad de intervencion alguna del poder público, podian separarse los cónyuges y contraer nuevas nupcias. El marido árbitro de disponer á su antojo de la suerte de la que era madre de sus hijos, podia arrojarla de su lado, y dejarla entregada á la miseria, sin que autoridad alguna le preguntase la razon de su modo de obrar.

De Roma hemos dicho ya que era la maestra de todos vicios y el centro de todos los errores. Un momento de tregua hubo en ella, en el que la mujer pudo ser algo mas afortunada en medio de su esclavitud. Fué durante la monarquía de Rómulo, en que únicamente fué licito el repudio, y esto habiendo justas y legítimas causas. Los lazos que unen á los cónyuges eran entonces respetados. ¿Pero cuánto tiempo duró esto? El que puede durar cualquier ley justa en una sociedad corrompida. Bien pronto fué admitido el divorcio, que se hizo tan general que habia mujeres que perdian la cuenta del número de sus maridos.

Fué nuestro objeto presentar el estado del mundo moral en la época escogida ó señalada por Dios para que empezasen á tener cumplimiento los grandes misterios que dicen orden á la Reparacion humana. ¿Habia mejorado el estado moral de Roma en aquel tiempo? Y téngase en cuenta que si en Roma nos fijamos, es porque esta célebre capital de los Emperadores pasaba por la mas ilustrada del mundo. En ella se levantaba su olimpo de divinidades inmorales, y la embriaguez, el adulterio, la venganza, los mayores crímenes eran divinizados y adorados bajo los nombres de Baco, Venus, Mercurio y los demas depravados dioses del imperio. Compréndese pues á vista de tales divinidades la perfectibilidad de la moral, y los grados de civilizacion de la sociedad romana. Su doctrina era el absurdo, su moral la mas desenfrenada licencia, su civilizacion la de la conquista y

la servidumbre, y no existiendo ni amor, ni caridad, ni justicia entre los miembros de tan corrompida sociedad, los hombres mas criminales recibian aplausos y eran reputados como hombres de alma grande. Este lúgubre cuadro que nos presenta la ciudad mas ilustrada nos hace conocer cual era el estado del mundo moral en la época en que nos hemos fijado. Necesario era que concluyese para siempre este estado de cosas. Una religion, una moral que hiciese al hombre entrar en el conocimiento de sus deberes, era una necesidad apremiante; pero justamente cuando tan corrompido se hallaba el mundo, sonó en el reloj de la eternidad la hora señalada para que se empezasen á cumplir las profecías que habian sostenido la espectacion de los justos hácia un acontecimiento en virtud del cual habia de cambiar la faz del mundo, y la gran familia humana habia de ser regenerada. Ofrecido estaba que un Mesias libertador habia de romper la escritura de la maldicion del hombre, haciendo pedazos las pesadas cadenas que la aprisionaran al terrible carro de Belial soberbio.

El que no tuvo principio ni puede tener fin, habia determinado hacerse como uno de nosotros por medio de un gran misterio, en virtud del cual habia de verificarse la union *hipostática* de las naturalezas divina y humana, ocultando de este modo su magestad y grandeza para ensalzar y elevar al hombre, manifestando con esta obra maravillosa su poder, su sabiduría y su bondad, como se explica el Doctor angélico¹. La santísima Virgen Maria, cuya vida nos proponemos trazar aunque imperfectamente, fué la elegida por la Trinidad beatísima, para Madre del que siendo increado y

1 D. Thom. Opusc. 60.

eterno quiso nacer en tiempo, y siendo inmortal quiso morir en cuanto hombre por salvar al mundo.

Atendido pues el tiempo en que Dios dispuso tuviesen cumplimiento los vaticinios de los Profetas y los deseos de los justos y Patriarcas, enviando á la tierra á su Divino Hijo, para que hecho Hombre sin dejar de ser Dios, redimiese al mundo por el sacrificio de su vida, tiempo en que como hemos visto, la humanidad habia llegado al mayor grado de corrupcion y degradacion posible, no podemos menos de admirar los sábios designios de la Providencia. No se habia verificado antes porque acontecimiento tan extraordinario, debia ser anunciado repetidas veces y ansiado por los hombres. De verificarse mas tarde, tal vez la sociedad, como dice oportunamente un célebre escritor contemporáneo, hubiese naufragado. Bendigamos á Jesucristo que tantos beneficios viniera á dispensar, en su doble mision de Salvador del mundo y regenerador de la sociedad, y pasemos ya á ocuparnos de la admirable vida y heroicas virtudes de la Bienaventurada Virgen que le produjo de su seno divinamente fecundizado.

La historia de la vida de cualquier otro héroe de la religion la empezariamos por su nacimiento. La de la Madre de Dios debe empezar por el momento de su Concepcion; instante en que empezó á ser privilegiada de un modo singular y extraordinario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Inmaculada Concepcion.

CAPITULO II.

De la Concepcion Inmaculada de Maria Santisima.

El primer vaticinio del Mesias de la estirpe culpable, y el anuncio de la mujer venturosa que le habia de producir, fué escuchado de lábios del Criador por nuestros primeros padres en el mismo Eden donde cometieron la transgresion del divino precepto. Fijemos nuestra vista siquiera sea rápidamente en un acontecimiento de tan funestas consecuencias para la humanidad. El mundo en todas sus partes presentaba un aspecto bello y encantador: la tierra que pisamos, el cielo que nos cubre: el monarca de los astros estendiendo sus dorados y benéficos rayos por ambos hemisferios: la luna y las estrellas adornando la magnífica bóveda que nos admira y entusiasmo: la tierra con sus montes, prados, rios, fuentes, aves de mil colores entonando armoniosos trinos, animales de toda clase, presentaba un conjunto de tan singular hermosura, que no puede menos de encontrar gracia en los ojos de la Deidad que da la aprobacion á todas estas obras que produjera su diestra Omnipotente. *Y vió Dios dice el sagrado Testamento, todas las cosas que habia hecho: y eran muy buenas*¹. El hombre, para cuya formacion parece que la Trinidad beatísima entró en consejo: el hombre formado á la imagen y semejanza de Dios, adornado con un alma racional con potencias que le ennoblecen y separan de los irracionales, era en la tierra el ser mas noble, el único capaz de

1 Gen. cap. I, v. 31.

conocer á Dios y tributarle justos homenajes de adoracion y de respeto. Todo habia sido criado para el hombre, pero este lo habia sido para Dios. Ni los elementos, ni los animales, ni la enfermedad ni la muerte, podian conjurarse contra él: pero no debia olvidar su dependencia del Criador y por esto se le impuso un precepto. De la boca misma de Dios, habia escuchado este soberano mandato. *Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: porque en cualquier dia que comieres de él, morirás*¹, es decir, cómo explica el Padre Scio, quedarás sujeto á la muerte desde aquel momento.

Por mas que el precepto fuese de fácil observancia, bastó una insinuacion del demonio para que dejándose persuadir Eva por sus malignas sugerencias cayese en el lazo é hiciese caer á Adán. Creyeron ambos que comiendo el fruto del árbol vedado llegarían á ser como dioses, y los que en su loco orgullo trataron de subir á tanta altura cayeron precipitadamente al abismo en la mayor degradacion. Sus ojos fueron abiertos, pero para ver su desnudez y observar su desgracia: habiase manchado la blanca estola de su inocencia original, y de hijo predilecto de Dios, el hombre habia pasado á ser esclavo del demonio. ¡Desgraciado el fruto que ha de producir raiz tan contaminada! ¡Infeliz descendencia destinada á sufrir las consecuencias de la primitiva caida!

Roto por el pecado el lazo que al hombre unia con el cielo, muda la faz del mundo que se convierte en horrorosa y miserable. La tierra gime bajo el peso de un anatema que no la deja producir sino espinas y abrojos: los animales revestidos de ferocidad, adjuran de su vasallaje y se revelan

¹ Gén. II, v. 17.

contra el hombre: los mares se embrabecen y continuamente amenazan á la tierra con sus inundaciones, al tiempo mismo que amedrentan los aires con el impulso de sus terribles huracanes, y que las nubes se arman de piedra y fuego horrorizando al hombre con el estallido de sus truenos y tempestades. Ofendido Dios en sus soberanos derechos. «Retiraré, dijo, mi espíritu del hombre para siempre: arrancaré de la haz de la tierra desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo. Me arrepiento de haberlos formado¹. La ira del Eterno se pasea inexorable sobre las ruinas del mundo. Sin embargo, Dios no eterniza su rigor, y apenas el hombre se ha hecho objeto de su indignacion, al par que pronuncia la sentencia de su castigo, concibe el proyecto de levantarle. Su voz omnipotente vuelve á resonar entre los arbustos del jardin de Eden: Adán se esconde por si pudiera evitar los rayos de su sonido: pero lleno de confusion y de vergüenza, tiene que presentarse á escuchar las mas justas reconvenciones del que de tantos beneficios le colmara y á los que habia correspondido con tanta ingratitud. Al tiempo mismo que el Señor maldice á la serpiente, ofrece ya un Mesías que todo lo habia de reparar con la estola de su misma sangre, y una Eva contraposicion de la primera que le habia de producir: *Pondré enemistades*, dijo el Señor á la serpiente, *entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas á su calcañar*. Hé aquí el primer anuncio de esa Virgen venturosa que habia de reparar con su fidelidad y obediencia, los males que á la humanidad causara la Eva del paraíso con su desobediencia é infidelidad. La esposicion de las palabras citadas es la siguiente. «Tú has

¹ Gén. c. VI, v. 3 y 4.

vencido á la primera mujer; mas yo levantaré otra que se burle de todas tus asechanzas. De esta nacerá un Hijo que será la cabeza de un nuevo pueblo, el cual te declarará perpétua guerra y enemistad. Ella te quebrantará la cabeza y mostrará cuán flaco y difícil es tu poder: tú, llena de saña, te armarás contra la mujer con deseos de vengarte, y moverás contra su Hijo el furor de unos hombres carnales, los cuales crucificarán su carne; pero esta misma enfermedad de su carne, y los ultrajes y muerte que sufrirá, serán los que quebranten tu cabeza y destruyan tu poder ¹.»

Desde que fué hecho este primer anuncio, las generaciones todas vivieron en la espectacion del Cristo futuro y de la Madre que le habia de producir, y esta espectacion la sostienen los Profetas que divinamente inspirados anunciaban y describian hasta los caracteres que habian de adornar al prometido Mesías, y hasta el lugar y circunstancias de su nacimiento. Saldrá una vara del tronco de Jessé ² y brotará una flor de su raiz, que será la espectacion de las gentes: nacerá la estrella de Jacob ³ á disipar la oscura noche del pecado.

María que era la mujer anunciada en el paraiso, y cuya alma habia de ser la primera piedra en la fábrica del templo del Señor; María que habia de ser, como dice San Bernardo, el mundo de la Santísima Trinidad, fué segun el lenguaje del mismo Padre, la alta y digna ocupacion de todos los siglos ⁴. Bástanos considerar los magníficos designios de Dios sobre María, para concebir de la Señora las ideas mas elevadas y sublimes. No se trata por Dios como

¹ P. Scio, anotacion al v. 15 del cap. III del Génesis.

² Isai. cap. XI, v. 1.

³ Numer. XXIV, 17.

⁴ S. Bernard. Serm. in die Pentecost.

al principio de fabricar un mundo, que sirviese de morada al hombre terreno, sino una augusta mansion para el Rey de las eternidades, y María predestinada en la mente del Hacedor Supremo, desde antes que comenzasen su vuelo los siglos, es este palacio de singular hermosura; Tálamo de Dios; Firmamento maravillosamente formado; Torre de David de la que penden mil escudos; Raiz incontaminada de Jessé; Rosa plantada por la divina mano, encarnada y sin espinas; Candidísima azucena enaltecida entre todas las flores; Fortaleza invencible; Huerto dos veces cerrado á la corrupcion del infernal enemigo por la Omnipotencia y gracia de Dios Todopoderoso; Paraiso delicioso del impecable Adán; Ciudad divina y Escelso Tabernáculo, fabricado para que en su centro morase el Hombre-Dios que se habia propuesto nacer de una mujer concebida sin pecado para triunfar del pecado.

No hay que estrañar que recreándose anticipadamente la Divinidad en esta obra admirable que habia de producir su diestra, entretuviese, digámoslo así, sus amorosos deseos haciendo de la que habia de ser su Madre, preciosas descripciones á sus Profetas. Ya la simboliza en aquella grandiosa Arca, que despues de surcar las aguas del diluvio, cuando todo el mundo naufraga, ella descansa sobre los mas altos montes de la Armenia ¹. Ya la manifiesta á Jacob, en aquella misteriosa Escala, que sostenida en la montaña de Moria, descansaba en el cielo, y los ángeles subian y bajaban por ella, iluminándola con celestiales resplandores ². Tan pronto la presenta á Isaiás bajo la figura de aquella colina que descollaba sobre las cumbres de los

¹ S. Joan. Damasc. Orat. 4 de Nat. Virg.

² S. Thom. á Villan. Conc. 2 de Assump.

demas montes de que estaba rodeada ¹, como la manifiesta á Moisés en aquella zarza, que no obstante estar rodeada de voraces llamas, jamás se reducía á cenizas ². Haríamos una narracion interminable si nos propusiéramos desenvolver y apuntar siquiera todas las figuras ó anuncios que de la Santísima Virgen encontramos en el Antiguo Testamento, puesto que todas las espresiones en que está concebido fueron, como dice el sábio teólogo español Suarez, profecías, ya claras, ya figuradas, de tan privilegiada criatura.

Llegó la plenitud de los tiempos, en que Dios habia determinado hacerse hombre, y queriendo nacer de mujer, teniendo Madre en la tierra como los demas hombres, fué concebida en Jerusalem la Virgen María, nuestra Señora, asentando el Eterno Padre en ella la primera piedra del edificio de nuestra redencion, santificando su alma en el instante mismo en que fuera criada.

Que la mirada de Dios habia penetrado desde antes que existiese cosa alguna, á través de todos los siglos y de todas las generaciones que habian de existir, y que el entendimiento divino se fijó en María, predestinándola para la alta dignidad de Madre del Verbo Encarnado, se deduce de la siguiente narracion del capítulo VIII de los Proverbios, que la Iglesia aplica á la Señora. «El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, antes que hiciera cosa alguna desde el principio. Desde la eternidad fui ordenada, y desde antiguo, antes que la tierra fuese hecha. Aun no eran los abismos, y yo ya era concebida: aun no habian brotado las fuentes de las aguas: aun no se habian sentado los montes sobre sus pesadas masas: antes que los

¹ S. Greg. Mag. in lib. I. Reg. c. I.

² S. Bernard. Serm. I de Concep. Virg.

collados era yo dada á luz. Antes que hiciera la tierra, y los rios y los polos de la redondez del mundo: cuando preparaba los cielos, estaba yo presente: cuando con ley cierta y círculo redondo cercaba los abismos: cuando afirmaba la region etérea y equilibraba las fuentes de las aguas: cuando circunscribia al mar su término, y ponía ley á las aguas para que no pasasen sus límites: cuando sentaba los fundamentos de la tierra, con él estaba yo, componiendo todas las cosas, y me alegraba todos los dias, regocijándome en su presencia en todo tiempo, alegrándome en la redondez de la tierra, y mis delicias son el estar con los hijos de los hombres ¹.»

Ninguna dificultad podremos tener en aplicar á la Santísima Virgen María estas palabras, toda vez que en sus labios las pone la Iglesia que es la única que tiene autoridad para interpretar las Escrituras, y que es la columna y fundamento de la verdad. Esplica el anterior pasaje de los Proverbios la Venerable escritora María de Jesus de Agreda en su *Mistica Ciudad de Dios*, y declarando la inteligencia que de él le dió el Señor dice: «Y primero entendí que habla de las ideas ó decretos, que tuvo en su mente divina antes de criar al mundo; y que á la letra habla de la Persona del Verbo humanado, de su Madre Santísima; y en lo místico de los santos Angeles y profetas: porque antes de hacer decreto, ni formar las ideas para criar el resto de las criaturas materiales, las tuvo, y se decretó la humanidad santísima de Cristo y de su Madre Purísima, y esto suenan las primeras palabras ².»

María fué predestinada por Dios á la gloria, antes que ninguna otra criatura. Hé aquí como un inspirado cantor de

¹ Prov. cap. VIII, v. 22-31.

² V. M. Agreda. *Mistica ciudad de Dios*. Parte 1.^a Lib. I, Cap. V.

sus glorias y privilegios, se explica al hablar de esta distincion que tanto enaltece á la Bienaventurada Virgen: «Lo que á María ensalza sobre todos los Bienaventurados y le da una preeminencia esclusivamente suya, es el haber sido predestinada de un modo tan privilegiado y admirable, que entra en cierta manera á dividir todas las cosas con el Eterno Padre y con su Hijo en la obra sublime de la predestinacion de los Santos. Ella por su único Hijo y en él es uno de los principios que concurren á la predestinacion de los elegidos; pues como es imposible que Jesucristo lleve á cabo la predestinacion de un solo hombre sin el concurso de su Eterno Padre, porque sin él no sería Dios; así igualmente imposible el que la lleve á cabo, sin el concurso de su Madre, porque sin ella no sería hombre ¹.»

Llegó por fin el instante en que esta criatura predestinada como vaso escogido, en el que Dios, digámoslo así, habia de depositar sus tesoros, fué concebida; pero por un privilegio extraordinario, ella sola pasó libre y segura sin ser aprisionada en las redes en que cayó envuelta toda la descendencia de Adán. **MARÍA FUÉ INMACULADA EN SU CONCEPCION.** No podia ser de otro modo: si la union *hipostática* de la naturaleza divina y humana habia de verificarse de una manera digna y decorosa para el Verbo en cuya persona se habia de realizar; no podia ser en el seno de una criatura degradada por el pecado. Aunque quisiéramos conceder por un momento que la altísima dignidad á que María habia de ser elevada no exigiese este privilegio de la inmunidad de la culpa original, ¿es creible que la Providencia, diese Madre impura á un Verbo puro, que diese al Santo por esencia un tabernáculo manchado? Temeridad

¹ Argentan. Grandezas de la Virgen, cap. I.

llamaba San Cirilo, al solo pensarlo ¹: el oírlo llenaba de horror á San Dionisio ² y escribiendo sobre el mismo asunto, «increible es, decia San Bernardo que Dios, tal cosa quisiese ³.» Si puro, si santo, si inmaculado fué siempre el Hijo de María, pura santa é inmaculada fué siempre la Madre de Jesus, porque la ignominia de la Madre sería comun al Hijo, como concluye oportunamente San Gerónimo ⁴.

Afortunadamente el vice-Dios, el vicario de Jesucristo en la tierra ha hablado y declarado dogma de fe, la inmunidad de la Santísima Virgen María, lo que antes era tan solamente una piadosa creencia, aunque tan arraigada en todos los pechos católicos. No necesitamos pues presentar pruebas de verdad tan honrosa para María, como consoladora para los cristianos. Los dogmas no han menester pruebas. Séanos lícito sin embargo, hacer una reflexion, capaz de llevar el convencimiento al entendimiento del menos ilustrado.

Leemos en el Antiguo Testamento, la magnificencia, y esmero con que dispuso Dios se llevase á cabo la construccion del Arca de la Alianza y del Propiciatorio, desde el cual se habia propuesto proteger á su pueblo, escuchar sus súplicas, aceptar sus ofrendas y premiar su fe, defendiendo su Religion con admirables prodigios, y todo esto, cuando sombras y figuras, eran tan solo vaticinios de lo que habia de realizarse en la plenitud de los tiempos. Siendo esto así, ¿cuál sería su esmero en la santificacion de su sagrario, en la pureza de su réclinatorio, en la bondad en suma, de aquella criatura de la que tomaria la carne, y la

¹ S. Ciril. Patriarc. Alexandrini. lib. cont. Nestor.
² Dionis. Carthus. in 3 dist. 3 quest. 1 in fin.
³ S. Bernard. serm. 13 inter 15 de cæna Domini.
⁴ S. Hieronim. ad Eustochium

naturaleza en la que vencería al pecado? Santuario augusto en el que había de habitar la misma divinidad, fué María sostenida por la mano de Dios, para que á sus plantas no tocasen las aguas del universal diluvio de la culpa que envolvió á toda la humanidad. Ella es la paloma singular y purísima que encontrando la tierra inundada por el diluvio de la culpa, alzó su vuelo hácia el cielo mismo, llevando en el pico la frondosa oliva de la paz, que anunciaba la reconciliación del Criador con la criatura.

Al fijar la consideración en los bienes que al mundo reportara la Concepción en gracia de María, que era la señal de la Concepción futura del Redentor, toda vez que la aurora es inseparable del sol, la imaginación se fija en las anticipadas figuras del Testamento Antiguo, no pudiendo menos de reconocer en la Señora la realidad de aquella María hermana de Moisés, que libertó á Israel de las pesadas cadenas del Egipto: la hermosa y modestísima Ester, que consiguió de Asuero el que revocara el decreto de exterminio que contra los de su nación le había arrancado la perfidia de Amán: la Judit, que llena de valor é intrepidez, libertó á su patria, cortando la cabeza á Holofernes: la prudentísima Abigail que contiene el enojo de David y evita la ruina de la casa del necio Nabal. Si todo esto y más se realiza en María, puesto que su destino es aplastar la cabeza del enemigo de la humanidad, con la producción de un Hijo, que había de destruir su poder, y que sería la cabeza de un pueblo nuevo que le declararía perpétua guerra y enemistad: si en suma, María es concebida para ser Hija del Eterno Padre, Madre según el humano nacimiento del Divino Verbo, y Esposa predilecta del Espíritu Santo, con razón, como hemos dicho más arriba, llenaba de horror á San Dionisio el solo pensamiento de que no le

hubiese sido concedida la inmunidad del pecado original. La preservación de María es una victoria admirable, un triunfo sublime que da á Dios más gloria que injuria recibió por el pecado. Ella es la que presentándose ante el sólo Supremo de la Justicia infinita, consiguió ser la medianera de intercesión entre Dios y los humanos, por haber hallado gracia á los ojos del Señor.

Desde los primeros siglos de la Iglesia, los fieles aclamaron á María, Inmaculada en su Concepción, privilegio singular que se deducía de muchos textos de la Sagrada Escritura. Verdad es que la Iglesia infalible en sus decisiones no había declarado el Misterio: pero sin embargo, si registramos las actas de sus concilios descubriremos su pensamiento. En el primero y general de Efeso, celebrado en el año de 431, se da á la Santísima Virgen el título de INMACULADA. En el sexto concilio general celebrado en Constantinopla, es recibido con aprecio y grande regocijo de los Padres que le componían, la carta de Sofronio en la cual se decía, que María había sido libre de todo contagio de pecado, llamándose la santa é inmaculada, así de cuerpo como de alma: y sin detenernos en los demás concilios, vemos que en el último general celebrado en Trento, al tratarse del pecado original, declararon los Padres no ser su ánimo comprender en él á la inmaculada Madre de Dios.

Si bien es verdad que en las iglesias de Oriente y de Occidente se hallaban vestigios de la festividad de la Inmaculada Concepción por el siglo VII, y que en las de Francia é Inglaterra también era objeto de veneración y culto por el siglo XII, España que puede llamarse el pueblo Mariano por excelencia, se había adelantado, pudiéndose afirmar que fué la primera en venerar y celebrar el Misterio, como afirma con datos irrecusables el sabio Juan de

Mavillon ¹ con otros autores de la mayor nota. La Iglesia primada de Toledo posee un documento, por el cual consta que hace mas de once siglos que celebra la fiesta de la Inmaculada Concepcion, y este documento es el acta del juramento que hizo de defender este Misterio el dia 1.º de marzo de 1653, y en los archivos de la metropolitana de Sevilla se conservan tambien preciosos documentos que revelan la antigüedad del culto que consagra con gran pompa y solemnidad durante la octava que dedica desde el 8 al 15 de diciembre de cada año á celebrar la Concepcion en gracia de María. Empero en vano trataremos de hacer mas investigaciones sobre este punto, cuando es sabido que en el rito gótico que fué recibido en España de los siete obispos apostólicos, primeros discípulos de Santiago, se halla la Misa de Concepcion, repitiéndose este privilegio en otras Misas, muchas de las cuales fueron compuestas por el mismo Apóstol Santiago, como aseguran graves historiadores ².

Difícil tarea emprenderíamos si nos propusiésemos ahora dar á conocer la devocion que los Monarcas Españoles profesaron al Misterio, y las repetidas instancias que en diversas épocas dirigieron á la Santa Sede, á fin de que fuese hecha la solemne declaracion dogmática que en nuestros dias ha venido á llenar de júbilo al mundo cristiano. Sin embargo, como quiera que esto forma una de nuestras glorias patrias, nos creemos en el deber á fuer de españoles de dedicar algunas líneas en este lugar, como recuerdo de la ardiente piedad de nuestros mayores, y del

¹ Puede verse á Gaddi in *Disert. apolog. Immaculate Virg.* Romæ, 1750, fol. 54. Y tambien al Ilmo. Artalejo, en su pastoral relativa á este Misterio.

² P. Gaspar Sanchez in *acta Apost. de predicatione, S. Jacob.*, tract. 3. *Serna. Vindic. Granatens.* part. 3, cap. XXI.

entusiasmo que siempre manifestaron por el Misterio bajo cuya advocacion la España reconoce á la Madre de Dios como Patrona. Para ello nos serviremos de las importantes noticias que pudimos adquirir, cuando al formar nuestra primitiva *Historia de la Santísima Virgen*, nos propusimos como al presente hacer una escursion á la historia de nuestro pais, registrando al mismo tiempo las obras antiguas que pudiesen ilustrarnos en un asunto que nos es de tanto interés.

Desde los tiempos mas remotos se esforzaron nuestros monarcas porque la devocion del misterio de la Concepcion inmaculada de María se extendiera entre sus vasallos. En el concilio XII de Toledo se confirmó la ley dada por Ervigio, que disponia fuese guardada la fiesta de la Concepcion hasta por los judíos. Don Juan I de Aragon espidió unas letras á sus vasallos en las que se leen estas palabras: *Celebramos la bienaventurada Concepcion de la Virgen María, como nuestra real casa la celebra cada año y la celebraron nuestros ilustres predecesores.* Y en efecto, ya antes Don Jaime I que habia dedicado sus esfuerzos á hacer celebrar con la mayor pompa posible el Misterio, compuso por sí mismo un piadosísimo discurso en su alabanza, que se encuentra inserto en el capítulo VII de la obra titulada *Concepcion purísima de Nuestra Señora la Virgen María*, escrita por Fr. Luis de Miranda.

Cuando la Santa Sede hubo aprobado el oficio y misa de Concepcion que compusiera el piadoso Leonardo de Negarolis, llenáronse de júbilo los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel, y se apresuraron á pedir al papa Sixto IV un ejemplar que se ha conservado y probablemente se conservará aun en la biblioteca del suntuoso monasterio del Escorial, y no satisfecha la piedad de tan distin-

guidos monarcas con haber dedicado el primer templo de Granada despues de la conquista en honra de la Concepcion sin mancha de María, dotaron en la Santa Iglesia Primada de Toledo una fiesta anual perpétua, disponiendo se celebrase siempre con la mayor suntuosidad posible, como consta del documento que se conserva en el archivo de la misma Iglesia.

De dia en dia fué aumentándose el fervor del pueblo español y de sus monarcas por el Misterio de la Concepcion, y Felipe IV, en el mismo dia que sube á ocupar el trono, hace juramento con los diputados de su córte de defender el Misterio de la Concepcion Inmaculada, mandando que los ministros de la religion al abrir sus discursos en la cátedra sagrada alaben juntamente con el SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR, la pureza original de la Santísima Virgen. No fué menor la devocion de Felipe V, el cual dispuso que en la universidad de Cervera que él habia fundado bajo el amparo y patrocinio de la Concepcion, no fuese admitido ningun alumno á empezar los estudios sin que antes prestase juramento de defender la pureza original de la Madre de Dios. El mismo juramento se ha venido despues exigiendo en las demas universidades del reino á todos aquellos que han pretendido el honor de la borla.

Finalmente, el piadosísimo Carlos III que como ya habian hecho sus antecesores envió peticiones á la Silla Apostólica á fin de que fuese hecha la declaracion dogmática del Misterio, sin que lo hubiese conseguido porque la Providencia inescrutable en sus juicios lo habia reservado para el presente siglo, hizo proclamar con aprobacion del Sumo Pontífice Clemente XIII á la Santísima Virgen María en el MISTERIO DE SU CONCEPCION INMACULADA, *Patrona de España y de sus Indias*. Era el 17 de julio de 1760

cuando se verificó la solemne proclamacion de patronato tan honroso para nuestra patria. Los templos de la monarquía Española engalanados con sus mas ricas joyas, anunciaron con sus lenguas de bronce la fausta nueva porque todos suspiraban, y los pueblos en masa acudieron al pié de los altares y con los acentos de la mas viva gratitud, y el entusiasmo que siempre produce en los pechos verdaderamente católicos todo lo que redunda en honra de la Madre de Dios y de los hombres, hicieron resonar bajo las bóvedas de nuestros santuarios fervorosos himnos de accion de gracia, al tiempo mismo que con públicos festejos daban dulces expansiones al corazon, dando claros testimonios del amor que siempre profesaron los Españoles á María, llamándola con repetidas aclamaciones bienaventurada y pura en el primer instante de su animacion.

Si como antes advertimos, nuestro amor patrio nos ha hecho detenernos en la narracion anterior, debemos consignar para honra de la Santísima Virgen que no solo en España se habia estendido la devocion de su Concepcion en gracia. En todos los paises católicos se creyó y veneró el Misterio desde tiempo inmemorial, y en todas partes se deseaba que la Iglesia rompiese el silencio que habia guardado por espacio de mas diez y ocho siglos, declarando dogma de fe, lo que era una piadosa creencia, pero profundamente arraigada en los corazones católicos.

Llegó el siglo XIX, y desde sus primeros años, fueron siendo cada vez mas frecuentes las súplicas que de todas partes se elevaban á Roma para que se verificase la suspirada declaracion. Era llegado el tiempo señalado por Dios para que el mundo cristiano recibiese tan extraordinario consuelo. María inspiró al Sumo Pontífice Pio IX: ¡ Pero en que tiempo! Cuando el ángel de las discordias cernien-

do sus lúgubres alas sobre la Europa, hizo que á impulso de espantosas revoluciones, bamboleasen la mayor parte de los tronos y que la mas funesta anarquía moral y política, envolviese á las sociedades en un caos de confusion y de desórden. La borrasca no perdonó al sucesor del pescador de Galilea, que desde el Vaticano guiaba el timon de la nave de la Iglesia. La mas negra ingratitud llenó de tribulacion y de amargura el corazon del inmortal Pio IX, que tuvo que abandonar á Roma y buscar un refugio en los estados de un Rey de acrisolada piedad, cuyo trono se habia librado del general cataclismo. El mundo cristiano dirigia al cielo fervorosas súplicas en favor del atribulado Pontífice; y mientras los trastornadores de oficio, los enemigos de toda sociedad bien organizada, meditaban los medios de hacer conseguir nuevos triunfos á la general revolucion, Pio IX con la tranquilidad que siempre acompaña al justo, aun en medio de las mayores tribulaciones; Pio IX que no podia temblar por la suerte de la Iglesia, cuya perpetuidad está ofrecida por el que no puede engañarse ni engañar; Pio IX que sabia que contra su barquilla se han de estrellar siempre por robustas que sean las olas de las persecuciones, medita en la soledad de su destierro pronunciar como oráculo de la fe la decision dogmática del Misterio de la Concepcion. Desde Gaeta envia el dia 2 de febrero de 1849 una escitacion á todos los obispos del mundo católico, para que haciendo públicas y privadas oraciones en compañía de los fieles legos, impetrasen la luz del Señor para definir y declarar el augusto Misterio, y le informasen al mismo tiempo acerca de la creencia de los fieles sobre tal punto y sus deseos de verle definido.

Puede decirse que fué una la voluntad de doscientos millones de católicos: los Prelados diseminados por la su-

perficie del globo, no solamente informaron favorablemente, sino que convinieron casi en su totalidad en la oportunidad y conveniencia teológica y social de que se verificase la definicion, como medio de avivar la fe y reanimar el fuego de la caridad, justamente cuando el indiferentismo religioso y errores monstruosos, tantos estragos vienen causando en el presente siglo.

Conocida suficientemente la opinion de todo el Episcopado católico, y el ardiente deseo de los fieles de todos los pueblos y naciones, el Sumo Pontífice Pio IX, rodeado en Roma de doscientos obispos de todas las naciones, y previos los exámenes más graves, en el dia 8 de Diciembre de 1854, pronunció la solemne definicion, declarando que *la Beatísima Virgen Maria en el primer instante de su Concepcion fué preservada de toda mancha de culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano.* Infeliz del que despues de esta declaracion solemne se atreva á sentir en su corazon contra lo en ella definido, pues, como añade el Santo Padre, *sufrirá naufragio en punto de fe, separándose de la unidad de la Iglesia.*

Podemos rendir gracias al Señor, porque ha permitido que, á través de las tribulaciones que veníamos experimentando en un siglo de tanto escepticismo, hayamos tenido la dicha de ver realizado lo que desearon ver y no vieron nuestros mayores. ¡Gloria á Dios, que privilegio tan extraordinario concedió á la que habia de ser su Madre! Gloria á María que, predestinada por Dios para dignidad tan sublime, fué exenta de la culpa original y llena de toda gracia, en el instante primero de su Concepcion.

CAPÍTULO III.

Del nacimiento de la Bienaventurada Virgen Maria y su santa infancia, hasta la Presentacion al templo.

Habíase cumplido el plazo prefijado en la mente divina para que apareciese en el mundo la bella Criatura, cuyo primer anuncio fué hecho en el mismo lugar donde el protopadre de los hombres rompiera por el crimen de desobediencia los lazos que le unian al Criador. El mundo, desheredado y envilecido, venia fijando su vista de generacion en generacion en esa preciosa Azucena de los valles, de la cual debia surgir el ilustre Vástago, por cuya venida tantos clamores se elevaban al cielo. Aurora brillante, en pos de la cual habia de venir el claro y refulgente día del amor y la misericordia, descollaba como majestuosa figura en las alegorías bíblicas, en los vaticinios de los Profetas, y hasta en los mitos paganos, donde se leia el nombre de la Virgen-Madre. Y con razon la humanidad tenia fija su espectacion en tan afortunada Criatura, toda vez que en Ella y por Ella debian realizarse los grandes misterios de cuyo cumplimiento pendia la rehabilitacion de la raza proscripta y desheredada.

Hemos tratado en el capítulo anterior de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios y de los humanos, cuyas glorias y grandezas, cuyas virtudes heroicas y singulares privilegios son objeto de la presente obra. Parece que ante todo debíamos haber hablado sobre la espectacion del mundo por su venida: esto no obstante, de propósito lo hemos

dejado para este lugar, pues quisimos ocuparnos ante todo del gran privilegio que la hace singular, y que llenando de entusiasmo á todo el mundo cristiano, alegre y regocija con doble motivo á los hijos de la nacion que bajo tal misterio la reconoce por Patrona. Ahora, pues, que vamos á ocuparnos del nacimiento de esa Criatura fenomenal, prometida desde el génesis de la creacion, y que aparece en el horizonte de la Judea como obra maestra de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor del Sér Supremo, nos creemos obligados á dedicar siquiera sea algunas líneas á demostrar cuán indudable es que la espectacion del mundo estaba fija en Maria, porque, como hemos dicho hablando de su Concepcion en gracia, y sirviéndonos de las expresiones de un eminente teólogo, todo el Antiguo Testamento, ya clara, ya figuradamente, nos habla de la Madre del Hombre-Dios.

No han faltado enemigos de Maria, émulos de su culto, que han afirmado que nada dicen acerca de Ella los sagrados libros. Tanto equivaldria el asegurar que los rayos del sol no iluminan al mundo ni vivifican las plantas. San Bernardo, á quien nadie se atreverá á disputar el ingenio, la profundidad de su saber, ni su recto juicio, asegura que los libros santos están llenos de las grandezas de Maria, que él encontraba con facilidad al leer los oráculos de los Profetas y la multitud de símbolos y figuras que se sucedian en el Antiguo Testamento. A aquellos que tal verdad dudaban, les retaba á que leyesen con atencion y detenimiento las Escrituras, asegurándoles que despues de tal exámen quedarían tan convencidos como él¹.

¹ Véase á San Bernardo, *Serm. infr. oct. Assumpt.*, y tambien la Homil. II sup. *Missus est*, donde dice: *Scrutare scripturas et proba quæ dico.*

Sin detenernos en aquella clara y luminosa sentencia de la que ya nos hemos ocupado, que fué pronunciada por Dios en el Paraíso, y en la cual iba envuelta la promesa, no solamente del Mesías libertador, sino tambien de la Madre que le habia de producir, *Pondré enemistad entre tí y la serpiente, etc.*, lo que nos hace conocer que desde entónces data la fecha de la espectacion universal del género humano por tan venturosa Mujer, ¿qué dijo divinamente inspirado Isaiás? «Escuchad, ¡oh descendientes de David! El Señor os dará una señal de su proteccion: hé aquí que CONCEBIRÁ UNA VIRGEN Y PARIRÁ UN HIJO, y su nombre será Emmanuel¹.» Jeremías, al hablar de un nuevo prodigio que el Señor habia de obrar sobre la tierra, llama la atencion de las naciones hácia una MUJER que CIRCUNDARÁ Á UN VARON². Fácil seria, si este asunto se llevase al terreno de la controversia, con sólo ir registrando los sagrados libros, presentar innumerables pasajes en los cuales se habla de la bendita Virgen de cuyas glorias nos ocupamos. La humanidad suspiraba por su feliz y venturoso parto, y por eso no podia apartarse del pensamiento de los Profetas y Patriarcas, y de todos los justos, que suspiraban por el cumplimiento de los vaticinios. Desde el Eden, entre cuyas amenidades fué ofrecida al par que su Santísimo Hijo, tan luégo como el pecado hizo caer á los primeros vivientes desde la altura de la mayor felicidad al abismo de la mayor desgracia, Ella fué el blanco de los deseos de todos los humanos.

Cuatro mil años de una espectacion universal estaban próximos á cumplirse, cuando Dios determinó que se verificase el venturoso nacimiento de la que habia de ser su

¹ Isaias, cap. VII. v. 14.

² Jerem., cap. XXXI.

Madre, y cuya dulzura incomparable, cuyos instintos de misericordia y cuya singular pureza habian sido por inspiracion divina vaticinados por aquellos á quienes la Providencia destinara en la sucesion de los siglos para anunciar al mundo los grandes sucesos que decian orden á la Reparacion de la humanidad. Demos á conocer ante todo los benditos padres á quienes estuvo vinculada la gloria de producir á la Virgen predestinada, á la Madre futura del suspirado Mesías.

La inspirada autora de la *Mistica ciudad de Dios*, nos hace el retrato de San Joaquin y Santa Ana, que fueron los dichosos padres de la Santísima Virgen. Vamos á trasladar la descripcion que nos hace, en la que no sabemos qué admirar más, si la profundidad de los conceptos ó la sencillez del relato. «Ambos, dice, fueron prevenidos y criados por la divina voluntad, para que fuesen hechos á medida de su corazon. San Joaquin tenia casa, familia y deudos en Nazareth, pueblo de Galilea. Y fué siempre varon justo y santo, ilustrado con especial gracia y luz de lo alto. Tenia inteligencia de muchos misterios de la Escritura y Profetas antiguos: y con oracion continua y fervorosa pedia á Dios el cumplimiento de sus promesas, y su fe y caridad penetraban los cielos. Era varon humilísimo y puro, de costumbres santas y suma sinceridad; pero de gran peso y severidad, y de incomparable compostura y honestidad.

»La felicísima Santa Ana tenia la casa en Bethlen, y era doncella castísima, humilde y hermosa, y desde su niñez, santa, compuesta y llena de virtudes. Tuvo tambien grandes y continuas ilustraciones del Altísimo; y siempre ocupaba su interior con altísima contemplacion, siendo juntamente muy oficiosa y trabajadora, con que llegó á la ple-

nitid de la perfeccion de las vidas activa y contemplativa. Tenia noticia infusa de las Escrituras Divinas, y profunda inteligencia de sus escondidos Misterios y Sacramentos: y en las virtudes infusas, Fe, Esperanza y Caridad, fué incomparable. Con estos dones prevenida oraba continuamente por la venida del Mesias: y sus ruegos fueron tan aceptos al Señor para acelerar el paso, que singularmente le pudo responder que habia herido su corazon en uno de sus cabellos; pues sin duda alguna en apresurar la venida del Verbo, tuvieron los merecimientos de Santa Ana altísimo lugar entre los Santos del Viejo Testamento ¹. »

San Joaquin era de la tribu de Judá, vástago ilustre de la familia de David; pero él, en compañía de su santa esposa, vivía sin esplendor ni grandeza, por más que su ascendencia la formara una dilatada serie de reyes. Veinte años de casados llevaban Joaquin y Ana, sin haber tenido fruto de su union, y sabido es que en aquellos tiempos era mirado como una bendicion del cielo el tener hijos, al paso que la esterilidad era reputada como deshonorosa. « Joaquin, dice el abate Orsini, que amaba á su esposa por su afectuosa dulzura y sus eminentes virtudes, no quiso agravar su infortunio dándole las letras de divorcio que la ley concedia entónces con tanta facilidad: él la conservó á su lado, y esos piadosos consortes, humildemente resignados á los divinos decretos, pasaban su vida en el trabajo, la oracion y la limosna ². »

La esterilidad era para ambos esposos motivo de una afliccion continua y de amargos sinsabores, pues sobre ellos pesaba el desprecio y el oprobio de las gentes. Los hebreos que tenian sucesion, bajaban al sepulcro con la esperanza

¹ V. M. Agreda, *Mistica ciudad de Dios*, parte 1.^a, l. I, c. XII.

² Orsini, *Historia de Maria Madre de Dios*, libro III.

de que de sus hijos pudiese ser producido el futuro Monarca de Israel. Joaquin se hallaba ya en una edad avanzada, y humanamente casi podia haber perdido toda esperanza de sucesion; pero fijando su confianza en Dios, le dirigia, así como Ana, fervorosas y continuas súplicas. Su virtud, su paciencia y sufrimiento tenian que pasar por una prueba terrible. Un dia se presentó en el templo de Jerusalem, con objeto de ofrecer los comunes dones y ofrendas en presencia del Sumo Sacerdote: allí le estaba reservado un oprobio que hubiera hecho desfallecer á cualquier varon, cuya virtud no fuese tan heróica como la que resplandecia en Joaquin: el sacerdote Issachar le reprendió ásperamente porque llegaba á ofrecer con los demas siendo infecundo, ordenándole que se apartase de ellos porque sus ofrendas y sacrificios no eran agradables á los ojos del Señor. Joaquin, con una resignacion más heróica que la del profeta de Silo, con una paciencia tan inalterable como la del príncipe de Hus, y con una abnegacion propia tan sólo de los hombres cortados á medida del corazon de Dios, no desplegó sus labios para quejarse, ni dejó ver en su semblante señal alguna que diera á conocer la honda pena de su corazon, aumentada notablemente por el oprobio que acababa de recibir por la brusca reprension de Issachar. Consignado estaba en las páginas de la Escritura, que las criaturas aceptables al Señor, deben probarse en la tribulacion ¹. Así el varon justo que habia de ser abuelo, segun la carne, del que, siendo inocente por esencia é impecable por naturaleza, habia de sufrir los mayores oprobios y afrentas y morir en una cruz por salvar á la humanidad, era necesario que anduviera á su vez por el áspero camino de la aflic-

¹ Eccli., cap. II, v. 5.

cion y la amargura. Como él sufre Ana, su bendita esposa, pero á ambos sirven los sufrimientos para que más y más se acrisole en ellos la virtud. ¡Premio extraordinario les tenia reservado la Providencia! Aquella promesa que Dios hizo á Abraham, diciéndole: *Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y la arena que está á la ribera del mar... Y en tu simiente SERÁN BENDITAS todas las naciones de la tierra*¹, tuvo más inmediato cumplimiento en Joaquin, puesto que fué de la tribu de Judá y de la descendencia de David y de Abraham, y que su hija María fué la verdadera Madre de Jesucristo por quien el género humano fué colmado de bendiciones.

Dios escuchó por fin las fervientes plegarias de Joaquin y Ana, los que habian hecho voto de ofrecer y consagrar al servicio del Señor en el templo el fruto de sucesion que se dignase concederles. La venerable escritora María de Jesus de Agreda, en la obra ántes citada, dice que el Arcángel San Gabriel, por expreso mandato del Omnipotente, apareció primero á San Joaquin y despues á Santa Ana para comunicarles la nueva de la Hija que les habia sido concedida, ordenando al primero que habia de ponerle el nombre de **MARÍA**, la cual, añadió, desde su niñez ha de ser consagrada al templo del Señor, y en él á Dios, como se lo habeis prometido. Será grande, escogida, poderosa y llena del Espíritu Santo, y por la esterilidad de Ana será milagrosa Concepcion: y la Hija será en vida y obras toda prodigiosa. En cuanto á la embajada dirigida á Santa Ana, nota la semejanza que tuvo con la que más tarde fué hecha por el mismo Arcángel San Gabriel á la Virgen Santísima para anunciarla el gran Misterio de la Encarnacion del

¹ Gén., cap. XXII, v. 17 y 18.

Verbo, porque la bendita esposa de Joaquin se hallaba meditando con humilde fervor en la que habia de ser Madre de la Madre del Verbo Encarnado, y la Santísima Virgen, como á su tiempo se dirá, se hallaba igualmente meditando sobre la felicidad de la que habia de ser Madre de Dios.

Deciamos que Dios oyó las fervientes súplicas del santo matrimonio. Ana que por tantos años habia sido estéril, concibió á la criatura predestinada para la alta dignidad de Madre segun la carne del que no cabe por su inmensidad en los cielos ni en la tierra: en la obra admirable de la Concepcion, la gracia obró deteniendo los efectos del pecado original, y la naturaleza tuvo tan solamente la parte precisa é indispensable para que María fuese procreada de la descendencia de Adán, obrando sus benditos padres impelidos por la gracia y ajenos á toda concupiscencia. Así pues, mientras que Joaquin y Ana rendian al Omnipotente continuos homenajes de accion de gracias por el beneficio que les habia dispensado, María que no solamente habia recibido desde el instante de su Concepcion toda la plenitud de la gracia santificante, sino á mas, todas las que los teólogos denominan *gratis datas*, y por lo tanto estuvo adornada de perfecto uso de razon desde tan feliz momento, rendia tambien á Dios encerrada en el claustro materno tributo de alabanza y accion de gracia, por haberla dado el sér, y adornádola con la preciosa joya de su divina gracia.

Cumplido que fué el tiempo del embarazo de Santa Ana, nace María sin pompa ni magnificencia exterior: su cuna no estuvo rodeada de grandeza ni los bienes de fortuna la mecieron en sus primeros dias, y como dice con elegancia el sabio y poético Orsini. «Esta rosa misteriosa, que San Juan vió mas tarde revestida del sol como de un ropaje luminoso, debia desplegarse á impulsos del viento abrasador de

«la adversidad sobre un tronco pobre y deshojado. ¹» Nació María para ser un día coronada por reina de los Angeles y de los hombres, su natalicio pasa desapercibido al mundo, por no ser acompañado de la grandeza, fausto y aparato con que se solemniza en el mundo el nacimiento de los hijos de los reyes.

Bien quisiéramos señalar aquí el año fijo en que Aurora tan brillante y virgen tan esclarecida apareció en la tierra: mas como quiera que discordan entre sí los cálculos de los historiadores sobre el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, nos es difícil consignar aquel en que se verificó el de su Bienaventurada Madre. Como quiera no obstante que la mas comun opinion señale el año 4000 del mundo á la venida de Jesucristo, en cuyo año contaba la Santísima Virgen, quince de edad, resulta que el nacimiento de la Señora tuvo lugar el año 3985 de la creacion del mundo; el 2329 del diluvio universal; el 1904 de la salida de Abraham de Ur de los Caldeos, el 1471 de la salida de los judíos de Egipto; el 999 de la fundacion del Templo y 569 de su destruccion y el 22 del reinado de Herodes, primer rey extranjero que tuvo el pueblo judío. Era el 8 de setiembre: día feliz en el que la humanidad pudo darse el parabien, saludando á la feliz criatura que quince años despues habia de producir al que habia determinado venir á romper las cadenas de la esclavitud del mundo.

Lleno de entusiasmo el grande obispo de Hipona, se extasia al contemplar el día feliz del venturoso natalicio de la ilustre Virgen de Judá y esclama: «Yo te saludo, ¡oh día de felicidad y de ventura! tú, oh día tan deseado del universo, apareces para llenar todos los deseos de la humani-

¹ Orsini: *Historia de Maria Madre de Dios. Lib. III.*

«dad, para satisfacer sus necesidades y colmar sus esperanzas. Ya ha aparecido la candidisima azucena de los valles, cuyo parto borrará enteramente la culpa, y á quien no comprendió ni comprenderá jamás la funesta maldicion fulminada contra la Eva primitiva. No; María, ni un solo instante experimentarás sus tristes efectos. Aquella lloró, pero tú te alegraste; aquella concibió con lágrimas, tú concebiste llena del mayor regocijo: aquella parió un hombre pecador, tú diste á luz á un inocente... aquella fué la autora del pecado, tú fuiste la autora del mérito... todo lo trastornó su infidelidad, mas todo lo restauró tu fidelidad ¹.»

Cuando tan figurada habia sido María en las alegorias bíblicas, segun hemos demostrado, y cuando habia sido objeto de una espectacion universal, admira á primera vista que los evangelistas guarden un profundo silencio acerca de las circunstancias de su nacimiento. Sin embargo comprende la causa, al ver el laconismo con que el Evangelio refiere los mas extraordinarios acontecimientos. El Espíritu Santo que dirigia la pluma de aquellos varones escogidos destinados para formar ese precioso código de divinas leyes, donde han quedado consignados los grandes sucesos de la vida del Salvador, quiso tan solo que fuesen indicados los hechos mas portentosos, que pasmaban á los mismos Evangelistas, y sobre los cuales debian meditar detenidamente los cristianos. Así el gran misterio de la Encarnacion del Verbo lo esplica San Juan con estas solas palabras: *El Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros* ², y el mismo Evangelista al querer pintar el vehementísimo dolor de la Santísima Virgen al presenciar la lúgubre tragedia del Cal-

¹ S. Aug. Serm. 18 de Sanctis, 2 de Annunt.

² Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. Joan. I, 14.

vario, lo hace con este laconismo: *Estaba junto á la cruz de Jesus su Madre*¹. El hombre no es capaz de llegar á comprender todo el divino énfasis que tan breves conceptos encierra. Desearíamos, pues, saber pormenores acerca de las circunstancias que acompañaron el feliz nacimiento de la Eva reparadora y cuando acudimos á informarnos al Evangelio, y tan solo se nos dice, que de ella nació Jesus que es llamado el Cristo². ¡Cuántas grandezas encierran tan lacónicas palabras! El nacimiento de la feliz criatura que mas tarde habia de ser Madre del mismo Dios, debió de llenar de alegría el cielo y la tierra. Hé aquí por qué la Iglesia entusiasmada, al celebrar cada año el aniversario solemne de tan fausto y venturoso acontecimiento, esclama: «Vuestro nacimiento, oh Virgen Madre de Dios, ha llenado de gozo al universo, porque de Vos nació el Sol de justicia, Jesucristo Dios, que librando al género humano de la maldición á que estaba sujeto, le colmó de bendiciones, y venciendo la muerte nos ha dado la vida eterna.»

A los ocho días del nacimiento de la purísima Virgen, trataron sus santos padres de darle el nombre por el que habia de ser conocida. Para esto dice Orsini, acostumbraban los Israelitas reunirse en familia: es, pues, probable que así se practicase en esta ocasion; empero el nombre de la criatura que estaba llamada á ocupar un trono en el Empíreo á mayor altura que todos los bienaventurados, y que no habia de conocer superior fuera del mismo Dios, no debía ser elegido en la tierra, sino en el cielo. Ya hemos dicho con la venerable Agreda, que el Arcángel San Gabriel al anunciar á San Joaquin que su esposa Santa Ana

¹ Stabat juxta cruce[m] Jesu[m] mater ejus. Ibid. XIX, 25.

² Math. I, 16.

iba á ser madre, le habia ordenado de parte de Dios que á la niña que se les concedia se le impusiese el nombre de *MARIA*: la misma escritora nos dice que á los ocho días del nacimiento de la gran Reina, descendieron de las alturas multitud de ángeles hermosísimos, rozagantes, y traian un escudo en que venia grabado, brillante y resplandeciente el nombre de *MARIA*, y dichos ángeles se presentaron á Santa Ana, diciéndole que aquel habia de ser el nombre de su Hija, por ser así la voluntad del Señor¹. Joaquin, pues, puso á su bendita hija el nombre de *Miriam* ó *MARIA*.

Si nos propusiéramos cumplir con exactitud el oficio del historiador, iríamos refiriendo los sucesos por el orden con que entre sí estan enlazados, sin detenernos en largas reflexiones. Empero aunque así nos fuera fácil el hacerlo al esponer la vida de cualquier héroe, se nos presenta como difícil al reseñar los acontecimientos de la vida de la Santísima Virgen. Constantes admiradores de tan gran Señora, entusiastas por sus glorias, celosos por la propagación de su devoción, como debemos serlo, no solo por los impulsos del corazón, sino por los deberes de nuestro alto ministerio, no pasaremos adelante, despues de haber dado cuenta del nombre augusto de la Madre de Dios, sin llamar la atención del lector hácia los grandes y extraordinarios beneficios que la humanidad ha recibido y recibe cada dia por la invocación del nombre de *Maria*, cuya significación en hebreo es *estrella del Mar*. Nombre que conviene á la Santísima Virgen, dice San Bernardo, porque ella es la estrella que brilla y resplandece en el mar tempestuoso del mundo².

En efecto, en la invocación del nombre augusto de

¹ Obra citada. Part. I, lib. I, cap. XXI.

² S. Bern. Hom. II super Missus est, circa finem.

María encuentra siempre el hombre el bálsamo saludable que mitiga todos sus males y la estrella que le da á conocer el rumbo que ha de seguir para arribar á través del borascoso mar de las pasiones mundanales al puerto de la salvacion. Padece el misero mortal, gime oprimido por los trances azarosos de la vida, pero se acuerda de *María*, invoca este nombre adorable, y en el momento se encuentra admirablemente fortalecido, animado en su fe y alentado en su esperanza. Y aquí debemos llamar la atencion del lector piadoso y devoto de *María*, recordándole con la doctrina de los Santos Padres, la confirmacion del mundo cristiano y nuestra propia esperiencia, que ora el hombre se vea envuelto por encrespadas olas de las mas violentas tentaciones, ora agoviado bajo el peso de la afliccion ó la adversidad: ya en el lecho del dolor abatido por el rigor de la enfermedad, ó en medio de los mares esperimente los efectos de una horrible tempestad, que hace desfallecer el ánimo del hombre mas dotado de valor y serenidad, porque el horrisono trueno, y la momentánea claridad que despide el relámpago, y el rayo que se desprende de entre negros nubarrones, y las encrespadas olas que agitan el bajel con la facilidad con que un niño mueve los juguetes propios de la infancia, todo hace conocer asi la grandeza de Dios, como la pequeñez y miseria del hombre, bástale invocar con fe y confianza el nombre de *María*, para que indudablemente vea renacer la calma y la tranquilidad. ¿Quién se atreveria á negar verdad tan consoladora? El mundo está lleno de monumentos que nos testifican la lluvia de beneficios sin cuento que por la invocacion del nombre de *María*, ha descendido sobre la humanidad. Por esto los reyes deponen ante ella sus coronas, y la ofrecen sus tesoros: por esto los mas poderosos ejércitos la invocaron confiados en alcanzar

victorias, y la historia de nuestra patria nos presenta mil ejemplos como los de Covadonga y de Lepanto, que nos demuestran, que no solamente *María* hace cesar la afliccion y alivia todos los males, sino que inspira el valor, y su proteccion sirve para alcanzar todo género de victorias. ¡Loor á *María*! ¡Gloria á ese Nombre augusto y dulce consuelo de la humanidad! Tanta multitud de templos y magestuosas basílicas que llevan tan angelical nombre: tantas y tan preciosas esculturas y pinturas que han inmortalizado los nombres de sus autores: órdenes religiosas y congregaciones sin cuento establecidas en toda la estension del Cristianismo con el objeto de venerar y tributar homenajes de amor y de respeto á la simpática Madre de Dios, todo forma una prueba clara á todas luces de que en la invocacion del dulce nombre de *María*, la humanidad encuentra el antidoto á todos los males, la mas eficaz medicina para contrarrestar las enfermedades de la carne y las del espíritu, y el mas consolador amparo en la afliccion y la adversidad. ¡Increible parece que siendo esto tan indudable haya un solo cristiano que no honre á la escelsa Madre del Salvador con una respetuosa devocion! No hay dicha comparable á la de morir con el dulce nombre de *María* en los labios y exalar el alma en sus manos, para que ella la presente ante el acatamiento divino, interponiendo en nuestro favor su poder de intercesion.

Habiendo dado este corto desahogo á los sentimientos de nuestro filial corazon, en la persuasion de que será acogido con benignidad por el piadoso lector, á quien creemos tan amante como nosotros de las glorias de *María*, cúmpenos seguir nuestra interrumpida narracion, y continuando el curso natural de nuestra historia, hablar de la infancia de la augusta Niña, que en los siglos futuros habia de ser

llamada por la Iglesia reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, reina de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y en suma reina de todos los santos: Bersabé escogida, á la que el Divino Salomon Cristo Jesus había de sentar un día á la derecha de su trono, para concederle el reinado de la misericordia ¹.

Aquel Dios Omnipotente que no tiene semejante en el poder ², que dispone á su arbitrio del corazón, deseos y vida de las criaturas, de quien exclusivamente penden los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas ³, y que es justo en todas sus obras ⁴, había premiado abundantemente la acrisolada virtud de los santos Joaquin y Ana. Por espacio de muchos años los había humillado, haciéndoles sufrir no solamente la tristeza que necesariamente les producía su esterilidad, sino á mas, los desprecios de que eran objeto en el pueblo de Israel los infecundos, como antes hemos demostrado, y de los que no se vió libre San Joaquin, cuya paciencia y resignación hemos tenido ocasion de admirar al referir la conducta que usó con él el sacerdote Issachar. Los que habían sido infecundos en cuanto á los hijos, fueron fecundísimos en buenas obras que en olor de suavidad habían subido hasta el trono del Eterno, el cual por fin les premió con la mas gloriosa fecundidad, concediéndoles aquella preciosa Hija de cuyo nacimiento nos hemos ocupado, dádiva maravillosa que aceptaron con el mayor júbilo de sus corazones, por la que con lágrimas

¹ Dice Santo Tomás, que cuando la Santísima Virgen concibió al Verbo divino en su seno y lo parió, alcanzó desde aquel momento la mitad del reino de Dios, siendo ella reina de la misericordia y quedándose Jesucristo Rey de justicia. *D. Thom. in Praef. in Ep. canon.*

² Ps. XXXIV v. 20.

³ *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt. Eccli. II, 14.*

⁴ Dan. IX, 14.

de gratitud rendían fervorosos homenajes de acción de gracias al Dador de todo bien.

La ley de Moisés mandaba que la mujer que pariere hembra, permaneciese sesenta y seis días purificándose, despues de cumplidas dos semanas en las que era inmunda, y que luego que fueren cumplidos los días de su purificación, se presentase al templo llevando un cordero de un año para holocausto y un pichon ó una tórtola, ofrenda que debía entregar al sacerdote, el cual lo ofrecía delante del Señor, haciendo oración por ella, para que fuese purificada ¹. Así Ana en cumplimiento de esta ley, luego que hubieron pasado los ochenta días del nacimiento de María, se dirigió con ella al templo, y ofreció su ofrenda. «La gratitud de la piadosa madre, dice, el historiador Orsini, se estendió á mas que al sacrificio que estaba en uso; digna émula de Ana mujer de Elcana ofreció al Señor una víctima mas pura, una paloma mas inocente que aquellas que acababan de caer palpitantes y ensangrentadas bajo el cuchillo del sacrificador: ella no tenía una corona votiva de oro purísimo para colgarla de las paredes del templo; pero depuso á los piés del Altísimo la corona de su vejez, la niña con que había bendecido su vida, y contrajo el solemne empeño de volver su hija al templo y consagrarla al servicio del lugar santo desde que su tierna razón supiese distinguir el bien y el mal. El padre de María ratificó este voto, que desde entonces fué obligatorio ².»

Concluida que fué la solemne ceremonia, volvió Santa Ana á su morada, llevando en sus brazos la bendita Hija que acababa de ofrecer al Señor. Fácil es comprender, mirada la santidad de tan venturosos padres, el esmero con que cuida-

¹ Levit. cap. XII.

² Orsini, obra citada, lib. III.

rian la preciosa Niña. El autor que acabamos de citar cree que Ana criaria por sí misma á María, y nosotros lo tenemos por indudable, pues que si así no hubiera sido, juzgamos que la Providencia hubiese dispuesto quedase consignado en el Evangelio el nombre de la mujer que hubiese tenido la honra de lactar á la Madre de Dios.

Dotada la augusta Niña de una razon perfecta, no necesitaba la señaanza ni instruccion de sus padres, pues el Dios que la habia elejido para una dignidad tan superior á la de toda otra criatura, dirigia su corazon y la iluminaba con celestiales luces. Ella comprendia toda la grandeza de Dios, y de tal modo le amaba, que como dice Bernardino de Bustos, con un acto continuo amaba siempre actualmente á Dios, y la misma Señora, ha dado por sí misma testimonio de esta verdad, diciendo á Santa Brígida: «En este mundo, no tuve otro pensamiento, ni otro deseo, ni otro gozo que Dios.» Ahora bien, como la gracia no la fué concedida paulatinamente, sino que la recibió como antes hemos dicho, en toda su plenitud desde el momento de su animacion, hemos de convenir necesariamente, en que sus virtudes eran heróicas cuando descansaba en la cuna, como mas tarde cuando su alma era traspasada con una espada de dolor al presenciar la trájica escena de la muerte de su Divino Hijo en la cresta del monte de las Calaveras. Joaquin y Ana no podrian menos de conocer los admirables efectos que obraba la gracia en la preciosa Niña, pero conocian los deberes de la paternidad, y en conformidad con ellos trataban de instruirla, y no podian menos de llenarse de admiracion al contemplarla maestra consumada en todas las virtudes, no obstante estar aun envuelta en las fajas de la infancia. Aquella profundisima humildad que resplandeció en ella en todos los actos de su preciosa vida, se demuestra ya de un modo maravilloso en tan

tierna edad. ¿Quién duda que habiendo recibido el privilegio de una anticipada razon, pudo hablar y discurrir desde que abrió sus ojos á la luz del mundo? Esto no obstante mostró hasta para con sus padres el lento desarrollo de todas las criaturas guardando silencio hasta tener año y medio de edad, en lo que manifestó una virtud heróica como dice la venerable Agreda. No fueron de ella conocidos los entretenimientos pueriles, y su mayor gozo y mas agradable ocupacion era el estar recojida en su espiritu, meditando en las cosas celestiales, y cuando hablaba con su madre era para preguntarla de las cosas tocantes á Dios ó sus misterios, no desdeñándose la que escedia en sabiduria á todos los nacidos, en ser instruida y enseñada, y antes por el contrario prestaba la mas profunda atencion á las esplicaciones que recibia de aquellos á quienes despues de Dios debia el sér. ¡Cuántas bendiciones del cielo descendian sobre la humilde morada de aquella santa familia! María siendo un perfecto modelo de virtudes y un espectáculo admirable al mundo, á los Angeles y á los hombres, llegó á los tres años de edad. Entonces sus padres trataron de cumplir la promesa que habian hecho de conducirla al templo, para que allí se dedicase al servicio del Señor.

CAPITULO IV.

De como la Santísima Virgen fué presentada al Templo cuando tenia tres años de edad: su orden de vida en aquel lugar y muerte de sus benditos Padres.

El mas perfecto uso de una razon privilegiada, una sabiduria superior y una prudencia consumada, resplandecian en la augusta hija de Joaquin y Ana, cuando solo contaba tres años de edad. En un tiempo en que las demas criaturas no han manifestado desarrollo alguno en la razon, y solo saben ocuparse en los pueriles entretenimientos, la privilegiada y singular María puede servir de ejemplo y dar lecciones á todas las edades y á todos los estados. Todas las criaturas pertenecen á Dios desde el primer momento de su existencia, porque de El tienen el sér: pero esta dependencia que todas las criaturas tienen de Dios por razon de su sér, es doblemente esencial al hombre por su libertad y por su razon; aunque el hombre no quisiera depender de Dios, no podria despojarse de esta necesaria dependencia; pero el Criador al concederle la razon y la libertad ha querido que voluntariamente la acepte, que la reconozca, que la acate y que haciendo un uso recto de la misma razon que se ha dignado concederle, le sirva fielmente, rindiéndole justos homenajes de amor y de gratitud. ¿Pero cuando empieza esta obligacion? Esplicalo el angélico Santo Tomás, diciendo: « la primera obligacion del hombre, luego que sale de la infancia y empieza á abrir los ojos del alma, es volverse á Dios, y hacerle

un pronto y humilde homenaje de sí mismo. » ¿Cómo ha de practicar la virtud un tierno infante, cuando la luz de la razon no se ha presentado á disipar las opacas sombras de la ignorancia en que todos nacemos envueltos? ¿Cómo ha de volverse á Dios, el que aun no está en estado de poderle conocer? Mas en María, todas fueron escepciones, todas prerrogativas, todos privilegios singulares: lo que en las demas criaturas racionales es obligatorio desde la salida de la infancia, en ella lo fué desde el momento primero de su existencia. Hemos dicho que habiendo recibido la gracia en el instante de su animacion, recibió tambien el privilegio del anticipado uso de la razon. No habia de ser en esto menos que los Angeles sobre los que habia de reinar, los cuales recibieron el uso de su libertad desde el momento de su creacion. Así lo siente con otros autores, San Bernardino de Sena¹. No debe pues estrañarse, que la purísima María no tuviese desde sus primeros dias otro pensamiento que su Dios, ni el verla consagrarse al amado de su alma en edad tan tierna, de una manera mas sublime que pudieran hacerlo los mas encumbrados Serafines.

María como decíamos, llegó á los tres años de edad, rica en virtudes. Sus benditos padres determinaron cumplir la promesa que al Señor habian hecho, de llevarla al templo para consagrarla á su servicio, y á este fin salieron de Nazareth, acompañados de algunos deudos, llevando con ellos la verdadera Arca, para depositarla en el lugar santo. Al describir este sublime pasaje de la vida de la Santísima Virgen, no podemos menos de traer á la memoria la descripcion que hace el tercero de los sagrados libros de

¹ *Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii.* Tom. I, Sermon. 51, cap. I.

los Reyes, de la solemnidad y aparato con que Salomon hizo trasladar al templo despues de su dedicacion, el Arca de la Alianza: «Entonces, dice el sagrado testo, se congregaron todos los ancianos de Israel con los príncipes de las tribus y los caudillos de las familias de los hijos de Israel al rey Salomon, para trasladar el Arca de la alianza del Señor¹.» La tierna Niña que desprendiéndose de los brazos de unos padres tan amantes como santos, corre presurosa para trasladarse al templo, es la verdadera y escogida Arca, representada en aquella. El oro de que está adornada es su singular pureza, y las piedras preciosas que la guarnecen, sus heróicas y arraigadas virtudes. No está destinada como la de la alianza, para depósito de las dos tablas de piedra donde se hallaban grabados los preceptos de la Ley, que recibiera Moisés en Horéb, cuando el Señor hizo alianza con los hijos de Israel, luego que salieron de la tierra de Egipto, sino para encerrar en sí al mismo Legislador Divino que domina sobre todos los reyes de la tierra.

Sin ser María misma, imposible es comprender toda la heroicidad, toda la virtud, toda la grandeza de alma, que resplandece en ella en el acto de su Presentacion al templo. Amaban Joaquin y Ana á su hija única con todo el amor que era propio de unos padres adornados de tan sublime santidad, y que conocian todas las bellas casualidades, las relevantes prendas, y las altísimas virtudes que la adornaban. María en su clara inteligencia no podia desconocer el extraordinario amor que sus padres la profesaban y ella les correspondia, honrándoles y amándoles á su vez, reconociendo que despues de Dios les debía el sér, por lo que los

¹ III. Reg. cap. VIII., v. I.

miraba como imágenes suyas en la tierra. ¡Qué procesion tan admirable de obras meritorias! Fieles á sus promesas Joaquin y Ana se apresuran á dar cumplimiento á la que á Dios habian hecho; é inflamada la tierna Niña en el amor divino, persuadida que todo amor y hasta el de los padres es secundario, pues que Dios es el objeto mas digno de ser amado, oye no con tristeza sino con el mayor regocijo de su alma la determinacion de sus santos padres, y cual inocente tortolilla anhela anidar en los huecos de la santa piedra: iba á deshacerse de los brazos paternales, iba á perder los cuidados y desvelos con que la atendian, pero á falta de aquellas caricias y ternuras, se preparaba á gozar de mayores y mas estimables delicias en el apartado trato con su Dios.

Empendióse el fatigoso viaje: Ana era la sacerdotisa que llevaba en sus brazos el Arca que iba á depositar en el templo: en esta traslacion no se advierte el numeroso acompañamiento, el fausto, la grandeza y solemnidad que acompañaron la traslacion del Arca de la alianza: el ojo del misero mortal no hubiese descubierto otra cosa que una pobre familia que caminaba con una escasa compañía de deudos siguiendo el rumbo de Jerusalem. Mas si faltaba un gran séquito y pompa mundana, que no podia apeteerla la que al saber mas tarde que iba á ser Madre de Dios, se habia de confesar humilde esclava del Señor, su traslacion y entrada en el templo, «fué magnífica á los divinos ojos, dice San German de Constantinopla, pues no solamente la sirvieron de carroza triunfal y de acompañamiento todos sus parientes, sino que invisiblemente la acompañaron muchas legiones de Angeles.» Acerca de este invisible acompañamiento de los espíritus angélicos, se espresa la venerable Agreda de este modo: «Iba esta humilde procesion muy sola de

criaturas terrenas, y sin alguna visible ostentacion, pero con ilustre y numeroso acompañamiento de espíritus angélicos que para celebrar esta fiesta habian bajado del cielo á mas de los ordinarios, que guardaban á su reina Niña, y cantando con música celestial nuevos cánticos de gloria, y alabanza del Altísimo (oyéndolos y viéndolos á todos la Princesa de los cielos, que caminaba hermosos pasos á la vista del Supremo y verdadero Salomon)... sintiendo los dichos padres de la Niña María, grande júbilo y consolacion de su espíritu ¹.

Hay hombres que engreidos por una aparente sabiduría niegan todo lo que no pueden comprender, y se resisten á creer todo lo que es extraordinario. El mundo, decia el grande Bossuet no aprueba estas cosas y hace de ellas asunto para sus bromas ². No creemos que pueda creerse por ninguno que sepa discurrir y comprender toda la grandeza de María, y las prerrogativas que debian distinguirla por su destino de Madre de Dios, que solo un arranque de entusiasmo, ó una ciega devocion, sea la que pueda afirmar que los Angeles hayan acompañado y servido visiblemente á la Santísima Virgen. El sabio y devoto padre Argentan, se dirige á los que en este particular presentan duda, recordándoles este bello razonamiento de Gregorio, arzobispo de Nicomedia: «Vosotros que ois esta admirable y nueva manera de vivir de la Santísima Virgen, no lo dudeis, ni examineis con vuestra razon lo que no alcanceis á comprender. Veis que el Verbo Divino habitó de un modo inefable en su purísimo seno; ¿y disputareis sobre si eran ó no materiales los alimentos con que se mantenía? Veis que el

¹ Obra citada. Primera parte, lib. II, cap. I.

² Bossuet; Tratado de la oracion, pref.

Espíritu Santo obró en ella el mayor de sus prodigios; ¿y dudareis de los servicios que los ángeles la hayan prestado? Preciso es no dudar de las grandezas de la Santísima Virgen cuando se la atribuyen prerrogativas y privilegios convenientes la dignidad de Madre de Dios; son innegables: era menester que el templo de Dios estuviese adornado de toda suerte de bellezas: menester era que estuviese enriquecido de toda especie de bienes espirituales: menester era que fuese recibido por los ángeles. »

Asi pues acompañada de sus padres y rodeada de los espíritus angélicos que entonaban alegres cánticos, que no podian ser de todos escuchados, llegó María al templo. Tal vez en sus oidos resonaban aquellas palabras de los salmos: «Oye, hija, olvidate de tu pueblo y de la casa de tus padres, y agradarás al Rey por tu belleza ¹.» Su candor, su angelical modestia arrebata las atenciones y hace verter lágrimas de ternura á todos los circunstantes.

Aquella comitiva rodeada de una magnificencia invisible para los mismos que la componian, escepto la que motivaba la traslacion, llegó á Jerusalem. La Hija de Joaquin y Ana, ve ya el lugar de su retiro: su tierno corazon rebosa en las mas dulces expansiones de divino amor: asi es que sin alterarse recibe las tristes despedidas de los circunstantes á los que ve verter lágrimas de ternura: para que ella los hubiese acompañado con las suyas, era menester que su fe hubiese sido tibia; pero aquella Niña designada por la Providencia para ser tipo especial de santidad en el seno de la religion que iba á aparecer para regenerar el mundo, estaba dotada de una fe viva, eficaz, operativa que en ella era don perfecto y virtud heroica; y en tal grado que en

¹ P. XLIV, v. 11.

esta como en las demas virtudes no ha tenido quien la iguale, porque su santidad es superior á toda santidad, escluyendo tan solamente la de Dios, y ya que de la santidad de la Santísima Virgen nos ocupamos, dejemos hablar á un eminente escritor contemporáneo, que justamente está llamando la atencion del mundo católico, por la profundidad y sublimidad de sus estudios sobre el Cristianismo: «*María, dice, no es santa como los demas santos, en quienes la santidad es mas ó menos humana por algun lado: su santidad es absolutamente sobre humana, sobre angélica: sobrepuja á toda proporcion, á todo pensamiento ó concepto: se pierde en elevacion en una especie de infinito, que es finito sin duda relativamente á lo infinito; que es creada relativamente al Creador, respecto de Dios, pero que, repitiendo las palabras de Gerson, constituye una gerarquía única y que es inmediatamente la segunda despues de la gerarquía soberana de la Trinidad.*» Guiada pues por la inspiracion de Dios y conocedora de su voluntad soberana, huye de entre los brazos de sus padres, y despues que se hubo efectuado el sacrificio, para el cual Joaquin habia ido provisto de un cabrito, y de despedirse de los santos ancianos que alegres por cumplir la voluntad del Señor, vertian abundantes lágrimas por privarse de aquel objeto tan amado de sus corazones, subió velozmente las gradas que guiaban al departamento de las doncellas, donde fué recibida por los sacerdotes y maestras á cuyo cargo se hallaba el cuidado y la instruccion de las acogidas en aquel lugar. La hermosura natural con que Dios habia adornado el rostro de la bendita Niña, su candor y modestia, no pudieron menos de llamar vivamente la atencion general, de suerte

1 Augusto Nicolás: *Virgen María y el Plan Divino*, libro III, cap. VII.

que asi los sacerdotes, como las superiores y aun las mismas doncellas, se felicitaban mutuamente por la preciosa adquisicion que acababan de hacer. Cada una de las maestras se hacia cargo de cierto número de alumnas, y á la profetisa Ana, cupo la suerte de ser la encargada de custodiar á la angelical María.

Los secretos que versan entre Dios y sus escogidos son arcanos impenetrables á la comun inteligencia: ¿Cómo pues nos será dado comprender ni menos esplicar los dulces y amorosos coloquios que en aquel santo retiro, tendria la purísima Virgen con el amado de su alma? Mas ya que esto no nos sea fácil, intentaremos sin temeridad levantar siquiera sea una punta del velo que la oculta á las miradas del mundo, y tratemos para la comun edificacion y enseñanza de observar las ocupaciones y ejercicios que practica ora á la vista de sus compañeras, ora en la soledad de su morada. Para ello hemos de recurrir á las puras fuentes de las revelaciones de la misma Señora, y á lo que han escrito los Padres de la Iglesia.

La humildad es una preciosa azucena que descuella en el ameno jardin de las virtudes: sin ella nada serian todas las demas, porque una virtud orgullosa se convertiria en vicio. Jesucristo que vino al mundo y que en su calidad de Legislador y Maestro enseñó con su ejemplo y doctrina virtudes hasta entonces desconocidas: Jesucristo que siendo un Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de Esencia y Trinidad de Personas, se humilló hasta el extremo de tomar nuestra naturaleza humana para padecer en ella y morir en una cruz por salvarnos, y que dijo: «*Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón,*» quiso que la humanidad tuviera en María un modelo anticipado, creado, en el que las generaciones pudieran aprender: Jesu-

cristo, santidad increada, quiere que el mundo admire en su Madre el tipo mas perfecto de la santidad creada.

La que á su tiempo contemplamos profundamente humillada, rodeada de la mayor grandeza posible y elevada á la mas sublime de las dignidades, llamándose esclava en presencia de un mensajero celeste que la anuncia su maternidad divina, se presenta ya á nuestra vista espectáculo admirable de humildad, á través de los extraordinarios favores y singulares mercedes que del cielo recibia. Sabidos son los éxtasis, arrobamientos y celestiales visiones con que Dios ha favorecido segun su voluntad á aquellas almas privilegiadas que llegaron á la perfeccion. San Pablo tuvo la dicha de ser arrebatado al tercer cielo ¹; y la célebre española Santa Teresa de Jesus, á la que obligó la obediencia á escribir la historia de su vida, habla de éxtasis y arrobamientos maravillosos en los que recibia grandes favores y consuelos del Señor. ¿Qué mucho que la que escedió en santidad á Pablo, y á Teresa, como á todos los bienaventurados, espermentase semejantes favores y aun mas extraordinarios, á través de una infancia tan perfecta!

Supuesto estos principios, nos haremos cargo del singularísimo favor que recibió del Altísimo la Santísima Virgen luego que se quedó en el templo, y que nos servirá para comprender en algun tanto lo profundo de su humildad. Su primer cuidado fué rendir fervorosa accion de gracias al Señor por el gran beneficio que le acababa de dispensar. Soy vuestra ¡oh mi Dios! esclamaría; os habeis dignado llamarme, y he venido prontamente á obedeceros: ignoro vuestros altísimos designios sobre mí, pero sean los que fueren, espero tan solo conocer vuestra soberana vo-

¹ II ad Cor., cap. XII, v. I, et seg.

luntad para practicarla: hablad Señor, que vuestra sierva oye y está pronta á obedecer. Dijo, se recogió en su espíritu y cual mas tarde el Apóstol de las gentes, fué arrebatada de la tierra hasta el mismo cielo. Hé aquí como nos refiere este pasaje, la venerable Agreda: «Sintió una virtud superior que la movia y levantaba en un ardiente éxtasis: »y luego el Altísimo mandó á los Serafines que la asistían, »ilustrasen su alma santísima y la preparasen... Y con esta »preparacion acompañada de todos sus santos Angeles, y »otros muchos, vestida la divina Niña de una refulgente »nubecilla, fué llevada en cuerpo y alma, hasta el cielo »Empíreo donde fué recibida de la Santísima Trinidad con »digna benevolencia y agrado. Postróse ante la presencia »del Poderosísimo y Altísimo Señor, como solia en las demas visiones, y adoróle con profunda humildad y reverencia. Y luego la volvieron á iluminar de nuevo con otra »cualidad ó lumen con la cual vió la Divinidad intuitiva, y »el claramento ¹.»

La que favores de tal naturaleza recibia: la purísima Niña que mereció ser arrebatada de la tierra y penetrar en los cielos, y para la que visibles eran los Angeles que la custodiaban, lejos de adquirir propia estimacion, se cree indigna de mercedes tan distinguidas, y se reputa por la última entre todas sus compañeras, y suplica humildemente á los sacerdotes y á su maestra Ana, la dirijan y ordenen cual debe ser su método de vida. Maestra consumada de todas las virtudes, ejemplar y precioso modelo donde podia estudiarse la mas sublime perfeccion, desea ser instruida y dirigida, no queriéndose guiar por sola su voluntad. Lejos de apetecer distinciones las rehusaba, y los mas humildes

¹ V. Agreda. Obra citada. Primera parte, lib. II, cap. II.

oficios eran los que con mas gozo aceptaba y con mas prontitud ejecutaba: el dedo del Eterno la señala enriquecida con toda clase de perfecciones, y tan prudente como modesta, sabe disimular las flaquezas de sus compañeras.

De sus ejercicios u ocupaciones continuas nos habla San Gerónimo en su epistola á Eliodoro, donde se ve que tenia distribuido el tiempo del modo siguiente: desde la aurora hasta promediarse la mañana, se hallaba entregada á la oracion; el resto de la mañana hasta el medio dia, hacia alguna labor conforme á su edad, recibiendo despues las instrucciones de la ley y de la doctrina del antiguo Testamento que la daban los mismos Angeles, por ministerio de los cuales le era preparada y presentada la comida ¹, y luego volvía á la oracion que duraba hasta venir la noche.

Si como leemos en las historias de las vidas de los santos, Dios se ha complacido en dispensarles celestiales favores y

¹ El sabio Padre D'Argentan de quien hemos tomado esta esplicacion de San Gerónimo, dice, que aunque no pueda asegurarse como artículo de fe, que la Santísima Virgen se alimentase por ministerio de los angeles, porque la Sagrada Escritura nada habla de esto, podemos afirmarlo apoyados en graves autores que lo refieren como una tradicion antiquísima; por lo cual á lo menos es de fe humana, cuya creencia no parecerá difícil. En confirmacion de esto cita varios pasajes biblicos donde se vé, que tal ministerio lo desempeñaron muchas veces los angeles con siervos amados del Señor, siendo uno de ellos el del Profeta Elias que recibia la comida de manos de un angel. Y si otros ejemplos semejantes leemos en las historias de los Padres del desierto: ¿tendriamos dificultad, concluye el mismo escritor, en creer piadosamente que la Madre de Dios, fuese mas favorecida que sus siervos? Por nuestra parte, considerando que la Santísima Virgen Maria escedió en santidad á todos los justos de uno y otro Testamento, y teniendo en cuenta su dignidad casi infinita respecto al orden hipostático, no podemos creer haya dejado de recibir ninguna gracia que á cualquier otro justo haya sido concedida. Ya hemos dicho que desde el instante de su Concepcion recibió no solamente toda la plenitud de la gracia santificante sino todas las gracias *gratis datas*. Es pues para nosotros indudable que si no siempre, algunas veces fué alimentada por ministerio de los angeles. No conoce toda la grandeza de Maria y su dignidad, quien ponga reparo á tal creencia.

gracias extraordinarias cuando se hallaban entregados á la oracion, ¿qué experimentaria la Santísima Virgen cuando entregada á tan santo ejercicio, quedaba como embebida en su Dios? Pero en vano trataríamos en nuestra pequenez el querer penetrar tan sublimes arcanos. San Buenaventura en su opúsculo sobre la vida de Jesucristo, habla de la Santísima Virgen, diciendo que cuando estaba en el templo, dirigía al Señor fervorosas plegarias, suplicándole la gracia de amarle de todo corazon, de amar á todos sus prógimos como Dios deseaba que lo hiciese, tener un grande aborrecimiento al pecado y á todo cuanto no fuere del agrado divino, espíritu de profundísima humildad y de perfecta obediencia: que la concediera la dicha de conocer y servir á la Virgen anunciada por Isaías, que habia de concebir y dar á luz al Hijo de Dios, pidiendo por último al Señor, mirase con ojos de piedad y misericordia á su pueblo, conservando su templo y su religion, y que enviase pronto al Mesías tan deseado.

María en el templo, entregada á tan santos ejercicios, es el modelo perfectamente acabado, que han copiado tanta multitud de vírgenes, que arrancadas por una verdadera vocacion del bullicio de las ciudades, han poblado los claustros y monasterios. Cada dia ofrece el Cristianismo, admirables ejemplos de abnegacion heróica, que hasta los mismos impíos no pueden menos de mirar con asombro y religiosa veneracion. Jóvenes á quienes su edad, su natural belleza y una fortuna risueña, les ofrecen un porvenir ventajoso, arrojan de sí el fausto y la grandeza y despojándose de las sedas y dando un adios á los caprichos de la moda, trocan sus galas por un sayal; los deleites de la sociedad, por los santos placeres del retiro; y anhelantes por alcanzar la perfeccion se sepultan en los claustros, abandonando sin dolor

unos padres de quienes no habian recibido mas que pruebas de bondad y de amor, una sociedad de las que eran el encanto, un mundo en suma, que les presentara el bello espectáculo de sus encantos y placeres. ¿A quién sigue esa turba de sencillas palomas, esa multitud de virgenes, candidas azucenas y odoríferas rosas que forman el bello jardín de la católica Iglesia? Todas ellas siguen las huellas de la purísima María: todas caminan en pos de la Reina de las virgenes. Ella abrió el camino, y abandonando la casa paterna, y á sus mismos padres, practicando tantas y tan heroicas virtudes dentro del templo, dió la lección mas sublime, que tan admirables fecundidades ha venido produciendo de generacion en generacion.

Fijemos de nuevo la vista en este bellissimo ejemplar de todas las virtudes. La mas pura alegría brilla en su rostro: no tan bella se presenta la aurora al despertar el día, como bella se presenta cada día á los sacerdotes y maestras la angelical María: todo lo emprende por Dios: todo lo sacrifica por Dios, despojándose hasta de su misma voluntad, pues quiere y busca y acepta gustosísima las cadenas de la obediencia, y levantando el estandarte de la virginidad, consagra á Dios su casto cuerpo, no queriendo tener otro esposo ni dueño. La caridad es la reina de las virtudes, el fuerte pedestal ó cimiento del edificio de la verdadera piedad, y así no podia dejar de resplandecer en la augusta Niña. Ella consuela á sus compañeras en todas sus aficciones, se conforma con sus genios, atiende á sus necesidades, tolera sus impertinencias, y se muestra afable y bondadosa con todas ora sean agradables, ora discolas: la santa paz reinaba en su bendita alma, y admirables y hermosos tenian que ser sus pasos.

Se acercaban los días señalados para que los benditos

padre de la Santísima Virgen, saliendo de esta vida mortal, pasase al seno de Abraham á esperar en compañía de los demas justos, el gran día en el que se habian de abrir las puertas de los cielos, cerradas todavía para el hombre desde la caída del primero de ellos. Seguiremos para dar cuenta de estos sucesos la inspiracion de la venerable Agreda, en cuya voluminosa obra encontramos el mas rico arsenal de importantísimas noticias. Quiso Dios que la purísima María, fuese sabedora de la próxima muerte de su padre San Joaquin, lo que le hizo saber por medio de una revelacion. La que en todo se conformaba con la voluntad de Dios, acatándola profundamente, no se quejó de la Providencia por mas que espermentase el natural dolor que no podia menos de sentir una tan buena hija por la muerte de un padre al que amaba con la mayor ternura, y al que profesaba la mayor veneracion y respeto. Conocia á fondo las grandes virtudes que adornaban á su padre, y que por consiguiente su muerte habia de ser tranquila como siempre lo es la de todos los que acaban su vida en el ósculo del Señor. Sin embargo, apenas le fué hecha la revelacion, trató de cumplir con los deberes de buena hija: rogó al Señor en la mas fervorosa oracion, se dignase asistir á su padre en sus últimos momentos, pidiendo al mismo tiempo á los ángeles le acompañasen en el trance de la muerte. Así sucedió y el santo anciano no solamente vió á los ángeles que le acompañaban sino que á mas tuvo la dicha de que por ellos le fuera revelado que su Hija María era la bendita Virgen anunciada por Isaías, en cuyo seno purísimo habia de verificarse la Encarnacion del Divino Verbo. Lleno pues de alegría con tan feliz nueva, Joaquin entró en una suave agonía, cerrando sus ojos á la luz del mundo, pasando al Limbo, donde anunció á los Santos padres la proximidad de la Re-

dencion del mundo, habiendo acaecido esta preciosa muerte, medio año despues que la Santísima Virgen entró en el templo, y cuando tenia por consiguiente tres y medio de edad.

Fué voluntad de Dios que la purísima criatura que estaba destinada á sufrir agudísimos dolores, y á nadar en un océano de penas, cuando llegase el ocaso del sol de justicia, se empezase á habituar desde la infancia con los padecimientos y tribulaciones. El primero, pues, de los trabajos que padeció fué el suspenderla el Señor las visiones continuas que la comunicaba. La que tan celestiales favores y mercedes tan señaladas venia recibiendo, no podia menos de experimentar un profundo dolor con tal pérdida; y como si esto no fuera bastante, ocultáronsele tambien, dice la citada escritora, los santos ángeles, por mas que no se apartasen de su compañía, quedando así, la Santísima Señora en una soledad amarga, con la ausencia de su amado. ¡Ah! que era un anuncio anticipado de aquella tristísima soledad en que habia de quedar un dia cuando cayese sobre el cadáver de su Divino Hijo la pesada losa del sepulcro.

Dios se complacia de la resignacion que en este y otros trabajos mostraba la angelical María, la que por su parte, juzgándose en su profundísima humildad, indigna de seguir recibiendo los celestiales favores que entonces le faltaban, y creyéndose culpable, se dirigia al amado de su corazón diciéndole: «Si como ignorante y simple ovejuela no supe ser agradecida, ni obrar lo mas acepto á vuestros ojos, postrada estoy en tierra, unida con el polvo para que vos, mi Dios, que habitais en las alturas, me levanteis por pobre y destituida. Vuestras manos poderosas me formaron, y no podeis ignorar nuestro figmento y en que vaso depo-

sitais vuestros tesoros. Mi alma desfallece en su amargura, y en vuestra ausencia, que sois su dulce vida; nadie puede dar aliento á mi deliquio: ¿Adónde iré de vos ausente? ¿Adónde volveré los ojos sin la luz que los alumbraban? ¿Quién me consolará si todo es pena? ¿Quién me preservará de la muerte sin la vida? » Tan fervorosa oracion subiria en olor de suavidad hasta el trono del Eterno, el que la llenaria de consuelo repitiéndola sus favores, que solo la suspenderia para acostumarla á los padecimientos.

Llena de gracia y de virtudes siguió la Santísima Virgen en el templo, siendo el modelo de sus compañeras, y la admiracion de los sacerdotes y superiores. Ella la mas exacta en cumplir la ley, la mas pronta en la obediencia, y la mas prudente en sufrir las impertinencias de sus compañeras, era la mujer fuerte de la que nos habla el sagrado libro de los Proverbios. Su adorno, dice oportunamente la venerable escritora, cuya inspiracion venimos siguiendo, era la fortaleza que la llenaba de hermosura; y su vestido que la servia de gala lo formaban la pureza y caridad.

Cuando escribimos nuestra *Primitiva Historia de la Virgen*, al presentarla en el templo nos adherimos á la opinion del erudito Orsini, el cual combate con razon la opinion admitida sin exámen por algunos autores, de que Maria desde su ingreso en el templo fué colocada en el *Santo de los Santos*. Trascribiremos como entonces lo hicimos las razones en que se funda el citado autor. «El Santos de los Santos, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos estaba cerrado á todo sacerdote hebreo, á excepcion del gran Pontífice que no penetraba en él mas que una vez al año, despues de un buen número de ayunos, vigiliias y puri-

1 V. M. Agreda. Obra citada: parte 1.^a, lib. II, cap. XVII.

ficaciones. El no se presentaba allí sino rodeado de una espesa nube de perfumes que se interponía entre él y la Divinidad, *que ningún mortal puede ver sin morir*, dice la Escritura; en fin, no permanecía allí mas que algunos minutos, durante los cuales el pueblo prosternado y con el rostro pegado al suelo rompía en sollozos temiendo que encontrase la muerte. El mismo sumo sacerdote daba despues un gran festin á sus amigos, para congratularse con ellos de haber escapado de un peligro tan inminente.

«Júzguese, pues, segun esto, si es posible que María haya sido criada en el *Santo de los Santos* ¹.»

Necesario era para que tal privilegio hubiese sido concedido á la augusta Hija de Joaquin y Ana, que por medio de una revelacion hubiese conocido el gran Pontífice su destino futuro de Madre del Mesías; y como quiera que no hubo tal revelacion, por ser voluntad de Dios que el gran misterio permaneciese oculto por entonces, es indudable, que María en el templo no ocupó lugar preferente al de sus compañeras.

Hemos visto antes, que Dios se habia propuesto ejercitar en los padecimientos, á la que mas tarde habia de adquirir el título de Reina de los Mártires, y como dió principio por privarla de sus visitas y celestiales consuelos. Vamos ahora á ocuparnos de otros diversos trabajos que padeció en el templo. Es indudable que el maligno espíritu, causa de la degradacion de la humanidad, ignoraba que María era la mujer anunciada en Eden que habia de quebrantar su cabeza; la feliz criatura que habia de concebir y dar á luz al suspirado Salvador. Esto no obstante veía la pureza y santidad, la perfeccion heróica que en ella resplandecía, y como

1 Orsini. Obra citada. Lib. IV.

quiera que en el mismo dia de la caída del hombre se le notificó la sentencia de que una mujer quebrantaria su cabeza, empezó á recelar si seria la escogida para Madre del que habia de hacerse Hombre. En vano trató desde aquel momento poner en juego toda su ardid maldito, para hacerle perder la gracia por algun pecado. La que era impecable por privilegio, no podia dar oido á las sugerencias del demonio, que solo podian servirle para que se aumentase la llama del amor divino que ardia en su corazon, si aumento hubiera cabido en su ardiente caridad. No dió menos motivo para el ejercicio de las virtudes á la purisima Virgen, otro medio de que se valió Luzbel para conseguir su objeto. Ya hemos dicho que las doncellas del templo lo mismo que los sacerdotes y maestras veneraban á la santa Niña por las grandes virtudes que en ella descubrian: pues bien, el que fué impotente para vencer la admirable fortaleza de María, arrojó ocultamente centellas de envidia en el corazon de las doncellas sus compañeras. Poco advertidas y menos ejercitadas en las batallas espirituales, cayeron en la tentacion, de suerte que concibieron odio é indignacion contra la misma criatura en la que antes veian un perfecto modelo de prudencia, modestia y todas las virtudes: de nada podian acusarla, pues que ni la mas leve imperfeccion podia descubrirse en la criatura privilegiada que en santidad no conocia superior fuera del mismo Dios: sin embargo, á solas con ella la colmaron de injurias, achacando á hipocresía su natural modestia, ofreciéndole no parar en sus persecuciones hasta conseguir que fuese espulsada del templo.

Si leemos en las historias de los santos que siempre se gloriaron en sus propias tribulaciones ¿qué deberemos pensar de la conducta de la Santisima Virgen en esta ocasion? sin saberlo dábanla las doncellas nuevos motivos para ejer-

citar su profundísima humildad. Una de las veces que á la Santísima Niña injuriaban con voces las mas descompuestas, llegaron á apercibirse los sacerdotes y maestras, los cuales trataron de inquirir en el momento las causas del alboroto y de las duras espresiones que dirigian á María de Nazareth. Ellas encontraron con esto ocasion oportuna para acusarla, y lo hicieron diciendo; que en ausencia de los superiores, todo lo inquietaba, burlándose de sus compañeras, á los piés de las cuales se postraba despues, fingiendo una humildad de que carecia. Fáciles los sacerdotes en dar crédito á las falsas acusaciones de las doncellas, condujeron á María á un lugar apartado donde la reprendieron con aspereza, amenazándola con despedirla del templo sino se enmendaba. «Enternecióse un poco la prudentísima Virgen con esta conminacion, y con lágrimas respondió á los sacerdotes y les dijo: señores, yo agradezco el favor que me haceis con reprenderme y enseñarme, como á tan imperfecta mujer, pero suplicoos me perdoneis, pues sois ministros del Altísimo, y disimulando mis defectos, me gobernéis en todo, para que yo acierte mejor que hasta ahora, á dar gusto á Su Majestad, y á mis hermanas y compañeras; que con la gracia del Señor lo propongo de nuevo, y comenzaré desde hoy¹.» La que de tal modo se humilla y pide perdon de faltas que no habia cometido ni podia cometer, confunde con tan admirable conducta la de aquellos hombres altaneros, que engreidos por la soberbia, no pueden sufrir que se les hable de los defectos que tienen ni menos que se les reprendan. La soberbia fué la causa de la ruina de la humanidad, pues que apoderándose del corazon de los primeros vivientes, les

¹ V. M. Agreda. Obra citada: parte 1.^a, lib. II, cap. XVIII.

hizo romper los lazos que con el Criador les unian. La destinada á ser la contraposicion de la Eva pecadora, debia presentarse al mundo desde su mas tierna edad como el mas perfecto modo de fidelidad y de obediencia.

Dios que se complace siempre de las virtudes de sus siervos, tenia fija su mirada en la tierna Niña, á la que un dia habia de coronar por Reina de todos los santos, y se recreaba con el olor suavísimo que exhalaba esta preciosa y matizada rosa de tan singular fragancia.

En tanto llegó la hora en la que la célebre nieta de Natham, la bella Ana, viuda de Joaquin, vástago de la nobilísima tribu de Leví y de la familia de los Aaronidas, la que al verse favorecida de Dios con una fecundidad prodigiosa despues de muchos años de esterilidad exclamara con el mayor júbilo de su alma: «Cantaré alabanzas á Dios mi Señor, porque se ha dignado visitarme, y desviar de mí el oprobio de mis enemigos, dándome el fruto de la justicia que se ha de manifestar en su presencia. ¿Quién anunciará á los hijos de Rubens que Ana está lactando? Oigan, oigan este acontecimiento las doce tribus de Israel¹», debia dejar esta vida mortal y pasar al seno de Abraham, para esperar en compañía de su feliz esposo San Joaquin, el gran dia de la Reparacion. Dios quiso hacer un nuevo prodigio, disponiendo que la Santísima Virgen fuese trasladada por ministerio de los ángeles, desde el templo á la habitacion de su madre moribunda, sin que fuese notada su falta en el templo, por sustituirla durante su ausencia un ángel, tomando su figura, segun nos refiere la venerable Agreda.

¹ Una tradicion antiquísima, nos ha transmitido estas palabras con las cuales se dice dió gracias á Dios la madre de la Virgen, al ver que habia cesado en ella el oprobio de la esterilidad.

La Santísima Virgen colocada al lado de su madre la consoló con las mas dulces palabras, y la santa matrona, llena del mayor gozo, entregó su espíritu, reclinada en los brazos de su bendita Hija, dejando esta vida cuando contaba cincuenta y seis años de edad, teniendo entonces la Santísima Virgen doce, y llevando nueve de permanecer en el templo.

¡Dichosa Santa Ana! ¡Cuántos y cuán inestimables bienes ha reportado el mundo de su singular y portentosa fecundidad! Con razon el Cristianismo la saluda entusiasmado, llamándola Bienaventurada por haber concebido y dado á luz esa divina Niña, de la cual nació Jesus que se llama Cristo. ¡Fruto de bendicion en el que estaban vinculadas las esperanzas del mundo! Regocijese en buen hora la esposa de Lamech por haber dado á luz al gran Noé único varon justo, á quien quiso el Omnipotente preservar del universal diluvio que anegó toda la tierra, para perpetuar en su descendencia la promesa del Redentor: alégrese la madre de David, al ver que su hijo fué cortado á medida del corazon de Dios, y que fué el vengador intrépido del escogido pueblo, y el salvador del Arca de la Alianza: llénese de júbilo la madre de Salomon, el hombre mas sábio que han conocido los siglos, y el escogido por Dios para que llevase á cabo la fabricacion del suntuoso templo que fuera la admiracion del mundo y el consuelo de los Israelitas. Ninguna puede compararse con Ana, madre de una Hija que fué templo augusto de la misma divinidad, Arca misteriosa donde estuvo depositado el Legislador supremo, el Angel del gran consejo, Principe de eterna paz, Padre del futuro siglo, en una palabra, el que siendo Dios quiso hacerse hombre por salvar al hombre.

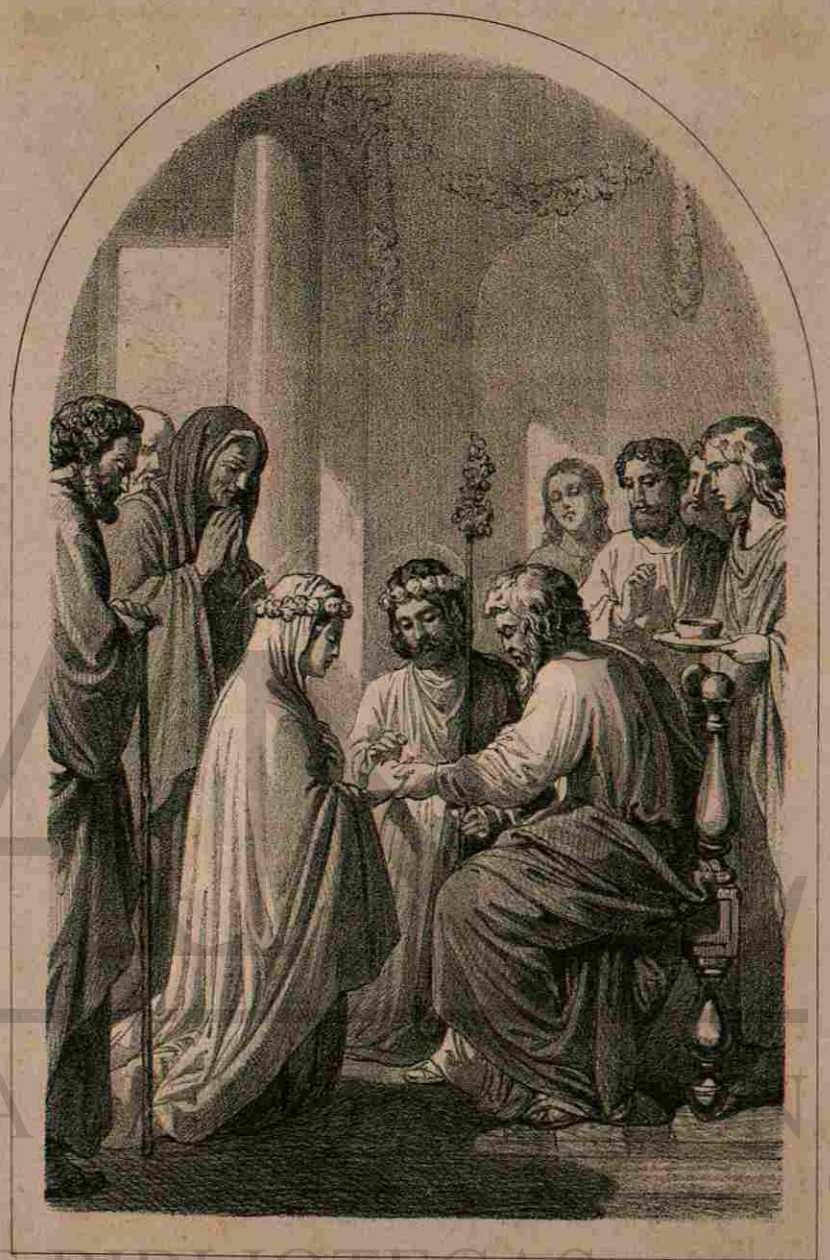
Entre todas las figuras bíblicas, se destaca magestuosa

y llena de grandeza la de la bendita Santa Ana, cuya mayor gloria la forma el haber sido madre de la siempre Virgen María; de la que por virtud del Espiritu Santo concibió en su seno virginal al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; de la que trajo á la humanidad la verdadera salud, produciéndole el Mesías que por espacio de cuarenta siglos habia sido esperado; la que siendo madre de la Santísima Virgen y abuela segun la carne de Dios, goza hoy en el cielo el premio merecido por sus virtudes. Ella y su esposo San Joaquin de los que no tendremos ocasion de ocuparnos mas en el curso de esta obra, fueron como los dos candelabros de oro del profeta Zacarías, que brillaron en la presencia del Señor, sirviéndoles con fidelidad, haciéndose dignos de la grandeza que hoy disfrutan y disfrutarán siempre en la mansion de los justos.

CAPITULO V.

De como trataron los sacerdotes de dar esposo á la humilde y pudorosa Virgen, y manifestada la voluntad de Dios por un prodigio, se verifican sus Desposorios con el escelso Patriarca San José.

La bellissima María de Nazareth, ha sufrido con la mayor resignacion la pérdida de sus amados Padres, y por mas que devorase en su corazon el dolor consiguiente á tal pérdida, ni se queja, ni deja mostrar en su semblante el abatimiento en que caen por los azares de la vida, las criaturas que carecen de fe, ó que si la tienen, es una fe tan tibia y sin raices que es doblegada á la menor ráfaga del mas ligero aire de tribulacion. Reducida á la orfandad, no la queda apoyo alguno en la tierra, y esta flor tan bellissima como llena de fragancia se encuentra aislada en el desierto de la naturaleza. Voluntariamente se habia ella aislado anticipadamente, y cual sencilla paloma se habia refugiado al seguro nido del templo, donde habia hecho á Dios una completa oblacion de sí misma. Oculta á las miradas del mundo en su retiro, si bien la Providencia dispuso que encontrase algun padecimiento en que ejercitar su paciencia y profunda humildad, segun vimos en el capitulo anterior, Dios quiso poner fin á tan pasajeras contradicciones revelando al Sumo Sacerdote su inculpabilidad, y haciéndole conocer que sus virtudes llegaban hasta su trono en olor de suavidad. Cesó, pues y como por encanto la ligera tempestad, y en adelante Maria fué no solamente objeto de admiracion, sino de veneracion y de respeto.



C. Menges lit.

Lit. de S. Gonzalez Madrid

Los Desposorios.

Huérfana la purísima Virgen, se dedicó en su aislamiento á la meditacion de las cosas del espíritu. Su idea fija, su pensamiento culminante era el gran Misterio de la venida del Mesías, y rogaba á Dios abreviase los tiempos y la concediese la dicha de conocer á la mujer venturosa que le habia de producir; Cuán lejos estaba de creer en su humildad profunda, que á ella se habia dirigido á través de los siglos Isaias cuando divinamente inspirado dijera: *Concebirá una Virgen!* Algun autor cree que á esta época de la vida de la Virgen pertenece su voto de castidad perpétua. Apoya Orsini esta opinion, fundado en que no se encuentra en ninguna parte que tal voto fuese conocido de Joaquin y Ana, sin cuyo consentimiento no hubiera sido válido ni á los ojos de la ley civil ni de la religiosa. Sea como quiera, ello es que María se habia consagrado á Dios, prometiéndole perpétua virginidad, determinada á no admitir esposo. Entre tanto el tiempo corria, y se acercaba el día tan repetidas veces anunciado por los Profetas y en el que el mundo tenia fija su espectacion. El pueblo judío depositario de las promesas, clamaba sin cesar: «Cielos, enviad el rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y brote al Salvador¹.»

Dios iba disponiendo los sucesos que decian orden á la Reparacion de la humanidad segun sus altos é incomprensibles juicios. María no pensaba en salir del templo, pues como dice Bernardino de Bustos se habia consagrado á su servicio sin limitacion de tiempo. ¿Qué le podia ofrecer la sociedad y trato de las gentes? ¿Tal vez alabanzas por la natural hermosura con que la adornara el cielo? ¿Ella no conoce otra hermosura que la virtud y solo desea las alabanzas para

¹ *Rorate caeli desuper, et nubes pluant justum: aperiatur terra et germenet Salvatorem.* Isaias. Cap. XLV.

Dios, á quien todo lo deben las criaturas. ¿Fausto y grandeza? Modelo el mas bien acabado de humildad profunda y verdadera, conoce la inconstancia de las cosas del mundo y todo lo terreno lo mira con la mayor indiferencia, pues desea tan solamente ser agradable á los ojos del Señor, al que ha consagrado su alma y su cuerpo, no queriendo otro dueño ni esposo. Parece que habia leído el Evangelio antes que fuese escrito ni que se hubiesen verificado los sucesos en él contenidos: ó digamos mejor sirviéndonos de una espresion de Orsini, que habia adivinado el Evangelio: porque de otro modo ¿quién podía haberla hecho conocer que la virginidad es un estado mas perfecto que el matrimonio? Pero en vano haremos reflexiones cuando sabemos que obraba siempre por superior impulso, que Dios dirigia todos sus pasos.

Para conocer todo el valor y heroismo que demuestra la pudorosa Virgen al consagrarse á Dios con perpétuo voto de castidad, recordemos lo que ya hemos dicho hablando de su madre Santa Ana, á saber: que la esterilidad era en Israel considerada como un oprobio. El pueblo escogido de Dios era el depositario de las promesas: todos sus hijos sabian que habia de nacer el Mesías libertador, y los israelitas dábanse priesa en dar esposo á sus hijas abrigando la esperanza de que naciera de su raza. Las jóvenes por su parte aspiraban todas á la honra de ser madre ó al menos ascendiente del Salvador. Hé aqui porque nadie habia invocado hasta María el voto de castidad. La Escritura Sagrada nos habla de la afliccion de algunas mujeres por no haber podido conseguir la dicha de la maternidad. Ana que sube al templo á pedir á Dios que le conceda un hijo, de tal modo se agita, y en tales lamentos prorrumpo, que el sacerdote Heli, la tiene por embriagada y fuera de juicio. Jephthé pide

á Dios tiempo para llorar su virginidad en ocasion de que su padre quiere sacrificarla para dar cumplimiento á un voto, y Tamár quiere juntarse á su suegro con ficcion y engaño esperando por este medio el conseguir la dicha de tener un hijo. Solo María renuncia voluntariamente tan natural deseo y prefiere á todas las honras posibles, el conservar cual rico tesoro la preciosa joya de la virginidad.

El Verbo divino habia de tomar nuestra carne en el vientre de una virgen que le habia de concebir, segun que anticipadamente habia anunciado Isaiás¹. Esta virgen destinada para dignidad tan sublime era María, la criatura mas santa que ha existido ni existirá sobre la tierra. Sábia la Providencia en sus disposiciones ordenó que la esclarecida Virgen en cuyas entrañas habia de verificarse el gran prodigio de la Encarnacion del divino Verbo, fuese casada para que ni por un momento pudiese peligrar su honra y buena fama. Si María hubiese sido fecundizada por el Espíritu Santo estando soltera, en el momento de ser conocido su embarazo, hubiese sido objeto del mayor desprecio por parte de los judíos á quienes no era dado conocer el misterio, pues que plugo á Dios tenerle oculto por entonces. Además María debia tener un protector, y la que iba á ser lecho ó trono del Salomon divino y verdadero, debia ser custodiada no por los varones fuertes de Israel reunidos, sino por un hombre solo y de admirable fortaleza, á cuya sombra descansara la ilustre y favorecida Virgen. Veamos quien es el hombre sobre el que se fija la mirada del Omnipotente, y el prodigio con que se dá á conocer la voluntad de Dios.

Habia llegado la bella huérfana de Joaquin y Ana á la edad en que los sacerdotes intimaban á las doncellas que se

¹ *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, etc. Isaias VII, v. 14.*

educaban en el templo, á contraer matrimonio, por lo que el Sumo Sacerdote se llegó á ella para notificarla la necesidad de que tomase esposo. El caminante que sin haber advertido el peligro se ve al borde de un precipicio sobre el cual habia levantado un pié para seguir su ruta, librándose de una muerte desastrosa que ya era casi inevitable, no queda tan sorprendido y suspenso como quedara la modesta Virgen de Judá al escuchar las palabras del Sumo Sacerdote. Ella pertenecia á Dios en cuerpo y alma: un voto de perpétua virginidad le tenia unida con el amado de su alma: ¿Cómo pues habia de dar su consentimiento para recibir un esposo? Así es que no titubeó y fiel á la promesa que habia hecho, contestó que no la era posible abrazar el estado del matrimonio. No quedó menos sorprendido el sacerdote al escuchar tal resolucio: el voto no era obstáculo, pues que podia ser anulado por sus parientes; pero ella suplicó rendidamente que no la hiciesen violencia y la dejasen en libertad para obrar segun su decidida voluntad. Ya hemos dicho que Dios habia dispuesto fuese casada la mujer que habia de ser Madre del divino Verbo, para que su honra estuviese á salvo, y así dispuso que el matrimonio de María se llevase á efecto, eligiendo para ello un varon tan modesto y lleno de virtudes cual debia ser el destinado para protector de la mas santa entre todas las criaturas. Vamos á ver los medios de que se valió la Providencia para llevar á cabo sus designios.

Las instancias repetidas de María no encontraron acogida alguna: su resolucio que chocaba directamente con las arraigadas preocupaciones de su nacion, era un misterio incomprensible para los sacerdotes. Ellos que estaban versados en las Escrituras, debian haber leído mas de una vez el pasaje de Isaías que anunciaba que una *Virgen concebiria*

y pariria un Hijo: conocian á fondo las grandes virtudes de la singular doncella: ¿Cómo no pensarian al ver su resolucio si seria ella esa Virgen en la que se habia de verificar el prodigio anunciado por el Profeta? Pero tan solo pensaron en llevar á cabo su resolucio. La eleccion del hombre que habia de ser archivo de los secretos de la divinidad, custodio y protector de María, centinela del Tabernáculo del mismo Israel, cabeza de la familia mas santa que conocieron los siglos: el feliz varon que habia de reunir sobre sus sienes cuantas diademas se dispensaron á los antiguos justos: el que habia de ser padre representativo del que era Hijo de Dios, Dios mismo, no debia ser hecha por los hombres sino por el mismo Dios, no en la tierra sino en el cielo. Un prodigio debia hacer conocer la voluntad divina.

El hecho milagroso por el cual designó Dios el varon feliz que habia de ser esposo de la Santísima Virgen, lo refieren algunos Padres, y entre ellos San Gerónimo, del modo siguiente: El Sumo Sacerdote tuvo una revelacion en la cual le manifestó el Señor el modo como debian llevarse á efecto los desposorios de la angelical María. Todos los varones solteros y del linaje de David se reunieron en un dia determinado en el recinto del templo, y cada uno tomó en su mano una vara, y aquel cuya vara floreciese habia de ser el esposo de la virtuosa doncella. Conocidas generalmente las bellas prendas que la adornaban, su candor y su belleza, multitud de pretendientes se presentaron aspirando al honor de su mano. Entre ellos habia uno llamado José, hijo de Jacob, que como del linaje de David, tenia tambien derecho á presentarse. Sin embargo, este que era el mas humilde y virtuoso de todos, no se creia digno de poseer tal tesoro, y lo menos que esperaba era el ver florecer la vara que tenia en su mano: además tenia hecho voto de

castidad, y por eso, si se presentó con los demás, no fué porque deseara el estado del matrimonio, sino tan solo por cumplir la orden del Sumo Sacerdote, dada para que se presentasen como hemos dicho, todos los descendientes del linaje de David. Reunidos, pues, hicieron fervorosa oracion, y á vista de todos floreció la vara de José, quedando declarada la voluntad divina, de que él fuese el esposo de María. Tal es el origen de pintar las imágenes del bendito Patriarca con una vara floreciente en la mano.

Mas feliz que Obbedon, fué escogido el humilde José para ser el depositario del Arca de la nueva alianza; y si el Eterno dotó á Moisés de una admirable mansedumbre para que no le arredrasen los trabajos al emprender la obra de libertar á su oprimido pueblo del que le constituyó caudillo: si concede valor y espíritu guerrero á Josué para luchar contra los reyes conjurados contra la nacion santa, haciendo que á su voz detuviera su curso el monarca de los astros para que pudiese conquistar la Palestina, hollando todo el oro de treinta y una coronas enemigas, dota á José de un alma grande y generosa, de una prudencia admirable, de una humildad profunda y de una ardiente caridad, para que pudiese llenar el alto ministerio á que se le destinaba: adornado con las luces de los Profetas habia de penetrar secretos eternos: resplandeciendo en él la fe que mas tarde habia de adornar á los Apóstoles, habia de descubrir entre las sombras de la carne las grandezas de la divinidad: mas fuerte que los mártires habia de librar de los peligros á su Dios, y por su castidad habia de vivir en compañía de la mas pura de las mujeres sin ofender su virtud. Siendo su destino tan sublime, cual era el ser padre representativo del hijo de Dios, atesoró en él el cielo un abismo de gracias y de virtudes. No habia hombre alguno que le escudiese en santidad. Hablan-

do el angélico Maestro de la Santísima Virgen, dice que si hubiera podido existir una mujer mas santa, ella no hubiera sido digna de ser Madre de Dios; así no tenemos dificultad en afirmar que José era el mas santo de todos los hombres, pues que si hubiese habido otro mas santo, él no hubiera sido digno de ser esposo de la Madre de Dios. Mas adelante tendremos ocasion de admirar su admirable conducta, y veremos con cuanta razon es llamado procurador fidelísimo de la familia de Jesucristo¹, el siervo fiel y precedente que correspondió á los cuidados de Dios en orden á la Encarnacion del Verbo, y el cooperador puntual del gran consejo². Desde el momento en que floreciendo su vara queda demostrada su eleccion divina, ya no hay grandeza que pueda compararse con la suya, por mas que él ignore todavía los designios del cielo, y los grandes Misterios próximos á realizarse. Hé aquí el retrato que en breves, pero sublimes palabras, hace del Santo Patriarca, uno de los mas sabios y elegantes escritores de nuestros dias. «Colocado como faro luminoso entre los confines de dos mundos, á saber, el mundo de las profecias y el mundo de las realidades, el de la revelacion y el de los hechos, el de la espectacion y el de la consumacion, el de la ley mosaica y el del Evangelio, José debia presentarse como el modelo de ambos, siendo á la vez el tipo acabado de las virtudes patriarcales y el ejemplar perfecto de las virtudes cristianas, el sello de la santidad de un culto que iba á prescribir, y la prueba visible de la perfeccion de una doctrina que reemplazaba y substituia á los antiguos ritos. Lo primero está evidenciado por su misma eleccion para padre presunto del fundador de

¹ S. Albert. Magn. in cap. 2. Luc.

² S. Bernard. Hom. 2. sup. *Missus est.*

»la ley evangélica: lo segundo harto lo demuestran los hechos históricos ¹.

El afecto y devoción que profesamos al Santo Patriarca, nos ha hecho interrumpir la narración que venimos haciendo de los sucesos ocurridos en el templo: creemos que el piadoso lector participará de nuestros mismos sentimientos, y conocerá cuán justo es hayamos dedicado algunas líneas á trazar un breve elogio del varón justo elegido por Dios para esposo de la Santísima Virgen, cuando por primera vez hemos tenido ocasión de ocuparnos de él en la presente obra. Sigamos pues, el curso de los sucesos.

Es opinión de varios autores, que la Santísima Virgen, tuvo revelación de que José, varón justo, no sería para ella otra cosa que un padre y protector de su virginidad ²; y la venerable Agreda dice, que uno de los días en que la Señora oraba con el mayor fervor pidiendo á Dios el cumplimiento de su santísima voluntad, deseando vivir como había ofrecido en perpétua castidad, se le apareció el Señor dirigiéndole estas amorosas expresiones: «Esposa y Paloma mía, dilata tu afligido corazón y no se turbe ni contriste: yo estoy atento á tus deseos y ruegos y lo gobierno todo, y por mi luz va regido el sacerdote: yo te daré esposo de mi mano, que no impida tus santos deseos, pero que con mi gracia te ayude en ellos: yo te buscaré varón perfecto conforme á mi corazón, y le elegiré entre mis siervos: mi poder es infinito y no te faltará mi protección y amparo ³.» Así pues, en el momento en que los sacerdotes entraron en el interior del templo, y comunicaron á la virtuosísima doncella la nueva

¹ Troncoso. Novísima Biblioteca de Predicadores. Tom. VIII página 154. Madrid 1836.

² Así se espresa Orsini, refiriéndose á Descoutures, *Vida de la Santa Virgen*, pag. 49 y al P. Valverde, *Vida de Jesucristo*, cap. XII.

³ V. M. Agreda. Obra citada. Parte I cap. XXI núm. 746.

de que José era el varón á quien Dios había elegido para que fuese su esposo, conforme con la voluntad divina, radiante de hermosura, pura cual los ángeles del cielo y llena de modestia, salió del templo, verificándose en seguida sus Desposorios con el mas santo y puro de los hombres, con José, descendiente como ella de la tribu de Judá y de la casa de David.

Admiremos aquí los designios de la Providencia que no escogió á un príncipe ó potentado de la tierra para esposo de la mujer que había de concebir al Verbo Divino, sino á un varón que aunque oriundo de una régia estirpe, vivía en pobreza ganándose su sustento con el sudor de su frente. La que un día debía ser coronada por la Trinidad Beatísima, emperatriz de los cielos y de la tierra, une su suerte á la de un artesano, y el humilde taller de un carpintero es el palacio que se le destina por morada. ¡Que matrimonio mas feliz! ¡Que alianza! Cielos y tierra, dice Gerson, no la vieron mas dichosa. Una virginidad unida á otra virginidad: un corazón purísimo á otro corazón inmaculado; el mas santo de los hombres á la mas santa de las mujeres.

La edad de la Santísima Virgen cuando se verificaron sus desposorios, era la de catorce años. En cuanto á la del Patriarca San José, hay diversidad de opiniones, habiendo creído algunos autores que era ya anciano. Un escritor moderno combate esta opinión, y se espresa de este modo. «No es verosímil que Dios sancionara entre los dos castos esposos una desigualdad de años repugnante hasta á las apariencias de un enlace propio y bien concertado, cual quería Dios fuese el de su Santísima Madre, para cuya seguridad no era por cierto necesario apelar á una desproporción chocante y aun ofensiva á su eminente santidad; pues que de ella no necesitaba la que vivía de continuo íntimamente

»te unida con su Dios. La desigualdad de los años llevada al extremo que se supone, es una imperfeccion de la sociedad conyugal. ¿Y como podemos creer imperfecto, ni aun por sombra el enlace da María? Por verosimil y conveniente se ha de tener, dice Bernardo de Bustos, grave autor parisiense, que José, cuando casó con la Virgen, era mancebo y de hermosa figura; para que fuese igual ó semejante á su esposa, jóven y bellísima ¹.» Razones incontestables nos hacen creer que la edad del bendito Patriarca al tiempo de su enlace con la Santísima Virgen, era la que le señala la V. Agreda, de treinta y tres años. Réstanos demostrar antes de cerrar el presente capítulo, que el voto de virginidad con que estaban ligados ambos cónyuges y que observaron con la mayor fidelidad, no fué incompatible para que hubiera entre ellos perfecto matrimonio.

Ante todo examinemos las razones de este enlace, y despues veremos qué fácilmente se concilia la verdad de tal matrimonio y el voto de virginidad de ambos esposos.

Y desde luego: si la Encarnacion del Divino Verbo, habia de ser obra de la divina gracia y no de la naturaleza: si María le habia de concebir no por obra de varon sino por virtud del Espíritu Santo, y le habia de dar á luz sin detrimento de su virginidad, ¿qué necesidad habia de que estuviese casada? Nosotros vemos razones de dignidad por parte del Verbo; razones de honra por parte de María, y razon de justa proteccion tambien por parte de la Virgen. Examinemos estas razones y veremos cuán conveniente fué que María fuese casada, y como Dios dispuso que así fuese en su altísima sabiduría.

Razones de dignidad y de decoro por parte del Verbo:

¹ Roca y Cornet. *Historia de Jesucristo*. Cap. XII.

si Jesucristo hubiese sido hijo de una mujer soltera, los judíos que tan rebeldes se mostraron para admitir su santidad, no obstante los grandes prodigios, con los que daba á comprender su divinidad le hubieran despreciado, y su misma virtud y santidad no hubiera sido suficiente para justificar las apariencias, y el Hijo de Dios que quiso sufrir voluntariamente los mayores oprobios y persecuciones, hasta morir en una cruz, quiso y debió conservar su reputacion de santidad. «Cierto es, como dice un sábio escritor, que hubiera podido Dios disipar la ignominia del nacimiento de Jesus, fuera del matrimonio, revelando al mundo de un modo patente, el misterio de la Encarnacion, como lo hizo para disipar las sospechas de José; pero en tal caso, hubiérase frustrado el designio capital de Dios, de no descubrirnos este Misterio sino con reserva, para convertirlo en objeto de la Fe y fidelidad de los cristianos. Asi el cumplimiento de este designio es una de las razones del matrimonio de la Virgen Santísima ¹.» Hé aquí el razonamiento de Calvino, que por una cotradiccion singular no admite el voto de virginidad, y admite la virginidad perpétua de María en el Matrimonio: lo extractamos del mismo autor que acabamos de citar. «En cuanto á que Dios escogió en este negocio á una Virgen, que tenia promesa de matrimonio con un hombre, lo hizo con la mira de que el matrimonio *serviera de velo ante los ojos del mundo, para que el que era tenido comunmente por hijo de José, fuera con el tiempo reconocido por los fieles como Hijo de Dios.*» Verdad es que al nacer Jesucristo al mundo, no apareció tan desnudo de alabanza y honor que el Padre celestial no descubriera desde el principio su gloria á los pastores y á

(1) Augusto Nicolás. *La Virgen Maria, segun el Evangelio*. Cap. VII.

«los magos; vemos no obstante que Dios tuvo á su Hijo oculto y casi desconocido, hasta que fuera llegado el tiempo en que este fuera plenamente manifestado, porque entonces le levantó como un cadalso para que todo el mundo le viese ¹.»

Jesucristo sufrió voluntariamente como antes hemos dicho toda clase de oprobios y afrentas que nacian de la mala fe y falsos juicios que se formaron sus enemigos, y á las falsas acusaciones que le dirigian contestaba siempre con mansedumbre, y vindicándose de las calumnias. ¿Qué hubiera contestado, si siendo su madre soltera le hubieran dirigido preguntas inoportunas? No siendo su voluntad revelar el Misterio, hubiese guardado silencio, y no hay duda que este silencio hubiese herido su honra y la de su Madre. Luego convino, mirando á la dignidad de Jesucristo, que la que habia de ser su madre fuese casada.

Las razones de honra que se presentan por parte de María son claras y evidentes. Sabido es que en la legislacion del pueblo hebreo, se imponian durisimas penas á las mujeres impuras, como se lee en el capítulo XXII del Deuteronomio. Si los judíos se hubiesen apercibido del embarazo de María; si despues la hubiesen visto con un niño á sus pechos siendo soltera, hubieran emprendido contra ella la mas cruel persecucion, la hubiesen maltratado de palabras y tal vez de obras, siendo muy posible que hubiesen querido que muriese apedreada. ¿Y cómo habia de permitir el Dios que tantas gracias y privilegios le habia concedido, que siendo la mas pura de todas las criaturas, fuese víctima de una calumnia, por mas que oculto el secreto, se presentase con apariencias de verdad? Estando casada, se

¹ Comentarios de Juan Calvino sobre la armonia de los Evangelios, pag. 13, citado por Augusto Nicolás.

quitaba á aquella nacion perversa todo motivo de sorpresa, y la ocasion de maltratar en su furor y envidia á la mas santa de las criaturas.

Además, María debia tener un protector, un compañero, un custodio ó guardian de su misma pureza: apenas su divino Hijo naciera segun la carne, habia de sujetarse á la persecucion y á los trabajos: envuelto aun en las fajas de la infancia, habia de abandonar á Belen para buscar en el Egipto un albergue donde no alcanzase la infame red tendida por el usurpador Herodes para quitarle la vida. Los brazos de su Madre le habian de servir de carroza en el áspero y dilatado camino de la emigracion. ¿Y debia carecer la bella é inmaculada Virgen de un varon lleno de virtud y de fortaleza que la acompañase y defendiese de los peligros con que habia de tropezar? Mas aun vemos una razon no menos convincente que las anteriores. Jesus, María y José, habian de formar una familia modelo de sociedad doméstica. Jesus el mejor de los hijos, que siendo Todopoderoso, vive sujeto y obediente á su Madre y á su Padre representativo ¹: María, que con la mayor asiduidad cuida del Hijo que el cielo le concediera, cumpliendo exactísimamente con todos los deberes de la maternidad; y José, el justo por excelencia ², el mas santo entre todos los esposos, lleno de discrecion y prudencia en la mas delicada de las tentaciones como tendremos ocasion de admirar mas adelante, habian de servir de ejemplo y de modelo á las familias cristianas.

Tiempo es ya que demostremos cuan grande es el error de los que creen que el voto de virginidad conque estaban ligados María y José, impidió que hubiera entre ellos perfecto matrimonio.

¹ El erat subditus illis. Luc. II. v. 51.

² Joseph vir ejus cum esset justus. Math. I. 19.

La primera dificultad que puede presentarse es, como estando ligados ambos por este voto, consintieron en verificar el casamiento. En cuanto á María, sabido es que no se dirigia por su propia voluntad, sino por las luces del Espíritu Santo, y hemos dicho con algunos autores, y ahora repetimos con Ugo de San Victor, que tuvo revelacion de que la alianza que habia de contraer, nunca llegaria á nada terreno ni carnal, y sabiendo la voluntad del Señor no se habia de oponer á ella siendo la criatura mas obediente de la tierra. En cuanto á José, una vez verificado el prodigio de haber florecido su vara, era manifiesta la voluntad divina y se pone en manos de Dios para quien no podia ser oculto su voto y sus deseos de cumplirlo. Desposados que fueron, se comunican sus pensamientos, afirmándose ambos en el voto que tenían hecho, y así se juntan, dice el angélico Doctor, con el corazón y no con la carne, á la manera que los astros se comunican, no con el cuerpo, sino con la luz, y las palmeras, no con las raíces, sino con sus ramas.

Señalan los teólogos tres clases de bienes en el matrimonio: *fidelidad, frutos y sacramento*. Consiste la fidelidad en que los cónyuges no se defrauden del bien que los pertenece, en que conserven sus cuerpos fielmente el uno al otro. ¿Y que dificultad hay en que dos personas que hacen este contrato matrimonial, puedan hacer un segundo contrato de vivir en castidad? Los frutos no son tan solamente los hijos, pues existen muchos matrimonios sin haberlos tenido, bien por impotencia natural, ó por haber hecho voto de castidad de comun acuerdo. En la historia de los santos, se presentan muchos casos de este género, y entre ellos recordamos á Santa Cecilia, que habiéndose casado, hizo entrar en sus mismos sentimientos á su esposo, viviendo ambos en pureza, mereciendo recibir despues la corona del mar-

tirio. Consisten en suma, los bienes del Sacramento, en que la union de los casados representa la de Jesucristo con su Iglesia, como dice San Pablo.

«No preguntéis, dice oportunamente D'Argentan, como se hallan bien avenidos el voto de virginidad que hizo Maria desde sus mas tiernos años y el matrimonio que contrae con San José. Tiene hecho voto de permanecer siempre virgen, y sin embargo, da su cuerpo á un hombre, porque sabe que así lo dispone el Altísimo y que aquel varon justo será el incorruptible custodio de su pureza; de modo que no solamente no lo viola, sino que redobla, si se permite esta locucion, su magnánimo voto, haciendo entrar en sus mismos sentimientos á su esposo San José, verificándose al mismo tiempo dos admirables contratos, uno entre ellos, y otro con Dios, entre ellos un contrato matrimonial, por el cual da la Reina de los ángeles su purísimo cuerpo á su esposo José, y este da el suyo á la reina de las vírgenes, que es como si hubiesen hecho una donacion reciproca de dos cuerpos santos, de dos reliquias preciosas para recibirlas con sumo respeto y conservarlas con profunda veneracion; y establecen en el mismo instante otro contrato y alianza con Dios, mediante su voto de virginidad perpétua, por el cual, contentándose con el dominio que tienen el uno sobre el otro, renuncian para siempre al uso de tal dominio, y á Dios prometen conservarle con el aroma de cándida pureza sus cuerpos y sus almas. ¿Vióse jamás matrimonio mas perfecto, mas grato á los ojos del Eterno, ni mas digno de la admiracion de los ángeles?» Ultimamente, el Evangelio declara terminantemente la verdad de este matrimonio en varios pasajes. En el primer capítulo de San Mateo, se lee

1 D'Argentan. *Grandezas de la Virgen*. Cap. XII.

que dijo el ángel á San José: *No temas en recibir á Maria tu mujer*¹; y en San Lucas: *Fué José á Belen para ser inscrito segun el edicto de Augusto con su esposa Maria que estaba preñada*². Ante la sagrada autoridad del Evangelio, demas estan todas las pruebas.

Ahora bien: si hemos admirado á la purísima Virgen como perfecto modelo de todas las virtudes, prudente, humilde, sumisa y obediente á las órdenes de los sacerdotes y maestros mientras vivió en el templo, no menos sublime se presenta en su estado de casada. Nuevos deberes tiene que cumplir; por sus mismas manos tiene que preparar el alimento para ella y su virtuosísimo esposo. Las pasiones mundanas, los disgustos, los sinsabores que turban por lo comun la paz y la tranquilidad en el seno de la sociedad conyugal, no tienen cabida en la humilde morada de este santo matrimonio. Sabian que contaban una ascendencia ilustre, pero viven contentos y sin recordar siquiera la grandeza de su origen, en el estado en que los ha colocado la Providencia. La grandeza de la tierra es pasajera como el humo, y lo único que permanece es la virtud: ellos lo saben, y el único anhelo de sus corazones es ser agradables al Señor: asi es que la mansedumbre, la santa paz, la caridad y la misericordia, puede decirse que tenian su asiento en aquel humilde recinto, donde no se ve fausto ni grandeza, no obstante estar llamado aquel santo matrimonio á la mayor de las dignidades. Tiempo es ya de que nos ocupemos del grande misterio de la maternidad de la Virgen Madre.

¹ Math. Cap. I. 20.

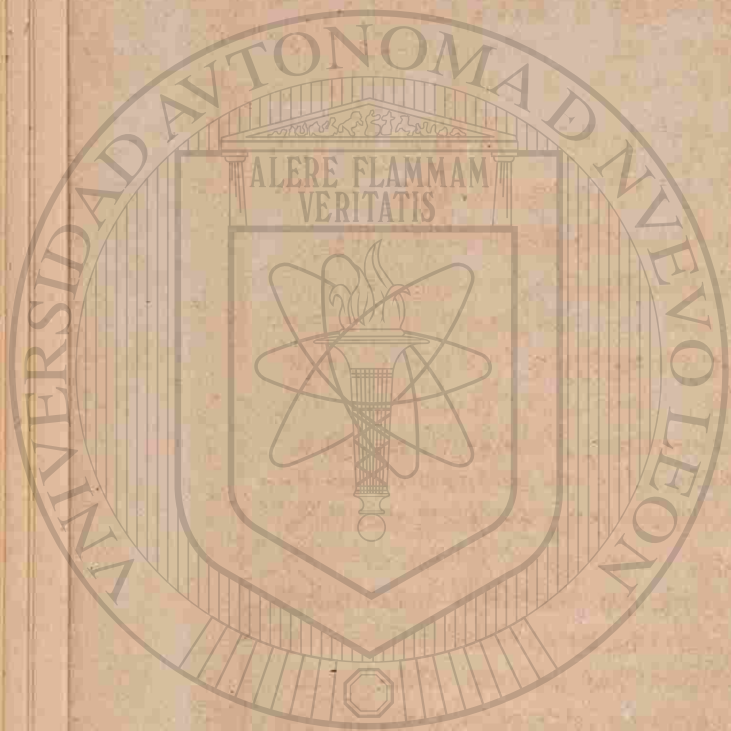
² Luc. Cap. II. 4 y 5.



C. Menges lit.

Lit. de S. Gonzalez, Madrid.

La Anunciacion de Nra Sra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SEGUNDA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS,
DESDE LA ENCARNACION DEL DIVINO VERBO, HASTA QUE JE-
SUCRISTO EMPEZÓ LA CARRERA DE SU PREDICACION.

CAPITULO I.

Anuncia el Arcángel San Gabriel á la Santísima Virgen el Miste-
rio de la Encarnacion del Verbo en sus entrañas, mostrándose la Se-
ñora tanto mas humilde, cuanto de mayor grandeza se ve rodeada.

La Anunciacion y la Encarnacion son un mismo Miste-
rio, que la Iglesia celebra en una sola solemnidad el veinte
y cinco de marzo de cada año. Señalado estaba aunque
escondido aun para los mismos Profetas, el dia y la hora
en que debia verificarse el gran prodigio de la union *hipos-
tática* de ambas naturalezas en la Persona del Verbo. Los
que habian recibido la inspiracion divina para sostener con
promesas la espectacion universal, habian anunciado el
tiempo y los sucesos que habian de preceder, asi como el
lugar donde habia de verificarse, y los caracteres que ha-
bian de adornar al Mesías libertador. El dia, era un secreto
de la Eterna Sabiduria, y este dia habia llegado para sepa-
rar el mundo de las Profecías del mundo de las realidades,
el tiempo de las promesas, del tiempo de los hechos. Dios

pues, dispuso que el Arcángel San Gabriel, fuese el embajador que anunciase á María la feliz nueva de que en su seno se iba á verificar la Encarnacion del Divino Verbo. Todo es admirable en este misterio capital de nuestras creencias religiosas. Quiere Dios que María sea la Madre de su Hijo único, pero quiere al mismo tiempo que ella libremente dé su consentimiento y pronuncie el *fat*. Veamos la brillante narracion, con la cual el Evangelista San Lucas, describe el gran misterio, que forma el primer destello ó la aurora del Cristianismo.

«Y al sexto mes (de la preñez de Isabel) el ángel Gabriel fué enviado de Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth,

«A una Virgen desposada con un varon, que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la Virgen era María;

«Y habiendo entrado el Angel donde ella estaba, la dijo: «Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.

«Y cuando ella esto oyó, se turbó con las palabras de él, y pensaba que salutacion fuese esta.

«Y el Angel la dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios.

«Hé aquí que concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, á quien darás el nombre de Jesus.

«Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob.

«Y su reino no tendrá fin.

«Y dijo María al Angel: ¿Cómo será esto? Porque no conozco varon.

«Y el Angel le respondió: El Espiritu Santo vendrá so-

«bre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo, y por esto lo santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios.

«Y sabe que tu parienta Isabel tambien ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril está ahora en el sexto mes.

«Porque nada hay imposible para Dios.

«Entonces dijo María: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra¹.»

Con tal sencillez al par que sublimidad nos refiere el Evangelio el diálogo habido entre el Arcángel San Gabriel y María, y en el cual se consumaron los destinos de la humanidad.

El momento de verificarse el grande acontecimiento de la Encarnacion del divino Verbo, puede decirse que fué la línea divisoria entre ambos Testamentos. Cumpliéronse los vaticinios, realizáronse las figuras y el hombre puede decir no solamente que va á adquirir de nuevo el hermoso título de hijo de Dios, sino que ya es hermano del Eterno, porque el Eterno se ha Encarnado para nacer en tiempo: el que es Dios, sin dejar de serlo se ha hecho hombre; el que por su Inmensidad no cabe en el cielo, mora ya en el claustro purísimo de una Virgen: se ha revestido de la humana naturaleza, y nuestra misma sangre ha de correr por sus venas; Misterio sublime por el cual Dios se humilla para que el hombre sea exaltado! Hemos presentado el testo Evangélico en el que se refiere el Misterio de la Encarnacion: justo es que nos detengamos á contemplar las altísimas é importantes verdades que encierra tan sublime narracion. Vamos pues á examinarla por mas que nos acerquemos temblando á penetrar en sublimes arcanos inaccesibles

¹ Luc. I, 26-38.

á todo mortal y mucho mas á los que carecemos de las claras luces, superior ingenio y vastos conocimientos que adornaron á los Padres y Sagrados Expositores.

En el sexto mes: Las Sagradas Escrituras señalaban la plenitud de los tiempos, como época en que debian verificarse los grandes sucesos que decian orden á la Reparacion de la humanidad, y esta plenitud llegó al estar Isabel en el sexto mes de su embarazo. Que el Bautista destinado para Precursor del Salvador, al que habia de señalar con su dedo, habia de aparecer en el mundo adornado con el espíritu y virtud de Elias, para prepararle los caminos, habia sido anunciado anticipadamente por Isaias con estas palabras: *Se oye una voz que clama: Preparad el camino del Señor y haced rectas sus veredas: Todo valle será rellenado; toda montaña y toda colina se allanarán. Los caminos tortuosos se harán rectos, y los ásperos se suavizarán. La gloria del Señor se hará manifiesta, y todo hombre podrá ver con sus ojos el cumplimiento de las promesas divinas*¹. Esta voz que habia de clamar para preparar los caminos del Señor, era la del Bautista. Veamos la conformidad que hay entre las palabras que forman el Vaticinio y las que el Angel del Señor dirigió á Zacarías al anunciarle que su esposa Isabel daria á luz un hijo. *No temas Zacarías, porque tu oracion ha sido oida. Tu esposa Isabel te parirá un hijo, y por nombre le pondrás Juan. Será grande tu gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento, pues será grande en la presencia del Señor: no beberá vino ni cerveza, y será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su Madre. Convertirá á muchos hijos de Israel á su Dios y Señor. Caminará ante él con el espiri-*

¹ Isaias cap. XL.

*tu y virtud de Elias, para volver los incrédulos á la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto*¹. Tambien Malaquías habia anunciado al Precursor, por estas palabras: *Hé aquí yo envío mi Angel y preparara el camino ante mi faz: y luego vendrá á su templo el Dominador á quien vosotros buscáis, y el ángel del Testamento que vosotros deseáis. Hé aquí viene dice el Señor de los ejércitos*². Aqui se ve el enlace admirable de las Profecías y del cumplimiento de los sucesos en ellas anunciados. Por esto empieza su narracion el Evangelista advirtiendo que hacia seis meses que Isabel habia concebido al Bautista que habia de preceder al Salvador.

El Angel Gabriel fué enviado de Dios... Siempre fueron los ángeles mensajeros de Dios para anunciar felices nuevas á las criaturas. Si abrimos las páginas del Testamento antiguo, encontraremos innumerables pruebas de esta verdad. Si Agár, errante en el desierto de Bersabé llora inconsolable, por no encontrar agua con que refrigerar á su Ismael amado próximo á perecer de sed, un ángel se le presenta por mandado de Dios y le muestra el pozo de agua, con la cual podia aplacar la sed del muchacho y librarle de este modo de la muerte³. Otros muchos ejemplos como este podiamos presentar si no temiéramos hacernos difusos: empero concretándonos á Gabriel á quien cupo la dicha de anunciar á la Santísima Virgen el gran Misterio de la Encarnacion del Verbo divino, no fué esta la vez primera que desempeñó la mision de ejercer con las criaturas la mas sublime caridad. El fué el que seis meses antes habia sido enviado á Zacarías, y mucho antes le admiramos protejiendo al profeta

¹ Luc. cap. I.

² Malachías III, v. I.

³ Gén. XXI.

Daniel á quien perseguía lleno de encono y envidia un monarca idólatra. ¿Y quién sino Gabriel reveló al mismo profeta los ocultos misterios de la Redencion, y los grandes sucesos que habian de tener lugar en la plenitud de los tiempos? Es sublime y sorprendente la narracion que hace Daniel de la vision con que fué favorecido, y en la que declara haber sido el Arcángel San Gabriel, el que por orden del Eterno se le descifró. *Y oí, dice, una voz dentro de Ulai, y clamó y dijo: Gabriel, haz entender á este la vision. Y vino y se paró cerca del lugar donde yo estaba, etc.*¹ Gabriel pues esplicó al Profeta la tan célebre profecia de las setenta semanas en la cual se anuncia el tiempo de la venida del Hijo de Dios á redimir al mundo. El mismo Arcángel es destinado por el Señor para anunciar la realizacion del vaticinio á la Virgen en cuyo seno purísimo habia de verificarse la Encarnacion: pero ¿cuán sublimes son las palabras que usa al dirigirse á la pudorosa doncella!

Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Hé aquí el gran privilegio de María. Desde que el mundo quedó envuelto en un caos de tinieblas al quebrantar el primero de los hombres el mandamiento divino, las criaturas no podian hallar gracia á los divinos ojos. Infiicionadas en su origen todas llevaban grabadas en su frente la inscripcion de su desgracia. Entre las mujeres célebres de la antigüedad, tampoco podia encontrarse una digna de escuchar las palabras que el ángel del Señor dirigió á María. Ester, Abigail, Judit, Debora y otras muchas se hicieron acreedoras á los elogios de la posteridad; pero era necesario una mujer llena de virtudes y exenta por un privilegio extraordinario de la mancha origi-

¹ Daniel. cap. VIII, 16 y 17.

nal. Esta mujer fué María, la que mereció ser llamada por el celestial mensajero *llena de gracia*. ¡Cuán menguada es la inteligencia humana! La humilde María; la que vivía en la oscuridad: la Virgen desposada en la cual no paraba mientes la vanidad humana, merece ser engrandecida mas que lo fué criatura alguna: el mundo no podia comprender aquel abismo de virtudes: empero el odorífero aroma que desprendian, sube hasta el Trono de la Divinidad. Es un ángel el que le habla, pero este ángel se inclina y dirige su voz con respeto y veneracion á la que mas tarde ha de ser su Reina y su Señora. ¿Y cómo no había de llamarla *llena de gracia*, cuando va á concebir al mismo autor de la gracia? Renunciamos á hacer mas reflexiones sobre las primeras palabras de Gabriel porque la imaginacion se pierde al pensar en la plenitud de gracia de María: tuvo toda la plenitud que debia tener para ser digna Madre de Dios, santuario de la Divinidad. Si sublime es la primera parte de la salvacion, no lo es menos la segunda: *El Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres.* Oigamos á San Bernardo esponiendo estas palabras del celestial Parainfó: « Dios que está todo en todas partes, por la simplicidad de su sér, está no obstante de diverso modo en las criaturas racionales que con las otras, y de diferente modo tambien en los buenos que en los malos, y de diverso modo en fin, con la Virgen Santísima. Está seguramente con las criaturas irracionales: pero con todo sin poder ser poseido por ellas. Todas las criaturas racionales pueden, en verdad, poseerle por medio del conocimiento; pero los buenos solamente le poseen además por el amor. En ellos solo está de tal modo que esté con ellos por el mismo acuerdo de la voluntad. Porque sujetando todas sus voluntades á la justicia, se le juntan de una manera especial, mediante esta conformidad de su voluntad con la

suya. Mas por unido que esté así con todos los Santos, lo está mas especialmente con María; porque su union con ella llegará hasta juntar á sí, no solo la voluntad, sino la misma carne de esta Virgen Santa; á formar, ó mas bien, á hacerse un solo Cristo de la sustancia de ella y de la propia. Por esto dice el Angel: *Dios te salve, llena de gracia, EL SEÑOR ES CONTIGO*; no solo el Señor Hijo de Dios á quien vais á vestir de vuestra carne; sino el Señor Espíritu Santo de quien lo concebiréis; y el Señor Padre celestial que engendra ese fruto de vuestra concepcion. El Padre, digo, está contigo, haciendo de su Hijo el tuyo: el Hijo está contigo, constituyendo el maravilloso Sacramento de su amor en el secreto de tu seno: el Espíritu Santo está contigo, santificando; á una con el Padre y el Hijo, ese vientre virginal: *EL SEÑOR ES CONTIGO*¹. *Bendita tú entre las mujeres*. Solo María podía ser bendita en el concurso universal de todas las mujeres, por la razon ya espuesta de que fué la sola que halló gracia á los ojos del Señor.

Y cuando ella esto oyó se turbó con las palabras del ángel... No era nueva para la Santísima Virgen la vista de los ángeles. Ya hemos tenido ocasion de decir que era asistida y custodiada por muchos de estos espíritus angélicos, para ella sola visibles. No fué pues la presencia de Gabriel la que produjo su turbacion, sino como claramente espresa el sagrado testo, las palabras que le dirigió. La que era un portento de humildad, no puede menos de turbarse al oír unos elogios que se cree indigna de merecer: modestísima en sumo grado ¿cómo no habia de turbarse al ver en su presencia un embajador del Rey de las eternidades que de tal modo la engrandece y la sublima? Pero el Parainfo

¹ S. Bern. Hom. super *Misus est*, citado por Augusto Nicolás. Obra citada, cap. VIII.

se apresura á disipar su turbacion dándole á conocer el objeto de su mision:

No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios. Hé aquí que concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, á quien darás el nombre de Jesús. Su humildad hemos dicho que fué la causa de su anterior turbacion: pero las nuevas palabras del ángel lejos de disiparla contribuyen á aumentarla. Ella es virgen: está desposada con José, pero esta union, nada tiene de terreno ni carnal. Sin embargo, se le habla de que ha de concebir y dar á luz un Hijo. Ella no puede comprender el cómo, y así no puede menos de contestar al ángel: *¿Cómo será esto? Porque no conozco varon.* Entonces le fué revelado el Misterio: el mensajero Gabriel le asegura que no va á concebir por obra de varon sino por virtud y gracia del Espíritu Santo, haciéndole saber que su parienta Isabel hasta entonces estéril se hallaba en el sexto mes de su embarazo, y añade la razon de todo: razon incontestable; razon ante la cual se estrellarán siempre los razonamientos de la impiedad y del escepticismo: *Porque nada hay imposible para Dios.* Ya María puede conocer que escede en dignidad á todas las criaturas de la tierra: los varones mas egregios, los mas poderosos monarcas, no pueden compararse con la Virgen venturosa en cuyo seno va á reposar el Santo de los Santos. Sin embargo une su frente con el polvo de la tierra, y su contestacion con la que pone fin al sublime diálogo, es una demostracion de que su humildad llegó hasta los últimos limites.

Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra: De este modo dá su consentimiento la afortunada Israelita, pero reconociéndose esclava al tiempo mismo que es elevada á la mayor grandeza y sublimada á la mas alta de las dignidades. Estas palabras de María alegran los

cielos y traen á la tierra un mar inmenso de gracias y de bienes, dice San Alfonso de Ligorio. María pronunció ese *Fiat* que los Padres comparan al *Fiat* del Omnipotente en la Creacion, y en el momento *El Verbo se hizo carne*, verificándose en su purísimo vientre la union *hipostática* de ambas naturalezas. ¡Portento admirable! El que es Hijo de Dios se ha hecho Hijo de María y reposa en su seno virginal: de la sangre de María formase el cuerpo del Hombre-Dios: por esto dice el Padre San Agustín que la carne de Jesús, era la carne de María. ¡Que enlace tan admirable! María comunica su sangre, su sustancia á su Hijo, alimentando aquel tierno cuerpecito, al paso que el Hijo alimenta espiritualmente á la Madre, dice un sabio escritor, por medio de las influencias de su divinidad, y hace con el alma de su Madre lo que esta con su cuerpo, comunicándole si es licito hablar así, su sustancia divina, así como ella le comunica su sustancia corporal¹.

Demostrado ya como se obró el Misterio de la Encarnacion, réstanos probar que María es verdaderamente Madre de Dios. Y es bien sencillo por cierto: Jesucristo es Dios: María es su Madre, luego María es Madre de Dios. Con tan claro é incontestable argumento quedó para siempre confundida la impiedad de Nestorio, que tuvo el atrevimiento de negar que María fuese Madre de Dios. Reunida la Iglesia católica en el célebre Concilio de Efeso, proclamó solemnemente á María Madre de Dios, declarando hereje á todo el que se atreviere á negarle esta sublime prerogativa². La herejía nestoriana habia llenado de horror los corazones verdaderamente católicos. Así es que en tanto que estaba

¹ Roca y Cornet. *Historia de Jesucristo*, cap. XIV.

² *Sancta Maria Deipara scribatur: qui non sic sapit, hæreticus est Nestorianus: mitte foras.*

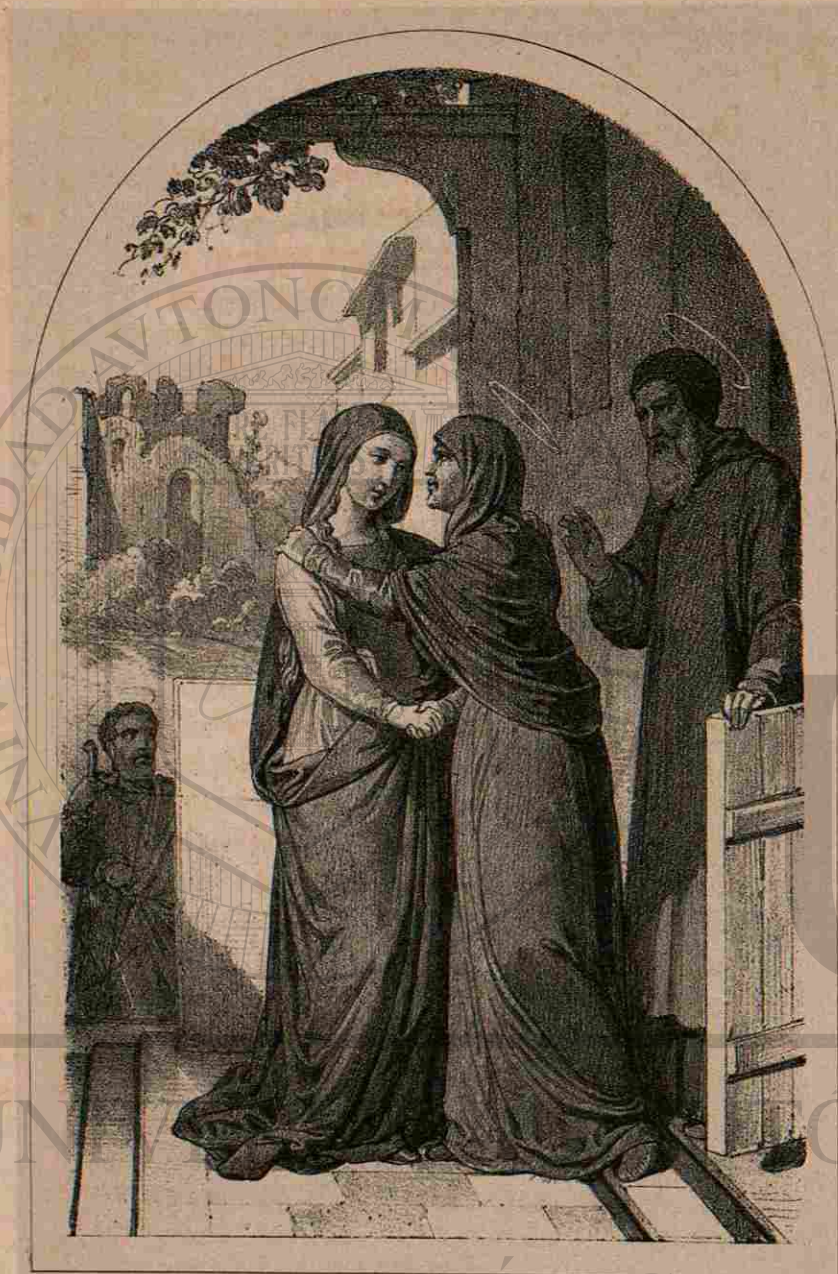
reunido el concilio en Efeso, y en él se deliberaba sobre la causa de la Reina del cielo, el pueblo oraba con fervor y esperaba con impaciencia el resultado de la importante discusion. ¡Pero qué decimos! Allí no hubo discusion: todas las voces formaron un solo eco proclamando la maternidad divina de María. Tan feliz nueva esparcióse con rapidez por toda la ciudad, y por todas partes llenos de regocijo los cristianos se daban mutuamente el parabien por el triunfo de la Madre de Dios, repitiendo este hermoso título en voz en grito. Jamás se habia visto en Efeso un espectáculo de alegría tan general como espontáneo: ilumináronse todas las calles y se hacian las mas entusiastas demostraciones de alegría, rebosando los corazones en las mas dulces expansiones. Y los Padres del Concilio para perpetuar este triunfo de María en todo el orbe cristiano, añadieron al *Ave Maria* estas hermosas y consoladoras palabras que con tanta frecuencia repiten los cristianos: *Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.* ¿Y qué fué del impío Nestorio, enemigo declarado de la prerogativa de María? Depuesto del obispado, degradado y cubierto de oprobio, vió caer sobre sí los mayores males y mas terribles castigos: su lengua sacrilega y blasfema, arma funesta que pretendió asesinar la honra de la Emperatriz soberana de todos los serafines, fué devorada por los gusanos dentro de su misma boca. De este modo y con tan terrible castigo, quiso Dios confundir la soberbia de los enemigos de su Madre. Por mas que los enemigos de María se esfuercen en combatir sus glorias y disminuir su devocion, cada dia adquiere nuevas fuerzas en los corazones el amor de la bienaventurada Madre del Salvador, que es como innato en todos los pechos cristianos. Sus enemigos, visiblemente castigados

por la mano de la Providencia, concluyeron siempre su vida en la confusion y en el oprobio, y los fieles supieron reparar con usura los agravios que María recibiera de los viles y ciegos instrumentos del infierno, que dirigidos por su febril y ponzoñosa rabia, odiaban cuanto podía disminuir el imperio de Satanás su principe, y por consiguiente abominaban á la augusta criatura que pasma al mundo todo. Ese grito unánime con el que universalmente es aclamada, y el general entusiasmo de todos los pueblos cristianos por sus prerogativas, sus glorias y grandezas; tantos millones de voces que formando un solo eco la invocan con el título de Madre de Dios, pruebas son claras y tangibles del extraordinario amor que los cristianos la profesan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





C. Magaña lit.

Lit. de S. Gonzalez Madrid.

Visitation de la Virgen á S^{ta}. Isabel.

CAPITULO II.

De la Visitation de la Santísima Virgen á su parienta Santa Isabel, la que divinamente inspirada la dirige una salutacion semejante á la del Arcángel San Gabriel. Concluye con la esplicacion del bello cántico *Magnificat*, entonado en esta visita por la Madre de Dios.

Hemos visto en el capítulo anterior, que el Arcángel San Gabriel al anunciar á la Santísima Virgen el Misterio de su Maternidad divina, la informó de que su parienta Isabel habia concebido un hijo y que se hallaba en el sexto mes de su embarazo. La venerable Agreda dice que el Altísimo le reveló despues que el hijo que Isabel habia de dar á luz seria grande delante del mismo Señor, y seria Profeta y Precursor del mismo Verbo humanado, que ya reposaba en su seno virginal. Conoció tambien la Divina Reina, continúa la misma historiadora, el agrado y beneplácito del Señor, de que fuese á visitar á su deuda Isabel, para que ella, y su hijo que tenia en el vientre, quedasen santificados con la presencia de su Reparador; porque disponia su Magestad estrenar los efectos de su venida al mundo y sus merecimientos en su mismo Precursor, comunicándole el corriente de su Divina gracia; con que fuese como fruto temporáneo y anticipado de la redencion humana¹. Parécenos indudable que tal revelacion tuviese, toda vez que inmediatamente despues de la Encarnacion del Verbo determinó trasladarse á casa de Isabel y lo hizo con prontitud, segun se lee en el Evangelio. Hé aquí como

1 V. M. Agreda. Obra citada: parte II, lib. III, cap. XV.

continúa San Lucas su narracion, despues de dar cuenta del diálogo habido entre San Gabriel y la purísima Virgen.

«Y en aquellos dias levantándose Maria, fué con priesa á la montaña á una ciudad de Judá: y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel.»

Maria no podia obrar en nada precipitadamente, porque la precipitacion no es propia en una criatura tan prudente, y tan modesta como ella era. Sin embargo, el Evangelio nos advierte ahora que fué con diligencia ó prontitud á la montaña. La razon es muy clara: tenia encerrado en su seno al autor de la caridad: el fuego de esta caridad la hace veloz como el rayo para cumplir la voluntad divina, y atraviesa con rapidez las noventa millas de áspero camino que distaba de Nazareth la ciudad de Ain¹. Van á encontrarse ambos niños; el uno, dice D'Argentan, encerrado en el seno de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producía la gracia, sino la prometia y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y vírgen; pero fecunda, que es imágen de la nueva ley fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias.

No diciendo el Evangelio si Maria fué sola ó acompañada á casa de Isabel, han pensado de diverso modo los autores, aunque la mayor parte han creído apoyándose en juiciosas razones que fué acompañada de su esposo San José, de quien indudablemente obtuvo el permiso para efectuar la marcha, pues repugnaria creer otra cosa en la que era ejemplo de fidelidad y obediencia. Vamos á presentar al lector el bello cuadro trazado por la inteligente

1. Sugun la opinion de Orsini, Ain ó Aen fué el lugar donde habitaba Zacarias, y que esta situado á dos leguas al Sur de Jerusalem. El P. Scio, se inclina á creer que fué Hebron, ciudad sacerdotal, y la principal de las nueve, que fueron destinadas á Judas y á Simeon, hijos de Aaron.

y poética pluma de Orsini. «Con aprobacion de San José, cuya alma sencilla pero elevada era unísona con la suya y que no tenia con ella mas que un corazón y una voluntad, Maria partió de Nazareth en la estacion de las rosas, y se dirigió hácia las montañas de Judea, en que Zacarías el Aaronita tenia su habitacion. La Escritura, que olvida los detalles y toma los sucesos por su cumbre, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viaje, de lo que han sacado algunos autores que lo hizo sola, lo que es contrario á toda verisimilitud. Tenian necesidad de atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá. A mas, el pais está erizado de montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos. Los caminos que los romanos prepararon en lo sucesivo, hundidos entonces bajo las pesadas plantas de los camellos y cubiertos de piedras resbaladizas, amenazaban á cada paso al viajante con una caida fatal. Cuando venia la noche, era preciso dormir en algun parador de caravanas, en que no habia otra cosa que un pequeño recinto desprovisto de víveres y amueblado con una simple estera de juncos, porque la hospitalidad primitiva habia marcado con sucesivas menguas las diferentes fases de la civilizacion entonces adelantada en los hebreos. En semejante estado de cosas ¿es presumible que un hombre lleno de dias y de esperiencia como José, hubiese espuesto por antojo á una mujer jóven, hermosa, delicada, criada lejos del mundo y confiada como la inocencia á los peligros é incomodidades de toda especie que ofrecia un viaje solitario? Esta asercion es opuesta á la historia del pueblo de Dios y las costumbres del Asia; jamás una mujer judía se hubiese aventurado sin una escolta respetable á semejante distancia de su casa¹.»

1 Orsini. Obra citada, lib. IX.

Fué admirable el efecto que en Isabel hizo la presencia y la salutacion de la Santísima Virgen. No obstante que María no revela el Misterio, aquella lo penetra y la inspiracion divina y los saltos de gozo que su infante da en su vientre, la convierten en Profetiza que enagenada de gozo felicita á la criatura feliz que lleva en su seno al divino Mesias. Oigamos la continuacion del Evangelio.

«Y cuando Isabel oyó la salutacion de María, la criatura dió saltos en su vientre: y fué llena Isabel del Espíritu Santo.»

«Y exclamó en alta voz y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.»

«¿Y de donde esto á mí, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?»

«Porque he aquí, luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oidos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.»

«Y bienaventurada tú que has creído, porque cumplido será, lo que te fué dicho de parte del Señor.»

No una sola cosa llama la atencion en este pasaje: despues que el mensajero celestial habia llamado á María, *Bendita entre todas las mujeres*, Isabel es la primera en repetir esa misma salutacion formando, digámoslo así, el primer eslabon en la dilatada cadena de bendiciones que los fieles de todos los siglos habian de tributar á la augusta Madre de Dios. El Arcángel enviado por Dios, dice Augusto Nicolás, Isabel inspirada por Dios, y la Iglesia inspirada por Dios, solo han sido tres instrumentos diferentes, que bajo la influencia de un mismo soplo debian sonar con perfecta armonía de alabanza. El tierno infante que reposa en el seno de Isabel y que mas tarde ha de ser Precursor del Verbo que le visita estando aun encerrado en el claustro materno, da

saltos de júbilo en el momento en que es santificado. Hágase indiferente el Protestantismo á la honra que se debe á la que es verdaderamente Madre de Dios, no haciendo diferencia alguna entre ella y las demas personas, de las que habla el Evangelio. Los católicos la aclamaremos siempre bendita entre todas las mujeres, y como Isabel nos inclinaremos profundamente ante la bellissima Virgen que mereció producir al que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo, encarnándose por obra del Espíritu Santo en su inmaculado seno. Bástanos fijar la atencion en la altísima dignidad de María, en sus gracias y prerogativas; bástanos considerar los beneficios que la Madre de Dios ha dispensado á los humanos para que el corazon rebose en las mas dulces expansiones de amor y de gratitud. ¡Gloria á María!

Isabel es digna de las felicitaciones del mundo cristiano, porque como acabamos de decir fué la primera despues del celestial mensajero en aclamar á María, *Bendita entre todas las mujeres*. Empero si la madre del Bautista profetizó penetrando el oculto misterio de la Encarnacion, lo que le hizo prorumpir en estas palabras: *Bendito el fruto de tu vientre: ¿y de donde esto á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* conociendo y agradeciendo en su corazon tan señalada honra, María á su vez profetizó tambien atravesando con su vista por medio de las generaciones y de los siglos, de modo que parece que en sus oidos resonaron las alabanzas que en todos los tiempos futuros habian de tributarle los hijos del nuevo pueblo, que habia de formar el Dios-Hombre que reposaba en su inmaculado seno. Veámoslo en el sublime y hermoso cántico que saliera de sus labios en el momento en que escuchó la salutacion de Isabel: es ciertamente el canto mas bello de las Sagradas

Escrituras, que diariamente repite la Iglesia, y que es suficiente para disipar la tristeza del corazón, y alentar en las almas el fuego de la mas fervorosa oración.

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

»Porque miró la humildad de su esclava: desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

»Porque el que es Omnipotente ha hecho conmigo cosas grandes y su nombre es santo.

»Y su misericordia se estiende de generacion en generacion para los que le temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo y ha disipado á los que se llenaban de orgullo en su corazón.

»Destronó á los soberbios y ensalzó á los humildes.

»Hinchó de bienes á los hambrientos, y ha empobrecido á los ricos.

»Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

»Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á su linaje para siempre¹.»

Digno es este sublime cántico del *Magnificat*, de que en él fijemos detenidamente la atención, por tener mucho que admirar y no poco que aprender.

Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. ¡Qué sublime homenaje de gratitud! María sabe toda la dignidad con que ha sido engrandecida: sabe que en su seno reposa el que domina sobre todas las potestades de la tierra y que no tiene semejante en el poder: empero tanta grandeza, distincion tan señalada, lejos de hacerla adelantar en propia estimacion, sirvele

1 Luc. cap. I, 41-55.

para humillarse mas y mas. Ya la vimos llamándose esclava al tiempo mismo que el enviado de Dios la aclamaba Reina, al anunciarle que iba á ser Madre del Rey de la Gloria. Ahora al escuchar las palabras de Isabel, lejos de fijar su consideracion en su propia grandeza, quiere que solo Dios sea engrandecido, y su gozo y regocijo están cifrados tan solamente en Dios su Salvador, confesando de este modo y enseñando á los mortales, que solo en Dios se debe gloriarse y alegrar toda criatura, porque ÉL ES EL ÚNICO QUE ES¹, de quien esclusivamente penden los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riquezas². Luego que ha tributado á Dios el justo homenaje con el que da principio á su cántico, declara en las siguientes palabras con cuanta liberalidad premia el Señor á los humildes. Necesario era que el mundo conociese que la humildad de María la hizo acreedora á que el Señor la engrandeciese hasta el punto á que ninguna otra criatura ha sido engrandecida: hé aquí por que divinamente inspirada continúa de este modo:

Porque miró la humildad de su esclava: desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. En efecto, por su humildad, alcanzó que todos los cristianos de todas las generaciones la colmasen de bendiciones y alabanzas aclamándola Bienaventurada. Ya dijimos antes que habia atravesado con su imaginacion por medio de los siglos, toda vez que la profecía que se encierra en estas palabras pronunciadas hace cerca de diez y nueve siglos, viene cumpliéndose sin interrupcion alguna. Do quiera que es alabado y bendecido el nombre augusto del Redentor de la humanidad, lo es tambien el de la inmaculada Madre que divi-

1 *Dixit Deus ad Moysen*: Ego sum qui sum. Exod. cap. III, 14.

2 *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt.* Eccli. III, 14.

namente fecundizada le produjo. ¿Quién podrá numerar las aclamaciones que cada día recibe en toda la estension del Cristianismo? ¿Quién podrá reducir á guarismos las iglesias que llevan su nombre, los pueblos que la reconocen por Patrona bajo alguno de sus títulos ó advocaciones, y las imágenes suyas que son objeto de la veneracion de los fieles? Si dirigimos una atenta mirada por el mundo cristiano, veremos que la arquitectura, las artes, la música y la poesía hánse consagrado á formar monumentos y transmitir á las futuras generaciones testimonios incontestables que prueban suficientemente el entusiasmo que siempre ha inspirado á los fieles la bella Madre del Salvador. Sus glorias entonadas con alegría y defendidas con valor por Inocencio III, Alberto el Grande, Santo Tomás, Escoto y San Buenaventura, predicadas con la mayor elocuencia por San Bernardino de Sena, el Canciller Gerson, el Justiniano y mil otros no menos amantes de María, y á las que dedicaron bellísimas composiciones el Dante, el Tasso, Silvio Pellico y con estos los mas célebres poetas de todas las naciones católicas, fueron el asunto privilegiado de las inspiraciones del Giotto, Corregio, Juan de Juanes, Rafael, Miguel Angel, Murillo y otros muchos pintores, que inmortalizaron sus nombres en los lienzos que dedicaron á pintar los misterios, y las glorias de la que habia dicho seria llamada bienaventurada por todas las generaciones. Es justo y racional el culto que tributamos á María, y ya demostraremos mas adelante al esponer el primer milagro obrado por Jesucristo en las bodas de Caná, cuán fundada es la esperanza que despues de Dios ponemos en su Madre, cuya influencia es benéfica en favor de la humanidad, puesto que, escogida para medianera de intercesion por el mismo Autor de la gracia, ella es el acueducto, dice San Bernardino de Sena, por el

que se dispensan las gracias á las criaturas. La conviccion de esta verdad hacia esclamar á San Gregorio Nicomediense: «No me digais, ó Virgen Sacrosanta, que no nos podeis ayudar á causa de la multitud de nuestros pecados, porque teneis tal poder y conmisericordia que ningun número de culpas puede jamás escederla. Nada resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que lo es de todas las criaturas, honrándoos á vos que sois su Madre, estima como propia vuestra gloria¹.»

Dos palabras mas, que nos harán conocer cuánto se interesa el Señor en la honra de su Madre. Quiso decir la Santísima Virgen en su profético canto, que su culto duraria tanto como los siglos: que allí donde fuese adorado Jesucristo, ella seria aclamada *Bienaventurada*: no vamos ahora á hacernos cargo de los terribles castigos que aun visiblemente sufrieron en diversos tiempos los que se propusieron deprimir su culto y devocion. Aun entre los mismos herejes, tenemos que admirar rasgos sublimes sobre este punto: al mismo tiempo que atraian sobre sí los anatemas de la Iglesia por su pertinacia en propagar ideas contrarias al dogma católico, dejaban escapar á sus lábios brillantes confesiones de la gloria de María. Lutero, escandaloso apóstata de la religion, que lleno de encono y de malicia arrastró tras sí multitud de almas al camino de la perdicion, rompiendo con sacrilega mano los lazos que las unian con el Supremo Gerarca de la Iglesia, se hace cargo de la profecía de María, y admirándola, aprueba el culto que se le tributa, diciendo que no solo debe tributársele este honor de lengua ó de palabra, con homenajes sensibles, sino á mas con toda la fuerza de nuestro ser, en verdad y de lo íntimo del alma.

1 D. Greg. Nicom. Or. de éxitu. B. M.

Es notable su última exclamación al hacer tan hermosa declaración: «Digámosla pues en presencia de Dios y de lo íntimo de nuestra alma: ¡Oh feliz y bienaventurada Virgen! Así beatificarla es propiamente honrarla y venerarla con verdad.»

Hagámonos cargo en suma, de la última parte del cántico de María. *Ha desplegado la fuerza de su brazo y ha disipado á los que se llenaban de orgullo en su corazón: destronó á los soberbios y ensalzó á los humildes: hinchó de bienes á los hambrientos y ha empobrecido á los ricos.* Es decir; ya está en el mundo y reposa en mi seno el que ha de obrar todas estas maravillas. Lo que ha de suceder mas tarde, cuando la Cruz lejos de ser objeto de espanto y de terror, reciba las adoraciones del mundo, cuando al impulso de la voz del Evangelio vengán por tierra los ídolos ante los cuales se ofrecían sacrificios, María lo ve como presente, lo tiene por consumado: y verdaderamente la asombrosa revolución moral que vino á destruir las antiguas preocupaciones del mundo de los filósofos, á anular las bárbaras leyes que esclavizaban á los débiles bajo el poder de los magnates, á suavizar las costumbres tan absurdas cuando flotaban las ideas á merced del fanatismo, y en suma á arraigar en los corazones las grandes nociones de Dios, de una Providencia que todo lo gobierna y lo sostiene, de una misericordia consoladora y de una justicia terrible en un juicio indudable, puede decirse que empezó en el momento de verificarse la Encarnación: *Destronó el Señor á los soberbios y ensalzó á los humildes.* ¿Qué se ha hecho del poder de los emperadores? ¿Qué de aquellos sábios que causaran la admiración del mundo? ¡Ah! que Dios escogió las cosas

1 Martini Luteri, *Super Divæ Virginis Mariæ canticum commentarii.*

flacas del mundo para confundir las fuertes. Hombres pobres; humildes pescadores fueron suficientes para asombrar al mundo y hacer mudar su faz.

María concluye su cántico, haciendo ver que para bien de la humanidad, ha cumplido Dios la promesa hecha á Abraham y á su linaje *para siempre*, con lo que volviendo á profetizar anuncia la perpetuidad hasta el fin de los tiempos de la nueva religión, del Cristianismo llamado á salvar el mundo y á civilizar las naciones.

CAPITULO III.

De como la Santísima Virgen María, regresó á su casa de Nazareth despues de haber permanecido en la de Zacarias como tres meses, y de la admirable conducta de San José al conocer el embarazo de su purísima Esposa.

Como quiera que Santa Isabel conocia segun hemos visto en el capítulo anterior el gran Misterio que la diestra Omnipotente habia obrado en su parienta María, la miraba con la mayor veneracion y respeto, estimando con todo su corazon la alta honra que le dispensaba en morar en su misma casa, cuando era ya un precioso Tabernáculo en el que residia la misma divinidad. Sus naturales deseos eran el que no volviese á separarse de ella, y así llegó á suplicárselo, dice la Venerable Agreda: pero la voluntad de Dios lo habia ordenado de otro modo. Divinamente inspirada conoció la Santísima Virgen que era del agrado del Señor que allí permaneciese hasta tanto que se verificase el nacimiento del Precursor y que fuese circuncidado ¹, debiendo despues trasladarse á su casa de Nazareth. En efecto, luego que se hubo verificado el nacimiento del varon afortunado que habia sido santificado en el vientre de su Madre, del Profeta del Altísimo y mas que Profeta Juan Bautista que habia de

¹ El evangelista San Lucas refiere la vuelta de María Santísima á su casa y despues habla del nacimiento del Bautista. La V. Agreda al dar cuenta de que la Señora permanecia aun en casa de Isabel cuando se verificó aquel suceso, esplica el Testamento Sagrado, diciendo que el Evangelista anticipó la narracion de la jornada de la divina Reina, por acabar todo lo que á ella tocaba, y proseguir la Historia del nacimiento del Precursor, sin interrumpir otra vez el hilo de su discurso. Creemos oportuno hacer esta aclaracion.

señalar con su dedo al *Cordero que quita los pecados del mundo*, María Santísima determinó regresar á su habitual y pobre morada de Nazareth. Isabel que experimentaba un hondo pesar por la próxima partida de su Santa parienta, quiso aprovechar los últimos dias de permanencia con ella en pedirle consejos é instrucciones, toda vez que teniendo en su seno al Maestro Soberano, ella era ciertamente la Madre de la sabiduría. Así pues, suplicó rendidamente á la Señora, que pues iba á quedar privada de su amabilísima compañía se dignase darle algunas instrucciones con las cuales pudiese dirigir sus acciones de suerte que todas ellas fuesen del agrado del Altísimo. La caritativa Madre del Salvador escuchó benigna la peticion de su prima Santa Isabel, y se dispuso á complacerla comunicándole un raudal de preciosos documentos. Vamos á trasladar integro el discurso pronunciado por la Santísima Virgen lleno de celestial doctrina con el que satisfizo los deseos de Isabel. Lo tomamos de la citada escritora de Agreda ¹.

«Prima y amiga mia: el Señor os eligió para sus obras y sacramentos altísimos, de que se dignó comunicaros tanta luz, y que yo os manifestase mi corazon. En él os llevo escrita para presentaros ante su Grandeza; y no me olvidaré de vuestra piedad humilde, que habeis mostrado con la

¹ Observará el lector que con frecuencia citamos á esta historiadora, y lo hacemos porque su obra *Mística Ciudad de Dios*, es un rico arsenal de noticias á cual mas curiosas de la vida de la Santísima Virgen María: esto no obstante, nos creemos en el deber de hacer una aclaracion. Los mas doctos varones convienen en que toda la narracion de esta obra es producto de divinas revelaciones; pero aunque han recaído sobre ella muchas aprobaciones, y es notorio que la escritora murió en flor de santidad, ni ella ha sido aun beatificada, ni la Iglesia ha hecho declaracion alguna sobre la obra aprobando la revelacion. Así pues, por mas que nos admira su doctrina, protestamos que no la damos mas fe que la puramente humana, interin la Iglesia, de la que somos humilde y obediente hijo, no la sancione con su Soberana autoridad.

mas inútil de las criaturas; pero de mi Hijo Santísimo, y mi Señor espero recibireis copiosa remuneracion.

»Levantad siempre vuestro espíritu y mente á las alturas y á la luz de la gracia que teneis no perdais de vista al inmutable ser de Dios Eterno é Infinito, y la dignacion de su bondad inmensa, conque se movió á criar y hacer de nada las criaturas, para levantarlas á su gloria y enriquecerlas con sus dones. Esta deuda comun de toda criatura la hizo mas propia para nosotras la misericordia del Altísimo, cuando nos adelantó en esta noticia y luz, para que nos dilatemos, hasta recompensar con nuestro agradecimiento la ciega gratitud de los mortales, que con ella están mas lejos de conocer, y magnificar á su Criador. Y este ha de ser nuestro oficio, desembarazando el corazon, porque libre y suelto camine á su dichoso fin. Para esto os encargo mucho lo alejeis y desvieis de todo lo terreno, aunque sea de las cosas propias; para que desasida de los impedimentos de la tierra, os levanteis á los divinos llamamientos; y esperando la venida del Señor, y que cuando llegue respondais con alegría y sin la violencia dolorosa, que el alma siente, cuando es tiempo de dividirse del cuerpo y de todo lo demas que ama con demasía. Ahora que es el tiempo de padecer y de adquirir la corona, procuremos merecerla, y caminar con velocidad, para llegar á la íntima union de nuestro verdadero y sumo bien.

»A Zacarías vuestro marido y cabeza, el tiempo que tuviere de vida, procurad con especial rendimiento obedecerle, amarle y servirle. A vuestro milagroso hijo ofrecedle siempre á su Criador: y en su Magestad y para él, podeis amarle como Madre; porque será gran Profeta, y con el celo de Elías que le dará el Altísimo, defenderá su ley y su honor, procurando la exaltacion de su santo Nombre.

Y mi Hijo Santísimo, que le ha elegido por su Precursor, y embajador de su venida y doctrina le favorecerá como á su Privado, y llenará de dones de su diestra, y le hará grande, y admirable en las generaciones, y generaciones, y manifestará al mundo su grandeza y santidad.

»En toda vuestra casa y familia procurad con ardiente celo, que sea temido, venerado y reverenciado el santo nombre de nuestro Dios, y Señor de Abraham, de Isaac y de Jacob. Y sobre este cuidado, le tendreis grande en favorecer á los necesitados y pobres, cuanto fuera posible: enriquecedlos con los bienes temporales, que con abundante mano os concedió el Altísimo, para que con la misma liberalidad los dispenseis con los menesterosos, pues son mas suyos, que vuestros, cuando todos somos hijos de un Padre que está en los Cielos, de quien es todo lo criado: y no es razon que siendo el Padre rico, quiera un hijo ser y estar sobrado, para que un hermano viva pobre, y desvalido; y en esto sereis muy aceptables al Dios de las misericordias inmortal. Continudad lo que haceis, y ejecutad lo que teneis pensado, pues Zacarías lo remite á vuestra dispensacion. Con este permiso podeis ser liberal. Con todos los trabajos que el Señor os diere, confirmareis vuestra esperanza: y con las criaturas sereis benigna, mansa, humilde, apacible, y muy paciente, con interior júbilo del alma, aunque sean algunas, instrumentos de vuestro ejercicio y corona. Por los altísimos Misterios que el Señor os ha manifestado, bendecidle eternamente, y pedidle la salud de las almas con incesante amor y celo; y por mí rogareis á su Grandeza me gobierne y encamine, para que yo dispense dignamente y con su agrado el Sacramento, que de tan humilde y pobre sierva ha fiado su bondad inmensa. Enviad por mi Esposo que me acompañe. Y entre tanto disponed la Circun-

cision de vuestro niño y ponedle por nombre Juan; porque este le ha dado el Altísimo, y es decreto de su inmutable voluntad.»

Tal es el precioso razonamiento que segun la citada escritora pronunció la Bienaventurada Madre de Dios, que como deciamos está lleno de importantes documentos, por lo que no hemos querido omitir de él, ni una sola palabra. Extraordinario sería precisamente el agradecimiento de Isabel, que escucharia con la mayor atencion y los mejores deseos de aprovechamiento á su angelical prima, cuyas palabras eran de salud y vida.

Llamado el Patriarca José por Isabel para que acompañase á María en su regreso como lo hiciera en su venida, se presentó sin dilacion en casa de Zacarias, donde fué recibido con la mayor veneracion acompañada de una grande devocion, por Zacarias é Isabel quienes conocian el misterio que para él era oculto. María por su parte al paso que le dió las mayores pruebas del amor purísimo que le profesaba, arrojóse llena de humildad en su presencia, pidiéndole su bendiccion y suplicándole le perdonase lo que habia faltado á asistirle durante el tiempo que habia permanecido en casa de su prima. En seguida ambos esposos se despidieron de Zacarias é Isabel, los que no podrian menos de verter lágrimas de dolor, al considerar que se retiraba de aquella casa el Verbo humanado que la habia santificado, y la Virgen Madre cuyo seno le servia de sagrario. Podemos creer que poseyendo Zacarias é Isabel bienes de fortuna, ofrecerian recursos á sus santos huéspedes, asi como que estos, ricos de fe y de esperanza, y confiados en la Divina Providencia reusarian sus generosos ofrecimientos.

Atravesando pues de nuevo José y María las montañas de la Judea, regresaron á Nazareth donde la purísima Virgen

volvióse á entregar á sus habituales ocupaciones repartiendo el tiempo entre la oracion, la lectura de las Sagradas Escrituras y las demas prácticas santas que jamás ni por un solo dia habia podido abandonar. Singular en todo y admirable, vemos ahora al volver á su morada de Nazareth todo lo heróico de sus virtudes, toda su grandeza de alma. Pocas eran las comodidades que podia disfrutar, pues la que ya era dueña del mas rico tesoro, teniendo en sus entrañas al dueño del cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene, vivia en pobreza, y su casa estaba tan lejos del fausto y la grandeza, cuanto que era el taller de un artesano. ¡Cuán oculto era para la mirada del mundo que aquel taller era un magestuoso templo, y que bajo su pobre techumbre residian los que escedian en grandeza á todos los monarcas de la tierra! María pues, durante los tres meses que permaneció en casa de su prima Santa Isabel, disfrutó de mayores comodidades que en la suya, porque como hemos indicado antes, la Providencia se habia mostrado pródiga en favorecer á Zacarias con bienes de fortuna. Sin embargo, María que vivia en la tierra, tenia su espíritu puesto en el cielo, y estaba siempre como abismada, digámoslo asi en su Dios, y ni paraba mientes en las cosas terrenas. Impulsada por su caridad fué á casa de Isabel, conociendo que asi era la voluntad divina: y cuando regresa á su morada, ni echa de menos las comodidades que abandona, ni le parece áspero ni fatigoso el camino que hase visto precisada á recorrer, ni encuentra duro tener que atender de nuevo á las faenas domésticas cuidando de su purísimo esposo y santo compañero.

El patriarca José se consideraba por su parte el hombre mas dichoso de la tierra. Desconocida para él, la milagrosa operacion que el Espíritu Santo habia obrado en su esposa,

ignoraba de todo punto, la alta mision que estaba llamado á cumplir, siendo en la tierra padre presunto del Hijo del Altísimo, y llenando con él, los deberes de tal: pero era esposo de una doncella cuyas virtudes y bellisimas cualidades les eran conocidas: era esposo de una Virgen pudorosa de raro candor é inocencia incomparable, y esto era lo que formaba su felicidad. Para un hombre que vivia en Dios, y para Dios: para un varon tan lleno de virtudes como José, no podia haber dicha mayor que tener por compañera una mujer modelo de pudor, de modestia y ejemplar de todas las virtudes. Mas como quiera que el varon justo ha de ser probado en la tribulacion como el oro en el crisol, segun una frase de la Escritura Santa, José halló borrascas en el puerto de la serenidad, adversidades en el centro de las mayores delicias.

María adelantaba en su embarazo y como no podia menos de suceder, José llegó á advertirlo y conocerlo. Convenido como estaba de la santidad de su esposa, con la que vivia en pureza y santidad, sorprendióse de un modo extraordinario por lo que le testimoniaban sus ojos. Sin embargo, en la lucha de su corazon con su vista, encontró mejor dudar en los primeros dias, pero necesariamente cada uno que pasaba aumentaba sus temores. El profesaba á su esposa un amor tan extraordinario como puro: no solamente conocia, como hemos dicho, sus virtudes, sino que la tenia por modelo de todas ellas: ni la mas remota idea de sospecha abrigaba en su corazon: esto no obstante veia claros indicios de infidelidad y de lascivia. ¡Qué turbacion para un varon tan justo! ¡Qué lucha tan terrible entre su corazon y su vista! El primero aboga por su inocencia al paso que la segunda le da á conocer lo contrario. El mismo José no puede menos de estremecerse al solo pensamiento de que

pudiera ser adúltera la que miraba como modelo de santidad, y no sabe que resolucion tomar en lance tan crítico: seguir viviendo en compañía de una esposa al parecer olvidada de sus obligaciones, no lo permite su justicia, al paso que su amor tampoco le permite acusarla al tribunal de los hombres; y aqui vemos una edificante lucha de virtudes. María que conoce la turbacion de su esposo guarda silencio porque su humildad no la permite revelar el misterio: dar cuenta á José de la milagrosa operacion que el Espíritu Santo habia obrado en ella, era lo mismo que decirle:—Yo he sido la criatura feliz que habiendo hallado gracia en la presencia del Señor, he sido escogida entre millares para que en mi casto seno se verifique la Encarnacion del Divino Verbo.—Esto hubiese redundado en alabanza propia, y hé aqui porque la humildad sella sus lábios, poniendo su confianza en Dios, de quien esperaba que disipase las sospechas del bendito Patriarca, al paso que este no atreviéndose á decir una palabra por no poner manchas en el Sol, toma la resolucion de abandonarla secretamente esperando tambien de Dios que le aclarase el Misterio de lo que no podia comprender. Celebra San Juan Crisóstomo la prudente y discreta conducta del Santo Patriarca y se espresa de este modo: «Hallándose cerca la gracia del Salvador, era necesario que apareciesen ya señales de mayor perfeccion que las que se habian observado hasta entonces en el mundo. Al modo que cuando el Sol se prepara á salir, ilumina la tierra de sus resplandores aun antes que se dejen ver sus hermosos y brillantes rayos, así el Salvador, que es el verdadero Sol de justicia, ilumina el mundo aun antes de nacer de su Virgen Madre. Por esto antes de su nacimiento los Profetas, y las mujeres que tambien fueron profetisas, se alegraban, Juan dió saltos de alegría en el

vientre de su madre, y José obró con tanta discrecion y prudencia ¹.

Fe tan extraordinaria, prudencia tan singular y tan ardiente esperanza debian recibir un pronto premio, y el bendito Patriarca no tardó en recibirle. Dios quiso disipar sus sospechas y que volviera al lado de su esposa para que fuese el centinela avanzado que defendiese los muros de la Mística Ciudad de Dios y el conductor del Arca de la nueva alianza en la que se hallaba depositado el rico tesoro de la reparacion de la humanidad; arca mística en la que no podian penetrar las aguas del diluvio de la culpa y que un dia habia de descansar, no en los altos montes de la Armenia como la de Noé, sino en los altos montes de la gloria. Para esto dispuso el Señor revelarle por ministerio de un Angel, el efectuado Misterio de la Encarnacion. Dejemos hablar al evangelista San Mateo que nos da cuenta de este suceso, del modo siguiente:

«Y José su esposo, como era justo y no quisiese infamarla, quiso dejarla secretamente.

»Y estando él pensando en esto, hé aquí que el Angel del Señor, le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir á Maria tu esposa; porque lo que de ella ha de nacer, de Espíritu Santo es.

»Y parirá un hijo y llamarás su nombre Jesus: porque él salvará á su pueblo de sus pecados.

»Mas todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el profeta, que dice:

»Hé aquí la Virgen concebirá, y parirá un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que quiere decir, Dios con nosotros.

¹ Joan. Crisóst., Hom. IV, in Evang. S. Math.

»Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le habia mandado, y recibió á su mujer ¹.»

A consecuencia de esta revelacion renació la paz en el corazon del bendito Patriarca, y tal efecto hizo en él el conocimiento del gran Misterio del embarazo de su esposa, que puede decirse quedó mudado en un nuevo hombre. Hasta entonces verdad es que habia admirado las raras prendas y heróicas virtudes de su santa compañera, pero desde este momento trata de mirarla con todo el respeto y veneracion que es debido al Tabernáculo del Señor, conociendo con Divina luz que no siendo él mas que siervo, era su esposa reina del Cielo y de la tierra porque ya reposaba en su seno el Monarca de las eternidades. La mas apacible y deliciosa bonanza habia sucedido á la deshecha tempestad, cuyas encrespadas olas se habian estrellado contra su puro y rectísimo corazon: ya José se considera el mas feliz y dichoso de los hombres, por mas que por su humildad se creyese indigno de la dignidad de padre representativo del Salvador, á la que habia sido elevado. Presuroso corre al lado de Maria, y la alegría de su rostro demuestra claramente el gozo de su corazon y la paz que reina en su bendita alma. La aclaracion del Misterio hecha por el ángel, fué el premio con que plugo á Dios premiar su fe y aquella grande confianza que en él habia depositado. ¡Qué feliz seria el hombre si al verse rodeado de tribulacion depositase toda su confianza en Dios! Como el Patriarca José recibiria el premio de su esperanza, y el Dios de todo consuelo y Padre de las misericordias, estaria pronto á enjugar sus lágrimas.

Empero no pasaremos adelante sin hacernos cargo de la

¹ Math. cap. I, v. 19—24.

fe heroica que el bendito esposo de María demostró con su conducta en el difícil trance de que nos venimos ocupando. La revelacion del importante Misterio de la Encarnacion le fué hecha en sueños como hemos visto: sin embargo cree firmemente, y aquella revelacion calmó las crueles angustias de su corazon harto lacerado. El Padre San Juan Crisóstomo ve en esto el colmo del heroismo, y el mas brillante rasgo de su fe. No nos toca ciertamente á nosotros el examinar las causas de haberse hecho la revelacion en sueños, porque como dice el Apóstol ¿quién puede penetrar los designios del Señor ó quien fué su consejero¹? Esto no obstante la inspirada historiadora de cuyas luces nos venimos sirviendo en los pasajes mas oscuros de los que nada nos dice el Evangelio, despues de decir muy oportunamente que « en estas obras del Señor, la última razon es la de su Divina voluntad, en todo justa, santa y perfecta, señala tres razones que dice le fueron conocidas. La primera razon porque San José era tan prudente y lleno de Divina luz, y tenia tan alto concepto de María Santísima, Señora nuestra, que no fué necesario persuadirle por medios mas fuertes, para que se asegurase de su dignidad y del Misterio de la Encarnacion, toda vez que en los corazones dispuestos se logran bien las inspiraciones Divinas. La segunda razon fué, porque su turbacion habia comenzado por los sentidos, viendo el preñado de su esposa; y fué justo que si ellos dieron motivo al engaño ó sorpresa, fuesen como mortificados, y privados de la vision angélica, y de que por ellos entrase el desengaño de la verdad. La tercera razon, es como consiguiente á esta, porque San José aunque no cometió culpa, padeció aquella turbacion, con que los senti-

1 Ad Rom., cap. XI, 34.

dos quedaron como entorpecidos, y poco idóneos para la vista, y comunicacion sensible del santo Angel, y asi era conveniente, que le hablase y diese la embajada en ocasion en que los sentidos escandalizados de antes, estuviesen entonces impedidos con la suspension de sus operaciones, y despues el Santo Varon estando en ellos se purificó y dispuso con muchos actos, para recibir el influjo del Espiritu Santo¹.

Réstanos ahora contemplar la discrecion y prudencia al par que la humildad profunda que resplandece en el escelso Patriarca no comunicando con nadie el natural regocijo de su corazon, al verse enriquecido con títulos tan sublimes, cual no se concedieron á ningun otro mortal: su esposa tenia en su seno al Salvador de la humanidad, y él por consiguiente era Padre presunto del Hijo de Dios, centinela y custodio del Tabernáculo de la Divinidad, del purísimo Sagrario y escogido reclinatorio del Monarca de las eternidades. Tanto mas humilde cuanto mas encumbrado guarda en el fondo de su corazon secreto, y á nadie comunica la feliz nueva que se habia verificado en su esposa, y que por tantos siglos habia sido esperada por la humanidad. ¿Qué hubiera sucedido si José no siendo tan prudente hubiera revelado el Misterio? El pueblo carnal y grosero que mas tarde, no obstante manifestar el Salvador su Divinidad por prodigios estupendos, le imputó á blasfemia el haberse llamado Hijo de Dios, hubiese tambien tenido por blasfemo á José, y hubiesen interrogado á la Santísima Virgen sobre el suceso. ¿Qué hubiera contestado en este caso la esposa de José? Negar no podia, tanto por no ocultar la verdad mas importante de la Religion, cuanto porque la mentira no

1 V. M. Agreda. Obra citada parte 2.^a, lib. IV, cap. III.

podía salir de los lábios de la criatura mas santa de la tierra. Hubiera pues tenido que confesar la verdad, y entonces escandalizados los judíos la habrían llamado blasfema, y tal vez hubiesen querido que muriese apedreada. Todo lo evitó el Santo José con su discrecion y prudencia. El desear hacer públicos sus honores y dignidades quédese en buen hora para aquellos que aspiran á las alabanzas del mundo. María era una mujer singular y le correspondía un esposo extraordinario: José lo fué, y en tal grado, que lejos de pensar en su propia honra, se ocupa tan solo en bendecir á Dios y ofrecerle homenajes de la mas sincera gratitud, por haberle escogido para compañero y esposo de la criatura mas santa de la tierra, y para jefe y cabeza de la familia del Salvador del mundo, honra de la que no se creia digno, y á la que habia sido elevado por la soberana disposicion del Dios que dispone segun place á su santísima voluntad, de la suerte y destino de las criaturas todas.

CAPITULO IV.

Del viaje que en virtud del decreto de César Augusto para que se verificase un empadronamiento general, hicieron los Santos Esposos desde Nazareth á Belen, donde por no encontrar hospitalidad tuvieron que albergarse en una miserable gruta.

Reflexionando un escritor, por cierto algo preocupado contra el catolicismo, sobre el exacto cumplimiento que tuvieron las Profecias del Testamento antiguo en la Persona de Jesucristo, dice que nuestra religion tiene una ventaja de la que ninguna otra puede gloriarse, y es el haber sido anunciada muchos siglos antes de su manifestacion, por testimonios que conserva aun otra religion, su mas cruel enemiga¹. Y en efecto, la Providencia sabia en sus designios dispuso que los Profetas, preparando el mundo para la venida del Mesias, sosteniendo la esperanza de los justos y Patriarcas, no solamente anunciasen el tiempo en que habia de realizarse tan importante acontecimiento, y los caracteres de que habia de estar adornado el divino Reparador, sino hasta el lugar en que habia de verificarse su nacimiento. Asi pues, si Isaias despues de haber declarado el gran prodigio de la fecundidad de una Virgen, quiere llamar las atenciones hácia el nacimiento del Salvador, lo declara tan claramente como se ve por estas palabras. « Nos ha NACIDO un Niño y un hijo se nos ha dado, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros, y será llamado su nombre, ad-

¹ *Essai de philosophie morale*, por Maupertuis, cap. VIII.

podía salir de los lábios de la criatura mas santa de la tierra. Hubiera pues tenido que confesar la verdad, y entonces escandalizados los judíos la habrían llamado blasfema, y tal vez hubiesen querido que muriese apedreada. Todo lo evitó el Santo José con su discrecion y prudencia. El desear hacer públicos sus honores y dignidades quédese en buen hora para aquellos que aspiran á las alabanzas del mundo. María era una mujer singular y le correspondía un esposo extraordinario: José lo fué, y en tal grado, que lejos de pensar en su propia honra, se ocupa tan solo en bendecir á Dios y ofrecerle homenajes de la mas sincera gratitud, por haberle escogido para compañero y esposo de la criatura mas santa de la tierra, y para jefe y cabeza de la familia del Salvador del mundo, honra de la que no se creia digno, y á la que habia sido elevado por la soberana disposicion del Dios que dispone segun place á su santísima voluntad, de la suerte y destino de las criaturas todas.

CAPITULO IV.

Del viaje que en virtud del decreto de César Augusto para que se verificase un empadronamiento general, hicieron los Santos Esposos desde Nazareth á Belen, donde por no encontrar hospitalidad tuvieron que albergarse en una miserable gruta.

Reflexionando un escritor, por cierto algo preocupado contra el catolicismo, sobre el exacto cumplimiento que tuvieron las Profecias del Testamento antiguo en la Persona de Jesucristo, dice que nuestra religion tiene una ventaja de la que ninguna otra puede gloriarse, y es el haber sido anunciada muchos siglos antes de su manifestacion, por testimonios que conserva aun otra religion, su mas cruel enemiga ¹. Y en efecto, la Providencia sabia en sus designios dispuso que los Profetas, preparando el mundo para la venida del Mesias, sosteniendo la esperanza de los justos y Patriarcas, no solamente anunciasen el tiempo en que habia de realizarse tan importante acontecimiento, y los caracteres de que habia de estar adornado el divino Reparador, sino hasta el lugar en que habia de verificarse su nacimiento. Asi pues, si Isaias despues de haber declarado el gran prodigio de la fecundidad de una Virgen, quiere llamar las atenciones hácia el nacimiento del Salvador, lo declara tan claramente como se ve por estas palabras. « Nos ha NACIDO un Niño y un hijo se nos ha dado, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros, y será llamado su nombre, ad-

¹ *Essai de philosophie morale*, por Maupertuis, cap. VIII.

mirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de paz. Se extenderá su imperio y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el sôlio de David, y sobre su reino: para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre ¹. El tiempo en que esto habia de suceder lo declara Daniel en la célebre Profecía de las setenta semanas: «Se han abreviado, dice, setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la vision y la profecía, y será ungido el Santo de los Santos. Sabe pues y nota atentamente: Desde la salida de la palabra para que Jerusalem sea otra vez reedificada hasta el Cristo príncipe, pasarán siete semanas, y sesenta y dos semanas, y será nuevamente edificada la plaza. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será la devastacion, y acabada la guerra vendrá la desolacion decretada. Y el Cristo afirmará su alianza, y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin ². » Magnífica profecía, cuyo cumplimiento se verificó indudablemente por el tiempo en que apareció sobre la tierra el Sol brillante de justicia que vino á disipar las tinieblas de la ignorancia y de la idolatría. Algunos han formado cuestiones sobre el tiempo en que deben empezarse á contar las setenta semanas, como asimismo sobre la época en que el cetro salió de Judá; pero nada importan estas ideas sobre incidentes, pues está fuera de toda duda

¹ Isai. cap. IX.

² Daniel. IX. 24-27.

que faltó el cetro de Judá, en la misma época, en el mismo siglo en que Jesucristo apareció en el mundo. Con la muerte de Antígono que acabó su vida en un patíbulo, merced á las pérfidas maquinaciones de Herodes, quien para este efecto se habia puesto de acuerdo con Marco Antonio, pereció el último descendiente de los Macabeos, concluyendo la dominacion de los Asmoneos, que duró 126 años segun un escritor antiguo ¹. Estos grandes trastornos ocurridos en el pueblo judío, permitiólos Dios para que tuviesen cumplimiento las profecías, pues que Herodes que entró á ocupar el trono, y á quien hasta los atenienses dieron el nombre de *Grande* era de origen Idumeo: luego faltó el cetro de Judá 37 años antes de la venida de Jesucristo. A Miqueas tocó el señalar el lugar donde habia de verificarse el nacimiento del Salvador, y lo hizo por estas palabras: *Y tú Bethlem Ephrata, pequeña eres entre los millares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador en Israel, y la salida de él desde el principio, desde los dias de la eternidad* ².

Para que el vaticinio de Miqueas se verificase, era necesario que María dejase á Nazareth, y se dirigiese á Belen, y la Providencia dispuso los sucesos con un orden admirable, haciendo que César Augusto decretase un empadronamiento general, en virtud del cual se obligaba á todos los súbditos del Imperio á acudir á la ciudad de donde descendian para inscribirse en el registro. Veamos como el Evangelio nos da cuenta de este suceso. « En aquellos dias, salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Quirino, gobernador de Siria. Y como todos iban á

¹ Josefo. *Antiq.* lib. XIV, cap. 28.

² Mich. V, 2.

»empadronarse á la ciudad de donde cada uno descendía, »José, que era de la casa y familia de David, subió desde »Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en la Judea, para empadronarse con María su »esposa que estaba en cinta ¹. » Reproduciremos las curiosas noticias que sobre este empadronamiento general, presentamos en nuestra primitiva *Historia de la Virgen*, y que tomamos del erudito escritor Martinez Plaza, en su *Historia de la vida de Nuestro Señor Jesucristo*. « Los gobernadores romanos, fueron los encargados de hacer ejecutar el edicto imperial, cada uno en su distrito, y asegura Tertuliano que este fué el caso en que se halló con respecto á la Siria Sesto Saturnino, que era su presidente. Este empezó desde luego por la Fenicia y la Cele-Siria, ricas y populosas comarcas, que exigian un largo y minucioso trabajo. Despues de haber cumplido con las órdenes de César en la provincia romana, como tambien en los reinos y tetrarquías que de ella dependian, tres años despues de la fecha del decreto, se llegó en fin á Belen, precisamente en la época memorable del nacimiento del Salvador. Conquistada la Siria y reducida á provincia romana por Pompeyo, abrasaba en su vasta estension muchos estados, reinos y tetrarquías; la Siria propiamente dicha, la Cele-Siria, la Fenicia y la Judea, que fueron gobernadas por un prefecto ó presidente nombrado por Augusto. Además de la grande estension del pais, envolvía su descripcion otras gravísimas dificultades políticas á causa de los príncipes soberanos que ejercian el sumo imperio en varios estados, como Herodes en Judea. Augusto para vencerlas, despues de órdenes comunicadas á los emperadores y gobernadores inferiores de los diferentes

¹ Luc. II, 1-5.

distritos, nombró un legado ó presidente extraordinario, varon de su confianza, respetable y capaz de llevar á cabo estas operaciones, sin comprometer el honor ni ofender los derechos de los respectivos soberanos. Este fué Sulpicius Quirinius, que San Lucas, siguiendo la pronunciacion griega llama Cyrinus ó Cyrenius, de quien dice el historiador Josefo que subió por sus relevantes méritos y servicios hasta el honor del consulado, y que fué tambien nombrado por César posteriormente para ejecutar el censo del año 14 de nuestra era, despues de la deposicion de Arquelao. » Hasta aqui el citado escritor. Consignadas estas noticias históricas, fijemos la atencion en nuestro asunto. Dios impulsó á César Augusto á publicar el edicto del empadronamiento para el cumplimiento de sus altísimos designios. La profecía de Miqueas, anunciaba como antes hemos visto, que el nacimiento del Mesias se verificaria en Belen, y el edicto de Augusto hace que José y María se resuelvan á partir de Nazareth, pues que fieles los judíos á una antigua costumbre se hacian inscribir por familias y por tribus, y como David hubiese nacido en Belen, sus descendientes miraban esta ciudad como su pais natal y allí acudieron para que fuesen inscritos sus nombres segun la orden de Augusto.

José y María como descendientes de David, se dispusieron á partir para Belen. La Santísima Virgen habia entrado en el noveno mes de su embarazo y por esta causa el viaje debia serle molestísimo: empero la que escedía en obediencia á Abraham, no titubea en dar cumplimiento al mandato del Soberano: el estado en que se hallaba, podia haberle servido de excusa, y José podia haberla representado para el efecto del empadronamiento, pero ella no creía cumplir de este modo, y con prontitud emprende su marcha al lado de su esposo. Cinco dias duró este viaje: tal vez

durante ellos verian atravesar por el camino lujosas cabalgatas de familias á las que un viaje hecho con sobra de comodidades servia de recreo: entre tanto María y José en los que no pararia mientes la multitud alegre y bulliciosa caminaban con despacio; sus provisiones eran bien escasas, y eso que llevaban en su compañía aunque oculto en el seno de María, el que mas tarde habia de saciar una multitud hambrienta, multiplicando milagrosamente los panes y los peces. Era la entrada del invierno: el viento silbaba, y ponía en movimiento las ramas de los árboles que formaban esa especie de ruido que si bien no puede llamar la atención en el discurso del día, es imponente en las altas horas de la noche: tal vez cubierto el cielo de opacas nubes amenazara con una abundante lluvia, al par que la intensidad del frío dejariase sentir de un modo notable. Los humildes descendientes de David, María y José caminaban en silencio; el santo Patriarca embebido en profundas meditaciones guiaba al jumento que conducia á su bella Esposa. Esta por su parte no exhalaba la mas mínima queja, ni dejaba escuchar un suspiro que denotara aflicción ni fastidio: jóven y delicada, era la mujer fuerte por excelencia. Verdad es que á las incomodidades del viaje se agregaban las propias de su embarazo, pero la obediencia la guiaba y ella encontraba su mayor delicia en obedecer. Durante aquel viaje se alimentarian con frutas secas, y tal vez con los dátiles de las hermosas palmeras del Oriente. El descanso lo tomarian sobre algunas piedras del camino ó al borde de alguna fuente. Los coloquios del Santo Matrimonio podemos creer que versarian sobre los oráculos de los Profetas, y el cumplimiento de los vaticinios. ¿Comprenderia María en aquella ocasion los designios de la Providencia en ordenar aquel viaje? ¡ Ah! Que instruida como lo estaba en las sa-

gradas Escrituras no dejaria de recordar la Profecía de Miqueas de la que ya nos hemos ocupado y que designaba á Belen como lugar á donde habia de verificarse el nacimiento del Mesías. ¡ Oh! Si los hombres que se resisten á toda autoridad y que engreidos por un desmedido amor propio, no conocen mas ley que su voluntad, fijasen su vista en el cuadro que nos presenta esta familia santa en su viaje á Belen; si estudiasen la lección que dan al mundo, no solamente María, la criatura mas colmada de gracias que ha existido sobre la tierra, y el santo Patriarca su esposo, sino el mismo Dios que hecho hombre reposaba en el seno de su Madre, sujetándose á la voluntad de un monarca, y eso que era idólatra y por consiguiente enemigo de Dios, de seguro se avergonzarian de su proceder y aprenderian á respetar el principio de autoridad. La soberbia fué el origen de la desgracia de la humanidad: no contento el hombre con el estado feliz en el que era rey de la naturaleza, por voluntad del que le habia formado á su imájen y semejanza, aspiró abrogarse los derechos mismos de la Divinidad, pretendiendo ser semejante á Dios. Por esto el mismo Dios que se hace hombre para salvar al hombre, aun antes de nacer segun la carne, se humilla y da al mundo la mas sublime lección de humildad y de obediencia, como que mas tarde cuando desempeñara su altísima misión de enseñar á los hombres con su celestial doctrina, habia de decirles como maestro soberano del mundo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» Sigamos nuestra narración, y aun tendremos mas que aprender en la acogida que de los belenitas tuvo la santa familia.

Un viaje de cinco días, produjo necesariamente cansancio y fatiga á los santos viajeros: pero es indudable que la vista del punto á donde el caminante se dirige, y mas

si el viaje ha sido áspero y molesto, hace renacer la alegría en el corazón. Así les sucedería al matrimonio modelo al divisar á Belén, ciudad para ellos de gratos recuerdos por ser la patria de sus mayores: aquella ciudad, pequeña entonces pero cuya celebridad había de durar tanto como el mundo, por el grande acontecimiento que en ella había de verificarse, se elevaba sobre una eminencia y se hallaba rodeada de colinas: el pintoresco aspecto que presentaba apareció á la vista de los pobres viajeros, que llenos de fatiga creían encontrar un albergue donde proporcionar un poco de descanso á sus cuerpos. Empero la bendita Virgen que un día había de ver al fruto de sus entrañas hecho el objeto de las burlas y desprecios del pueblo que venía á salvar, iba ahora á experimentar por sí misma el desprecio de aquella ciudad avara á inhospitalaria. José se adelantó con el objeto de buscar una posada, donde pudieran hospedarse: no buscaba comodidades de las que solo puede rodearse el que posee bienes de fortuna: demandaba tan solamente una pobre techumbre debajo de la cual pudiesen descansar y guarecerse del frío en la estación mas rigurosa: pero en vano buscó este asilo: «Fuera del recinto de la ciudad, dice el poético historiador de María, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrían la colina: hubiéranle tomado por un grande parador de la Persia. Al través de su grande puerta veíanse ir y venir dentro de su vasto patio una multitud de esclavos y criados: era una posada: José se dirigió por este lado, esperando llegar á tiempo de alcanzar uno de sus pequeños aposentos que pertenecían de derecho al primero que llegaba y que á nadie se rehusaba; pero la posada rebosaba de mercaderes y de viajeros, no quedaba un lugar; tal vez á precio de oro hubiérase hallado

alguno porque el mesonero era *judío* y judío de Belén; pero José carecía de oro.»

Aflijido y lleno de desconsuelo, no por sí, sino por no poder proporcionar lugar de descanso á su esposa, volvióse José á donde aquella llena de paciencia le aguardaba, y le dió cuenta de lo ocurrido. María vé en todo la voluntad divina y se resigna gustosa. Ambos esposos divagan por las calles de aquel pueblo que ignoraba había entrado por sus puertas la salud del mundo. Tal vez el bendito Patriarca en su anhelo por proporcionar lugar de reposo á María se acercaría á otras casas; pero lo cierto es que todas las puertas permanecieron cerradas, y no hubo ni un solo belenita que compadecido de aquella bellísima Nazarena estendiese hácia ella una mano benéfica. De este modo elevó el Señor la pobreza á la mayor gloria enseñando al mundo con el ejemplo de esta santísima familia á resignarse en la adversidad y en los trabajos. ¡Libro elocuente en cuyas doradas páginas debe leer el cristiano, principalmente en el día de la humillación y los padecimientos! El Verbo humanado oculto en el seno materno, demanda por boca de su padre representativo un albergue *por amor de Dios*, pero estas palabras no ablandan la dureza de los metalizados corazones de los habitantes de Belén, cuya primera divinidad era el oro. ¿Y que harán en este caso los santos esposos? ¿Qué partido tomarán á vista de tal repulsa? no lejos de la ciudad ingrata é inhospitalaria existía una cueva ó caverna escabada en una roca, que servía de establo comun á los belenitas y donde tal vez se retiraban los pastores para guarecerse del frío en las noches mas tempestuosas. María y José que se retiraban de Belén, llenos de confianza en la Providencia, fijaron su vista en aquella gruta, y bendijeron á Dios que por fin se dignaba depararles aquel pobre asilo. En él

iba á verificarse el acontecimiento grande á todas luces que tan repetidamente habia sido anunciado por los Profetas, y por cuya realizacion tantos votos se habian dirigido al cielo. Los trabajos del viaje de que nos hemos ocupado iban á ser recompensados con dichas inestimables.

¡Qué admirable es la economía de la Providencia! Dios dispone las cosas de modo que María y José salgan de Nazaret y se dirijan á Belen, donde eran poco conocidos, y haciendo que no encuentren donde hospedarse, los dirige á la pobre gruta, donde si bien el Salvador de la humanidad va á nacer en la mayor pobreza para que el mundo conozca que es hombre verdadero, hará que los ángeles entonen sonoros himnos, y que los reyes se postren ante su presencia, para que conozcan tambien que es verdadero Dios.

CAPITULO V.

Del Nacimiento del Hijo de Dios.

Al proponernos narrar el grande acontecimiento que va á ser objeto del presente capítulo, nos creemos en el deber de hacer un llamamiento á los que sufren el rigor de la adversidad, y que tal vez descontentos de su suerte, miran con envidia á los que albergados bajo las doradas techumbres de suntuosos palacios, viven rodeados de bienes de fortuna, halagados por una posicion brillante, y deslumbrados por el fausto y la grandeza de que se ven rodeados. Si el hombre hubiera nacido para no morir jamás, ó si las dos partes que constituyen su sér estuviesen sujetas á descomposicion, es decir, si el alma concluyese al dejar de existir el cuerpo, siendo como este encerrada en el sarcófago, se comprende que aspirase á la grandeza mundana y que no encontrase mayor dicha ni mas positiva felicidad, que el acercar á sus lábios la copa del deleite. Así el materialista que nada ve al otro lado de la tumba esclama «comamos y bebamos, porque mañana moriremos¹.» Por el contrario, el hombre que haciendo un uso recto de su razon, y prestando oido atento á la voz de la revelacion divina, comprende que la vida presente es transitoria, y que solo puede ser considerada como un prelude ó senda para entrar en otra vida cuya duracion será eterna, ni forma ídolos de oro, ni

¹ Comedamus et bibamus: cras enim moriemur. Isai. cap XXII, v. 13.

iba á verificarse el acontecimiento grande á todas luces que tan repetidamente habia sido anunciado por los Profetas, y por cuya realizacion tantos votos se habian dirigido al cielo. Los trabajos del viaje de que nos hemos ocupado iban á ser recompensados con dichas inestimables.

¡Qué admirable es la economía de la Providencia! Dios dispone las cosas de modo que María y José salgan de Nazaret y se dirijan á Belen, donde eran poco conocidos, y haciendo que no encuentren donde hospedarse, los dirige á la pobre gruta, donde si bien el Salvador de la humanidad va á nacer en la mayor pobreza para que el mundo conozca que es hombre verdadero, hará que los ángeles entonen sonoros himnos, y que los reyes se postren ante su presencia, para que conozcan tambien que es verdadero Dios.

CAPITULO V.

Del Nacimiento del Hijo de Dios.

Al proponernos narrar el grande acontecimiento que va á ser objeto del presente capítulo, nos creemos en el deber de hacer un llamamiento á los que sufren el rigor de la adversidad, y que tal vez descontentos de su suerte, miran con envidia á los que albergados bajo las doradas techumbres de suntuosos palacios, viven rodeados de bienes de fortuna, halagados por una posicion brillante, y deslumbrados por el fausto y la grandeza de que se ven rodeados. Si el hombre hubiera nacido para no morir jamás, ó si las dos partes que constituyen su sér estuviesen sujetas á descomposicion, es decir, si el alma concluyese al dejar de existir el cuerpo, siendo como este encerrada en el sarcófago, se comprende que aspirase á la grandeza mundana y que no encontrase mayor dicha ni mas positiva felicidad, que el acercar á sus lábios la copa del deleite. Así el materialista que nada ve al otro lado de la tumba esclama «comamos y bebamos, porque mañana moriremos¹.» Por el contrario, el hombre que haciendo un uso recto de su razon, y prestando oido atento á la voz de la revelacion divina, comprende que la vida presente es transitoria, y que solo puede ser considerada como un prelude ó senda para entrar en otra vida cuya duracion será eterna, ni forma ídolos de oro, ni

¹ Comedamus et bibamus: cras enim moriemur. Isai. cap XXII, v. 13.

trabaja con anhelo á costa de su reposo por adquirir una grandeza veloz como la flor del heno que muere en el mismo dia que nace, y tan fugaz como el humo que se disipa en el aire tan presto como le hemos visto formar gruesas columnas que oscurecian la luz á nuestra vista. Los que mecidos dulcemente por ricos tesoros de la tierra, viven olvidados de las riquezas del cielo, vengan en espíritu á la miserable gruta de Belen, donde voces mudas pero elocuentes les hablarán al corazón. Allí tambien deben fijar su vista los que humillados y abatidos, tal vez despreciados por hermanos metalizados, vierten lágrimas amargas al contemplar su desgracia. En el Portal hay lecciones para todos: desengaños para unos y consuelos para otros. No se trata de unos pobres afligidos que nada poseen, ni pueden poseer. Se trata si, del que es dueño absoluto del cielo y de la tierra: del que muda segun que place á su voluntad soberana los humildes vestidos del Pastor en la régia púrpura de Israel: ha querido hacerse hombre para salvar al hombre, y lejos de escoger para reclinar su cabeza, dorada cuna cubierta con ricos brocados como correspondia á su grandeza y Magestad, prefiere la humillacion y la pobreza. Legislador y Maestro del mundo, se propone destruir las groseras ideas encarnadas en los corazones, arraigando en ellos las grandes nociones de Dios y de la vida futura, que hasta entonces se hallaban envueltas en un caos de tinieblas, y el que mas tarde habia de elevar su voz divina diciendo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*¹, se propone enseñar con su divino ejemplo desde el momento de su nacimiento segun la carne, que en tanto el hombre debe ser mas humilde en cuanto es mayor su grandeza y dignidad. Volvamos á anudar el hilo de nuestra histo-

¹ Ego sum via, et veritas et vita. Joan XIV, 6.

ria, que desemejante á la de los héroes del mundo, está toda sembrada de maravillas.

Hemos visto que ni los ruegos del Patriarca José, ni el estado de su modestísima esposa María fueron suficientes á ablandar el corazón de ningun belenita, y que desesperanzados de encontrar albergue en la ingrata ciudad de David, hubieron de dirigirse á una pobre gruta, mas á propósito para dar abrigo á las rugientes fieras, que para morada de criaturas racionales. En aquella caverna estaba fija la mirada del Eterno Padre, el que por un impulso interior llamó allí á los viajeros repelidos de Belen. El Santo Matrimonio respondiendo al llamamiento, dirigióse á aquel pobre lugar no con desconsuelo, sino con paso lento, igual y firme, como que confiados en la Providencia, sus sábias disposiciones las aceptaban con la mayor alegría. El conquistador que habiendo vencido en cien batallas á los enemigos de su patria, ve ceñidas sus sienes con coronas del laurel mas escogido, no entra con mayor regocijo en la corte de su monarca, para recibir los parabienes de los ciudadanos que admiran su valor y le celebran, como gozo llevan en su corazón María y José al penetrar en la gruta deshabitada que les deparara la Providencia. No les espera allí una régia comitiva, como la que acompañó al rey Salomon, cuando salió á recibir á la reina de Sabá, pero el Salomon divino y verdadero va á hacer en aquel lugar su entrada en el mundo, y sobre tan pobre morada entonarán sonoros himnos los celestiales espíritus que celebrarán la gruta nueva.

Entró la noche: y no era por cierto una de esas hermosas de primavera, en las que el campo convida á disfrutar de un delicioso ambiente, con que reponerse de las fatigas de un dia caloroso. Era si una noche oscura y tempestuosa como suelen serlo las del mes de diciembre y mucho mas en

la Palestina. Todo presentaba un aspecto imponente: dentro de pocos momentos el mundo iba á recibir á su libertador, y en el seno de Abraham iban á darse el parabien los justos y Patriarcas que tanto habian suspirado por el dia de la salud de la humanidad. Sin embargo, la naturaleza que treinta y tres años despues se habia de estremecer de espanto al verificarse la tragedia del Calvario, parece que llora anticipadamente el horrible deicidio con el que habia de terminar su vida el Divino Infante cuyo nacimiento iba á verificarse. Al ocultarse el sol del mundo de las profecias para aparecer despues iluminando el mundo de las realidades, veíanse cubiertas de blanca nieve las colinas que rodeaban á Belen: es verdad que la naturaleza no obstante el aspecto imponente que presentaba debia aparecer engalanada con los blancos atavíos de la esposa: todo habia sido hecho para el hombre; y el hombre iba á ser regenerado, pues venia el que habia de hacerle adquirir sus perdidos derechos. El frio se hacia cada vez mas intenso é insoportable: tal vez el humilde descendiente de David reuniria algunos secos sarmientos con los cuales formaria lumbre en algun rincon de la caverna para hacer mas llevadera la noche al amor del fuego. María no necesitaba este recurso. Segun la V. Agreda habia tenido revelacion de que en aquella noche se verificaria su dichoso parto, y estaba abrasada en el fuego del amor de Dios: estaba en la tierra, pero su espíritu en el cielo: entregada á la mas fervorosa contemplacion, ni sentir podia el frio de tan rigurosa noche. Algunos Santos Padres son de opinion que en aquella oracion á que se entregó momentos antes del parto, fué favorecida con la clara vision de la Divina Esencia. Era la media noche, el punto divisorio en la historia de la humanidad, cuando la Santísima Virgen María, bajando sus ojos al concluir su divino raptó

vió nacido delante de sí á su único Hijo, Dios y hombre verdadero: EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. Hé aquí la concision con que el Evangelio enuncia tan grande é importantísimo acontecimiento: «Y estando allí aconteció que se cumplieron los dias en que habia de parir: y »parió á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales y »recostóle en un pesebre ¹.»

Tal es la sencillez con que el Evangelio nos refiere la feliz nueva: un mito hubiera sido adornado con brillantes descripciones: una leyenda no podria aparecer tan desnuda de atractivos: solo la realidad no necesita de adornos ni de buscadas espresiones. María no esperiméntó las incomodidades que las demas mujeres esperiméntan al ser madres: aquella sentencia pronunciada por el Omnipotente en el Paraiso «con dolor parirás los hijos ².» no alcanzó á la criatura feliz que por un extraordinario privilegio fué libre y exenta del pecado original que envolvió en sí á toda la descendencia del padre prevaricador. Virgen la Madre de Dios antes del parto, lo fué en el parto y despues de él. El que despues de resucitado habia de entrar en el cenáculo donde estaban encerrados los discípulos, sin necesidad de abrir puertas ni ventanas, sale del seno de su Madre, sin la mas mínima lesion de su virginal integridad. Del nacimiento del Salvador tan solo fueron testigos los ángeles del cielo, pues en el momento en que se verificó, el Patriarca José, se hallaba retirado de su Esposa, y en un delicioso éstasis. En cuanto á la integridad virginal de María, oigamos el razonamiento de Augusto Nicolás, sabio escritor de nuestros dias, al que siempre citamos con placer: «El »Evangelio nos dice que el parto de la Virgen se verificó

¹ Luc. II, 6 y 7.

² In dolore paries filios, etc. Génes III, 16.

» en el tiempo ordinario de la naturaleza, y nos dice luego
 » simplemente que parió. Si tuviéramos solamente esta
 » narracion, deberiamos creer que este parto fué natural
 » como su término; pero el Evangelio nos ha informado ya
 » muy de otro modo acerca de este punto, y, segun su so-
 » briedad ordinaria, no tenia porque tocarlo nuevamente.
 » Con efecto, nos ha manifestado que María habia concebido
 » al Verbo sin menoscabo de su Virginidad; y con esto nos
 » ha dicho que lo daria á luz del mismo modo. Hubiera sido
 » contradictorio el admitir que hubiera debido perder en el
 » parto aquella Virginidad que habia estipulado de cierto
 » modo en su concepcion. Fuera de que el parto y la con-
 » cepcion tienen entre sí una relacion estrecha que hace de
 » aquel el precio doloroso de esta, y del cual por tanto esta-
 » ba exenta María. Finalmente, en el relato de la Anuncia-
 » cion, no se dice solo que María concebirá, sino que *concebi-
 » rá y parirá* un Hijo, conforme á la profecia: *UNA VIRGEN
 » CONCEBIRÁ Y PARIRÁ*, y el mismo Evangelio ¹ es quien la
 » aplica esta profecia ².

Justo es que fijemos nuestra consideracion en el establo de Belen y dirijamos nuestra vista al admirable espectáculo que allí se nos presenta. Para el divino Redentor de la humanidad, no hubo como para Moisés una cesta de juncos: su cabeza, centro de la sabiduría eterna, no tiene otra almohada donde descansar que las pajas que casualmente ó por disposicion de la Providencia, se hallaban en el establo. «Dios, dice Orsini, proveyó al nacimiento de su Hijo único, como provee á los nidos de las aves del cielo.» ¡Qué pasaria en aquellos momentos solemnes en el alma de la Virgen Madre! Tenia ante sus ojos al Hijo que acababa de

¹ Math. I, 23.

² La Virgen María, segun el Evangelio, cap. XII.

dar á luz, pero sabe que era Hijo de Dios: como Madre amorosa desea estrecharle entre sus brazos y colmarle de caricias: como criatura que se halla delante de su Criador, le mira con el mas profundo respeto. No sabe que hacer: pero el tierno Infantito estiende hácia ella sus brazos, y parece dirigirla estas palabras: *Levántate, amiga mia, hermosa mia, y ven.... Paloma mia, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso... Toda eres hermosa, amiga mia, y en tí no hay mancha* ¹. En efecto, María comprende la voluntad de su divino Hijo, y resolviéndose, toma entre sus brazos aquel precioso tesoro, de valor inestimable, al que envolvió en los pañales que para el efecto tenia preparado. El Santo Patriarca, que ya habia salido de su éstasis fué llamado por su bendita Esposa, y tuvo la dicha de ser el primero entre los hombres que adoró á Jesus, reconociéndole por verdadero Dios al tiempo mismo que verdadero Hombre. Entretanto la feliz Madre, lactaba con el nectar de sus pechos al que con admirable Providencia, cuida del sustento de las criaturas todas; y calentaba con su aliento al que da calor y vida á la naturaleza entera. Llena de fe veia á su Hijo acabado de nacer y sabia que era eterno: sufrir el rigor del frio y conocia que tenia poder para mandar al viento y á las tempestades: le reclinaba sobre las humildes pajas del pesebre, y veia en él al dueño del cielo y de la tierra, que no tiene semejante en el poder.

Dios dispuso que su Hijo Unigénito, apareciese en el mundo en la pobreza que hemos visto: venia á inaugurar el reinado de la humildad, y en el estado mas humilde debió presentarse á los hombres. Treinta años habia de vivir en la oscu-

¹ Cant. II, 13 y 14, —IV, 7.

ridad, sin dejar conocer con sus prodigios su Divinidad: esto no obstante, el que era Rey del cielo y de la tierra, debia ser reconocido y adorado aun entre las fajas de la infancia, y por esto llama á los Pastores por la voz de los ángeles, y á los Magos por un significativo astro, para que postrados en la presencia del Salvador le ofrezcan tiernos y debidos homenajes de adoracion y de respeto. En el siguiente capítulo, seguiremos el rumbo de los que formaron las primicias de los adoradores del divino Mesías. Ahora para concluir el presente, nos haremos cargo de una objecion que solo puede presentar la ignorancia ó la mala fe, y que con poco trabajo ha sido siempre confundida. Es la siguiente. De decir el Evangelio que Maria parió á su Hijo *primogénito* háse querido deducir por algunos y como consecuencia precisa, que Maria tuvo otros hijos á mas de Jesus. Siempre se acostumbra llamar y principalmente entre los judíos, *primogénito*, al primer hijo aunque no le siguiesen otros. Si miramos la espresion en el sentido espiritual, es muy propia; varios escritores y entre ellos el citado Augusto Nicolás, para demostrarlo citan estas palabras de San Pablo. « Dios nos predestinó para que fuéramos conformes á la imágen de su Hijo, para que él sea PRIMOGÉNITO entre muchos hermanos¹, y para esto participó de nuestra sangre debiendo ser semejante á sus hermanos, para ser su misericordioso Pontífice en la presencia de Dios. » En otro lugar el mismo Apóstol dice « que se hizo Jesucristo el *Primogénito de toda criatura*². » Además, el nuevo pueblo que el Salvador habia de fundar, saludaria á Maria con el título de Madre, título que la Señera habia de recibir un dia en el Calvario por un Misterio del amor de Jesucristo para con

1 Ad Rom. VIII, 29.

2 Ad Coloss. I, 15.

las criaturas. Si: Jesucristo es el primogénito de Maria, y nosotros somos los demas hijos de tan gran Reina. ¡A qué altura elevaron á la naturaleza humana los Misterios de la Redencion! Somos hijos de Maria y por consiguiente hermanos de Jesucristo. ¡Oh! ¡Si supiéramos apreciar tal dicha y agradecer mercedes tan extraordinarias!..

En cuanto al año en que se verificó el nacimiento del Salvador son varias las opiniones seguidas por los escritores, puesto que no lo dice el Evangelio: la opinion mas seguida es, segun lo anunciamos para investigar lo mas probable acerca del nacimiento de la Santísima Virgen, que Jesucristo nació el año 4000 de la creacion del mundo: el 2344 del diluvio universal: el 1916 de la salida de Abraham de Ur de los Caldeos: el 4486 de la salida de los judíos de Egipto: el 1007 de la fundacion del Templo, y el 384 de su destruccion. En cuanto al mes y el dia, la mas comun opinion apoyada en la práctica y doctrina de la Iglesia, señala la primera hora del 25 de diciembre ó sea á la mitad de la noche que separaba el 24 del 25.

El pesebre que recibió al nacer al Salvador del mundo se conserva en un altar subterráneo de la capilla llamada Sixtina en la basílica de Santa Maria la Mayor de Roma, y durante la octava de la Natividad está espuesto á la veneracion de los fieles, y multitud de nacionales y extranjeros acuden en alas de la mas fervorosa devocion á postrarse ante la misma cuna dentro la cual el Unigénito del Padre é Hijo de Maria recibiera hace cerca de diez y nueve siglos la adoracion de los Magos y pastores. Tambien el que esta obra escribe, hase postrado ante tan veneranda reliquia, saludando aunque con tibias oraciones al Libertador de la humanidad y á la angelical Reina del cielo que divinamente fecundizada le produjo. ¡Ojalá hubiéramos tenido la dicha

de visitar tambien el magestuoso Templo formado en el mismo lugar donde el Sol divino de justicia Cristo Jesus, apareció en el mundo, para iluminarle con los esplendorosos rayos de su gracia y su bondad! Ya pues que nada podemos decir por nosotros mismos, satisfaremos la natural curiosidad del piadoso lector, presentando la descripcion que de aquel Templo nos hace el ilustre Chateaubriand, y es de este modo:

«Dos escaleras que dan la vuelta, cada una de quince gradas, se abren á los dos lados del coro de la Iglesia exterior, y descienden á la Iglesia subterránea que está debajo del coro; y este es el lugar para siempre venerado del Nacimiento del Salvador. Esta santa gruta es irregular, porque ocupa el sitio ó solar, irregular tambien del establo y del pesebre. Tiene treinta y siete piés y medio de largo, once piés y tres pulgadas de ancho, y nueve piés de elevacion. La gruta está cortada en la roca cuyas paredes están revestidas de mármol, y el pavimento de la gruta es igualmente de un mármol precioso. Estos adornos se atribuyen á Santa Elena. La Iglesia no toma luz alguna de la parte exterior, y solo está alumbrada por treinta y dos lámparas enviadas por varios príncipes cristianos. En el fondo de la gruta por el lado de Oriente es el lugar en que la Virgen parió al Redentor de los hombres, y este lugar está señalado por un mármol blanco incrustado de jaspe y rodeado de un círculo de plata radiante en forma de sol á cuyo alrededor se leen estas palabras:

« HIC DE VIRGINE MARIA

JESUS CHRISTUS NATUS EST.

» Una mesa de mármol, que sirve de altar, está apoyada contra la roca y se levanta sobre el sitio en que el Mesías salió á luz. Este altar está iluminado por tres lámparas,

la mas bella de las cuales fué regalada por Luis XIII de Francia. A siete pasos de aqui, hácia el Mediodia, despues de haber pasado por la puerta de una de las escaleras que suben á la iglesia superior, se encuentra el pesebre¹ al cual se baja por dos escaleras; pues no se halla al nivel del resto de la gruta, la que es una bóveda poco elevada y hundida en el peñasco. Un pedazo grande de mármol blanco, que se eleva un pié sobre el suelo, y algo cóncavo en forma de cuna, indica el punto mismo en que el Soberano del cielo, fué tendido sobre la paja. Nada puede darse mas agradable y mas devoto que esta iglesia subterránea, enriquecida con cuadros de las escuelas italiana y española. Estos cuadros representan los misterios propios de aquellos lugares; Virgenes y niños sacados de Rafael, Anunciaciones, la Adoracion de los Magos, la Venida de los Pastores, y todos aquellos milagros, mezcla de grandeza y de inocencia. Los ornamentos ordinarios del pesebre son de seda azul bordados de plata. El incienso humea sin cesar ante la cuna del Salvador. Oí un órgano, hábilmente tocado, acompañar la misa con las mas dulces y tiernas inspiraciones de los mejores compositores de Italia. Estos conciertos encantan al árabe cristiano, que dejando pacer sus camellos, vienen como los antiguos pastores de Belen á adorar al Rey de Reyes en su pesebre. Yo he visto á este habitante del desierto comulgar en el altar de los Magos, con un fervor, una piedad, una devocion desconocida de los cristianos de Occidente.»

¹ Creemos querrá decir el lugar donde estuvo el pesebre, pues como hemos dicho antes, tan preciosa reliquia fué trasladada á la Basilica de Santa Maria la Mayor de Roma. Lo que si nos parece probable es que se conserve en Belen alguna parte del santo pesebre: sentimos no encontrar alguna noticia sobre este particular entre los curiosos apuntes que formamos durante nuestra permanencia de un año en la ciudad de los Papas.

Adoramos los designios de la Providencia, que ha permitido que los Santos Lugares donde se verificaron los Misterios de la reparación de la humanidad se hallen en poder de infieles. Sin embargo, á costa de extraordinarios sacrificios, los cristianos sostienen en ellos un culto continuo y magestuoso. La humilde gruta de Belen, convertida en el bellissimo templo que nos ha descrito Chateaubriand, se halla siempre rodeada de peregrinos de todas las partes del mundo cristiano; multitud de lámparas arden dia y noche iluminando el venerando edificio, bajo cuyas bóvedas y sobre el altar construido en el mismo sitio donde nació el Verbo humanado, se ofrece diariamente el incruento sacrificio.

CAPITULO VI.

De como un Angel evangeliza el Nacimiento del Divino Salvador á los Pastores, dándoles la señal por la cual habian de conocerle, y la prontitud y alegría con que ellos fueron á buscarle para adorarle.

A medida que vamos avanzando en nuestros estudios para llevar á cabo el plan que nos hemos propuesto, y que seguramente exija pluma mejor cortada que la nuestra y mas robusta elocuencia que la que nos adorna, va creciendo nuestra admiracion, cuando leyendo las páginas del Évangelio vemos la sábia economía y singular Providencia con que Dios fué ordenando todos los sucesos que decian órden á la Redencion de la humanidad. Hemos visto nacer en la mayor pobreza á Aquel ante cuya presencia cubren sus rostros las supremas inteligencias, que jamás empezó á ser ni tendrá fin. La purísima Virgen, la bellissima Nazarena que le ha dado á luz y el bendito Patriarca su esposo á quien el recién nacido Infante habia de honrar dándole el título de Padre, son los primeros que llenos de fe, y rebotando sus corazones en las mas dulces expansiones de amor, rinden homenajes de adoracion y de respeto al Dios hecho Hombre. No habian de ser ellos solos los que á través de un nacimiento tan oscuro, habian de dar testimonio de su Divinidad. El Eterno Padre quiere que un ángel le proclame y traiga con su voz ante el pesebre de su Unigénito, antes que á los Monarcas de la tierra, á hombres sencillos é inocentes. Los espíritus angélicos podrian haber anunciado en todos los ángulos del globo la grata nueva del nacimiento

Adoramos los designios de la Providencia, que ha permitido que los Santos Lugares donde se verificaron los Misterios de la reparación de la humanidad se hallen en poder de infieles. Sin embargo, á costa de extraordinarios sacrificios, los cristianos sostienen en ellos un culto continuo y magestuoso. La humilde gruta de Belen, convertida en el bellissimo templo que nos ha descrito Chateaubriand, se halla siempre rodeada de peregrinos de todas las partes del mundo cristiano; multitud de lámparas arden dia y noche iluminando el venerando edificio, bajo cuyas bóvedas y sobre el altar construido en el mismo sitio donde nació el Verbo humanado, se ofrece diariamente el incruento sacrificio.

CAPITULO VI.

De como un Angel evangeliza el Nacimiento del Divino Salvador á los Pastores, dándoles la señal por la cual habian de conocerle, y la prontitud y alegría con que ellos fueron á buscarle para adorarle.

A medida que vamos avanzando en nuestros estudios para llevar á cabo el plan que nos hemos propuesto, y que seguramente exija pluma mejor cortada que la nuestra y mas robusta elocuencia que la que nos adorna, va creciendo nuestra admiracion, cuando leyendo las páginas del Évangelio vemos la sábia economía y singular Providencia con que Dios fué ordenando todos los sucesos que decian órden á la Redencion de la humanidad. Hemos visto nacer en la mayor pobreza á Aquel ante cuya presencia cubren sus rostros las supremas inteligencias, que jamás empezó á ser ni tendrá fin. La purísima Virgen, la bellissima Nazarena que le ha dado á luz y el bendito Patriarca su esposo á quien el recién nacido Infante habia de honrar dándole el título de Padre, son los primeros que llenos de fe, y rebotando sus corazones en las mas dulces expansiones de amor, rinden homenajes de adoracion y de respeto al Dios hecho Hombre. No habian de ser ellos solos los que á través de un nacimiento tan oscuro, habian de dar testimonio de su Divinidad. El Eterno Padre quiere que un ángel le proclame y traiga con su voz ante el pesebre de su Unigénito, antes que á los Monarcas de la tierra, á hombres sencillos é inocentes. Los espíritus angélicos podrian haber anunciado en todos los ángulos del globo la grata nueva del nacimiento

del Salvador y el mundo todo se hubiera postrado de hinojos ante su humilde cuna. Pero Dios queria que los hombres vinieran libremente á su Hijo, y así como mas tarde, pobres pescadores, sin ilustracion mundana, ni reputacion entre las gentes habian de anunciar su Evangelio á las criaturas, quiere ahora que pobres y rústicos pastores sean los primeros en reconocer y adorar al que venia á dar la salud al mundo. Hé aquí como San Lucas nos refiere este suceso:

« Y habia allí unos Pastores en aquella comarca, que » estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre » su ganado.

« Y hé aquí se puso junto á ellos un ángel del Señor, y » la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron » grande temor.

« Y les dijo el ángel: No temais: porque hé aquí os » anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo:

« Que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo » Señor, en la ciudad de David.

« Y esta os será la señal: Hallareis al Niño envuelto en » pañales, y reclinado en un pesebre.

« Y súbitamente apareció con el ángel, una tropa nume- » rosa de la milicia celestial, que alababan á Dios y » decian:

« Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los » hombres de buena voluntad ¹. »

Tal es el modo sencillo con que es anunciada á los Pastores la feliz nueva del nacimiento del Redentor. ¿ Y qué señales son esas que les dá el ángel, para que reconozcan al divino Infante por cuya venida al mundo, tanto habian suspirado los justos y Patriarcas? No les dice: le hallareis

¹ Luc. II, 8-14.

rodeado de grandeza, y envuelto en ricos brocados como á su dignidad corresponde. Ha nacido no solamente como cualquier criatura sino como la criatura mas pobre y desafortunada: por esto el ángel les dice: *hallareis un Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre*. Sin embargo los Pastores quedan atónitos y pasmados al escuchar la voz del ángel, y mucho mas cuando resuenan en sus oidos los ecos de la multitud de espíritus angélicos que entonaban: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*.

Con el mayor regocijo la Esposa sin mancha del Cordero, la Iglesia Santa repite diariamente ese cántico sublime: ¡ Ah! Gloria á Dios que compadecido de la humanidad le envió el remedio entregando á su Divino Hijo. ¡ Gloria á Dios! Bendiganle los ángeles y los hombres, las criaturas animadas é inanimadas: bendiganle todas las generaciones hasta el último dia del postrero siglo y mas allá, porque es bueno y eterna su misericordia... ¡ Paz á los hombres en la tierra de buena voluntad! Ya habita entre nosotros el que viene á romper la escritura de nuestra maldicion, haciendo pedazos las duras y pesadas cadenas de la esclavitud del mundo. Gloria á María, añadiremos nosotros: gloria á la bendita Virgen de Judá, cuyo seno inmaculado nos produjo al Mesías anunciado desde el Paraiso. Empero fijemos de nuevo la vista en los Pastores y veamos cual es la resolucion que toman luego que han oido la voz del celestial mensajero que les ha anunciado la feliz nueva. Sigamos el relato de San Lucas.

« Y aconteció que luego que los ángeles se retiraron de » ellos al cielo, los pastores se decian los unos á los otros: » Pasemos á Belen y veamos esto que ha acontecido, lo cual » el Señor nos ha mostrado.

» Y fueron con presteza y hallaron á María y á José y
» al Niño echado en el pesebre.

» Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les había
» dicho acerca de aquel Niño ¹. »

De este modo quiso el Señor revelarse á almas sencillas, que creen en él con una fe sincera, no obstante que nada sobrenatural ven en la gruta de Belén, pues por mas que multitud de espíritus angélicos hagan allí la corte al que es su Rey, están invisibles para ellos. Les fué suficiente escuchar la voz del ángel que les había anunciado la grata nueva para reconocer en el tierno Infante que yacía en tanto desamparo al Salvador del mundo. Llenos del mayor consuelo se postraron ante el Verbo humanado, y recibiendo con su vista, luz interior, con la cual fueron iluminados, conocieron en el momento los grandes Misterios de la Encarnación y Reparación de la humanidad. A la menguada inteligencia humana, repugna ciertamente el nacimiento por tantos siglos anunciado del poderoso Rey que había de labrar la felicidad de los mortales, en tanta pobreza y desamparo. Por esto nos admira mas la fe de los pastores: entran en la miserable gruta; á sus ojos se presenta un espectáculo desconsolador á primera vista. ¿Qué familia es esta tan falta de recursos que se ha visto obligada por carecer de mejor habitación, á refugiarse en un establo donde no hay abrigo ni comodidad alguna? ¿Cómo nace en tan lamentable pobreza, el destinado á reinar sobre todos los imperios del mundo? Esto hubiese preguntado la prudencia humana, no fijando su consideración en que son incomprensibles á los miserables mortales los designios y arcanos de la Divina Sabiduría. Los pastores no necesitan hacer tales preguntas: ven por

1 Ibid., v. 15—17.

sus ojos la realidad de cuanto el ángel les había manifestado, y al adorar al divino Niño con cuya hermosura quedaron como deslumbrados, le ofrecen los cortos dones de que podían disponer en su pobreza. ¡Oh! ¡Cuán agradables serían á los ojos del Dios Niño las modestas ofrendas de aquellas sencillas almas! Nada necesitaba ciertamente porque era dueño del cielo y de la tierra, y monarca de las eternidades, por mas que en hábito vulgar, digámoslo así, se presentara entre los hombres: por esta razón no estima mas el oro de los monarcas que el óbolo del pobre: lee en los corazones, registra hasta sus mas recónditos senos, y sus sentimientos son los que acepta.

Jesucristo, pues, recibió las primeras adoraciones del género humano, momento después que hubo salido de su Madre, y los pastores que formaron el primer eslabón de la dilatada cadena de adoradores que en la sucesión de los siglos se habían de prosternar ante el Hijo de Dios y de María, satisfecha su piedad, se volvieron á sus comarcas, glorificando y loando á Dios por todas las cosas que habían oído y visto, así como les había sido dicho. El Evangelista San Lucas, antes de dar cuenta de este retorno de los pastores, dice: *María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.* Dejemos la explicación de estas palabras á la bien manejada pluma de Augusto Nicolás. « María y solo » María entre todos los asistentes, estaba á la altura de estos misterios por su fidelidad en no perder nada de ellos, y su aplicación á meditarlos, á nutrirse de ellos, á comparar unas con otras todas sus enseñanzas, á atesorar en su corazón todas sus luces y gracias. Esto quieren significar esas palabras tan sencillas y comunes, pero que encierran el elogio de la mas alta virtud que hubo jamás. Ellas nos entrea-bren ese gran corazón, el santo corazón de María, y nos

dan de él la idea mas vasta, manifestándonos que habiendo recibido luces y gracias con una plenitud singular, las conservó todas, *conservabat omnia*, y no solo las conservó, sino que las cultivó, fecundó, acrecentó mediante el trabajo interior de su fidelidad, y llevó hasta la mas sublime perfeccion. No se nos pregunte ya por tanto lo que hizo la Virgen Santísima, pues esas palabras nos lo dicen con mas exactitud que nos cuentan las acciones de los demas santos, todas las historias que se nos dan de sus vidas. No habia necesidad de que se nos refiriesen minuciosamente los actos de la Virgen Santísima. Su vida fué toda igual y uniforme. Solo hizo una cosa; pero la grande, la única cosa: *conservó las acciones y palabras de la Sabiduría eterna repasándolas en su corazon*¹. ¡Ejemplo sublime que nos da la Maestra de la Iglesia! Si á su imitacion, conserváramos en nuestro corazon las palabras y acciones del Redentor, si fijáramos la vista en el pesebre y en las pajas, si recordásemos que pobres y sencillos Pastores fueron los primeros llamados á verle y adorarle, comprenderiamos que la vanidad y la soberbia nos apartan del Salvador y procuraríamos dirigir nuestros pasos por la senda hermosa de la humildad, y en el abatimiento y adversidades, lejos de quejarnos de la Providencia, nos resignariamos gustosos, viendo en ellas el sendero de la felicidad eterna.

Tan íntimamente enlazada está la Historia de la Santísima Virgen con la de su Divino Hijo, que es de todo punto imposible separarlas. Hé aquí porque tenemos que detenernos en algunos pasajes de la Vida del Redentor, porque en ellos vemos resplandecer de un modo admirable las acciones heroicas y las grandes virtudes de la Bienaventurada

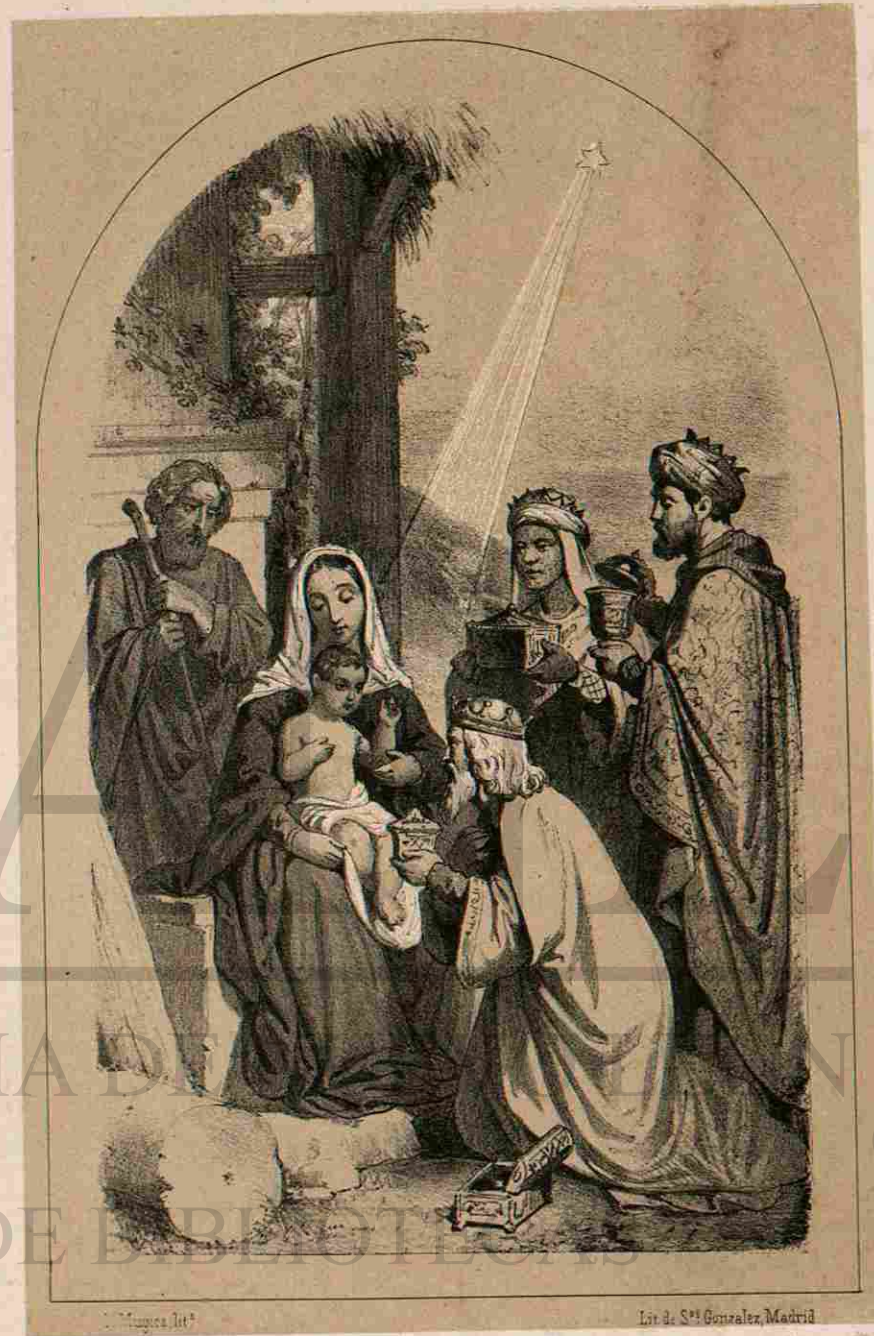
¹ La Virgen. Maria, segun el Evangelio. Cap. XII.

criatura que forma el objeto de la presente obra. Hemos visto resultar del gran Misterio del nacimiento del Salvador, el misterio de la adoracion de los Pastores. Importante es que fijemos ahora la vista en otro misterio, cual es el de la adoracion de los Magos. Por uno y otro conoceremos cuán pronto debemos estar á los divinos llamamientos. No es ciertamente la voz de un ángel como á los Pastores, ni el brillante resplandor de un misterioso astro como á los Magos, segun veremos en el capitulo siguiente, el que nos llama á postrarnos ante el Salvador divino: es si la gracia que obrando de mil diversas maneras en nosotros, ora interior, ora esteriormente, nos avisa que solo á los piés del que por nuestro amor siendo eterno quiso nacer en tiempo, encontrar podemos la felicidad porque nuestro corazon ansía.

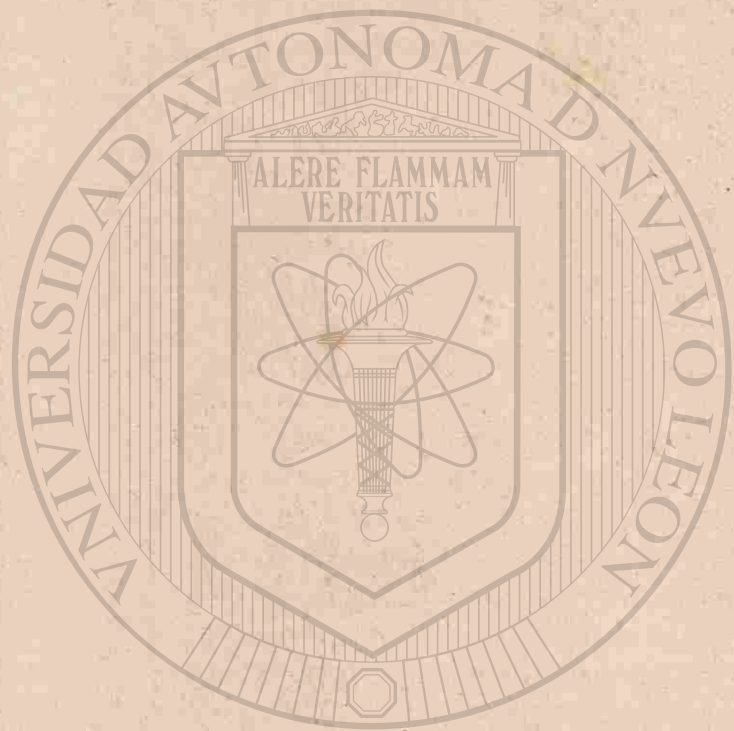
CAPITULO VII.

De la adoracion que recibió el Divino Infante de unos Magos del Oriente que siguiendo el curso de una misteriosa estrella llegaron á Belen, y de los infames proyectos formados por Herodes para quitarle la vida.

Jesucristo que vino á dar á los hombres ejemplos de obediencia siendo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, quiso sujetarse á la ley de la Circuncision, mandada á Moisés y otorgada á Abraham, hacia mas de cuatrocientos años y que era como el sello y carácter de la nacion santa. Este acto tuvo lugar en Belen, y segun San Epifanio con otros autores de la mayor nota en la misma cueva ó gruta donde se habia verificado su nacimiento. En nuestra Historia de Jesucristo, hemos demostrado suficientemente al hablar del Misterio de la Circuncision, que en él se humilló el Salvador, mas que en los otros de su vida, sin escluir el Calvario. No tratamos ahora de reproducir las estensas razones que en aquella obra consignamos, porque en la presente solo tocamos como de paso los Misterios de la vida del Redentor en cuanto están enlazados con los de la Santisima Virgen: tan solo pues diremos que si en el Calvario sufrió Jesucristo crueles tormentos y afrentosa muerte por salvarnos, la naturaleza entera dió un solemne testimonio de su divinidad: el eclipse del Sol, el sacudimiento de la tierra y la resurreccion de muchos muertos, con los demas prodigios que tuvieron lugar, fueron otras tantas lenguas que declararon que el que acababa de morir con la nota de infamia era verdaderamente Hijo de Dios, y que su eje-



Adoracion de los Reyes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cucion habia sido un horrible sacrilegio. Empero en la Circuncision donde se confunde con los pecadores no obstante ser la santidad por esencia, impecable por naturaleza, no deja entrever ni remotamente su divinidad, recibiendo sobre sí la señal de infamia y la pena del pecado. En la circuncision recibió el nombre de Jesus. Hé aquí las sencillas palabras que usa San Lucas para referir este misterio. *Pasados que fueron los ocho dias para circuncidar al Niño, llamaron su nombre JESUS, como le habia llamado el ángel antes que fuese concebido en el vientre de su Madre*¹. Vamos ahora á consagrar nuestra atencion el Misterio de la adoracion de los Magos.

Ya hemos visto en el capitulo anterior como los Pastores de Judá, fueron los primeros que prestaron despues de María y José, los primeros homenajes de adoracion al Dios recién nacido: pero el Eterno Padre que por medio de un ángel comunicó á aquellos Pastores la grata nueva del nacimiento de su Unigénito, quiso tambien traer ante su cuna adoradores de lejanas tierras que le ofreciesen iguales homenajes, valiéndose para ello de un astro. Los tres Magos de quienes vamos á ocuparnos y que segun la mas comun opinion eran reyes, habitaban en el Oriente: una estrella de rara y extraordinaria hermosura que vieron en el cielo, llamó la atencion de estos hombres que eran astrólogos. Dios que queria traer á su Hijo las primicias de los gentiles, creemos que les iluminaria con luz interior, toda vez que no tardaron en conocer que aquel astro brillante les anunciaba, habia aparecido sobre la tierra un nuevo rey digno de recibir la adoracion de todas las criaturas. Conocer esto y emprender su marcha siguiendo el curso de aquel

¹ Luc. II, v. 21.

astro misterioso, todo fué una cosa. San Mateo nos refiere minuciosamente este viaje y su resultado del modo siguiente:

« Cuando hubo nacido Jesus en Belen de Judá en tiempo de Herodes el rey, hé aquí unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.

» Y el rey Herodes, cuando lo oyó se turbó y toda Jerusalem con él.

» Y convocando todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, les preguntaba, donde habia de nacer el Cristo.

» Y ellos le dijeron: En Belen de Judá: porque así está escrito por el profeta:

» Y tú, Belen, tierra de Judá: no eres la menor entre las principales de Judá: porque de tí saldrá el caudillo, que gobernará á mi pueblo de Israel.

» Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente, del tiempo en que les apareció la estrella.

» Y encaminándoles á Belen, les dijo: Id, é informaos bien del niño: y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo tambien vaya á adorarle.

» Ellos, luego que esto oyeron del rey, se fueron. Y hé aquí la estrella que habian visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró, sobre donde estaba el Niño.

» Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera.

» Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su Madre y postrándose le adoraron: y abiertos sus tesoros: le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

» Y habida respuesta en sueños, que no volviesen á Herodes, se volvieron á su tierra por otro camino.»

Tal es la descripcion que del viaje de los Santos Reyes nos hace el Evangelio: debemos ante todo fijar la consideracion en la presteza con que se disponen á seguir el rumbo de la estrella, en el momento en que les es conocida la nueva que les anuncia. Su fe es admirable: no saben á donde se dirigen ni cuando encontrarán al dichoso Rey por cuya vista suspiran, y ni se detienen en considerar si el viaje será mas ó menos dilatado. Al llegar á Jerusalem, ocultáseles el misterioso guia, y ellos creyendo habia llegado el momento de que tuvieran cumplimiento sus deseos, preguntan por todas partes y sin temor á la turbacion de Herodes y de todo Jerusalem, por el nuevo Rey de los judíos que habia nacido. En vano le buscan en la populosa ciudad: salen de ella y llénanse del mayor regocijo al presentárselles de nuevo la estrella que les conduce hasta la pobre gruta de Belen, sobre la cual se para. Allí descubrieron al precioso Niño con María su Madre. Los que por su cualidad de reyes vivian en su pais rodeados del fausto y la grandeza; los que eran servidos por fieles y obedientes vasallos, prontos á ejecutar sus mandatos, buscan á un Rey mas poderoso que ellos y al que desean ofrecerle homenajes de adoracion: le encuentran no en soberbio alcázar adornado con pompa oriental, ni servido por multitud de vasallos y por guardias vigilantes, sino en pobre y miserable albergue, sin otra compañía que su Madre, y sin embargo le reconocen, se postran en su presencia, y abriendo sus tesoros le ofrecen dones de oro, incienso y mirra. Los Padres de la Iglesia admiran entusiasmados la fe de los Magos, y San Bernardo la encuentra superior á la del buen Ladron y á la confesion del Centurion, porque en tiempo de estos ya habia

dado Jesucristo á conocer su divinidad por multitud de milagros y asombrosos prodigios, y habia recibido muchas adoraciones. ¡Qué confusion el comparar tal fe, con la ceguera espantosa de los que no obstante cerca de diez y nueve siglos de perpetuidad de la Iglesia católica, rehusan postrarse ante el divino Jesus y reconocerle como verdadero Mesias! Contra ellos se levantarán en juicio los Magos del Oriente porque á la primera señal que les diera el cielo, corrieron presurosos y llenos de fe á prosternarse ante el tierno infantito de Belen.

La feliz Madre de Jesus, que llena del mas santo gozo cuidaba del sagrado depósito que el cielo la habia confiado, esperaba con su Hijo Divino entre sus brazos la llegada de los santos Reyes, de cuya venida tenia conocimiento por divina luz. A través de tanta pobreza y humildad, su hermosura, su modestia incomparable, y bellissimo al par que magestuoso aspecto, infundia el mas profundo respeto. El Niño despedía de su rostro brillantes rayos de luz que iluminaban toda la caverna. Luego que los Reyes adoraron al Señor y le ofrecieron sus dones, felicitaron á la Santísima Virgen por ser Madre del Hijo del Eterno Padre, y llegaron, dice la V. Agreda, á darle reverencia hincadas las rodillas. Y como le pidiesen la mano para besársela, como se acostumbra á hacer con las reinas, retiró la suya, y presentándoles la de su Santísimo Hijo, les dirigió estas palabras: « Mi espíritu se alegró en el Señor, y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las Naciones os llamó y eligió para que con vuestros ojos llegueis á ver y conocer lo que muchos Reyes y Profetas desearon y no lo consiguieron, que es al Eterno Verbo encarnado y humanado. Magnifiquemos y alabemos su nombre, por los Sacramentos y misericordias que usa con su pueblo: bese-

mos la tierra que santifica con su real presencia ¹.»

¡Cuán humilde es la Santísima Virgen! Solo quiere que su Hijo sea glorificado y reconocido, en tanto que ella, que al saber por el Angel su dignidad sublime se habia llamado esclava, ahora como sierva invita á los Magos á besar con ella la tierra santificada por la presencia del Divino Jesus. Su bendita alma rebosaba en las mas dulces expansiones de amor y de alegría al ver que su Hijo, envuelto aun en las fajas de la infancia, recibia las adoraciones de los monarcas de la tierra. Si consideramos no solamente la profunda instruccion que la Santísima Virgen tenia en las Sagradas Escrituras, sino la superior ilustracion que por la luz divina la adornaba, no podremos menos de conocer en algun tanto cuán grande seria el gozo de su corazon al ver á su Hijo recibir las adoraciones de los Reyes. En sus oidos resonarían aquellas palabras: «Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán, Señor: y glorificarán tu nombre: porque tú eres grande y obrador de maravillas²;» y aquellas otras tambien del coronado Profeta: «Se alegrarán los cielos, se regocijará la tierra, se conmoventá el mar y su plenitud, á la vista del Señor³.» En su hijo Santísimo veia, en una palabra, cumplidas las profecías del Testamento Antiguo, en las que tanto habia meditado, y por cuya realizacion habia elevado, como todos los justos, continuas y fervorosas súplicas al cielo. Y ¡cómo no habia de experimentar transportes de ternura! Le ha dado á luz en el lugar mas abyecto, por no haber hallado morada mas cómoda ni decente: habia sido colocado entre dos animales en un pesebre y sobre un poco de heno ó paja; pero en tan humilde

¹ Mística ciudad de Dios: Parte 2.^a, lib. 4.^o cap. XVI.

² Psalm. XLVI.

³ Psalm. XCV.

estado y pobre lugar, postrados los monarcas le ofrecen oro como á rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre mortal. De este modo la escelsa Madre del Mesías verdadero, vió reconocido el reinado eterno de su Divino Jesus.

Fijemos ahora la vista en Herodes, rey intruso y el mas injusto y sanguinario que vieran los siglos. ¿Había sinceridad en aquellas palabras que dirigiera á los Magos: *Id, é informaos bien del Niño: y cuando le hubieseis hallado, hacédmelo saber, para que yo tambien vaya á adorarle?* Lejos de esto, el deseo que tenia de saber donde se hallaba el Niño, anunciado á los Magos por la estrella, era con el objeto de hacerle quitar la vida, ó quitársela él mismo, pues que de todo era capaz, el que dominado por la ambicion temblaba de furor al solo pensamiento de si perderia el trono que tan injusta é indignamente ocupaba. Nada pueden, empero, los proyectos de los mas poderosos monarcas contra las disposiciones de la Providencia. Los Magos, que llenos de fe habianse dejado conducir por aquel astro brillante, al que San Agustin llama lengua del cielo (que prometia y anunciaba al mundo el dia de su libertad), tienen aviso del cielo para no volver á su país por el mismo camino que habian traído. De este modo quedó burlado Herodes, el cual esperaba impaciente la vuelta de los Magos para saber con certeza el lugar donde se encontraba el Divino Infante y hacerle morir, creyendo asegurar de este modo la estabilidad de su trono.

La perfidia de Herodes ha sido imitada despues por muchos, que aparentando amor y veneracion á Jesucristo y á su Iglesia, hanse propuesto, aunque tan inútilmente como aquel, hacer objeto de su furor y venganza á la fundacion divina cuya perpetuidad está asegurada por el que es la verdad por esencia y no puede engañarse ni engañar.

Nosotros vemos mas cruel y mas innoble la persecucion que en el siglo XIX sufre la Iglesia por parte de la hipocresía, que la que sufriera en su infancia por el paganismo y mas tarde por la herejía. Entonces los enemigos de Jesucristo y su doctrina combatian de frente, al paso que los modernos perseguidores dicen, á los que son instrumentos de sus péfidos designios, lo que Herodes á los Magos: «*Id é informaros bien de lo que hay de ese Niño, y cuando le halléis avisádmelo, para que yo tambien vaya á adorarle.*» Nosotros que esto escribimos cuando la Iglesia viene sufriendo aunque tranquila, la desecha tempestad que por todas partes la combate, diremos llenos de confianza á los que han concebido en el delirio de una imaginacion exaltada por la soberbia, el proyecto de darle la muerte, socavando con constancia sus cimientos. ¿Buscais como Herodes al tierno parvulito de Belen? Bien lo sabeis: se halla en Roma, representado por un hombre que hace sus veces sobre la tierra: proclamad para que el mundo os crea vuestro sincero catolicismo, y enviad en torno de su Persona y bajo el pretesto de proteccion ejércitos que le opriman: despojadle de cuanto posee, menospreciad su autoridad, y mofaos de sus anatemas, y al fin conseguireis un fin bien contrario al que deseais: vuestras persecuciones serán nuevos laureles que adornarán las sienes de la Esposa Inmaculada del Cordero, de esa matrona llena de robustez y de vida, que viendo tranquila pasar las generaciones y los siglos, se sostiene con firmeza, ínterin vienen por tierra los imperios, caen los tronos, se hunden las monarquias y quedan relegados á la historia los nombres de las mas célebres dinastías. Conoced pues vuestra pequeñez y temblad: vuestra vida comparada con la de la Iglesia, es lo que un grano de arena al lado de los mas elevados montes de la Armenia. ¿Quereis de una

vez conocer vuestra insensatez? Atravesad con vuestra imaginación por medio de diez y nueve siglos, y con la historia en la mano colocaos al lado del lecho de muerte en el cual el miserable Herodes concluyera una existencia pasada en la maldad y en el crimen. De una en otra generación se ha transmitido hasta nosotros la memoria de la asquerosa muerte del primer perseguidor de Jesucristo: y si quereis sin deteneros mucho leer en las últimas páginas de la admirable historia de los triunfos de la verdad católica, no dejareis de encontraros con algun coloso, que habiendo querido dominar al mundo entero, se vió obligado á contemplar desde una desamparada roca, que todo su poder se disipó como el humo ante los fuertes muros de la Iglesia. Empero tiempo es ya de que sigamos nuestra narración, y vamos á hacerlo. La historia de la Madre de Dios está toda sembrada de maravillas: en cualquiera de los pasajes de su vida que meditemos encontraremos sublimes y elocuentísimas lecciones, siendo de gran importancia la que nos da al cumplir con el precepto de la Purificación, de cuyo misterio vamos á ocuparnos.

CAPITULO VIII.

Cumple la Santísima Virgen María la ley de la Purificación, presentando su Hijo al Templo, donde profetiza Simeon, sobre los futuros padecimientos del Salvador y los dolores de su Madre.

Antes de entrar en la esplicación del Misterio que es objeto del presente capítulo, debemos recordar dos leyes que el Señor había dado á su pueblo por medio de Moisés. La primera es del Levítico y dice de este modo: «La mujer que por concurso de hombre pariere varon, será inmunda siete dias, y el niño será circuncidado al dia octavo; mas ella permanecerá treinta y tres dias en la inmundicia de su sangre, no tocando ninguna cosa santa, ni entrará en el santuario hasta que sean cumplidos los dias de su purificación¹.» La segunda se lee en el sagrado libro del Exodo, por la cual mandaba Dios que se le ofreciesen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, como consagrados á su servicio². Desde luego se comprende que María no estaba sujeta á la ley de la purificación, ni su Hijo tenia necesidad de ser presentado al templo. Sin embargo, el Santo por esencia quiere confundirse con los hijos de los pecadores, y la pureza misma se presenta á purificarse. Vamos á contemplar de un solo golpe de vista estos admirables misterios en la relacion que de ellos nos hace el Evangelio.

«Luego que fueron cumplidos los dias de la Purificación

¹ Levit. XII 2-4.

² Exod. XIII, 12 y 13.

vez conocer vuestra insensatez? Atravesad con vuestra imaginación por medio de diez y nueve siglos, y con la historia en la mano colocaos al lado del lecho de muerte en el cual el miserable Herodes concluyera una existencia pasada en la maldad y en el crimen. De una en otra generación se ha transmitido hasta nosotros la memoria de la asquerosa muerte del primer perseguidor de Jesucristo: y si quereis sin deteneros mucho leer en las últimas páginas de la admirable historia de los triunfos de la verdad católica, no dejareis de encontraros con algun coloso, que habiendo querido dominar al mundo entero, se vió obligado á contemplar desde una desamparada roca, que todo su poder se disipó como el humo ante los fuertes muros de la Iglesia. Empero tiempo es ya de que sigamos nuestra narración, y vamos á hacerlo. La historia de la Madre de Dios está toda sembrada de maravillas: en cualquiera de los pasajes de su vida que meditemos encontraremos sublimes y elocuentísimas lecciones, siendo de gran importancia la que nos da al cumplir con el precepto de la Purificación, de cuyo misterio vamos á ocuparnos.

CAPITULO VIII.

Cumple la Santísima Virgen María la ley de la Purificación, presentando su Hijo al Templo, donde profetiza Simeon, sobre los futuros padecimientos del Salvador y los dolores de su Madre.

Antes de entrar en la esplicación del Misterio que es objeto del presente capítulo, debemos recordar dos leyes que el Señor habia dado á su pueblo por medio de Moisés. La primera es del Levítico y dice de este modo: «La mujer que por concurso de hombre pariere varon, será inmunda siete dias, y el niño será circuncidado al dia octavo; mas ella permanecerá treinta y tres dias en la inmundicia de su sangre, no tocando ninguna cosa santa, ni entrará en el santuario hasta que sean cumplidos los dias de su purificación¹.» La segunda se lee en el sagrado libro del Exodo, por la cual mandaba Dios que se le ofreciesen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, como consagrados á su servicio². Desde luego se comprende que María no estaba sujeta á la ley de la purificación, ni su Hijo tenia necesidad de ser presentado al templo. Sin embargo, el Santo por esencia quiere confundirse con los hijos de los pecadores, y la pureza misma se presenta á purificarse. Vamos á contemplar de un solo golpe de vista estos admirables misterios en la relacion que de ellos nos hace el Evangelio.

«Luego que fueron cumplidos los dias de la Purificación

¹ Levit. XII 2-4.

² Exod. XIII, 12 y 13.

de María, segun la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalem, para presentarlo al Señor, conforme á lo que está escrito en la ley del Señor: Que todo varon primogénito, será consagrado al Señor, y para dar la ofrenda segun está mandado en la misma ley, un par de tórtolas ó dos pichones. Y hé aquí habia en Jerusalem un hombre justo llamado Simeon, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y habia tenido revelacion del Espíritu Santo de que no moriria hasta haber visto al Cristo del Señor. Y movido del mismo divino Espíritu, vino al templo. Y cuando los Padres del Niño Jesus lo llevaron para hacer lo que mandaba la ley, él le tomó en sus brazos y bendijo á Dios diciendo: Ahora Señor, despide á tu siervo segun tu palabra en paz; porque vieron mis ojos al Salvador que nos has dado, y puesto á la vista de todos los pueblos la luz para ser revelada á los gentiles y para gloria de tu pueblo Israel. Y el padre y la madre estaban maravillados de las cosas que decian de él; y Simeon los bendijo y dijo á María su Madre: Hé aquí que este Niño ha sido puesto para la ruina y resurreccion de muchos en Israel y como blanco de contradiccion: y una espada pasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Y habia una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser: esta era ya anciana, y habia vivido siete años con su marido desde que se casó. Y esta era viuda, como de ochenta y cuatro años, y no se apartaba del templo, sirviendo día y noche en ayunos y oraciones. Y como llegase ella en la misma hora, alababa al Señor, y hablaba de él á todos los que esperaban la redencion de Israel.

1 Luc. II, 22-38.

Tres misterios se nos presentan en el anterior relato evangélico: la purificacion de la Santísima Virgen: la presentacion de Jesus y la profecia de Simeon. De grande importancia cada uno de ellos, vamos á tratarlos por separado. Lo primero que se nos presenta es la Purificacion de María. Maravilloso es en verdad ver purificarse á la misma pureza. La ley, como antes hemos visto, estaba impuesta para las mujeres que concebian por obra de varon. Es, pues, evidente, como dice San Bernardo, que habiendo concebido María, no por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo, no estaba sujeta á la ley. ¿Por qué, pues, cumple con ella? San Agustin lo esplica, diciendo que la gracia puso á María sobre la ley; pero que su singular humildad la puso debajo de la misma ley.

La grandeza de María no reconoce superior fuera del mismo Dios: ella habia recibido un privilegio que la enaltecia y elevaba sobre las demas criaturas: era madre, y sin embargo conservaba intacta la joya de su virginidad. El ser pues, verdadera Madre y pura Virgen, era un favor singular del cielo, un privilegio que la distinguia entre todas las criaturas. Honra tan estimable sacrifica María á la ley, á la virtud, á la mayor gloria de Dios. Cuando ignorando aun el destino á que estaba llamada se le presentó el Arcángel Gabriel para hacérselo conocer, manifiesta cuanto estima la virginidad, pues la opondrá al honor de ser Madre de Dios, diciendo: *¿Cómo puede ser esto, cuando no conozco varon?* Ahora presentándose á la purificacion, oculta con los velos de la humildad mas profunda, la gloria que la distingue. Ella sabe que no la comprende la ley de la purificacion por haber concebido, no á un hijo de hombre, sino á un Hijo de Dios; no por obra de hombre, sino por virtud del Espíritu Santo.

Ciertamente que la no presentacion de Maria al Templo, cumplidos los dias de la purificacion, hubiese servido de escándalo á los judios, y este escándalo no podia evitarse mas que por la revelacion del Misterio de la Encarnacion, ó por la sujecion de la Señora á la ley: y la que era un verdadero prodigio de discrecion, escogió el último medio. La gloria que podia resultarle es lo que mas deseaba evitar por su profunda humildad, á mas que sabia no era voluntad del Señor que por entonces fuese conocido el Misterio. Presentándose Maria á llenar las ceremonias prescriptas por la ley, dá á los hombres el mas bello ejemplo de humildad y respeto á las leyes.

En efecto, ¿qué habia de comun entre la impureza en que incurrian las demas mujeres al concebir por la via de la generacion carnal, y entre la perpétua é inviolable virginidad de la que por una obra admirable del Espíritu Santo concibiera al que era Hijo de Dios? Esto no obstante la Virgen Maria se presenta á purificarse de una mancha que no contrajera, y esto sin ocuparse ni por un momento de los altísimos privilegios que la enaltecian y la eximian de sujetarse á la ley, y sin detenerse á examinar su espíritu. Quiere cubrir con un tupido velo á los ojos del mundo su dignidad y su grandeza, y confundiéndose con la multitud de las mujeres de Judá, como que olvidada, digámoslo así, que es la Madre de Dios, teniendo tan solamente presente que es criatura y como tal esclava del Criador. El Padre San Bernardo, entusiasta por las glorias de la Santísima Virgen Maria, se estasia sin poder concordar su altísima dignidad con su abatimiento al confundirse con las mujeres pecadoras al presentar á su Hijo al templo. Si sois, esclama, la medianera de la salvacion, la que hallásteis tanta gracia en la presencia del Señor, la Madre del Salvador, y por con-

siguiente la Emperatriz soberana del cielo y de la tierra, ¿de dónde tanta humildad? Ya hemos dicho que Maria estaba destinada para ser la Maestra del mundo, y si no invoca para eximirse de la ley de la Purificacion los títulos que la ennoblecian, sujetándose á la ley mosaica, es para que el mundo aprenda en su ejemplo á dominar el orgullo que apoderándose del corazon de los hombres, los hace faltar á sus respectivos deberes oponiendo frívolos pretextos.

¡Cuán bello y admirable es el cuadro que presenta la esclarecida y purísima Virgen de Judá entrando en el templo para ofrecer á su Hijo divino! ¡Qué leccion tan elocuente, para anonadar la soberbia de los hombres! Estamos seguros, que si la conducta de la Madre de Dios, fuese imitada por todas las criaturas dotadas de razon, el mundo no solamente mudaria de faz, sino que desapareceria, digámoslo así, porque quedaria convertido en otro cielo. Empero considerar debemos no con menos admiracion el Misterio de la Presentacion del Niño de Dios al Templo, que ofrece los mas brillantes ejemplos de edificacion.

Hemos visto que la Santísima Virgen, á la que cumplia dar lecciones de la virtud de la obediencia en que estriba el bienestar de los individuos y de las sociedades, escedió las mismas leyes de la obediencia, sujetándose al cumplimiento de una ley que no la comprendia: pues no contenta con esto somete tambien á su cumplimiento á su divino Hijo Jesus: de suerte que en el misterio de la Purificacion, no solo vemos á la Madre de Dios, sujeta á la ley establecida para la generalidad de las madres, sino tambien al mismo Dios, cumpliendo las prescripciones mosaicas. El Unigénito del Eterno Padre, que ha descendido del cielo á la tierra, para reemplazar la ley de Moisés, con otra mas perfecta, se presenta al mundo, fiel observador de los mismos preceptos

que mas tarde va á hacer cesar. Los privilegios sublimes de su filiacion divina le eximian de aquella ceremonia que tenia por razon el pecado de origen y el ser el hombre concebido en pecado. Esto no obstante, apenas cumplido el plazo señalado por el legislador del pueblo judío, se presenta en brazos de su Madre sujetándose con toda sumision á la ceremonia. ¡Qué portento de humildad y de anonadamiento! El renuevo de David y la flor de Jessé, se presentan en el Templo para dar fin á las alegorias biblicas é inaugurar el reinado de la realidad, el imperio del Evangelio, porque lo que este código sagrado habia de enseñar á los hombres, lo practican Jesus y su Madre, para ser guias de los que habian de formar el nuevo pueblo, llamado á sustituir á la nacion judáica tan extraordinariamente favorecida de Dios, como ingrata á sus beneficios.

Séanos permitido, sino investigar los designios de Dios, porque esto es imposible á la menguada razon humana, al menos hacer algunas reflexiones que nos lleven al conocimiento de cuán necesario fué que Jesucristo se sujetase desde su nacimiento á las humillaciones para dar á Dios la honra que la impiedad y la ingratitud le negaban. Una rapidísima escursión al campo de la historia nos será suficiente. Sabido es que el hombre formado á imágen y semejanza de Dios, fué colocado en la tierra para tributar homenaje de respeto y adoracion al Todopoderoso. Despues de la caída primitiva, hasta la venida de Jesucristo, en vano buscaremos en el mundo otra cosa que un caos tenebroso de errores y de pasiones. ¿Dónde estaba el conocimiento del verdadero Dios en los antiguos pueblos? Por do quiera nõ se hallaba mas que un culto tan insensato como impío. Los vicios tenían altares y ante ellos se quemaba incienso. La Grecia, á pesar de su decantada ilustracion adoró ídolos de barro y

la misma Roma, poderosa capital del mundo no se avergonzaba de fundar su religion y la magestad de su culto, en tributar homenajes de adoracion á ridículas deidades, deificando los mas asquerosos vicios. Para los paganos, todo era Dios escepto el verdadero Dios. Dichosas gentes, dice un escritor, que en todas partes encontraban dioses, en las ciudades, en las selvas y hasta en sus mismos huertos. Hombres de mas ilustracion que la generalidad, filósofos que estudiaron con asiduidad para hallar la verdad, se elevaron sobre las preocupaciones del vulgo; pero si nos dedicamos á escuchar sus lecciones veremos que ni del Pórtico ni del Liceo, pudo salir otra cosa, que bellos fragmentos de moral humana, mezclada de errores, mas á propósito para formar estóicos que hombres de razon. Todas eran dudas y tinieblas y los hombres que gozaban de mas reputacion por su sabiduría, caian necesariamente en los mas repugnantes absurdos.

Si todo esto es cierto, se nos dirá, tambien lo es que el pueblo israelista, conocia la verdad y adoraba al verdadero Dios. Cierto es que esta nacion privilegiada y tan visiblemente favorecida, estaba instruida en la escuela de los Profetas, y era la depositaria de las promesas del cielo, pero á pesar de sus juramentos se habia entregado tambien á la idolatría en presencia de su mismo Legislador. Dios habia hablado al hombre, instruyéndole acerca de sus deberes para con el Criador, primero por la ley natural que grabó en su corazon, y mas tarde por Moisés, la ley y los Profetas: mas así durante la ley natural como la escrita, el hombre se hace sordo y se resiste á recibir la instruccion del cielo. Así, pues, justamente cuando el mundo estaba inundado por un torrente de iniquidades, aparece el Hombre Dios, el Mesias prometido, y abatido en la ignominia del pesebre,

da á su Eterno Padre la gloria y el honor que le negaba un mundo, profundamente dormido en el sueño de la idolatría. Millares de víctimas se habian ofrecido á Dios en el templo, pero si bien las aceptaba, la sangre de los animales vertida por los sacerdotes y recogida con respeto por el pueblo, ni era suficiente para borrar el agravio que la Divinidad recibia por la general idolatría, ni podia aplacar la justa indignacion de Dios por el pecado del hombre. Por esto el Verbo se humanó, porque era el único que podia ofrecer un sacrificio de valor infinito constituyéndose sacerdote y víctima al mismo tiempo, en el árbol de la Redencion, y su sacrificio, podemos decir que empieza á ofrecerse en su presentacion al templo. El recién nacido de Belen, aparece en el tabernáculo, bajo la pobre apariencia de un hijo del pueblo, y siendo el santo de los santos, se presenta revestido con el traje de pecador. Dios Padre acepta aquel homenaje de humillacion y de respeto, y desde aquel momento mira á la humanidad no con la severidad del juez sino con el amor de Padre: la carne le habia ofendido en sus derechos, en término que no habia señalado otra causa para no permanecer en el hombre, sino que era de carne¹: pero de esta misma carne se habia revestido su Hijo amado en quien tiene sus complacencias, y en ella se le ofrecen en el templo, y se ha de ofrecer mas tarde en sacrificio. ¡Oh! ¡Momento solemne en el que Jesus Niño, se presenta en brazos de su Madre ante el Tabernáculo de Israel! Enmudecen los falsos oráculos, se bambolean sobre sus pedestales los ídolos: el mundo muda de semblante y el verdadero Dios desconocido en Atenas y en otras ciudades no menos famosas por su ilustracion y adelantos en la política, es

¹ Non permansit spiritus meus in homine quia caro est. Gén. VI, 3.

reconocido y adorado. El horizonte del mundo anuncia la proximidad de un claro y despejado dia por el Sol divino de justicia, á la luz de cuyos brillantes y magestuosos rayos el hombre descubrirá la senda que le guiará á la patria. El mundo desconoció al verdadero Dios y se postró ante deidades fementidas, pero el verdadero Dios es reconocido y adorado en el templo por Jesus Hijo de Dios y Dios con él, desde los brazos de su Madre, y la Divinidad recibe con esto mas gloria y honor que agravio se le habia inferido.

Como en este acto, Jesucristo da á los que han de componer su pueblo, una idea perfecta del verdadero culto que se debe á Dios vivo, nos lo demuestra uno de los mas ilustres oradores que han honrado la Francia, en el razonamiento siguiente: «Habia dispuesto Dios que le fuese consagrado el primogénito de cada familia, como garantía de la dependencia de aquellos de quienes era cabeza. Pero cada uno de estos primogénitos solo era cabeza de su casa, y como la ley solo obligaba á los hijos de Israel, resulta que no podia de ello redundar á Dios sino un honor limitado. ¿Qué hace Dios? Escoge en la plenitud de los tiempos á un hombre, cabeza de todos los demas, cuya oblacion le es como un tributo universal ofrecido por todas las naciones y todos los pueblos; un hombre que nos represente á todos, y que haciendo, respecto de nosotros, el oficio de primogénito, responde á Dios de sí y de nosotros, á no ser que tengamos la audacia de desconocerle, y seamos tan ciegos que nos separemos de él: un hombre, dice el Apóstol, en quien todos los seres reunidos pagan á Dios el deber de sumision, y que mediante su obediencia, vuelve á poner bajo el imperio de Dios, todo cuanto el pecado habia de él sustraído. Esto es lo que el Espíritu Santo quiso

significar por estas admirables palabras de la Epístola á los fieles de Efeso: *Instaurare omnia in Christo*; y sobre esto se halla tambien fundado el derecho de primogenitura que Jesucristo debia tener sobre toda criatura. *Primogenitus omnis creaturæ.*

«Aun mas: como todas las criaturas, aun tomadas en junto, no guardan proporcion alguna con el Sér de Dios, y todas las naciones solo son en presencia de Dios una gota de agua, un átomo, una nada, segun se explica Isaias, por mas que se esforzaran en testificar á Dios su dependencia, no podia Dios ser cumplidamente honrado por ellas, y en el culto que de ellas recibia quedaba siempre un vacio infinito que no podian llenar todos los sacrificios del mundo. Necesitábase un sugeto que fuera tan grande como Dios, y que poseyendo por el mas estupendo de los milagros, por una parte la soberania del Sér, y por otra, poniéndose en estado de inmolation, pudiese decir con rigorosa verdad que ofrecia á Dios un sacrificio tan excelente como Dios mismo, y sometia en su persona, no criaturas viles, no esclavos, sino al Criador y al Señor mismo. Pues esto es lo que hace el Hijo de Dios, y mediante su única oblacion, dá para siempre á los que deben ser santificados, una idea perfecta del verdadero culto que se debe al Dios vivo¹.»

Hé aquí demostrado elocuentemente como la presentacion de Jesucristo al Templo en brazos de su Madre, no es una simple ceremonia sin consecuencias, sino que es una ofrenda real, una oblacion que hace de sí mismo el Hijo de Dios, siendo Maria el altar donde se ofrece, siendo esta Señora como el Sacerdote en el Templo, así como treinta y

¹ Bourdaloue. Segundo sermón sobre la Purificacion de la Santísima Virgen.

tres años despues habia de desempeñar este mismo ministerio en el Calvario. Veamos ya el último misterio que surge de la Purificacion, y que encontramos en las espresiones proféticas de Simeon.

Para la bendita Virgen de Judá, todos habian sido consuelos hasta el dia de su Purificacion: dueña del mas rico tesoro, su corazon rebosaba en las mas dulces expansiones de amor: su humildad le hacia no creerse digna de tanta elevacion y grandeza, y continuamente ofrecia á Dios homenajes de gratitud porque habia obrado en ella, cosas tan grandes, sublimes y magnificas. Llena de fe, contemplaba á su Divino Hijo, y veia en su rostro el espejo de la Divinidad, y á través de la carne descubria á su Dios: Madre tan cariñosa como santa, cuidaba con la mayor ternura al amado de su alma y le colmaba de las mas puras caricias. Ella comprendia y apreciaba dignamente toda la dignidad de su Jesus. Su maternidad tan sublime como extraordinaria, á la cual habia llegado por una escepcion de la ley general que preside á la propagacion de la raza humana, no podia menos de llenarla de celestiales delicias. Radiante de alegría se habia presentado al Templo, conduciendo para ofrecerle al Señor, el Salvador de Judá, el Libertador de Israel, el Heredero del trono de David, el Cordero dominador de quien hablaron Salomon é Isaias, el verdadero Mesías, en suma, deseado de los collados eternos.

Mas ¡ay! ¡Cuán presto van á terminar las alegrías de aquella Madre purísima, orgullo y gloria de todas las mujeres israelitas! En sus oídos van á resonar unas palabras que, grabándose en su corazon, la llenarán de angustia y de dolor. ¡Cuadro asaz triste y fatídico el que se va á presentar ante su vista!

Simeon fué un hombre afortunado porque logró la dicha

que no lograron sus mayores, que solo vieron al Deseado de los collados eternos, en espíritu ó esperanza. Como vimos en la narracion evangélica al empezar el presente capítulo, habia tenido revelacion de que no moriria hasta haber visto al Cristo del Señor. Movidó, pues, del Espiritu Santo fué al Templo en el dia mismo en que María se presentó para cumplir con la ley de la Purificacion. Ya en aquel lugar, dirige su vista á aquella pudorosa Madre que vá á presentar su ofrenda, y en el momento reconoce en el tierno infantito que lleva en sus brazos al Salvador del mundo, á quien se le habia ofrecido ver antes de morir: en el instante lo toma en sus brazos y entona el cántico de accion de gracias de que ya hemos hecho mencion: *Ahora, Señor, deja morir á tu siervo en paz segun tu palabra, porque vieron mis ojos al Salvador que nos has dado.* Pero en seguida se dirige á María para anunciarle las futuras contradicciones del Salvador y sus tormentos. Repitamos las notables palabras que constituyen el lúgubre vaticinio: *Hé aquí que este Niño ha sido puesto para la ruina y resurreccion de muchos en Israel, y como blanco de la contradiccion; y aun tu misma alma será atravesada de un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.* Estas palabras de Simeon fueron una copa de amargura para María, y hacen que con tanta presteza empiece la carrera de su martirio. ¿Y por qué así permite el Señor que empiece á padecer la purísima Virgen con tal prontitud? Admirable es en todas sus partes el plan de la Reparacion de la humanidad. Cuando Jesu-cristo fué predestinado para Reparador de la estirpe culpable, lo fué tambien María, para corredentora de la humanidad, y así como el Hijo empieza á derramar su sangre en la Circuncision para mostrarnos su anhelo de verterla toda por nuestro rescate, la Madre empieza tambien á padecer

al poco tiempo, ó mejor dicho, empieza á sufrir una cadena de dolores que no habian de tener interrupcion. El dolor que en su corazon produce el vaticinio de Simeon no se mitigó en todos los dias de su vida, siendo el preludio de los que habia de sufrir mas tarde en la prision y muerte de su Hijo.

Sabido es, y ya lo hemos dicho en otras ocasiones, que María era de una instruccion nada comun, que estaba versada en las sagradas letras, cuyo sentido comprendia mas que los decantados sábios de la Sinagoga, ilustrada con luz superior y divina. En el momento pues en que oye á Simeon anunciarle que su Hijo será el blanco de la contradiccion y de las persecuciones de sus enemigos, pónesele delante de sus ojos los insultos, los sarcasmos, los azotes, las espinas y todos los tormentos á que voluntariamente y por un efecto de su caridad infinita hácia la humanidad habia de sujetarse. Cuanto los Profetas habian escrito acerca de los padecimientos del Hijo del hombre se presenta á su imaginacion privilegiada, y mirando en lontananza las lúgubres escenas de los tribunales y el Calvario, su alma experimenta un dolor extraordinario. En vano buscaríamos similes con que comparar este dolor de la Santísima Virgen María. Verdad es que á Jacob le anunciaron la supuesta muerte de su amado hijo José y le presentan su túnica manchada de sangre: que á David le sorprenden anunciándole la desgraciada muerte de Absalon su hijo, y que Ester experimenta un pesar profundo cuando le hacen saber el decreto de esterminio de todos sus compatriotas que la perfidia de Amán habia arrancado al rey Asuero: pero todas estas son imágenes muy débiles para que puedan servirnos de puntos de comparacion. Verdad es que Jacob amaba extraordinariamente á su hijo José, con preferencia á sus demas hermanos: que David dotado de un corazon recto no

paraba mientes en los agravios que habia recibido de Absalon y que le miraba con afecto paternal, deseando que reconociese sus errores y se dirigiese por las sendas de la rectitud: lo es tambien que Ester amaba extraordinariamente á sus compatriotas, por lo cual llora amargamente al saber la perfidia del enemigo de su nacion: pero es indudable que María amaba á su Hijo mas que han amado á los suyos todos los padres del mundo: su maternidad divina envolvia un abismo inconmensurable de grandeza: el corazon del Hijo y de la Madre estaban íntimamente unidos por sentimientos sobrenaturales: María era una madre superior á todas las madres, y Jesus un Hijo superior á todos los hijos. María en una palabra, sabia que su Hijo era Dios, siendo para ella una evidencia que su Concepcion en su virginal seno habia sido por una admirable operacion del Espiritu Santo, y en el momento en que oyó las inspiradas palabras de Simeon, ve en él el objeto de toda clase de contradicciones, la victima destinada á expiar los pecados de la humanidad. Concluyó para la venturosa Virgen el gozo y la alegría. Por do quiera velase ya perseguida por el fatídico anuncio, y como cada dia que pasaba se acercaba el cumplimiento del vaticinio, su vida era una vida de amargura. Ora velase, ora se hubiese entregado al descanso: ya estuviese entregada al ejercicio de la oracion, manjar que alimentaba su alma, ya en el hogar doméstico se ocupara en el cuidado de su santo esposo, siempre resonaban en sus oidos las espresiones que en el templo habian llenado su alma de amargura. Era necesario estar dotado de una inteligencia adornada con divina luz, ó era preciso ser María misma para poder comprender, cuanto sufriria á través de treinta y mas años por el conocimiento circunstanciado que tenia de las futuras ignominias de aquel á quien adoraba

como á Dios y amaba como Hijo. Concluyamos, diciendo con San Bernardino de Sena, que «la Santísima Virgen, desde que oyó la profecía de Simeon, y durante todo el tiempo que medió desde aquel dia hasta el en que se verificó el sacrificio del Calvario, veia agonizar al que era la fortaleza de los santos, veia afeada la hermosura del cielo, aprisionado con cordeles al dueño del universo, cubierto de cardenales y de heridas al Criador de la naturaleza, sentenciado en el tribunal de los jueces al juez eterno de los vivos y de los muertos y vestido de andrajos de púrpura al Salomon divino que embellece la naturaleza:» y no solamente veia en su razon ilustrada las contradicciones de Jesus en los tribunales y en el Calvario, sino tambien las que despues de su gloriosa Ascension á los cielos habia de experimentar en su doctrina y en sus preceptos. Los rudos embates que en la sucesion de los siglos habia de sufrir la Iglesia y sus ministros, presentes á su privilegiada mente, contribuian á hacer mas profunda la herida de su corazon.

Reasumamos en dos palabras cuanto hemos podido descubrir en el Misterio de la Purificacion, del que hemos visto surgir otros misterios.

Primer misterio: María Virgen y Madre, santifica su reputacion de virginidad, y dá al mundo admirable ejemplo de humildad, sujetándose al cumplimiento de una ley, de la cual le eximian sus grandes privilegios, el prodigio de su maternidad divina.

Segundo misterio: Jesucristo santo por esencia, se confunde con los pecadores, y forma un altar de los brazos de su Madre, desde el cual se ofrece á su Eterno Padre, por la salud de la humanidad, que un dia rescatará desde el Calvario.

Tercer misterio: Jesus niño revestido con el humilde

traje de pecador, es proclamado por Simeon que le recibe en sus brazos, Salvador de la humanidad. ¡Disposiciones admirables de la divina sabiduría!

Sublime enseñanza la que se desprende de cada uno de estos tres misterios. María Santísima obedeciendo con presteza una ley que no la obligaba, nos enseña á obedecer las leyes divinas y humanas, y confunde el necio orgullo de los que aspirando á una independencia absoluta, menosprecian todo principio de autoridad, sin reconocer mas leyes ni reglas de conducta que las veleidades del corazón y los caprichos de la fantasía. Jesucristo confundido con los pecadores y ofreciéndose desde su infancia al Eterno Padre, no solamente nos recuerda su infinita caridad á favor nuestro, sino que escogiendo por altar los brazos de su Madre, parece enseñar al mundo que ella sería en los tiempos futuros la medianera de intercesión de los humanos, por cuyas manos habían de ofrecerse al Señor. Finalmente, el cántico de Simeon, deseando ya morir porque sus ojos han visto al Redentor, nos hace conocer que no hay dicha mas positiva que conocerle y observar su doctrina.

CAPITULO IX.

Habiendo Herodes formado el proyecto de quitar la vida al Niño Dios, un ángel lo avisa á José, intimándole la orden de partir al Egipto con el Divino Infante y su Madre. Se da una breve noticia de la trágica muerte del primer perseguidor de Jesucristo.

Bien pronto empezó á tener cumplimiento el fatídico anuncio de Simeon, y el que había descendido del cielo por nosotros y nuestra salud, empezó á experimentar sin haberse aun desenvuelto de las fajas de la infancia la contradicción y las persecuciones. Vimos en el capítulo VII, que Herodes al tener conocimiento de la llegada de los Magos á su corte, é informado del objeto de su viaje, les había suplicado que así que encontrasen al nuevo rey que buscaban, volviesen para noticiarle el lugar en que se hallaba, pues que él también quería ir á buscarle para ofrecerle homenaje de adoración. También advertimos que su objeto era el mas criminal, pues que bajo el velo de la hipocresía con que cubría sus pensamientos, ocultaba el inicuo proyecto de asesinarle, temiendo fuese causa aquel Niño de que él perdiese el cetro y la corona que no poseía por derecho sino por la usurpación.

Lleno de impaciencia había esperado, aunque en vano, la vuelta de los Magos, que según vimos antes se volvieron á su país por distinto camino del que habían traído, obedeciendo á la voz de la revelación. Conocer que había sido burlado y llenarse de rabia y desesperación fué todo una cosa: en el momento determina no perdonar medio alguno por

traje de pecador, es proclamado por Simeon que le recibe en sus brazos, Salvador de la humanidad. ¡Disposiciones admirables de la divina sabiduría!

Sublime enseñanza la que se desprende de cada uno de estos tres misterios. María Santísima obedeciendo con presteza una ley que no la obligaba, nos enseña á obedecer las leyes divinas y humanas, y confunde el necio orgullo de los que aspirando á una independencia absoluta, menosprecian todo principio de autoridad, sin reconocer mas leyes ni reglas de conducta que las veleidades del corazón y los caprichos de la fantasía. Jesucristo confundido con los pecadores y ofreciéndose desde su infancia al Eterno Padre, no solamente nos recuerda su infinita caridad á favor nuestro, sino que escogiendo por altar los brazos de su Madre, parece enseñar al mundo que ella sería en los tiempos futuros la medianera de intercesión de los humanos, por cuyas manos habían de ofrecerse al Señor. Finalmente, el cántico de Simeon, deseando ya morir porque sus ojos han visto al Redentor, nos hace conocer que no hay dicha mas positiva que conocerle y observar su doctrina.

CAPITULO IX.

Habiendo Herodes formado el proyecto de quitar la vida al Niño Dios, un ángel lo avisa á José, intimándole la orden de partir al Egipto con el Divino Infante y su Madre. Se dá una breve noticia de la trágica muerte del primer perseguidor de Jesucristo.

Bien pronto empezó á tener cumplimiento el fatídico anuncio de Simeon, y el que había descendido del cielo por nosotros y nuestra salud, empezó á experimentar sin haberse aun desenvuelto de las fajas de la infancia la contradicción y las persecuciones. Vimos en el capítulo VII, que Herodes al tener conocimiento de la llegada de los Magos á su corte, é informado del objeto de su viaje, les había suplicado que así que encontrasen al nuevo rey que buscaban, volviesen para noticiarle el lugar en que se hallaba, pues que él también quería ir á buscarle para ofrecerle homenaje de adoración. También advertimos que su objeto era el mas criminal, pues que bajo el velo de la hipocresía con que cubría sus pensamientos, ocultaba el inicuo proyecto de asesinarle, temiendo fuese causa aquel Niño de que él perdiese el cetro y la corona que no poseía por derecho sino por la usurpación.

Lleno de impaciencia había esperado, aunque en vano, la vuelta de los Magos, que según vimos antes se volvieron á su país por distinto camino del que habían traído, obedeciendo á la voz de la revelación. Conocer que había sido burlado y llenarse de rabia y desesperación fué todo una cosa: en el momento determina no perdonar medio alguno por

sanguinario que fuese, á fin de que el tierno infante, cuyo nacimiento tanto le habia turbado, cayese bajo el filo de la espada. Empero la Providencia velaba por la conservacion de aquella vida que un día, llegado que fuera el momento señalado en los consejos de la Trinidad Beatísima, habia de ofrecerse en el leño de la Redencion. Un ángel avisó del peligro á San José para que pusiese á salvo la existencia del divino Infante. Veamos cómo nos lo esplica el sagrado testo: «Después que los Magos se fueron, hé aquí que un ángel del Señor apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate y toma el Niño y á su Madre y huye á Egipto, y permanece allí hasta que yo te dé aviso, porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre, de noche, y se retiró á Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta: *De Egipto llamé á mi Hijo* ¹.

De tal modo se inauguran las persecuciones y padecimientos del divino Salvador. Dice la V. Agreda que la Santísima Virgen fué prevenida aun antes que San José para verificar la partida á Egipto, pero el Evangelio no nos dice mas que lo que acabamos de citar.

La fuga á Egipto es considerada como el segundo dolor de los siete principales que atormentaron durante su vida, el corazon de la Madre de Dios, que como vemos no tardó en seguir al primero, motivado por el vaticinio de Simeon. Los hombres dotados de mas valor y serenidad, se han encontrado débiles al solo pensamiento de abandonar su patria, y los que no temblaron al frente de un poderoso ejército en los campos de batalla, vertieron lágrimas, al verse

1 Math. II, 13-15.

obligados á buscar en tierra estraña el reposo y la tranquilidad que les negara el suelo pátrio. Asi comprendemos como los hijos de Israel, lloraban amargamente, sentados junto á los rios de Babilonia, al recuerdo de Sion, y que cuando los mismos que les habian conducido les suplicaban que entonasen himnos de los cánticos de Sion, contestaron sin querer descolgar de los sáuces los instrumentos músicos: «¿Cómo hemos de cantar cánticos del Señor en tierra ajena? ¿Será posible que nosotros podamos olvidarnos, ni por un momento de nuestra amada Jerusalem? ¿Podremos alegrarnos fuera de nuestra patria? ¡Ah! Péguesenos la lengua al paladar, si Jerusalem no fuese el punto principal de nuestra alegría ¹». Asi tambien comprendemos como Jacob, obligado á buscar en Mesopotamia un asilo contra las persecuciones de un hermano, rival de su primogenitura, no cesa ni por un momento de dirigir sus miradas hácia la patria de cuya posesion se vé privado ², y como David, obligado á huir de la persecucion de Saul, errante por los bosques, suspira amargamente al recuerdo de Jonathás su inseparable amigo ³.

Sin embargo, estos hechos que acabamos de citar no sirven para poder apreciar dignamente y comprender toda la amargura de que rebosó el corazon purísimo de María al tener que abandonar á Belen, emprendiendo la fuga para Egipto. Aquellos eran afligidos por sus propios padecimientos, mientras que María, mujer heroica, singular en la resignacion, como lo era en todas las virtudes, siente, no sus propios trabajos, sino los que vé va á experimentar el Hijo que formaba sus delicias, y de quien conocia la grandeza y

1 Psalm. CXXXVI.

2 Gén. XXVIII.

3 I. Reg. XXIII.

dignidad. Apenas ha escuchado la orden de su esposo, al que obedecía y respetaba, se dispone para emprender el viaje. Poco tiempo podia ocupar el santo matrimonio en hacer los preparativos de la marcha: la pobreza en que vivian les quitaba estos cuidados: la bendita Madre recoge los pañales y pobres vestidos que tenia, y con el corazon partido de pena y de dolor se dirige al sitio donde reposaba el Divino Jesus, y contemplándole dormido no puede menos de verter un torrente de amargas lágrimas, al considerar, que siendo el soberano de la naturaleza, el monarca de los siglos, ante cuya presencia se estremece hasta el hondo abismo, se vé obligado á huir á tierra extranjera para evitar la saña de un rey inicuo, de un hombre miserable, que esconde bajo la brillante púrpura que le cubre, un corazon de tigre. La venerable historiadora de Agreda, pone en labios de la Santísima Virgen estas amorosas palabras: «Huye, querido mio, y sea como el cervatillo y el cabrito por los montes aromáticos; venid, querido mio, salgamos fuera, vámonos á vivir en las villas. Dulce amor mio, Cordero mansísimo, vuestro poder no se limita por el que tienen los reyes de la tierra; pero quereis con altísima sabiduría encubrirle por amor de los mismos hombres. ¿Quién de los mortales puede pensar, bien mio, que os quitará la vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si vos la dais á todos, ¿por qué os la quitan? Si los buscáis para darles la que es eterna, ¿cómo ellos quieren daros muerte? Pero ¿quién comprenderá los ocultos secretos de vuestra Providencia? Ea, Señor y luz de mi alma, dadme licencia para que os despierte, que si Vos dormís, vuestro corazon vela¹.»

1 Obra citada.—Parte 2.^a Lib. IV, cap. XXI.

No habia tiempo que perder: el peligro estaba advertido, y era necesario alejarse de él. María tomó en sus brazos el celestial tesoro, y tomando el Santo Patriarca el báculo del viajero, la santa familia salió de Belen, dispuesta á atravesar un camino de mas de cien leguas, de las cuales unas cincuenta eran de desierto. Carecian de recursos, pero no hay riqueza mayor que la ciega confianza en la Providencia, y esta les acompañaba. El emprender aquel viaje en tales circunstancias hubiere hecho estremecer á cualquiera otra familia; pero si María se estremece es á la consideracion, no de la aspereza del camino que tenia que atravesar, sino al pensamiento de que podian encontrar algunos salteadores de los muchos que hacian de aquellos caminos teatro de sus crímenes, y que pudiesen maltratar al Hijo de sus entrañas.

El poético Orsini nos habla de una tradicion, que refiere de este modo: «Ellos habian pasado mas allá de Anathos, y se dirigian por el lado de Rámia á fin de bajar á las llanuras de la Siria; con el afan de sustraerse á una peligrosa vecindad habian aprovechado algunas horas de la noche, cuando vieron desembocar de una oscura barranca unos hombres armados que les impidieron el paso. El que parecia ser jefe de esa tropa de bandidos se avanzó del grupo hostil para reconocer á los viajeros. José y María se habian detenido mirándose con inquietud. Jesus dormia. El salteador, que venia para tomar sangre ú oro, arrojó una mirada de asombro sobre aquel hombre venerable, sin armas, muy semejante á un patriarca de los antiguos tiempos, y sobre aquella mujer cubierta de un velo que parecia querer ocultar su Hijo en su corazon; tanto era lo que le apretaba contra su pecho con el afan mas doloroso. ¡Ellos son pobres (dijose el bandido á sí mismo) y viajan

»de noche como unos fugitivos!... tal vez tenia tambien un
»hijo en la cuna; tal vez la atmósfera de dulzura y miseri-
»cordia que rodeaba á Jesus y á Maria, obró sobre esa alma
»feroz: él bajó la punta de su lanza, y tendiendo á José una
»mano amiga le ofreció hospedaje para la noche en su forta-
»leza, suspendida al ángulo de una roca como el nido de una
»ave de rapina. Este ofrecimiento hecho con franqueza fué
»acogido con una santa confianza, y el techo del bandido fué
»en esta ocasion hospitalario como la tienda del árabe ¹.»

Nada de inverosímil tiene esta leyenda: lo que si nos parece un cuento siguiendo el parecer del mismo Orsini, es que el tal bandido, fuese Dimas el buen ladrón que murió en el Calvario al lado de Jesucristo. Creemos que la acción benéfica hecha con Jesus y sus Padres por el salteador de caminos, seria premiada, con luz que haciendo conocer á aquel hombre sus delitos, le moviese á detestarlos y á entrar en la via de los hombres honrados. Sea en fin de esto lo que quiera, sigamos nuestra narracion. Es indudable que en tan dilatado viaje hecho sin ninguna clase de comodidades, hubieron de sufrir los santos esposos mil privaciones y no pocas zozobras que necesariamente se aumentarían al llegar las noches: el mas mínimo rumor, el ruido del aire, todo haria temblar á aquella tierna y cariñosa Madre, creyendo si vendrian en persecución del precioso tesoro que conducía en sus brazos. No así tiembla y se abate el navegante cuando en medio de una desecha tempestad, ve combatido el bajel por el impulso de encrespadas olas que amenazan sumergirle, como tembló María al solo pensamiento de si podrían darle alcance los emisarios de Herodes. Creemos que esta Madre singular desahogaría los sentimien-

¹ Orsini. Obra citada, lib. XIII.

tos de su tierno corazón, dirigiendo al divino Infante, estas ó semejantes expresiones:—¿Es posible que habiéndote humanado para dar la salud al mundo, así seas perseguido por los hombres? ¿No eres tú el monarca de las eternidades, el dueño del universo? ¿Por qué, pues, te ves obligado á huir cual si fueses un malhechor? ¡Hijo de mis entrañas! ¡cuán vehemente es el dolor que atraviesa el corazón de tu Madre! Y dirigiendo sus miradas al cielo, pediría al Eterno Padre sus soberanos auxilios. ¡Oh Dios de mi corazón, esclamaría, enviad sobre esta vuestra humilde esclava, toda suerte de trabajos y adversidades, pero protegéd la vida de mi inocente Jesus. ¡Padezca yo, pero que nada tenga que padecer el que es vuestro Hijo, y un Dios con vos!! ¡Heroicidad admirable en una Virgen delicada que aun no contaba quince años de edad! Superior á los trabajos y á la adversidad no se queja de la Providencia, y si de tal modo sufre, no es por ella, sino por su Hijo, que era el único objeto que resumía todos los afectos de su alma: si molestado del frío el tierno parvulito, buscaba en el regazo maternal el calor vivificante, ó si obligado por la necesidad aplicaba sus labios á los pechos de una madre debilitada por el natural cansancio del viaje y tan gran número de molestias, redoblaba sus golpes la cruel espada de dolor que atravesaba el alma de María.

Tocaron por fin el término de su viaje, y aquella familia, la mas santa que conocieran los siglos, entraron en Egipto, ciudad idólatra y tan rica como soberbia, donde no contando con deudos ni amigos, no habían de tener otros medios de subsistencia que el trabajo del bendito Patriarca. Jesus se hallaba ya fuera del peligro, y á salvo de la persecución del inhumano monarca que había jurado su estermio. Hiélase la sangre en las venas al contemplar la bárbara

determinacion de Herodes, ordenando que fuesen muertos al filo de la espada todos los niños de dos años abajo que se encontrasen en las comarcas de Belen, creyendo que de este modo no podria escapar de la muerte el tierno Infante, objeto de su odio, y cuya existencia le era insoportable. Hé aquí los términos en que San Mateo nos dá cuenta de tan bárbara escena: «Entonces Herodes, viendo que habia sido »burlado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó »matar todos los niños que habia en Belen y en toda su comarca de dos años abajo, conforme al tiempo que habia »averiguado de los Magos. Entonces vióse cumplido lo que »habia sido dicho por Jeremías, profeta, con aquellas palabras: Es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse »porque ya no existen '.» ; Mónstruo de iniquidad y de barbarie cual jamás lo conocieron los siglos! Creemos oportuno dar aquí una breve noticia de la asquerosa muerte con que fué castigado por el cielo este monarca sanguinario.

La degollacion de los niños de Belen, á los que podemos considerar como las primicias de los innumerables mártires de Jesucristo, pues que murieron en odio suyo, ocurrió en el mes de febrero, segun los cálculos de Pezron en su Historia Evangélica. Herodes que contaba entonces cerca de setenta años, y que se hallaba agoviado á causa de los gravísimos disgustos de su reinado, y mas de sus propios desórdenes, cayó enfermo al mes siguiente de haberse ejecutado su inhumana sentencia, y de tal gravedad, que á los pocos dias de enfermedad todos desconfiaban de su vida. Una vida pasada en la maldad y en el crimen, tiene que dar por resultado una muerte desgraciada, y así sucedió á Herodes. Su cuerpo cubierto de sarna le producía una come-

1 Math. II, 16-18.

zon irresistible, y el mal olor de su aliento hacia que nadie pudiese acercarse á su lecho, siendo inútiles cuantos medicamentos se le aplicaban. Llegó por fin á conocer que su muerte era inevitable, y que estaba cercano el momento en que iba á perder el trono y la vida á un mismo tiempo. No por esto se arrepintió de sus maldades: antes, por el contrario, lleno de rábía y desesperacion al ver que no podia librarse de la muerte, formó otro proyecto no menos inhumano y cruel que el que realizara con la degollacion de los inocentes. Mandó que todos los grandes y principales de entre los judios se presentasen en Jericó; y despues que hubieron llegado mandó encerrarlos en el Hipódromo, lugar donde se celebraban las corridas de caballos, pero sin comunicar á nadie su proyecto por entonces. Luego que se hubo ejecutado su orden llamó á su hermana Salomé y al marido de esta, y les habló de este modo: «Luego que yo espire, cercarán mis soldados el Hipódromo, y les mandareis en mi nombre que maten á flechazos á todos los caballeros allí encerrados, sin escepcion alguna. Con esto, añadió, todo el reino llorará al tiempo de mi muerte, y mis exéquias serán las mas célebres del mundo '.» Esta cruelísima orden no llegó á ejecutarse. Tal fué el carácter y tales los sentimientos del primer perseguidor de Jesucristo. Murió como suelen morir los malvados, en el oprobio y la desesperacion, y mientras la memoria de los santos inocentes de Belen pasa en bendicion á través de las generaciones, el nombre del pérfido verdugo que los sacrificara en el vértigo de sus crueles celos y desmedida ambicion, es pronunciado con horror por todos los que no han renunciado á la razon y á los sentimientos humanitarios.

1 Josefo, lib. XVII, cap. VIII de las *Antig.* Y lib. I, cap. XXI de *Guer. Jud.*

CAPITULO X.

De la permanencia de la Santa Familia en Egipto, hasta su regreso á tierra de Israel.

Desearíamos poder señalar con exactitud el lugar del Egipto, en el que los ilustres y santos peregrinos fijaron su residencia, empero la mas comun opinion de los autores antiguos señala á Hermópolis de la Tebaida. «Aseguran los egipcios, dice Pezron en su Historia Evangélica, que José cuando huyó por miedo de Herodes con Cristo y Maria su Madre, se fué á Hermópolis.» El mismo autor citando á Paladino, dice que la ciudad de Hermópolis tuvo despues una iglesia, que habia sido como consagrada por la presencia de Jesucristo. Sosomeno, Nicéforo y la inspirada historiadora repetidas veces citada, hablan de varios recuerdos que existen en el Egipto de la permanencia en aquel pais de la santa y augusta familia, y entre otros hacen mencion de la fuente en que la Virgen Madre lavaba los pañales del niño Jesus, y que segun Orsini, conserva aun el nombre de *Fuente de Maria*.

Opina San Basilio que el Santo Matrimonio hubo de entregarse á penosos trabajos para proporcionarse el alimento, y añade la V. Agreda, á cuya narracion vamos á acomodarnos ahora por no encontrar mas abundantes noticias, que los tres primeros dias de su permanencia en aquel pais se alimentaron con el producto de la limosna que pudo recoger el bendito Patriarca San José, hasta tanto que encon-

trando trabajo, pudo empezar á proveerse de las cosas mas necesarias para pasar la vida. La purísima Maria, no queriendo que recayese todo el trabajo en su Esposo, y deseando por su parte coadyuvar al comun sostenimiento, se valió de unas mujeres piadosas que á ella se habian aficionado, para que la proporcionasen labores de mano, y como todo salia de la suya tan perfecto, no le faltó en adelante en que trabajar para alimentar á su divino Hijo. A través de este trabajo á que se habia dedicado, vivia en la tierra como si no viviese, pues su espíritu se hallaba siempre elevado en la contemplacion de Dios, al que rendia continua y fervorosa accion de gracias por el modo extraordinario con que la habia elevado y distinguido entre todas las criaturas.

Una paz santa y envidiable reinaba en la pobre morada de los fugitivos, sin que la mas mínima queja saliera de sus lábios: estaban á gran distancia de su casa, residian en una ciudad inhospitalaria é idólatra, donde no habia ni deudos ni amigos que les acompañasen ni fuesen á ofrecerles proteccion ó recursos en los dias de la escasez. Sin embargo, no solamente vivian contentos, pero ni siquiera recordaban su casa de Nazareth, donde aunque pobremente hubieran podido vivir con alguna mayor comodidad. Poco tiempo hacia que la bendita Madre y su casto Esposo habian visto á su Hijo, recibir en su cuna las adoraciones de los pastores y los reyes, y habian escuchado, rebosando sus corazones en dulces expansiones de amor, los sonoros y armoniosos himnos que en la gruta de Belen entonaron los espíritus angélicos, saludando la venida al mundo del libertador de las naciones. Ahora se ven en el mayor desamparo y nadie llega á reconocer la altísima dignidad del divino Enmanuel; empero tan extraordinaria era la conformidad que tenian con las disposiciones del cielo,

que no habia variacion alguna en sus semblantes ni en su interior, por mas que se viesen rodeados de adversidad y de trabajos. Dios por medio de su ángel les habia ordenado partiesen al Egipto: habian obedecido, y solo otro nuevo mandato les podia sacar de él, para volver á pisar el suelo de la patria.

El candor, la natural belleza, las relevantes cualidades que adornaban á la purísima Israelita, llamaban la atención de cuantos la conocian ó la hablaban, causa porque no obstante ser el Egipto, inhospitalario, como antes hemos dicho, muchas mujeres egipcias se complacian en poderla prestar algunos servicios que no quedaron sin recompensa, pues que la Señora las prodigaba sus consuelos, y haciéndolas conocer la falsedad de los ídolos, las instruía en las mas importantes verdades. Jacobo de Valencia, que habla con algun detenimiento sobre esto, dice, que entre los beneficios que las egipcias recibieron de la Madre de Dios, fué uno, el que no peligrase de parto ninguna sobre la cual ella pusiese sus manos virginales.

«El Egipto de entonces no era por cierto el Egipto de los antiguos dias, aquel Egipto que dió Cecrope é Inacho á la Grecia, que fué visitado por Homero, Licurgo y Pitágoras, y por Jacob, José y Moisés; aquel Egipto en que el pueblo juzgaba á sus reyes despues de su muerte, y en que la nobleza de los sentimientos y la rigidez de las costumbres parecidas á los de los dias primitivos del mundo le daban fama de ciencia y de virtud. Una ignorancia grosera habia substituido á la lengua de los geroglíficos; aquellos símbolos sublimes eran mudos para una generacion degenerada: la mayor parte de sus monumentos, los obeliscos, los esfinges, los colosos, habian perdido sus relaciones con la historia y con las costumbres. Todo habia cambiado en aque-

llas riberas antes hospitalarias, menos la supersticion consagrada por el recuerdo de sus antepasados, que se habia condensado como una niebla opaca sobre aquel pais de los grandes recuerdos, que tuvo la dicha de ser visitado por el Niño-Dios, que empezaba ya á regenerarlo, sembrando la oculta semilla de aquel heroismo cristiano, que desde aquellas magestuosas soledades habia de asombrar al mundo¹.»

El feroz enemigo de Jesucristo, el bárbaro é implacable Herodes habia dejado de existir, y por consiguiente habia cesado el peligro que amenazara la preciosa vida del Hijo de María, y que habia motivado la huida á Egipto. Un mensajero celestial trae á la Santa Familia la orden de abandonar la ciudad que les habia servido de refugio. Hé aquí como lo refiere el Evangelio: «Y habiendo muerto Herodes, el ángel del Señor apareció en sueños á José en Egipto diciéndole: Levántate y toma el Niño y á su Madre, y vete á tierra de Israel, por que ya murieron los que querian quitar la vida al Niño. Levantándose pues José, tomó al Niño y á su Madre, y se vino para tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en la Judea en lugar de Herodes, su padre, temió ir allá, y avisado en sueños se retiró á las tierras de Galilea. Y vino á morar en una ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que habian dicho los profetas: Que será llamado Nazareno².»

No están acordes los autores acerca del tiempo que permaneció la santa familia en Egipto. San Epifanio dice que fueron dos años; Nicéforo se estiende á tres; Eusebio y el cardenal Baronio dicen que fueron siete años. Nosotros creemos mas verosimil la opinion de Pezron, que con otros autores afirma, que solo duró la permanencia de Jesus con

¹ Roca y Cornet. Historia de Jesucristo, cap. XXIX.

² Math. cap. II, 19-23.

sus padres en aquel país diez meses. Si Herodes, como es probable, bajó al sepulcro el año 750 de Roma, y como se infiere de las palabras del Ángel, el aviso fué dado á José inmediatamente despues de aquel acontecimiento, por mas que se detuviesen algunos dias en cumplimentar la órden del regreso para disponer lo necesario, es evidente que nunca llegaria al año la residencia en Egipto. No sabemos en que razon se fundan los que detienen allí siete años á la santa Familia.

Llenos del mayor gozo recibieron María y José la órden comunicada por el Ángel, y tan prontos como estuvieron para obedecer cuando se les intimó la salida de Belen, lo están despues para volver á atravesar el árido camino que los habia conducido al Egipto. La Santísima Virgen, con aquella amabilidad y dulzura que le eran propias, se despidió de las piadosas egipcias, que como antes digimos habian demostrado tanto afecto á la Señora, y que seguramente sentirian la partida de los santos forasteros. Estos por su parte les dirigieron palabras de consuelo, dándole al mismo tiempo gracias por los servicios que voluntariamente les habian hecho. Cumplido este deber social, salieron los santos Peregrinos del Egipto, salvando áridas montañas, atravesando aquellos desiertos, imponentes por el silencio, que solo era interrumpido por el canto de las aves, ó por el ronco rugido de las fieras. Sin embargo, nada temian: llevaban en su compañía al que manda al viento y á las tempestades; á aquel que como Señor era dueño universal del cielo y de la tierra. Llenos de fe confiaban en la Providencia, y la Providencia les sacó á salvo de todos los peligros. Así, pues, llegaron á los términos de la Palestina: pero José tuvo noticias de que Arquelao habia sucedido en el trono á su padre, y temiendo si con la corona habria

heredado la perversidad de aquel, tomó otro camino, y sin entrar en la famosa capital de la Judea, atravesó por la tierra de la tribu de Dan y de Isacar á la inferior Galilea, caminando por la costa del mar Mediterráneo, dejando á la derecha á Jerusalem, y dirigiéndose á Nazareth, como hemos visto en el sagrado testo, porque Jesus, segun estaba profetizado, habia de ser llamado Nazareno.

Ya en Nazareth, entraron en su antigua morada, la que habia sido cuidada durante su ausencia por una piadosa mujer consanguínea del bendito Patriarca José, y sin esperar á descansar de las fatigas del viaje, rindieron al Señor fervorosa accion de gracias por haberles sacado ilesos á través de tantos peligros como habian atravesado, y por la especial Providencia con que les habia asistido.

CAPITULO XI.

De como el Niño Jesus fué perdido en Jerusalem por sus Padres, y del dolor que por esta pérdida esperimentó la Santísima Virgen hasta hallarle en el Templo entre los Doctores.

De la santa infancia del divino Salvador nos da cuenta el Evangelista San Lucas con estas breves espresiones: «Y el Niño crecía, y se fortificaba, estando lleno de sabiduría: y la gracia de Dios era en él ¹.» Mientras mas se estudia el Evangelio mas se admira el orden admirable de la Providencia. Jesucristo era verdadero Dios, al mismo tiempo que verdadero hombre. Como Dios era la misma sabiduría, la luz verdadera destinada á iluminar á los hombres ²: mas como hombre quiso aparecer en la forma de siervo, y semejante á los demas hombres en todo, escepto el pecado. Asi como siendo su generacion eterna, nació en tiempo, creciendo en edad, asi tambien siendo la misma sabiduría, quiso ir creciendo en sabiduría para que en él no viese el mundo sino un verdadero hombre. No convenia á sus altísimos designios manifestar su divinidad desde el principio, sino que mas tarde fuese confirmada con sus repetidos prodigios: «debía manifestarse sin duda, pero debía hacerlo con mesura y dispensacion, de manera que nos alumbrára, sin cegarnos con su resplandor: como un maestro que parece aprende con su discípulo para escitar su emulacion sin desalentarlo.

¹ Luc. II, v. 40.

² Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. Joan. I, 9.

Este método que fué el de la sabiduría humana en cuanto tuvo de mas elevado, debía ser tanto mas el de la sabiduría divina, cuanto siendo ella infinitamente mas alta, le convenia mas que á la nuestra el bajarse. Finalmente no olvidemos que siendo el plan de esta divina sabiduría diferir su maravillosa propagacion hasta la cruz, y no manifestarse hasta entonces sino como á ráfagas y en *parábolas*, no debía escitar demasiado aquel asombro que hacia ya decir á los contemporáneos de su aparicion: ¿Cómo es tan sábio este hombre que no ha estudiado ¹?» Hé aquí porque quiso el Señor ir manifestando su sabiduría como por grados. Entre tanto era la gloria y el embeleso de su Madre que observaba todas sus acciones y procuraba meditar y conservar en su corazón cada una de las palabras que salian de sus divinos lábios.

Hemos llegado á la época mas oscura de la vida de la Santísima Virgen María, porque el Evangelio guarda silencio acerca de la infancia de Jesus, sin decirnos otra cosa que lo manifestado en las lacónicas palabras que acabamos de comentar, y solo nos da cuenta de la pérdida del divino Niño, de la que vamos á ocuparnos. En Nazareth, lugar mirado con desprecio, y del que preguntó mas tarde Nathanaél si podía haber cosa buena ², residió la Santa Familia desde la vuelta de Egipto hasta que el Salvador salió á los treinta años de su edad, para dar principio á la carrera de su predicacion, y por esto, no obstante haber nacido en Belen de la Judea, era llamado Nazareno. María destinada á ser la maestra del mundo por sus virtudes, recibió una nueva honra durante la infancia de su Hijo, cual fué la de instruirle. Siendo Jesus la misma sabiduría,

¹ Augusto Nicolás. *La Virgen María, segun el Evangelio*, cap. XVI.

² ¿A Nazareth potest aliquid boni esse? Joan. I, 46.

quiso para mas asemejarse á los demas hombres recibir la enseñanza de su Madre. Así lo afirman la mayor parte de los escritores sagrados aunque no falta alguno que afirme que tambien tuvo parte en su educacion un célebre rabino, dedicado en Nazareth á la enseñanza de los niños. Orsini en una nota de su bello poema, cita un párrafo del padre Gibieuf, titulado *Grandezas de la Virgen*, aprobado segun dice por la facultad de Teología de París, y por muchos obispos de Francia, que nosotros vamos á nuestra vez á transcribir, por el honor que de él resulta á la Santísima Virgen. Dice así: «Ella le hablaba de Dios, como se habla á los niños: le habla de amor y de adorar á Dios: le dice que es su Dios y su Padre, y sus palabras entran poco á poco en su alma por el conducto de los sentidos, que se abren y se facilitan diariamente. Y cuando él empieza á ser algo mas robusto, y que su lengua empieza á desplegarse, ella le canta, y le hace aprender los himnos que la piedad de la ley habia destinado á las alabanzas de Dios... ¡Oh santa y feliz escuela, esclama, en la que María enseña y Jesus aprende!»

La ley de Moisés obligaba á los iraelitas á presentarse en Jerusalem tres veces al año, para ofrecer votos y sacrificios al Señor. Estas tres ocasiones en las que los hijos de Israel debian presentarse en Jerusalem, eran una en la solemnidad de los Tabernáculos, otra en la de las Hebdómadas, que es por Pentecostés y la otra de los Azimos, que era la Pascua de Parasceve. Esta ley no obligaba mas que á los varones, y asi las mujeres quedaban en libertad de ir si á ello les movia la devocion ó permanecer en sus casas. No hay que decir que el bendito Patriarca José obedientísimo á la ley

1 Orsini. Nota 4.^a del cap. XIV de su obra citada, refiriéndose á Gibieuf, tom. II, cap. X.

acudia á cumplir este deber, y en la solemnidad de la Pascua, lo hacia acompañado de Jesus y de la Santísima Virgen.

Jesus era como de doce años de edad, y como ya hubiese sido depuesto del trono, y tal vez dejado de existir, Arquelao, hijo de Herodes, de quien siempre trataron de resguardarse los santos Esposos por un justo temor, determinaron al llegar la Pascua, hacer su acostumbrada expedicion en compañía de Jesus, no por caminos ocultos y retirados, sino con la mayor tranquilidad y en compañía de otras muchas familias nazarenas. A esta fiesta que llamaremos romería religiosa, tenian costumbre los judíos de ir formando grupos, segun las relaciones de sangre, edad, sexo y amistad: ¡feliz el grupo en el cual iba la humildísima María, edificando á sus compañeros de viaje con santas instrucciones! ¿Irian oyendo sus palabras algunas de aquellas piadosas mujeres, que mas tarde habian de salir llorando al encuentro del Salvador al caminar con la cruz sobre sus hombros al monte de la Redencion? Así podemos pensarlo, como piensa Orsini, que entre los jóvenes con los cuales iba reunido Jesus, se encontraban los hijos del Zebedeo, Jaime y Juan.

¡Cuadro admirable el que presenta la santa Familia luego que ha llegado á Jerusalem! El que era como Dios é Hijo de Dios, entra en el Templo, y humildemente adora á su Eterno Padre, ofreciéndose de nuevo como á su venida al mundo, á ser víctima sacrificada por la salvacion de la humanidad. Tal vez la multitud que llenaba el ámbito del Templo pedia á Dios que apresurase los dias de su misericordia enviando al que habia de venir. ¡Ignoraban que le tenian tan próximo, y que mientras ellos oraban él se ofrecia por la salud de los humanos!

Jesus cumplió con el deber que era comun á todos los

israelitas, enseñando con su ejemplo la fidelidad y obediencia que á las leyes son debidas: salió del Templo, y en compañía de sus Padres y parientes, comió el Cordero Pascual observando con la mayor exactitud todas las ceremonias prescriptas por la ley, y concluidos los dias que duraban las fiestas de la Pascua y de los Ázimos, María y José determinaron regresar á su casa de Nazareth, y emprendieron la marcha en compañía de sus deudos y amigos, segun que al venir lo habian verificado. Jesus se habia apartado de sus Padres sin que estos lo advirtiesen. Guardémonos de pensar que el santo Matrimonio fué reprehensible por no echar de ver la ausencia de Jesus: tesoro de inestimable valor que la Providencia les habia confiado, no apartaban de él ni por un instante su vista y su pensamiento. Ahora vá á cumplirse un nuevo designio de Dios, y por esto ordena este suceso. Creía la purísima y amante Madre que su Hijo se habria reunido á alguno de aquellos grupos que llevaban su misma direccion. Llegaba la noche y ambos esposos trataron de reunirse con Jesus: buscáronlo por todos los grupos y no le hallaron: preguntaron á las personas conocidas y ninguna le habia visto. María queda como suspensa, y al ver que faltándole su Hijo queda privada de ese bien, tipo de todos los bienes, de la luz de sus ojos, del mas firme apoyo de sus esperanzas, del que era en suma, su gozo y su alegría, su corazon es traspasado con una agudísima espada de dolor: sumergida en la mayor angustia mira á su bendito Esposo, y este á su vez, no pudiendo resistir la pesada losa que habia caido sobre su corazon, ni se atreve á romper su silencio. ¡Quién podrá pintar el triste cuadro que presentaría en tan angustiada situacion el santo Matrimonio! Con mas razon que Rubén, al no encontrar á su hermano José en la cisterna, podia esclamar la Santísima Virgen al llorar

la ausencia de su Divino Hijo: «El Niño no parece, ¿y yo á donde iré!» Con la mayor presteza, vuélvense María y José á Jerusalem, con el objeto de buscar á Jesus. ¡Oh! ¡Qué noche tan cruel la que pasarian, y que soledad tan amarga!.. Al siguiente dia salen por las calles y las plazas, y María en cuyo rostro se descubrirían las señales del dolor profundo que dividia su corazon, preguntaria como la Esposa de los Cánticos, á cuantas personas encontrase: ¿Por ventura, habeis visto al que ama mi alma? ¿Habeis visto al Hijo de mis entrañas? Si lo habeis visto decídmelo por piedad, y de este modo mitigareis la pena de mi corazon. Humildísima la Madre de Jesus, piensa si su Hijo se habrá ausentado por no ser ella digna de poseerle, ó por no haberle cuidado y atendido segun que merecia. Entonces dirige sus ruegos y clamores al Eterno Padre, rogándole viniese en su auxilio. San Buenaventura, pone en lábios de la Señora estas palabras: ¡Oh Eterno Padre! ¡Bien conozco que yo no soy digna de poseer un tesoro tan inestimable, pero Vos me lo disteis por un efecto de vuestra misericordia; yo no puedo vivir sin él: haced pues, por vuestra misericordia que vuelva otra vez á los brazos de su Madre!»

Imposible es á la humana inteligencia, querer medir la profundidad de este dolor de la Santísima Virgen: ofuscada su inteligencia, oscurecida su vista, sin atreverse á dar un paso porque le falta el norte que la dirigia en el mundo, cual otro Jeremias, no admitia el mas leve lenitivo á su dolor, y sus ojos brotaban un raudal de amargas lágrimas, porque se hallaba ausente de ella, el que era su consuelo².

¹ Puer non comparet: ¿et ego quò ibo? Gén. XXXVII, 30.

² Id circo ego plorans, et oculus meus deducens aquas, quia longe factus est á me consolator meus. Thren 1, 16.

Aflicción de tal tamaño duró el espacio de tres días que fueron para la Santísima Virgen de mortales angustias: pero al fin el cielo parece inclinarse á sus repetidos ruegos, y la que de tal modo había padecido iba á tener un momento de celestiales consuelos encontrando á Aquel por cuya vista suspiraba. ¡Era el tercer día de la pérdida de Jesús y del cruel martirio de su Madre! María acompañada de José, el cual por su parte también sufría cruelmente, habían corrido toda Jerusalén, pero ningún resultado habían dado sus pesquisas. Por último se dirigieron al templo, en uno de cuyos pórticos, donde los israelistas podían congregarse, había varios doctores de la ley, en su mayor parte fariseos, que pasaban por los más entendidos en las escrituras. En medio de ellos se hallaba sentado un bellissimo jóven: sus largos cabellos caían formando rizos sobre sus espaldas, su túnica que formaba graciosos pliegues, caía hasta cubrirle los piés: su hermosura más que humana, su gracia en el decir, la dulzura de su semblante, la profundidad y sabiduría que demostraba en sus palabras, sus maneras no afectadas pero llenas de magestad y la exactitud de sus respuestas á las preguntas que le dirigían, todo contribuía á tener como encantados no solo á los doctores, sino á los muchos que habían formado círculo á su rededor, y que no podían menos de maravillarse al descubrir tanta sabiduría en un jóven de doce años, y todos se preguntaban: ¿Quién es este niño tan lleno de sabiduría? María y José penetran en el pórtico, y se dirigen al grupo, se abren paso deseosos de registrarlo por si encontraban el que era objeto de sus ardientes deseos, y vieron al divino jóven. Oigamos como el Evangelio nos refiere este suceso:

«Los padres de Jesús iban todos los años á Jerusalén en el día solemne de la Pascua.

«Y cuando tuvo doce años, subieron ellos á Jerusalén según la costumbre del día de la fiesta.

«Y acabados los días cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin que sus Padres lo advirtiesen.

«Y creyendo que él estaba con los de la comitiva, anduvieron camino de un día, y le buscaban entre los parientes y los conocidos.

«Y como no le hallasen se volvieron á Jerusalén buscándole.

«Y aconteció que tres días después, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles.

«Y se pasaban todos los que le oían, de su inteligencia y de sus respuestas.

«Y cuando le vieron se maravillaron. Y le dijo su Madre: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo, angustiados te buscábamos.

«Y les respondió: ¿Para qué me buscábais? ¿No sabíais, que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?

«Mas ellos no entendieron las palabras que les habló.

«Y descendió con ellos y vino á Nazareth: y estaba sujeto á ellos.

«Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

«Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.»

A la manera pues que había sido grande y extraordinario el dolor de la Santísima Virgen por la pérdida del Hijo de sus entrañas, fué también indecible el gozo que experimentó al verle radiante de hermosura y derramando por sus lábios un torrente de sabiduría divina. Jesús estaba inau-

gurando la grande obra de regeneracion á que mas tarde se habia de dedicar. Multitud de israelitas le escucharon cuando argüia con los doctores y esplicaba los mas oscuros pasajes de la Escritura; pero no obstante de que no podian menos de maravillarse, á ninguno se les ocurrió pensar si aquel Niño seria el Mesías anunciado en tantas profecías, cuyo sentido se gloriaban de comprender aquellos orgullosos doctores cuyos ojos estaban cubiertos con un tupido velo. Si aquellos maestros de la ley, hubiesen sido verdaderos sábios, hubiesen obrado con mas prudencia. La sabiduría que Jesus demostró en sus respuestas no era propia de un jóven de doce años por mas que hubiese sido dotado de un talento superior y se hubiese educado al lado de los mas espertos maestros. Debieron pues investigar quien era aquel jóven tan superior á todos los demas, informarse de quienes eran sus padres, y cual era el nombre del afortunado maestro que tenia la gloria de haber tenido discipulo tan aventajado. Entonces hubieran descubierto que no habia tenido maestro alguno en la tierra y que por consiguiente su sabiduría era divina: tal vez hubiesen descubierto los secretos de su nacimiento, los prodigios que le acompañaron, y abriendo sus ojos á la luz de la verdad, hubiesen reconocido en él, aquel por cuya venida, tantas súplicas dirigian al cielo.

Pero en vano hacemos reflexiones. Los designios de la eterna sabiduría habian de cumplirse: *En el mundo que fué hecho por él estaba y el mundo no le conoció: vino á los suyos y no le recibieron*¹. Empero abandonemos por ahora á aquel pueblo cuya malicia y mala fe les habia de condu-

¹ In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui eum non receperunt. Joan I, 10 y 11.

cir mas tarde hasta el máximo entre los delitos, y fijemos la consideracion en la respuesta que dá el Salvador á la Santísima Madre, cuando esta le dirige la amorosa queja que hemos visto en el sagrado testo: *¿Para qué me buscábais? ¿No sabiais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?* Aquí vemos como esconderse la naturaleza humana y aparecer la divina: esconderse el hombre y presentarse el Dios. El mundo estaba envuelto en las tinieblas de la ignorancia; la supersticion y la idolatría eran el culto de la mayor parte de los hombres, y aun la porcion escogida depositaria de las promesas, y que adoraba al verdadero Dios, se apartaba de los caminos rectos: los reputados por mas sábios entre los maestros, y que mas versados eran en los libros santos no comprendian que era llegado el tiempo del cumplimiento de las Profecías. Obra pues era del Eterno Padre, que el Salvador empezase á cumplir su mision divina, y dejase entrever un rayo de aquella luz divina y refulgente que diez y ocho años despues habia de estenderse sobre la tierra para iluminar á los hombres y echar por tierra la supersticion y la idolatría. Sin embargo María y José no entendieron por entonces la respuesta del Salvador.

Llama la atencion á primera vista la observacion del Evangelio sobre la no inteligencia de María y José acerca de la respuesta de Jesus. *¿No estaba dotada la Santísima Virgen de una razon sobrenatural? ¿No comprendia perfectamente su divinidad?* Claro es que para ella, era una evidencia el Misterio de la Encarnacion, y no podia tampoco haber olvidado los grandes testimonios demostrados en el pesebre, en casa de Isabel y en el templo. Sin embargo, no entiende las palabras de Jesus. No debe esto entenderse de un modo absoluto. María sabia que su cabeza era el centro de la divina sabiduría, y conocia la sublime mision que

mas tarde habia de desempeñar entre los hombres. Lo que no comprende es por que tan presto y cuando tantos años faltaban para que empezase la carrera de su predicacion, se manifiesta como repentinamente maestro del mundo.

No resistimos al deseo de transcribir una reflexion honrosísima para María que hace Augusto Nicolás, fundándose en doctrina de un escritor mas antiguo y no menos docto que él. «Verdad es, que la espresion del Evangelio: *Y no comprendieron lo que decia*, no guarda miramiento, es humillante para María; pero esta misma humillacion la eleva á nuestros ojos, cuando notamos con Grocio, que la misma María es la autora de esta narracion por la pluma de San Lucas. María único testigo que sobrevivía de estas cosas que habia ella *conservado en su corazon*, segun dice este Evangelista, es la única que pudo dictársela, señaladamente en lo relativo á este pasaje que le es absolutamente personal. María es por lo tanto la que con la perfecta sencillez y humildad de su alma, viene á decir al mundo que ella y José, de quien no se separa, no comprendieron la respuesta de Jesús. Humildad profunda que la ensalza tanto como ella se humilla y que la recomienda á nuestra admiracion mucho mas que la inteligencia mas penetrante del misterio que adora ella sin comprenderlo.

Digo que adora sin comprenderlo y esto es lo que acaba de transfigurar este rasgo del alma de María. Con efecto, despues de haber dicho: *No comprendieron lo que les decia*, añade el Evangelista: *Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazon*. Sentado esto, no tenemos ya por que preocuparnos de lo que puede haber de humillante para María en no comprender las palabras y el proceder de su Hijo. Tomemos esto á la letra; no rebajemos nada: María no comprendió, demos que así sea; pero guardó en su corazon lo

que no comprendia; no fué curiosa, pero fué tanto mas sumisa: no fué sábia, pero fué tanto mas creyente. De este modo todo es edificante y admirable en la conducta de María, la fidelidad de su corazon en la prueba de su inteligencia y su humildad en la ingenua confesion que de ella nos hace ¹.

No concluiremos sin fijar la vista en las espresiones con que el Evangelista nos dá cuenta de la sumision de Jesús á María y José: *Y estaba sujeto á ellos*. Aqui se descubre no solamente la humildad profundísima del Dios hecho hombre que obedece á sus Padres, no obstante ser criaturas mortales que á él debieran su existencia, sino tambien el alto honor que resulta á la Virgen Madre y á su Esposo, de que Jesucristo Dios y hombre viviese como sujeto y subordinado á ellos. Leccion sublime cuyo estudio utilísimo en todos tiempos, es hoy de una gran necesidad. Cuando corriendo los hombres tras una independenciam absoluta de toda ley divina y humana, resisten á toda autoridad: cuando se pretende arrastrar á la sociedad á una anarquía moral y política de funestos resultados, proclamándose la absoluta independenciam del hombre, llamar podemos la atencion de los sectarios de las nuevas doctrinas á las palabras del Evangelio de las que nos venimos ocupando: *Et erat subditus illis*. A las autoridades establecidas por Dios en la tierra se debe respeto y obediencia, y no hay entre todas ellas una mas inmediata y á la que se deba mayor respeto y veneracion que es la autoridad paterna. Jesucristo era Dios y no obstante ser su poder tan absoluto vive obediente y subordinado á la que es su Madre segun la carne y á su Padre representativo. Ejemplo digno de imitacion y que llena de

¹ Obra citada. Cap. XVI.

confusion y de vergüenza á los hijos desnaturalizados que no queriendo mas regla de conducta que las veleidades del corazon, y resistiendo todo yugo de subordinacion, menosprecian la autoridad paterna. Cuando en un siglo de escepticismo como el que atravesamos, vemos que las leyes son burladas, que los vasallos conspiran contra el trono de sus monarcas, que los hijos solo aspiran á sustraerse de la autoridad de unos padres á quienes ni aman ni respetan, y cuyas necesidades miran despues con la mayor indiferencia: cuando vemos que á través de una ilustracion quimérica van dejando de existir los vínculos de las familias, que no se halla dignidad en el individuo, que el reinado del *yo* se sobrepone á todo respeto, á toda consideracion, á toda autoridad, es oportuno fijar la consideracion en el sublime ejemplo de Jesucristo subordinado en cuanto hombre á su Madre y á José. ¡Oh! Que si el Evangelio fuese la lectura diaria en el seno de las familias, si los padres dirigiesen á sus hijos desde su infancia por los preceptos y consejos consignados en tan admirable código, otro seria el porvenir de las sociedades.

CAPITULO XII.

De la muerte del bendito Esposo de María, el Patriarca San José.

La Virgen Madre poseia de nuevo el precioso tesoro, cuya pérdida habia llorado amargamente por espacio de tres dias, y daba gracias al Eterno Padre porque apiadándose de ella, la habia llenado de consuelo, devolviéndole al que formaba sus dichas, y era el encanto de sus dias, la luz de sus ojos y el bálsamo consolador de sus maternales angustias. De nuevo en Nazareth, aquella familia modelo, siguieron el mismo orden de vida que antes habian observado. Aseguran los historiadores que San José siguió trabajando en su oficio de carpintero, mientras que María cuidaba asiduamente de Jesús y de su esposo, cumpliendo exactamente los deberes de buena Madre de familia. El bello jóven, cuya voz hacia estremecer la tierra y conmovia los robustos cedros del Libano, trabajaba tambien, ayudando en sus tareas á su Padre representativo.

Nada singular ni extraordinario se observa en la humilde morada de Belen: allí donde reside el que reina sobre los reyes de la tierra, no hay fausto ni grandeza, y María cuya humildad no tiene semejante, María que no apetece honras ni distinciones mundanas y cuya única gloria la cifra en vivir al lado de su divino Hijo, norte de todas sus acciones, en escuchar sus palabras de vida eterna, y en emplearse en su servicio, vive mas llena de gozo y mas contenta y tranquila que pueden estarlo los grandes y potentados de

confusion y de vergüenza á los hijos desnaturalizados que no queriendo mas regla de conducta que las veleidades del corazon, y resistiendo todo yugo de subordinacion, menosprecian la autoridad paterna. Cuando en un siglo de escepticismo como el que atravesamos, vemos que las leyes son burladas, que los vasallos conspiran contra el trono de sus monarcas, que los hijos solo aspiran á sustraerse de la autoridad de unos padres á quienes ni aman ni respetan, y cuyas necesidades miran despues con la mayor indiferencia: cuando vemos que á través de una ilustracion quimérica van dejando de existir los vínculos de las familias, que no se halla dignidad en el individuo, que el reinado del *yo* se sobrepone á todo respeto, á toda consideracion, á toda autoridad, es oportuno fijar la consideracion en el sublime ejemplo de Jesucristo subordinado en cuanto hombre á su Madre y á José. ¡Oh! Que si el Evangelio fuese la lectura diaria en el seno de las familias, si los padres dirigiesen á sus hijos desde su infancia por los preceptos y consejos consignados en tan admirable código, otro seria el porvenir de las sociedades.

CAPITULO XII.

De la muerte del bendito Esposo de María, el Patriarca San José.

La Virgen Madre poseia de nuevo el precioso tesoro, cuya pérdida habia llorado amargamente por espacio de tres dias, y daba gracias al Eterno Padre porque apiadándose de ella, la habia llenado de consuelo, devolviéndole al que formaba sus dichas, y era el encanto de sus dias, la luz de sus ojos y el bálsamo consolador de sus maternales angustias. De nuevo en Nazareth, aquella familia modelo, siguieron el mismo orden de vida que antes habian observado. Aseguran los historiadores que San José siguió trabajando en su oficio de carpintero, mientras que María cuidaba asiduamente de Jesús y de su esposo, cumpliendo exactamente los deberes de buena Madre de familia. El bello jóven, cuya voz hacia estremecer la tierra y conmovia los robustos cedros del Libano, trabajaba tambien, ayudando en sus tareas á su Padre representativo.

Nada singular ni extraordinario se observa en la humilde morada de Belen: allí donde reside el que reina sobre los reyes de la tierra, no hay fausto ni grandeza, y María cuya humildad no tiene semejante, María que no apetece honras ni distinciones mundanas y cuya única gloria la cifra en vivir al lado de su divino Hijo, norte de todas sus acciones, en escuchar sus palabras de vida eterna, y en emplearse en su servicio, vive mas llena de gozo y mas contenta y tranquila que pueden estarlo los grandes y potentados de

la tierra, al verse dueños de grandes riquezas y halagados por la fortuna. Y era un templo magestuoso la casa de la bendita hija de Israel á cuya grandeza y esplendor no igualaba el suntuoso del sábio de Israel, porque si en este habitaba el Señor por medio de la proteccion que habia ofrecido á su pueblo como dice San Ambrosio, en aquel humilde recinto se hallaba no en figura sino en cuerpo y alma el Salomon divino y verdadero; el Cordero de Dios Inmaculado que sacrificándose por los hombres iba á lavar nuestros pecados: el que habita la luz inaccesible, que domina sobre los reyes de la tierra y asiste á las asambleas de los grandes del mundo; el hombre-Dios en suma, en quien residia la plenitud de la divinidad. ¡Qué paz tan envidiable la que reinaba en aquella morada augusta!.. La Virgen sin mancilla elevaba de continuo su corazon á Dios disfrutando de las positivas delicias de la oracion mas ferviente.

¡Quién pudiese descorrer el tupido velo que no nos deja penetrar en aquel recinto! ¡Quién pudiera escuchar las conversaciones que tendrian lugar entre Jesus y sus benditos Padres, en las horas que concluido el trabajo dedicarían al reposo! ¡Ah! Qué siendo Dios el objeto de todas ellas, hablarían de su bondad y de la ardentísima caridad con que habia ordenado los medios de redimir al hombre del pecado: pero en medio de tantas delicias, María necesariamente exhalaria hondos suspiros: se hablaría de la Redencion, y la profecía de Simeon presentaría á sus ojos cuanto de lúgubre y fatídico encerraba: empero identificada con los sentimientos de su divino Hijo no podría menos de bendecir á Dios en nombre de la humanidad, no obstante que hiriera de un modo desapiadado su corazon el pensamiento de los futuros tormentos y de la muerte afrentosa en virtud de la que la humanidad iba á ser rescatada.

Derramando por sus lábios un torrente de sabiduría, Jesus instruía á sus benditos Padres, y estos como embelesados recibían y guardaban en sus corazones la sublime enseñanza con que eran favorecidos. Iluminados continuamente por el que era Sol divino de justicia; viviendo en familia, y hablando con el que tiene su trono en lo mas alto del Em-píreo, vivían en la tierra como sino viviesen porque estaban como embebidos en su Dios. Cuantos tenían ocasion de tratar esta familia, perfecto tipo de todas las virtudes, quedaban maravillados, aunque ignoraban su grandeza, pues que el divino Salvador en esta época oscura de su vida, no efectuó milagro alguno que diera á conocer su altísimo poder. Jesus que como Dios subsistía por sí y sin dependencia alguna, en cuanto hombre debió á su Madre los mayores cuidados, como asimismo á su Padre representativo. ¡Feliz criatura la que tuvo la dicha de ser Madre, del que siendo eterno, quiso nacer en tiempo! ¡Varon privilegiado el que tuvo la honra de ser llamado Padre por el que es Hijo de Dios!

La Providencia sábia en sus designios, habia determinado que el Patriarca José saliese de este mundo antes de que el divino Salvador empezase la carrera de su predicacion, y que en el seno de Abraham esperase este hombre justo como le llama el Evangelio, el gran día en que abiertas las puertas de los cielos habia de entrar en él para recibir el premio eterno á que se habia hecho acreedor por sus altísimas virtudes, y los cuidados que prodigó en la tierra al Verbo humanado.

Varias son las opiniones de los autores acerca de la época en que ocurrió la muerte del escelso Patriarca. El Evangelio nada dice sobre esto. Para nosotros no tiene mérito ni fuerza alguna la opinion de algunos que creen que este su-

ceso tuvo lugar poco tiempo despues de la vuelta del Egipto á Nazareth. San Juan al hablar de la predicacion del Salvador nos dice, que maravillados los judíos de su doctrina, preguntaban: «¿No es este el hijo de José cuyo padre y madre conocimos?» De donde se infiere que aun estaba fresca la memoria del santo Patriarca. Lo que es de todo punto incontrovertible es que murió antes de que Jesus padeciese, lo que lo declara el silencio de los Evangelistas que no vuelven á ocuparse de él desde que San Lucas nos dice que á él y á María vivia Jesus como subordinado y sumiso. La opinion mas seguida es la de que Jesus se hallaba en el año veinte y nueve de su edad, y uno antes de que empezase por su predicacion y milagros á darse á conocer como Señor del mundo. La V. Agreda dice que tenia el santo Patriarca sesenta años quando ocurrió su muerte, habiendo vivido en compañía de su purísima esposa veinte y siete. Sea lo que quiera, María tuvo el dolor de perder á su fiel compañero y tierno esposo: fijemos la vista en el lecho del dolor en el que San José se prepara para emprender el viaje á la eternidad. Es una bella página de la historia de ambos santísimos esposos, en la cual tenemos mucho que aprender. Para diseñar este cuadro vamos á servirnos de las noticias que encontramos en los escritos de la inspirada autora que nos sirve de guía en todos aquellos sucesos de los que nada nos dice el Evangelio.

Dios que amaba al santo Patriarca con una predileccion especial, quiso acrecentar sus méritos y corona, y así en los últimos años de su vida le envió algunas enfermedades, que le hacian sufrir grandes dolores. A través de tantos trabajos, José besaba la mano que le heria, y no desplegando sus labios para pronunciar una palabra de queja, sufría no solo con resignacion sino con el mayor gozo y consuelo

de su alma. La Santísima Virgen conocia el interior de su Esposo y su altísima virtud: contemplaba la candidez y pureza de su alma, sus inflamados afectos, la paciencia y mansedumbre con que sufría las enfermedades y dolores, y no podia menos de gozarse por tener un esposo tan santo y tan amado del Señor: así es que le veneraba como á gran santo, y trabajaba con el mayor gozo, administrándole con sus virginales manos el alimento, cuando ya faltó de fuerzas no podia el bendito Patriarca alimentarse por sí mismo.

Quando el santo enfermo podia abandonar el lecho, ayudábale la Santísima Virgen llevándole apoyado de su brazo, y aunque el humildísimo José procuraba animarse mucho, y evitar á su Esposa algunos de estos trabajos, no le era posible impedirselo por lo cuidadosa y vigilante que se hallaba la augusta enfermera, la que como maestra de la sabiduría y las virtudes todas, le consolaba con santas y piadosísimas reflexiones. La enfermedad llegó á hacerse grave, y entonces privándose la Señora hasta del reposo necesario á sostener la vida estaba á su lado dia y noche, sin apartarse de él mas que el tiempo necesario para asistir á su divino Hijo, el cual se gozaba extraordinariamente al ver las altísimas virtudes de su Madre, y los grandes merecimientos de su Padre representativo. Creemos que Jesus que era la caridad por esencia recompensaria abundantemente los cuidados que con él habia tenido el santo Patriarca en su infancia, y lo mucho que habia trabajado para alimentarle, asistiéndole personalmente en su última enfermedad y prodigándole los mas tiernos cuidados. Le dirigiria el dulce título de Padre, y aquel varon justo al escuchar su voz y sus consuelos desfalleceria de amor envuelto en las mayores delicias, quedando como embriagado en los mas hermosos éxtasis y arrobamientos. ¡Dichoso varon que siendo llamado

Padre por el Hijo de Dios, y teniendo por Esposa á la que lo era del Espíritu Santo, se ve en el lecho del dolor, asistido por tan divinos enfermeros!

Miraba la Santísima Virgen á su casto Esposo, y contemplaba su humildad, su resignacion en los trabajos, su alegría á través de los padecimientos y todas las virtudes que en él resplandecian de un modo tan admirable; entonces dando gracias al Señor por haberle concedido un Esposo tan santo, y reputándose en su profunda humildad, mas digna de padecer que aquel varon justo, pedia á Dios en la mas ferviente oracion que si era su voluntad, pasasen á ella todos los trabajos, y que él quedase libre de ellos. Tal es la caridad que la animaba. Suplicaba al mismo tiempo la Señora á los santos ángeles asistiesen al virtuosísimo enfermo, y obedientes á los deseos de la que habia de ser coronada por Reina de todos ellos, presentábase en forma visible alrededor del Patriarca, el cual conforme en un todo con las disposiciones de la Providencia, preparábase con el mayor gozo á pagar á la muerte el tributo comun á todas las criaturas. Conoció la Santísima Virgen que se acercaba el momento postrero de la existencia de su Esposo, y así postrándose en la presencia de su divino Hijo, le dirigió la siguiente oracion: « Señor y Dios altísimo, Hijo del Eterno Padre y Salvador del mundo; el tiempo determinado por vuestra voluntad eterna, para la muerte de vuestro siervo José se llega, como con vuestra luz divina lo conozco. Yo os suplico por vuestras antiguas misericordias y bondad infinita, que le asista en esta hora el brazo poderoso de vuestra Magestad, para que su muerte sea preciosa á vuestros ojos, como fué tan agradable la rectitud de su vida, para que vaya de ella en paz, con esperanzas ciertas de los eternos premios, para el dia que vuestra dignacion abra las

puertas de los cielos á todos los creyentes. Acordaos, Hijo mio, del amor y humildad de vuestro siervo; del colmo de sus méritos y virtudes; de su fidelidad y solicitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí, humilde sierva vuestra, nos alimentó el justo con el sudor de su rostro. » A todo lo cual el divino Redentor le contestó de este modo: « Madre mia, aceptable son vuestras peticiones en mi agrado, y en mi presencia estan los merecimientos de José. Yo le asistiré ahora, y le señalaré lugar y asiento para su tiempo entre los Principes de mi pueblo, y tan eminente que sea admiracion para los ángeles, y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generacion haré lo que con vuestro Esposo ¹ »

Llegó el momento, y el Santo Patriarca entregó entre las mayores delicias su espíritu en manos del Criador, estando rodeado de multitud de espíritus angélicos y siendo asistido hasta el último instante por el Sacerdote Eterno, segun el orden de Melquisedec, y por la purísima María de la que habia sido por tantos años custodio y compañero. Su alma fué al reposo del seno de Abraham y las de los Padres y Profetas supieron la proximidad del gran dia de la Redencion, cuya llegada habia sido el objeto de sus ardientes deseos. María que amaba á su Esposo con un amor purísimo y cordial, sintió como era natural su muerte y pagó á la naturaleza el tributo de sus lágrimas; perdía el que habia sido su compañero inseparable, que con tanto esmero y asiduidad habia atendido á su cuidado y al de su Divino Hijo: perdía al que lleno de caridad y respirando dulzuras la habia dirigido por entre las áridas montañas del camino del Egipto, cuando habian venido de Belen por orden de

¹ V. M. Agreda. Parte II, lib. V, cap. XV.

Dios, para libertar de los peligros á Jesus: perdía al que tanto habia trabajado porque no faltase el alimento á la santa familia de la que era cabeza. ¡Cómo no habia de ser grande su dolor! Sin embargo, no obstante que como hemos dicho antes derrama lágrimas de desconsuelo, se complace en que se cumpla la voluntad divina. ¡Dichoso Patriarca que hoy disfruta en la mansion de la eterna felicidad el justo premio debido á sus virtudes!

La devocion del bendito Esposo de María es general en todos los cristianos y la mas eficaz despues de la Santísima Virgen para alcanzar del Señor los divinos auxilios y muy particularmente la virtud de la castidad, y en los matrimonios la sucesion, y sobre todo para alcanzar una muerte preciosa á los divinos ojos. ¿Quién mejor podrá acercarse al Señor para pedir gracia en favor de los mortales, que el varon justo que tuvo la dicha de ser ayo del mismo Verbo encarnado? Así lo han reconocido siempre los cristianos y hé aquí el origen de ese entusiasmo general que se advierte en todas partes por las glorias del Santo Patriarca, con cuyo nombre se honran tanta multitud de criaturas.

María habia quedado viuda: destinada como tenemos dicho para Maestra universal de las naciones, debia pasar por todos los estados y hacerse admirable en cada uno de ellos. Así pues la que primero habia sido perfecto modelo de doncellas, y mas tarde tipo el mas bien acabado de casadas, lo fué despues en el estado de viuda. Pasando una vida retirada, y entregada como siempre lo habia estado á los mas piadosos ejercicios, era por su modestia, su recogimiento y sus virtudes un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

CAPITULO XIII.

Del primer milagro público obrado por Jesucristo á ruegos de su Madre en las Bodas de Caná de Galilea, que es una demostracion de cuán eficaces son los ruegos de la Santísima Virgen en favor de las criaturas.

Deseamos antes de entrar en la esplanacion del asunto anunciado en el epigrafe de este capítulo, conceder un momento de desahogo á los afectos de nuestro corazon, haciendo una reflexion que es del mayor consuelo para todos los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. ¿Cuál es el origen de ese general entusiasmo que por las glorias de la Santísima Virgen María se observa en todos los pueblos cristianos? Por qué invoca su nombre el enfermo en el lecho del dolor, el afligido á través de sus desgracias, y todos en el dia de la necesidad? Porque en la invocacion de la augusta Madre de Dios y de los humanos encuentran las criaturas el bálsamo consolador que cicatriza las heridas del corazon, y cura todas nuestras enfermedades y miserias.

Colocados en medio de un mundo donde nos hallamos rodeados de aflicciones y desgracias, que así acibaran los dias del poderoso monarca, como hacen verter lágrimas al infeliz pastor que se guarece del frio bajo el rústico y movedizo techo de una pobre cabaña: asaltados por peligros que encontramos en la soledad y en el trato de las gentes; en la abundancia y prosperidad como en la escasez, ora ocupemos los mas elevados puestos de la sociedad ó ya ca-

Dios, para libertar de los peligros á Jesus: perdía al que tanto habia trabajado porque no faltase el alimento á la santa familia de la que era cabeza. ¡Cómo no habia de ser grande su dolor! Sin embargo, no obstante que como hemos dicho antes derrama lágrimas de desconsuelo, se complace en que se cumpla la voluntad divina. ¡Dichoso Patriarca que hoy disfruta en la mansion de la eterna felicidad el justo premio debido á sus virtudes!

La devocion del bendito Esposo de María es general en todos los cristianos y la mas eficaz despues de la Santísima Virgen para alcanzar del Señor los divinos auxilios y muy particularmente la virtud de la castidad, y en los matrimonios la sucesion, y sobre todo para alcanzar una muerte preciosa á los divinos ojos. ¿Quién mejor podrá acercarse al Señor para pedir gracia en favor de los mortales, que el varon justo que tuvo la dicha de ser ayo del mismo Verbo encarnado? Así lo han reconocido siempre los cristianos y hé aquí el origen de ese entusiasmo general que se advierte en todas partes por las glorias del Santo Patriarca, con cuyo nombre se honran tanta multitud de criaturas.

María habia quedado viuda: destinada como tenemos dicho para Maestra universal de las naciones, debia pasar por todos los estados y hacerse admirable en cada uno de ellos. Así pues la que primero habia sido perfecto modelo de doncellas, y mas tarde tipo el mas bien acabado de casadas, lo fué despues en el estado de viuda. Pasando una vida retirada, y entregada como siempre lo habia estado á los mas piadosos ejercicios, era por su modestia, su recogimiento y sus virtudes un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

CAPITULO XIII.

Del primer milagro público obrado por Jesucristo á ruegos de su Madre en las Bodas de Caná de Galilea, que es una demostracion de cuán eficaces son los ruegos de la Santísima Virgen en favor de las criaturas.

Deseamos antes de entrar en la esplanacion del asunto anunciado en el epígrafe de este capítulo, conceder un momento de desahogo á los afectos de nuestro corazon, haciendo una reflexion que es del mayor consuelo para todos los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. ¿Cuál es el origen de ese general entusiasmo que por las glorias de la Santísima Virgen María se observa en todos los pueblos cristianos? Por qué invoca su nombre el enfermo en el lecho del dolor, el afligido á través de sus desgracias, y todos en el dia de la necesidad? Porque en la invocacion de la augusta Madre de Dios y de los humanos encuentran las criaturas el bálsamo consolador que cicatriza las heridas del corazon, y cura todas nuestras enfermedades y miserias.

Colocados en medio de un mundo donde nos hallamos rodeados de aflicciones y desgracias, que así acibaran los dias del poderoso monarca, como hacen verter lágrimas al infeliz pastor que se guarece del frio bajo el rústico y movedizo techo de una pobre cabaña: asaltados por peligros que encontramos en la soledad y en el trato de las gentes; en la abundancia y prosperidad como en la escasez, ora ocupemos los mas elevados puestos de la sociedad ó ya ca-

rezcamos hasta de un pobre lecho en que dar descanso al cuerpo: existiendo dentro de nosotros el germen de la malicia y una continua lucha entre las dos partes que constituyen nuestro sér, el espíritu y el cuerpo, arrastrados por la flaca naturaleza de que nos hallamos revestidos á las brutales exigencias del sensualismo, ciertamente pereceríamos sin una mano amiga que interesándose por nosotros, nos sacase á salvo de en medio de escollos de tan gran tamaño. ¡Tan triste es la condicion del hombre sobre la tierra! Pero hijos de la Iglesia, educados en la celestial doctrina del catolicismo, sabemos que en María tenemos esa protectora que necesitamos y cuyo poder de intercesion es extraordinario sobre toda ponderacion: por esto los cristianos pusieron siempre en ella su confianza: los parthos y los medos, los habitantes del Egipto y del Africa, en Roma, en España, en todas las naciones alumbradas por la luz del Evangelio, guiados los cristianos por unánime sentimiento, se dirigen á María, aclamándola *Consoladora de los afligidos y Auxilio de los cristianos*. En las grandes ciudades como en las mas miserables aldeas, las bellas imágenes que la ha consagrado la piedad cristiana son objeto del mayor entusiasmo por parte de los fieles que las adornan é iluminan. Y con razon sobrada, porque convencidos han estado siempre los fieles hijos de la Iglesia así del amor que María nos profesa, como del gran poder de intercesion que la ha sido concedido en favor de los humanos. Tal es el misterio de la confianza universal que todo el catolicismo funda en la proteccion de la Santísima Virgen.

El hecho de que vamos á ocuparnos habla mas alto que cuanto pudiera decir toda la elocuencia humana, pues parece que Jesucristo al efectuarlo y al permitir que quedara consignado en las páginas del Evangelio, quiso que tuvie-

ramos siempre presente los cristianos, que una sola insinuacion de su Madre es suficiente para que nos dispense sus misericordias y bondades. Tan cierto es que si á Dios se llega por Jesucristo, se llega á Jesucristo por María. Con razon San Bernardino de Sena, llama á la Señora, acueducto de las divinas misericordias.

Háblanos el Evangelio de unas bodas que se celebraban en Caná de Galilea. Como en todas partes este acontecimiento de familia era celebrado en el pueblo de Israel con banquetes á los cuales eran invitados los parientes y amigos para que tomasen parte en la general alegría. No nos dice el Testamento Sagrado quienes fuesen los desposados de que nos habla en el pasaje de que vamos á ocuparnos, y no siendo necesario á nuestro propósito averiguarlo, dejamos de consignar las opiniones de algunos autores sobre este punto. Lo que si es cierto que María Santísima fué convidada, así como Jesucristo y sus discípulos. El Evangelista San Juan es el que nos da cuenta de este hecho empezando su narracion de este modo: «Y de allí á tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesus. Y fué tambien convidado Jesus y sus discípulos á las bodas.» Iba á terminar la vida oculta del Salvador y á empezar á darse á conocer al mundo por sus prodigios y maravillas. Ya habia reunido discípulos, buscados no en el Areópago, ni en el Liceo, sino en las playas: estos debian presenciar su predicacion y sus trabajos; debian ser testigos de sus milagros para continuar mas tarde la grande obra de la regeneracion social que iba á iniciar el Salvador, predicando una doctrina santa y hasta entonces desconocida, que como emanacion de la divinidad habia de hechar por tierra las absurdas doctrinas del paganismo, que lejos de reprimir, secundaban las pasiones, que

santificaban la ambicion en los poderosos, el orgullo en los sábios y las exigencias de la naturaleza corrompida. Necesario era pues que los discípulos presenciasen el primer prodigio del soberano maestro, por cuya orden habian de evangelizar el mundo. Admitió Jesus el convite á las bodas y llevó consigo á los discípulos. Por estos principalmente, dice un escritor, quiso prestarse á asistir á unos regocijos, que contenidos en sus debidos limites, nada tienen que no sea puesto en razon; pero que por desgracia no siempre se celebran con moderacion. No habia que temerlos en un convite á que asistían el divino Jesus y su bendita Madre¹. Dignáronse así el Señor como su Madre gustar de los regalos de la mesa, aunque con la mayor templanza, enseñando con esto á los discípulos, á quienes mas tarde habia de enviar como hemos dicho, á predicar, que en cualquier ciudad que entrasen, comiesen lo que les pusiesen delante. No habia concluido aun el festin cuando faltó el vino. Notó la Santísima Virgen el apuro en que se hallaban los desposados, y conociendo la facilidad con que su Hijo podia remediarlos obrando un prodigio: «No tienen vino» le dijo volviéndose hácia su sagrada Persona. Hé aqui un rasgo que nos demuestra toda la misericordia de la Santísima Virgen para con las criaturas. Y aqui hemos de observar atentamente cuán excelente y superior á las de todas las criaturas eran sus virtudes. Vimos á su tiempo que la Santísima Virgen emprendió su viaje á Egipto en medio de las mayores privaciones y con escasísimos recursos: que en aquella tierra inhospitalaria donde se vió obligada á retirarse para librar de los peligros á su Hijo, tuvo que trabajar lo mismo que su esposo, único medio que tenían para

¹ *Historia universal de la verdadera Religion*, por D. Epifanio Iglesias Castañeda, tom. II, cap. LXIX.

proporcionarse el alimento necesario para el sostenimiento de la vida. Sin embargo, jamás pide á Jesus que haga un milagro para aliviarla de sus propios padecimientos. Conforme con la divina voluntad, sufre gustosa los sinsabores de su vida, sin acudir para su remedio al que era poderoso en obras y palabras, y que trataba con la intimidad de una madre para con su hijo. ¿Y cuándo recurre á su poder? ¿Cuándo le advierte la necesidad con el objeto de que la socorra? ¿Cuando otra criatura y no ella es quien la experimenta! ¿Cuán solícita se ha mostrado siempre y en todo tiempo en favor de la humanidad! Aquí lo vemos demostrado: bástale ver la necesidad ó el apuro de los desposados para solicitar de su Hijo que poniendo en juego su absoluto poder, acuda al remedio de la necesidad. Cuando Jesucristo oyó á su Madre que le dijo: «No tienen vino,» le contestó de este modo: «Mujer, ¿qué nos vá á mí y á tí? Aun no es llegada mi hora.» Esta respuesta fué dada de modo que solo la oyó la Santísima Virgen: pero la humildísima Señora no vió en ella una reprehension, y lejos de desalentarse, sabiendo cuán misericordioso era su corazón y cuán dispuesto se hallaba siempre á dispensar beneficios á las criaturas, se dirigió á los domésticos: «Haced cuanto él os dijere.» En seguida el Salvador efectuó el gran prodigio de convertir el agua en vino, prodigio que nos refiere el Evangelio del modo siguiente: «Y habia allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos, y cabian en cada una dos ó tres cántaros. Y Jesus les dijo: «Llenad las hidrias de agua, y llenáronlas hasta arriba. Dijoles despues: Sacad ahora y llevadlo al maestresala, y ellos lo hicieron así. Y luego que probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabia de donde era, aunque los que servían lo sabían porque habian sacado el

»agua, llamó al esposo el maestresala y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entonces dá el que no es tan bueno: tú al contrario has guardado el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro que obró Jesucristo en Caná de Galilea, manifestando su gloria, y sus discípulos creyeron en él ¹.»

Aun no habia llegado el tiempo en que habia determinado Jesucristo inaugurar la série de milagros con los que habia de dar á conocer su Divinidad á las criaturas, como lo manifiesta el mismo Señor por estas palabras que dirige á su Madre: «Aun no es llegada mi hora» y sin embargo adelanta esta inauguracion efectuando el primer prodigio, á una sola indicacion de la purisima Señora. Cuando los enemigos del culto de la Santísima Virgen María, se burlen de la devocion que la consagramos, ó nos llamen crédulos preocupados al ver que fundamos en ella nuestra esperanza de salvacion, nos bastará recordarles este pasaje del Evangelio y llamarles la atencion hácia su maternidad para con nosotros, que aceptó en el monte de la Redencion, y muy ciegos serán sino llegan á convencerse de que es fundada nuestra confianza. Si con tal presteza concedió el objeto de su peticion á su Madre el divino Salvador en las bodas de Caná ¿cómo le negará sus peticiones, ahora que reina con él en el cielo? Y si aceptó la obedientisima Señora la maternidad de los humanos ¿cómo ha de cerrar sus oidos á las peticiones y súplicas de los que somos sus hijos? Tan grande es el poder que se le ha concedido, como extraordinaria su caridad á favor nuestro. El catolicismo, no confunde ni puede confundir á María con Dios, á la criatura con el Criador. Sabemos que la Omnipotencia como todos los demas atri-

¹ Joan. cap. II.

butos son propios y peculiares de la Divinidad, y por lo tanto no incurrimos en el error de llamar á María Omnipotente: pero si no tiene la Omnipotencia que manda, tiene la Omnipotencia que suplica, ha dicho con oportunidad uno de los mas elocuentes escritores de nuestros dias, y se funda en que Jesucristo nunca niega á su Madre el objeto de sus peticiones.

No quisiéramos tener que interrumpir á cada paso el hilo de la Historia de la Santísima Virgen María: ¿pero qué escritor no se detiene en comentar y hacer reflexiones sobre los pasajes que consigna? ¿Y cómo podríamos nosotros dejar de hacerlo, cuando no hay hecho ni circunstancia en la Vida de Nuestra Señora, de la que no se desprenda un rico venero de la mas sublime enseñanza? Entusiasmados por sus glorias y ganosos de que todos conozcan, cuán grande es su poder y eficaz su devocion por la que tantas criaturas han logrado las bendiciones del cielo y por ellas la salvacion, no podemos dispensarnos de hacer las reflexiones que naturalmente se desprenden de los hechos que narramos, y que creemos de grande utilidad. Decimos pues, á vista del resultado que tuvo la insinuacion de María á Jesus en las bodas de Caná, que nuestra confianza en la Señora la justifica el convencimiento que tenemos del poder de intercesion que le ha sido concedido, y el amor extraordinario que nos profesa. Dijimos tratando del Misterio de la Concepcion Inmaculada que la Santísima Virgen, predestinada en la mente del Eterno desde antes que existiesen los siglos, habia sido simbolizada de mil maneras en las páginas del Testamento Antiguo. Pues bien, Esther, presentándose ante el trono de Assuero á suplicar gracia en favor de su pueblo sobre el cual pesaba un decreto de esterminio, y su triunfo consiguiendo quedase sin efecto dicho

decreto, arrancado al rey por la perfidia de Amán, es una figura anticipada de lo que hace la Santísima Virgen en nuestro favor, consiguiendo del Divino Assuero Jesucristo no deje caer sobre nuestras cabezas el brazo de su justicia, castigándonos segun merecemos por nuestras ingratitudes é infidelidades.

Madre de Dios y Madre nuestra, ¡*Ora pro nobis!* Este es el clamor de la Iglesia, el clamor de todos los siglos, de todas las generaciones, y es de notar que esta invocacion apaga el fuego de las pasiones, cura todas las dolencias del alma volviéndole la tranquilidad, y satisface las ansias del corazon. ¿Quién se ha levantado desconsolado despues de orar ante la imagen de María? ¿Quién se ha vuelto á su hogar con la misma pena en su corazon que le arrastró hasta los piés de la Virgen Madre? ¡*La Virgen Madre!*... ¡Qué nombre! ¡Qué título tan dulce! El solo inspira la alegría, alienta la esperanza y el fuego de la caridad, que da vida á nuestras obras. Si nos faltara María, sino contaríamos con su proteccion nos asustaríamos con los peligros del mundo, y cual un tierno infante que se intimida y llora al menor rumor, tambien nos intimidaríamos apenas el mundo nos sonriera. ¿Y por qué? Porque nuestra naturaleza es flaca; porque el mundo es un caos de tinieblas sembrado de escollos. Jesucristo es la luz que nos guia á través de tales tinieblas, pero á Jesucristo se llega por María: Jesucristo es Dios: pero María no es Dios. A Jesucristo nos llegamos temblorosos y unida la frente con el polvo de la tierra. La criatura ante el Criador, la nada ante la Omnipotencia, no se atreve á levantar sus ojos. ¿Pero y María? María es criatura, pero está inmediata á Dios, goza de la mayor influencia con Dios: digámoslo en menos palabras; María es Madre de Dios, pero tambien está cerca de nos-

otros porque es Madre de los hombres. Contando con su proteccion no nos asustan los peligros, ni nos intimidan los escollos. Ella fué, dice el Padre San Agustin, la escala por donde Dios bajó á la tierra para que los hombres merecieran subir al cielo. Pues bien: *ad Jesum per Mariam*, esclamaremos siempre con el devotísimo Padre San Bernardo. La que en Caná de Galilea necesitó tan solo una insinuacion para que el Salvador no obstante que no habia llegado la hora de darse á conocer por sus prodigios Señor del mundo, obrase el primer milagro público, convirtiendo el agua en vino, está hoy dispuesta como siempre á favorecer á sus hijos alcanzándoles las bondades del Señor con solo conocer sus necesidades y que le dirijan sus ruegos. Por más que el protestantismo se esfuerze en separar de la conciencia de los católicos esta idea tan consoladora como verdadera, este pensamiento de vida, los católicos responderán siempre á las diátrivas de sus enemigos con las citadas palabras de San Bernardo: *Ad Jesum per Mariam*. Y cierto es que estas palabras son suficientes para contestar á los que quisieren hacernos un cargo, porque recurrimos á María. Conocemos muy bien la infinita diferencia que hay entre el modo con que debemos tratar á Dios, y la manera con que nos llegamos á María. Si nuestro fervor nos arrastrase al punto de dar á María la preferencia, cometeríamos una atroz blasfemia, y dirigiéndola las mismas oraciones que al Señor, caeríamos en una supersticion. Al bendecir á María, al alabarla no hacemos otra cosa que alabar y bendecir al Señor, que se dignó enriquecerla concediéndola los mas celestiales dones y llenándola de toda gracia; de consiguiente las alabanzas que la tributamos vuelven á Dios de donde tienen su origen. Y si á ella acudimos, si la dirigimos nuestras súplicas, si la hacemos presente nuestras necesidades, ya lo hemos dicho

y lo repetimos, es porque sabemos su grande influencia para con su divino Hijo, el cual la constituyó medianera de intercesion entre él y los mortales. Al paso que dirigiéndonos á Jesucristo en el convencimiento de que es único mediador de propia autoridad y excelencia para con su Eterno Padre, y le decimos, *Miserere nobis*, nos dirigimos á Maria con la confianza de hijos diciéndola, *Ora pro nobis*. Cuando en la tierra deseamos recibir algun beneficio del monarca, nos llegamos á sus ministros, por cuya mediacion sabemos que nos es mas fácil el alcanzarlos, pues que ó inclinan su voluntad á dispensar gracias ó las dispensan en su nombre. Esto es lo que hacemos con Maria, y por esto San Anselmo dice, que algunas veces alcanzamos con mas prontitud lo que pedimos á Maria, que lo que pedimos al mismo Jesucristo, con lo que quiere significar y es su pensamiento, que nos es mas fácil alcanzar del Señor lo que le pedimos interponiendo los ruegos, los méritos y la influencia de la Santísima Virgen.

En confirmacion de esta verdad tenemos el hecho milagroso que nos ha dado motivo al presente capitulo. Aquella respuesta del Salvador á su Madre: «¿Qué nos vá á mí y á tí?» nos dan á comprender que no obstante conocer el Salvador el apuro de los desposados por faltarles el vino en lo mejor del festin, no hubiera efectuado el milagro sin la peticion ó súplica de su Madre. Pero pidió Maria y el milagro se hizo: pidió Maria y la necesidad quedó socorrida. Y aquí se nos ocurre una reflexion, puesto que no es necesario instemos mas en la demostracion de una verdad que está en la conciencia de todos los cristianos, verdad que una vez conocida, dilata el corazon, agranda la fantasia y guia la imaginacion á un mundo de delicias eternas, que si no lo hemos visto con los ojos de la carne, está presente

á los ojos de la fe, y al que nos guiará Maria interponiendo su intercesion á favor nuestro. La reflexion es esta. Algo nos falta como á los desposados de Caná: el siglo en que escribimos es un siglo de progreso, un siglo que marcha con velocidad y que en el triunfo de sus adelantos materiales, parece decir á los que le precedieron: «Soy mas jóven que vosotros, pero soy mas ilustrado;» y los que viven en él creen sus palabras, y se estasian al contemplar descubiertos secretos que no conocieron nuestros mayores: si la vida fuera tan solamente lo presente, seria una vida poco apetecible, porque sus dulzuras no recompensan sus sinsabores; pero de haber nacido en otra época, nos podríamos felicitar de haber visto la luz en el siglo XIX. Pero no es así, y desconsuela ver el triste contraste de adelantos físicos con retrocesos morales. Lo hemos dicho: nos falta algo. Estamos en lo mejor del festin; hemos atendido á todas las necesidades de la naturaleza, pero no con solo pan vive el hombre, nos ha dicho el mismo Jesucristo, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios. A través de tantas felicidades, de prosperidad tan decantada, tenemos sed, y no como quiera, sino una sed ardiente, una sed que nos devora y que solo puede mitigarla el agua de la gracia: tenemos sed de fe, sed de doctrina, sed de verdad evangélica. El único elemento que puede sostener la verdadera vida de la sociedad es la verdad religiosa, fuertemente combatida por el espíritu del mal: la sociedad sin religion no tiene vida sino en apariencia. Y cuando vivimos en una sociedad sin fe, ó donde la fe está amortiguada, necesitamos fortaleza para no caer en las redes del indiferentismo que conduce á la impiedad, como la enfermedad conduce á la muerte. Esta fortaleza es el algo que decíamos necesitar: este es el vino que hace falta en nuestras bodas:

Fe en las palabras de Dios: Esperanza en sus promesas: Caridad practicada en toda su estension: virtudes son sobrenaturales, pero que nos librarán del naufragio, y que se aumentarán si ruega María: por ella fueron llenas las hidrias de esquisito vino que satisfizo la necesidad de los desposados de Caná: por ella conseguiremos el vino de la gracia que nos afianzará en las virtudes y nos dará paz al corazon, vida al alma.

Hemos terminado la segunda parte de la Historia de la Santísima Virgen María, en la que hemos meditado los grandes Misterios de su preciosa vida y sus altísimas virtudes, desde el Misterio de la Encarnacion hasta que se hubo verificado por su Santísimo Hijo el milagro de la conversion del agua en vino en las bodas de Caná. Nos preparamos ahora para entrar en otra época la mas dificultosa de pintar. Jesucristo va á dar principio á su predicacion, y María que si hasta aquí ha padecido tan solo por el recuerdo del fatídico vaticinio que escuchara en el Templo de labios del anciano Simeon, va á empezar á experimentar la realidad de aquella profecía. Hasta ahora, veia en lontananza contradicciones y persecuciones, tormentos y muerte, pero vivia al lado de su Hijo, sin que nadie viniese á turbar su tranquilidad y la paz hermosa de que disfrutaba. En adelante, privada á veces de la vista de su Divino Enmanuel, que va á dar principio á su mision augusta de regenerar al mundo por su predicacion, empezará á gustar el cáliz de la amargura que apurará en el Calvario.

TERCERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE QUE SU DIVINO HIJO EMPEZÓ LA CARRERA DE SU PREDICACION, HASTA SU GLORIOSA ASUNCION Á LOS CIELOS.

CAPITULO I.

Reflexiones acerca del martirio del corazon de la Santísima Virgen María en las contradicciones de su divino Hijo.

No por nuestro propio provecho, y si por contribuir á la mayor honra de la Bienaventurada Virgen de Judá, á la que beneficios sin cuento debe la humanidad y á la que profesamos una cordial devoción, deseáramos ahora estar adornados de la elocuencia y erudicion de un San Agustín, y de la dulzura de un San Bernardo. Describir toda la magnificencia y hermosura que resplandece en la que fué Palacio augusto de la misma Divinidad, formado por la mano del Omnipotente: sondear el abismo de gracias y perfecciones con que plugo al Señor elevarla y distinguirla sobre todas las criaturas; pintar el cuadro de sus heroicas virtudes y altísimos merecimientos, y describir los tormentos de su corazon maternal, en las contradicciones, pasion y muerte del Redentor de la humanidad, empresa es mas apropósito

Fe en las palabras de Dios: Esperanza en sus promesas: Caridad practicada en toda su estension: virtudes son sobrenaturales, pero que nos librarán del naufragio, y que se aumentarán si ruega María: por ella fueron llenas las hidrias de esquisito vino que satisfizo la necesidad de los desposados de Caná: por ella conseguiremos el vino de la gracia que nos afianzará en las virtudes y nos dará paz al corazon, vida al alma.

Hemos terminado la segunda parte de la Historia de la Santísima Virgen María, en la que hemos meditado los grandes Misterios de su preciosa vida y sus altísimas virtudes, desde el Misterio de la Encarnacion hasta que se hubo verificado por su Santísimo Hijo el milagro de la conversion del agua en vino en las bodas de Caná. Nos preparamos ahora para entrar en otra época la mas dificultosa de pintar. Jesucristo va á dar principio á su predicacion, y María que si hasta aquí ha padecido tan solo por el recuerdo del fatídico vaticinio que escuchara en el Templo de labios del anciano Simeon, va á empezar á experimentar la realidad de aquella profecía. Hasta ahora, veia en lontananza contradicciones y persecuciones, tormentos y muerte, pero vivia al lado de su Hijo, sin que nadie viniese á turbar su tranquilidad y la paz hermosa de que disfrutaba. En adelante, privada á veces de la vista de su Divino Enmanuel, que va á dar principio á su mision augusta de regenerar al mundo por su predicacion, empezará á gustar el cáliz de la amargura que apurará en el Calvario.

TERCERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE QUE SU DIVINO HIJO EMPEZÓ LA CARRERA DE SU PREDICACION, HASTA SU GLORIOSA ASUNCION Á LOS CIELOS.

CAPITULO I.

Reflexiones acerca del martirio del corazon de la Santísima Virgen María en las contradicciones de su divino Hijo.

No por nuestro propio provecho, y si por contribuir á la mayor honra de la Bienaventurada Virgen de Judá, á la que beneficios sin cuento debe la humanidad y á la que profesamos una cordial devoción, deseáramos ahora estar adornados de la elocuencia y erudicion de un San Agustín, y de la dulzura de un San Bernardo. Describir toda la magnificencia y hermosura que resplandece en la que fué Palacio augusta de la misma Divinidad, formado por la mano del Omnipotente: sondear el abismo de gracias y perfecciones con que plugo al Señor elevarla y distinguirla sobre todas las criaturas; pintar el cuadro de sus heroicas virtudes y altísimos merecimientos, y describir los tormentos de su corazon maternal, en las contradicciones, pasion y muerte del Redentor de la humanidad, empresa es mas apropósito

para varones inspirados que para el que careciendo de elevados dotes solo puede ofrecer á la Virgen-Madre los buenos deseos de un corazón amante. Cuando consideramos que los mas agigantados genios, que los Padres de la Iglesia y otros célebres escritores han cantado con dulce melodía las glorias de la esclarecida y simpática Virgen que forma nuestras delicias; cuando recordamos el valor con que la defendieron un Inocencio III, un Santo Tomás, un Escoto, y con otros semejantes genios, un San Buenaventura; cuando leemos las inmortales obras de San Bernardino de Sena, del Justiniano, de San Alfonso de Ligorio y de otros no menos esclarecidos escritores nos llenamos de confusion, conociendo nuestro atrevimiento al haber emprendido la árdua tarea en que nos ocupamos. Esto no obstante, creemos que nos disculpará el motivo que nos impulsó desde el primer momento que nos sentimos inclinados á escribir sobre un tema que siempre será nuevo á pesar de su antigüedad, porque siempre encontraremos en él, motivos de edificacion. Si el peso de nuestras propias miserias nos abrumará en el lecho de la muerte, creemos que nos servirá de algun consuelo el haber contribuido á dejar en el mundo un libro mas que trate de las glorias de María. No será un libro elocuente ¿pero no podrá caer en manos en las que no hayan caido otros? ¿No podrá contribuir á alentar la devocion en algunos pechos frios? Creemos que sí, porque la mas sencilla narracion, si habla de María, tiene necesariamente que estar llena de poesia, de esa poesia cristiana, que vivifica la fe, que alienta la esperanza, y que enciende en el corazón el fuego activo de la caridad hermosa. Continúenos, pues, nuestra narracion.

Hemos visto á Jesucristo efectuar su primer milagro público en las bodas de Caná de Galilea, en lo que dió á los

que presente se hallaban una prueba inequívoca de su poder y divinidad: ya se habia rodeado de sus primeros discípulos, y Simon, Andrés, Juan, Felipe y Nathanael, habian presenciado el gran prodigio efectuado por el Maestro á ruegos de su Madre. Desde este momento puede decirse que empieza la vida pública de Jesucristo, su predicacion y tambien sus persecuciones, pues al tiempo mismo que unos admirando sus prodigios creerán en él, otros, lejos de sacar fruto de su celestial doctrina, se convertirán en enemigos que no perdonarán medio por perseguirle. Ahora, pues, empieza tambien para María una época de afliccion y de amargura: ahora es cuando aquella espada de dolor, de la que habló Simeon, empieza á destrozarse su corazón. Recordemos la profecía: *Hé aquí, habia dicho el santo anciano á María, el que está puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y en señal ó blanco de contradiccion, para que se manifesten los pensamientos de muchos corazones, y una espada atravesará tu alma.* Que fué decirle: Este que ha sido enviado para dar la salud al mundo, que es la luz de las gentes, cuya voluntad es la de salvar á todos, porque el Señor le ha preparado para esto á la faz de las naciones, será el blanco de la mas fuerte contradiccion, y aunque será vida y resurreccion para muchos, será tambien ruina para otros, á fin de que se manifesten los pensamientos mas ocultos, y una espada de dolor atravesará tu alma. María amaba á su Hijo con todo el afecto que era propio en una Madre tan santa, y que tan perfectamente conocia todas sus perfecciones: identificada con sus mismos sentimientos, tenia necesariamente que padecer con él. ¿Qué lecciones mas sublimes vá á dar á la humanidad! Si repasando la historia de su vida, desde su Concepcion Inmaculada, hemos visto en ella el mas perfecto modelo de

todas las virtudes, el tipo mas bien acabado de todas las perfecciones, en las que escedió á todas las criaturas, pues no reconocen superior fuera del mismo Dios, su resignación y conformidad en los agudos dolores que hubo de sufrir, y que la hicieron acreedora al título de Reina de los mártires, será una nueva y elocuente lección, que nos enseñará á sufrir con resignación, y aun con gozo, las aflicciones de la vida, recibiendo los trabajos como de la mano del Señor.

Esperado habia sido por espacio de cuatro mil años el Mesías libertador que fuera ofrecido por Dios en el mismo Paraiso donde se cometiera la transgresion primitiva. El pueblo depositario de los oráculos habia enronquecido de tanto pedir el cumplimiento de la promesa eterna: sus sacerdotes y doctores leian cada dia las profecias que al mundo anunciaban el tiempo en que habia de aparecer entre los hombres el Cordero dominador, los caractéres que le habian de adornar y hasta el lugar do se habia de verificar su nacimiento. Así, pues, desde el momento en que Jesucristo se presentó entre ellos; desde el instante en que empezaron á escuchar su doctrina y á presenciar sus hechos admirables debieron recocerle: pero aquellos hombres reputados por sábios, tenian una venda sobre sus ojos, para no ver la verdad. Cierito es que no debemos estrañar, toda vez que los mismos oráculos que habian anunciado la venida del Salvador, enseñaban tambien que seria desconocido y ultrajado: *Israel tendrá ojos y no verá, orejas y no oirá*¹. Corazones carnales, ávidos de grandezas y de prosperidades temporales, no podian acomodarse á un reino del cielo sobre la tierra. La ingrata Jerusalem, manchada con la sangre de los profetas, recibió en medio de sí al

1 Habentes oculos non videtis: et aures, et non auditis. Jeremias, cap. V, v. 21.

mayor de todos los Profetas, al que vino á darle vida, y lejos de correr en pos de él, de escuchar su voz y aceptar su divina enseñanza, le persiguió sin tregua ni descanso, hasta llegar al mas horroroso de los crímenes, cual fué el del deicidio. Como tendremos lugar de ver, llenos de orgullo se sirvieron de la calumnia para oscurecer la luz brillante y resplandeciente de los hechos admirables y asombrosos prodigios efectuados por el Salvador durante los tres años de su predicacion. Los Herodianos, los Sadduceos, los Príncipes de los Sacerdotes y los Doctores de la ley, se hallaban en tinieblas estando la luz en medio de ellos. Apenas el Señor empezó á ser conocido por sus obras, unos exclamaban: «Hemos encontrado á este hombre que perverte al pueblo y prohíbe que se pague el tributo al César.» Otros al verle ejercer su soberano imperio, exclamaban: «En virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.» Tan pronto le proponen cuestiones, con el objeto de ver si en sus respuestas encontraban algo de que acusarle, como se proponen precipitarle desde la cumbre de un monte. Cada uno de sus milagros, el menos asombroso entre la multitud que obrara, era suficiente para que depusiesen toda duda y reconociesen en Jesucristo el libertador de las naciones, por cuya venida tanto habian suspirado. Hombres reputados por sábios, pero cuya ignorancia se deja conocer por su conducta para el Salvador, dieron suficientes pruebas de la depravacion y dureza de sus corazones. Así ese pueblo rebelde que no solamente se resistió á recibir el Mesías, sino que le quitó la vida, ha venido siendo desde entonces el oprobio de todos los pueblos de la tierra. Viviendo en todas partes sin contar con un palmo de tierra que le pertenezca, sin templo ni sacerdocio, sufre todo el terrible anatema que él mismo fulminara cuando al

pedir la muerte del divino Salvador exclamara: « Su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos. » Si pues tan grandes fueron las contradicciones que hubo de experimentar el Salvador en los tres años que á su predicacion precedieron, comprender podemos en algun tanto cuán extraordinaria seria la afliccion, y cuán terribles los tormentos del corazon de su bendita Madre, que hubiera querido que sobre ella pesasen todos los trabajos, pero que nada queria que padeciese el Hijo de sus entrañas.

Dos amores luchaban de continuo en el corazon de la Santisima Virgen: amaba á su Hijo mas extraordinariamente que todas las madres del mundo han amado á los suyos: no podia por lo tanto menos de estar identificada con sus sentimientos y padecer en su purísimo corazon, cuanto Jesus sufria por las contradicciones y mas tarde por su pasion y muerte: pero amaba tambien á la humanidad, y sabia que su rescate y salvacion no se podia obtener á otro precio que al de la divina sangre de Jesus: así, pues, si bien no podia menos de experimentar una amargura incomparable, se conformaba con la voluntad del Eterno, sin exalar jamás el mas veloz suspiro. Como mas tarde el divino Salvador en el árbol de la Cruz, pedia á Dios por los mismos que contradiciendo á Jesucristo ó persiguiéndole, causaban profundas heridas en su corazon. ¡Ah! ¡Que María fué una mujer incomparable, una heroína admirable! Puede decirse que Jesucristo y su Madre Santísima no tenian mas que un alma, por que el amor dice oportunamente D'Argentan, tuvo la habilidad de hacer del alma de Jesus y de la de María una sola: el Cántico de los cánticos, dice, lo espresa claramente, por estas palabras: « Mi amado es todo para mí, y yo soy toda para él, » no dividimos cosa alguna: míos son sus dolores, mías sus ignominias y la muerte traspasa mi alma

con el mismo dardo que traspasa la suya. Por lo cual San Lorenzo Justiniano mira el corazon de la Reina de los mártires como el espejo perfectísimo de la pasion y muerte de su Hijo ¹. Comprendemos que no podia ser de otro modo, si atendemos al amor extraordinario que la Santisima Virgen profesaba á su divino Hijo. El amor, dice el P. San Agustin es la medida del dolor: si pues no hay ni puede haber un amor superior ni aun que iguale al que la purísima Virgen profesaba á Jesus, tampoco puede haber afliccion ni dolor semejante al suyo, en las contradicciones y persecuciones, y mas tarde en la muerte que Aquel sufriera para la Redencion de la humanidad. Mejor que San Pablo al dirigirse á los fieles de Galacia podia exclamar, la que fué reina de la caridad: *Vivo yo, mas vive Cristo en mí*: Hechas estas reflexiones, arreglémonos ya al orden de los sucesos.

1. P'Argentan. Grandezas de la Santísima Virgen. Cap. XXIII.

CAPITULO II.

Maria en las predicaciones de su Hijo.

Luego que el Evangelista San Juan nos ha dado cuenta del milagro obrado por Jesucristo á ruegos de su Madre en las bodas de Caná de Galilea, del que nos ocupamos en el capitulo XIII, y último de la segunda parte, y el que nos ha servido para hacer consoladoras reflexiones sobre lo mucho que podemos esperar de la Madre de Dios y de los humanos, continúa su narracion de este modo: «Después de esto, se fué (Jesus) á Capharnaum, con su Madre y sus hermanos¹, y sus discípulos y estuvieron allí muchos días.» En seguida nos habla del primer viaje que hizo Jesucristo á Jerusalem, pocos días antes de la Pascua, donde arrojó á los vendedores del templo, empezando el curso de su divina predicacion y confirmando con milagros su celestial doctrina. Creemos que la Santísima Virgen no acompañó al Señor en este viaje, toda vez que ocupándose el sagrado Texto de explicar todo lo que hace relacion á la sublime enseñanza del Salvador, á sus curaciones maravillosas, á la persecucion del Bautista en la Judea, á la eleccion de los doce Apóstoles, y otros puntos, no de menos interés, nada nos dice de Maria.

El Salvador volvió á Capharnaum donde á la sazón se

¹ Debemos advertir que los Hebreos llamaban hermanos á todos los parientes, y en este sentido debe entenderse esta palabra, pues sabido es que la Santísima Virgen no tuvo mas hijo que el Salvador.

hallaba su Madre y sus parientes. Se comprende por la explicacion de la narracion evangélica que antes de ver Jesucristo á la Santísima Virgen entró en una casa donde empezó á predicar: una multitud ansiosa de escucharle habia acudido, y de tal suerte que no solamente estaba llena la casa, sino hasta las avenidas. Maria, pues, no pudo hacerse paso para llegar hasta su Hijo, pero hubo de suplicar á alguno le noticiase su llegada, ó tal vez la vió uno de los que estaban mas inmediatos al Señor, puesto que en el momento en que estaba reprendiendo á los escribas y fariseos que le pedian un milagro para creer en él, le interrumpió uno diciendo: «Mira que tu Madre y tus hermanos, están fuera y te buscan.» Nadie duda del extraordinario amor de Jesucristo para con su Madre: esto no obstante, como quiera que se hallaba ocupado en el desempeño de la altísima mision, que segun los decretos de la Trinidad Beatísima debia desempeñar entre los hombres, y que tan necesaria era para la regeneracion y salvacion del mundo, contestó de este modo al que le habia interrumpido: «¿Quién piensas que es mi Madre, y quienes mis hermanos?» Y mirando á los que le rodeaban; «hé aquí, dijo, mi madre y mis hermanos. Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi pariente, mi hermano y mi madre.» Si bien esta contestacion del Salvador, dá á comprender suficientemente á los sacerdotes que ni los afectos de la carne y de la sangre deben retraerlos del exacto cumplimiento de las funciones propias de su ministerio, dá tambien materia á serias é importantísimas reflexiones que atañen á todos los fieles, y de las que nos ocupamos en nuestra *Historia de Jesucristo*. Aqui tan sólo recordaremos al piadoso lector, con las mismas

palabras del Señor que acabamos de citar, que el que es obediente á la divina ley, merece ser llamado hermano de Jesucristo. ; Título hermoso, y más digno de aprecio que cuantos puede ofrecer el mundo.

Luego, pues, que el Salvador hubo concluido su enseñanza salió en busca de María, á la cual no dejaba nunca de tributarle los homenajes y el honor que exigía su cualidad de Madre. Muchos de los que allí se hallaban estaban tristes porque no habiendo podido penetrar en la casa donde Jesucristo habia predicado, se habian privado de escucharle. Entre ellos habia muchos que espresamente habian venido de diversos lugares con el solo objeto de oirle. El divino maestro determinó hacerse oír de nuevo: pero en otro lugar donde pudieran ser satisfechas las ansias generales. Así pues dirigióse con sus discipulos á la orilla del mar: la concurrencia era numerosísima, y el Salvador necesitaba colocarse en parte donde todos pudiesen verle y oirle. Así, pues, entró en una pequeña barca, la que convirtió en cátedra sagrada, dirigiendo desde ella sus instrucciones á las gentes que le escuchaban desde la ribera. No dice el Evangelio si María asistió á este Sermon, pero Orsini que se inclina á la afirmativa se esplica de este modo: «La Virgen confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchó en religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos asombrados por la elocuencia irresistible, y la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos, si era verdaderamente el Hijo de María: experimentaban el género de fascinacion que se apodera de la serpiente de los desiertos de América cuando oye en el fondo de los bosques una suave música que la atrae. Ellos habian venido con la presteza del miedo, con la facundia del egoismo, con la arrogancia de la superioridad, para

»apartar á Jesucristo de su misión, espuesta y peligrosa; y »flaqueaban á su simple mirada, hasta el punto de no atreverse á abrir su boca en su presencia. Esto es lo que indica claramente el testo de San Marcos, quien despues de habernos iniciado en sus intenciones hostiles, en ninguna parte dá á entender que se atreviesen solamente á hablar á Nuestro Señor!

Cúmplenos á nosotros fijar la vista no en aquella multitud que admirada y en el mayor recogimiento escuchaba las instrucciones del Salvador, sino en la Santísima Virgen María, que era entre todos los oyentes la que mas atención habia prestado á las palabras de vida eterna proferidas por los divinos lábios de su Santísimo Hijo. ; Cuán diversos debian ser en aquellos momentos los afectos de su corazón! Se llenaría de regocijo al ver al amado de su alma, haciendo pública demostracion de su celestial sabiduría y divinidad: pero al mismo tiempo, diversos motivos contribuian necesariamente á turbar aquel regocijo y á llenarla de tristeza. En primer lugar, Jesucristo habia empezado á desempeñar el altísimo misterio de su predicacion; luego iban á empezar sus contradicciones y á pasos agigantados se acercaba el completo cumplimiento de aquel fatídico vaticinio del anciano Simeon, que no habiéndose apartado un momento de su imaginacion venia siendo para ella un tormento desde el día mismo en que le oyera pronunciar. Por otra parte, si bien la doctrina celestial y divina que su Hijo empezaba á enseñar al mundo, para sacarle de las tinieblas de la ignorancia en que se hallaba envuelto á la clara y refulgente luz de la verdad, habia de hacer grandes prodigios verificando un cambio radical en las leyes, los usos y costumbres de los

1. Orsini. Obra citada, cap. XV.

pueblos, habia de ser confesada y sellada con la sangre de multitud de esforzados mártires: si millares de confesores ilustres y santas Virgenes habian de mirar con desprecio todas las cosas de la tierra por seguir tan santa doctrina y ganar á Jesucristo, presentábase á la privilegiada imaginacion de la Virgen-Madre la ingratitud y perfidia de otra multitud de hombres, que semejantes en su ceguedad y obstinacion á los hijos de Israel, habian de preferir las tinieblas á la luz, volviendo las espaldas al divino Redentor que por un efecto de su caridad infinita habia descendido del cielo á la tierra por nosotros y por nuestra salud. ¿Y cómo no habian de atormentar su amante corazon estos pensamientos? Empero contemplar debemos ahora no solamente su dolor por las futuras contradicciones de su Hijo é ingratitud para con él, sino tambien por las que va á empezar á experimentar por parte de los mismos nazarenos.

No podia ignorar el Salvador el poco fruto que habia de sacar de su visita en Nazareth: esto no obstante determinó permanecer por algun tiempo entre sus paisanos y acompañado de sus discípulos se dirigió á aquella ciudad, en la que tantos años habia vivido. Todos los sábados se presentaba en la sinagoga, donde leia y esplicaba las Escrituras, admirando á todos cuantos le oian por su sabiduría y admirable doctrina. Ya habia obrado el Señor algunos milagros á mas del de las bodas de Caná, antes de entrar en Nazareth; y ciertamente no lo ignoraban los nazarenos, que ahora se pasman al escuchar su voz. Sin embargo, ni sospechaban que Jesus era el Mesías prometido: aquel por quien tanto habian suspirado; el enviado por Dios para salvar al mundo. Hablaba cual ningun hombre habia hablado hasta entonces, demostraba una sabiduria superior á la de los mas aventajados doctores, pero recordaban que era hijo de Ma-

ria y de José el carpintero, y este recuerdo era suficiente para que no creyesen en su mision divina, los que groseros y carnales creian que el Mesías debia presentarse rodeado de fausto y esplendor, como correspondia al que habia de reinar sobre ellos.

Entre tanto, hubo para María consuelos y trégua en la afliccion que causaba á su corazon amante la proximidad del cumplimiento de la profecia de Simeon: se hallaba de nuevo en compañía de su Hijo: le veia morar bajo su mismo techo, en el mismo local donde por espacio de tantos años le habia prodigado sus cuidados: le volvía á contemplar de nuevo tan de cerca, y podia servirle como antes, en lo que encontraba la Señora sus mayores delicias. Llena de fe y ansiosa por la gloria y el honor del Salvador, asistia con el mayor recogimiento á la Sinagoga, donde escuchaba la celestial doctrina que salia de sus purísimos y divinos lábios, y al escuchar las públicas alabanzas de los nazarenos, su corazon rebosaba en las mas dulces expansiones de amor. ¡Pero cuán poco tiempo duró aquella trégua! ¡Cuán breves fueron aquellos dias de consuelo y gozo para la bendita Madre de Dios! Los hijos de Nazareth, que habian empezado por admirarse de la doctrina de Jesucristo y colmarle de alabanzas y bendiciones, como acabamos de decir, acabaron por escandalizarse de sus palabras, convirtiéndose en sus mas encarnizados enemigos. Llenos de orgullo y no queriendo ya recibir lecciones del Hijo del carpintero, levantaron contra él una persecucion espantosa: no contentos con volverle las espaldas y despreciar su doctrina, le rodean un dia y á viva fuerza le conducen á la cresta de un elevado monte con el criminal objeto de precipitarle hácia un abismo, cosa que hubieran llevado á cabo si el Salvador no se hubiera escapado de sus manos, haciendo uso de su

Omnipotencia. Nazarèth, pues, no era digno de tener por mas tiempo dentro de sus muros al que beneficios sin cuento le habia dispensado: habia cerrado sus ojos á la luz de la verdad y debia quedar envuelto en sus tinieblas. Jesus se dirigió de nuevo á Capharnaum, abandonando el pueblo ingrato. María que ya habia sido bautizada por su Hijo en las orillas del Jordan, segun dice Orsini refiriéndose á Eutimio, abandonó su casa de Nazareth, con objeto de seguir á su Hijo en sus viajes. ¡Cuántos sinsabores va á costarle esta de terminacion! Va á presenciar las grandes contradicciones que ha de experimentar: y si bien presenciara sus prodigios admirables, con los cuales dará á conocer su divinidad, tambien tendrá el desconsuelo, de ver la perfidia con que tergiversarán sus palabras; la malicia con la que le dirigirán preguntas con el objeto de perderle por sus mismas respuestas, y la maldad con que le despreciarán los que han de atribuir no á virtud divina, sino á virtud de Satanás los milagros con que confirmará su doctrina. Grandes van á ser los padecimientos del mansísimo Cordero de Judá; extraordinarios sus trabajos, pues va á empezar para él una era de persecuciones que al fin le conducirán al Calvario donde entregará su vida en el patíbulo de los delincuentes. Nada de esto es oculto á la privilegiada inteligencia de la Santísima Virgen, pero dotada de un alma grande y generosa, heroica mas que todas las mujeres célebres, cuyo elegio ha quedado consignado en las páginas de la Escritura Santa; intrépida mas que Judith, y mas llena de fortaleza que la madre de los Macabeos, se dispone á seguir los pasos de su divino Hijo: entre una Madre como María y un Hijo como Jesus, todo debia ser comun, el gozo y la tristeza, la alegría y los padecimientos: el extraordinario amor que mutuamente se profesaban, puede decirse que habia hecho de sus

dos almas una sola: no podia por lo tanto padecer el Hijo sin que padeciese la Madre.

No vamos á seguir paso á paso al Salvador en sus predicaciones, como lo hemos hecho en nuestra Historia de su vida, porque ahora cumple á nuestro propósito tocar tan solamente aquellos hechos en los cuales podamos ver y contemplar los grandes méritos y las relevantes virtudes que adornaron á la Virgen sin mancha que es el objeto de esta obra. ¡Sublimes lecciones las que vamos á estudiar! ¡Plugue al cielo que no siendo estéril nuestro trabajo, ellas se graben en el fondo de nuestro corazon, para que nos utilicemos de tan divina enseñanza!

Vamos pues á contemplar las grandes aflicciones de la Santísima Virgen, cuando en los últimos tiempos de la predicacion de su divino Hijo, empezaron á ser mayores las contradicciones y persecuciones que le llevaron despues al monte del Sacrificio.

CAPITULO III.

Trabajos de la Santísima Virgen María, en los últimos tiempos de la predicacion de su Divino Hijo.

Ya hemos tenido ocasion de decir que la Santísima Virgen María estaba perfectamente instruida en la ley y en los Profetas. Esto sin embargo no era un motivo para que estuviese libre de sobresaltos y temores. «Su instruccion, dice uno de nuestros mas distinguidos escritores, podia ser perfectísima, y sin embargo como la historia de la vida de Jesus tenia que ser la esplicacion del Antiguo Testamento, por esta razon es de suponer, que el conocimiento mas perfecto que pudiera darse, no llegaria á ser una revelacion tan clara de las últimas cosas, de modo que no hubiera lugar á los sobresaltos, angustias y temores que oprimieron su espíritu, desde que le predijo tan confusas penas el venerable Simeon¹.» De todos modos, ora tuviese un perfecto conocimiento de cuanto habia de padecer su Hijo, ora fuese tan solamente el vaticinio de Simeon el que angustiase su espíritu, sin tener un completo conocimiento de los últimos sucesos de la vida de Jesus, es indudable que sus padecimientos fueron crueles desde el momento en que aquel dando principio á su mision divina, de enseñar con su predicacion á los pueblos, empezó á experimentar contradicciones y persecuciones por parte de aquellos mismos

¹ Muñoz Gárnica. Sermones de la Bienaventurada é Inmaculada Virgen María. Los dolores de la Virgen María. Serm. 1.

á quienes al tiempo mismo que les instruía les dispensaba extraordinarios beneficios con los mismos prodigios que le servian para confirmar su doctrina. Estraña á primera vista que los judíos, y principalmente aquellos que pasaban por mas cultos é instruidos, cuales eran los que pertenecian á la secta de los fariseos, fuesen tan enemigos de Jesucristo y se negasen tan abiertamente á reconocerle por Mesías. Conviene que digamos cuatro palabras sobre tan notable obstinacion, pues que esto lejos de separarnos de nuestro asunto principal, nos llevará como de la mano al conocimiento de las grandes angustias y tormentos del corazon de la Santísima Virgen, principalmente en los últimos tiempos de la predicacion del Salvador.

La vida de Jesucristo, sus padecimientos, y su muerte puede leerse no solamente en el Evangelio, sino tambien en las páginas del Testamento antiguo, toda vez que no hay circunstancia alguna de tales sucesos que no estuviese ya anunciada, ya clara, ya figuradamente. ¿Cómo, pues, no veian los doctores de la Sinagoga resplandecer en Jesus de Nazareth, los caracteres que segun los libros santos debian resplandecer en el Cordero dominador? No por otra causa, sino porque ellos sometieron las profecias á sus caprichos. Ellos se habian formado una idea del Mesías, que en nada convenian con lo que veian en la Persona del Salvador. Por una parte, ya lo hemos dicho, y debemos ahora repetirlo; no podian avenirse con la idea de un Mesías hijo de unos pobres artesanos: por otra el pueblo perseguia á Jesus, y los mas sábios é ilustrados no podian comprender un Mesías perseguido. Le creyeron impostor y le persiguieron tambien. ¿Por qué no leían con atencion á Isaías, Daniel, David y los demas profetas? ¿Cómo no veian que todos le señalaban con la mas rigurosa precision? El tiempo

señalado habia llegado. Cuando el cetro, dijeron, salga de la casa de Judá; cuando el segundo templo edificado por Zorobabel del que existia aun esperando su sentecia de muerte inscripta por el dedo de Dios en las banderas de Tito y Vespasiano, entonces un vástago de Jessé y de David, vendrá á mostrar en su persona la señal dada por Dios á todos los pueblos para que la invoquen. El justo, habia dicho tambien Isaiás, descenderá del cielo, semejante al rocío vivificador que viene á regenerar una tierra seca, en la cual se dará á conocer como verdadero *Emmanuel* Dios con los hombres en una naturaleza superior á la humanidad. ¿Pero de que modo habia de aparecer? Rey pobre y humilde: hombre de dolores, pontífice segun el orden de Melchisedech, el ungido del Señor, pero con su misma sangre. Renunciamos á seguir el curso de las profecias, por no separarnos demasiado de nuestro propósito, pero no dejaremos de citar las mismas palabras de Zacarías, que confunden al pueblo judío, para el que la pobreza de Jesus era un obstáculo para que pudiesen reconocerle como á verdadero Mesías: « Regójate mucho, hija de Sion, canta hija de Jerusalem: MIRA TU REY, vendrá á tí justo y Salvador, él vendrá pobre... » ¿Cómo entenderian estas palabras los sábios doctores de la Sinagoga? Empero dejemos ya estas reflexiones y continuando el curso de los acontecimientos, fijemos la atencion en la admirable heroina Maria, que sigue los pasos de Jesus, decidida á no abandonarle, sea el que quiera el fin de sus persecuciones.

Mil ocasiones hemos tenido ya de observar en la Virgen Madre el mas perfecto tipo de todas las virtudes: la hemos visto tanto mas humilde cuanto mas elevada; tanto mas

¹ Exulta satis filia Sion, jubila filia Jerusalem: ECCE REX TUUS veniet tibi justus, et Salvator: ipse pauper. Zach. IX, 9.

obediente cuanto mas favorecida por la diestra del Escelso. Madre exactamente cuidadosa de sus deberes, habia atendido con la mayor asiduidad y el mas prolijo esmero al Hijo que el cielo la concediera: llena de fe y viendo en su Jesus al que era su Dios, unia á sus desvelos de Madre, el respeto y sumision que debe la criatura á su Criador: ardentísima en su caridad, huyó siempre de la propia honra, procurando tan solamente la de Dios. Nuevos motivos de admiracion nos restan, pues que ya no es en el retiro del hogar doméstico donde hemos de contemplarla, sino siguiendo en pos del que era la luz de sus ojos, la vida de su alma, su gozo y celestial consuelo. El Salvador, como ya hemos tenido ocasion de decirlo mas de una vez, se sujetó á todas las miserias de la humana naturaleza, menos al pecado: asi vemos en el Evangelio que se entristeció, que lloró, y que se fatigó. Cuando nos da cuenta la narracion Evangélica de la conversion de la Samaritana, nos dice que Jesus se sentó en el pozo porque estaba fatigado. ¿Qué cansancios y fatigas no padeceria la Virgen Maria tan delicada por su sexo, al seguir á Jesus en sus predicaciones? Empero asi como el Salvador sufre y padece por el hombre, asi la Santísima Virgen, que era la Co-Redentora de la humanidad, sufre tambien por la salvacion de las criaturas, las mas penosas fatigas como despues habia de sufrir crueles dolores en el Calvario. No se quejaba en tales trabajos: seguia voluntariamente los pasos de su Hijo, cuyas predicaciones escuchaba con la mayor atencion, puesta de rodillas, dándole ella sola, como dice la V. Agreda, la reverencia y culto que se debia á la Persona y á la doctrina, segun sus fuerzas alcanzaban, elevando al mismo tiempo su corazon al cielo, y rogando al Eterno Padre que produjese en los oyentes frutos de salvacion la divina y celestial enseñanza del Salvador.

La Santísima Virgen que tantos privilegios había recibido del Señor, y á la que tantas gracias se le concedieron, recibió, según la citada escritora, la de conocer el interior de todos los que asistían á las predicaciones de su Hijo y el estado de gracia ó de pecado, de vicios ó virtudes que tenían, cuyo conocimiento no podía menos de producir en su corazón diversidad de afectos, sintiendo sobremana de que Dios no fuese conocido de todas las criaturas, pidiendo con el mayor fervor el remedio de los que yacían encenagados en la maldad y en el crimen. Conociendo cuánto habían de trabajar en adelante los discípulos de Jesús en la propagación del Evangelio, los trataba con la mayor consideración distinguiendo entre todos á los que habían sido elegidos para Apóstoles.

No hay ocasión alguna en la vida de la Señora, en la que no veamos resplandecer su profundísima humildad. Al paso que su divino Hijo iba evangelizando los pueblos, efectuaba por todas partes prodigios admirables. Al imperio de su voz, los ciegos veían, los sordos oían, los paralíticos adquirían agilidad en sus miembros, los demonios huían de los cuerpos de que se habían apoderado y los muertos resucitaban. María era testigo de todas estas maravillas, y no podía menos de regocijarse al ver á su Hijo hacer esta pública ostentación de su poder: los Apóstoles y discípulos, como los demás que la conocían entre los que tenían la dicha de presenciar tales maravillas, felicitaban á la mujer venturosa que había tenido la dicha de producir tal Hijo, pues que en ella redundaba la gloria de su Jesús: pero ella lejos de adquirir propia estimación, bendecía y alababa al Señor; de lo más íntimo de su corazón, deseando tan solo que él fuese alabado y bendecido por todas las criaturas.

Por más que los secillos de corazón no encontrasen en

las acciones de Jesucristo, otra cosa que motivos para colmarle de loores, no así sucedía á los maliciosos fariseos y á aquellos que se habían empeñado en no ver sino un impostor que se valía de malas artes para efectuar prodigios y engañar á los pueblos. Estos hombres pérfidos le observaban de continuo esperando la ocasión de poderle encontrar en engaño. Acababa en una ocasión de lanzar el demonio del cuerpo de un hombre, y como estuviese rebatiendo las calumnias de los fariseos, que decían que lanzaba los demonios en virtud de Belcebub, príncipe de los demonios, una mujer del pueblo levantó la voz exclamando: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron.» Pero en el momento la contestó Jesucristo: «Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan!» Esta contestación del Salvador lejos de perjudicar á la grandeza de la Santísima Virgen María, forma su mayor elogio, pues que como dice el P. San Agustín, fué más feliz recibiendo la fe de Jesucristo en su corazón que concibiendo en su seno virginal la carne de Jesucristo. No solamente hace el Salvador con estas palabras un completo panegírico de su Madre, sino que á más dá á todas las criaturas una lección de la mayor importancia. ¿Por qué dice Jesucristo á la mujer que le colmaba de bendiciones: *Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan?* La razón la encontramos claramente en la contestación que dió al tentador maligno cuando le invitaba á que convirtiese las piedras en pan: *Porque no con solo pan vive el hombre, sino con toda palabra que procede de la boca de Dios*¹. El pan es el alimento del cuerpo, que como es de

¹ Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc. XI, v. 28.

² Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. Math. IV, v. 4.

tierra, debe necesariamente alimentarse con los productos de la misma tierra; pero el alma como quiera que es espiritual y nada tiene de terrena, reclama un alimento tambien espiritual con el cual pueda nutrirse para llegar al altísimo destino que le está señalado. Así como la muerte es la necesaria consecuencia de privar al cuerpo del alimento, así tambien el alma, que es inmortal, puede morir, en el sentido de que es una verdadera muerte el privarse para siempre de la vista de Dios, faltándole el alimento que la nutre, que es la palabra de Dios. ¡Dichosa la Beatísima Virgen María, que estando siempre como pendiente de los labios de su Hijo y de su Dios, guardaba en su corazón las palabras que le oía, sirviéndole de continua meditacion!

El divino Nazareno continuaba la carrera de su predicacion, caminando de pueblo en pueblo. María seguía sus pasos. La corte del monarca de las eternidades hecho hombre, la formaban sus discipulos, aquellos pobres pescadores que habian abandonado sus redes y barquillas por seguirle, y que mas tarde habian de continuar la obra de la regeneracion social. Tambien llevaba su corte aquella Madre inmaculada que un dia habia de ser coronada reina de los ángeles y de los hombres: María Cleofás, Salomé madre de los hijos del Zebedeo, distinguidos por el Salvador y algunas otras galileas que habian creído en Jesucristo y anhelaban por oír su doctrina, formaban el acompañamiento de la Madre de Jesús.

Entre aquella comitiva de piadosas mujeres, iba una que llamaba la atención general por su semblante severo al par que macilento: en su rostro se descubria un gran fondo de amargura: sus ojos apenas se levantaban del suelo: su adorno era una pobre túnica, y una larga y rubia cabellera caía sobre sus espaldas: era la antigua señora que habia ha-

bitado el Castillo de Magdala, ricamente alhajado: era aquella mujer que rodeada de fausto y de grandeza se habia hecho célebre no solamente por su hermosura y estudiados adornos, sino tambien por su desenvoltura: era en suma María Magdalena que arrepentida de sus pecados y llena de amor de Dios, habia de ser admirada en los futuros siglos como modelo de penitentes. María en cuyo corazón ardía la llama de la caridad, y que estaba destinada á ser Madre de pecadores arrepentidos, la trataba con el mayor amor: conocia el admirable efecto que en ella habia producido la gracia: veía sus lágrimas, comprendia el motivo de su dolor, y como Maestra soberana contribuía con sus consuelos é instrucciones á avivar su fe, á alentar su esperanza y á dar mayores impulsos á su caridad. ¡Dichosa mujer á la cual se le perdonaron muchos pecados porque amó mucho!

San Juan que fué el discípulo amado de Jesús, lo fué tambien de María: digno fué de tal distincion por la inocencia de su alma, y la profunda reverencia con que trataba á la Santísima Virgen, á la cual daba cuenta con la mayor prontitud de las obras y milagros que efectuaba el Salvador cuando no estaba presente la Señora. Procuraba acompañarla cuanto le era posible, llamándola siempre *mi Señora* y cuando no estaba en su presencia y de ella hablaba *la Madre de nuestro Maestro Jesús*.

Al tiempo que los trabajos y persecuciones que experimentaba el Salvador llenaban de angustia el alma de la Virgen María, servíala de consuelo el ver la fidelidad y el amor con que los Apóstoles seguían sus pasos, y se prepa-

1 Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum. Luc. VII, 47.

2) V. Agreda. Obra citada. Parte II, Lib. VI, cap. V.

rabán oyendo con atención y recogimiento su doctrina, que después habían de enseñar por todos los pueblos y naciones. Conocía el interior espíritu de todos, y después de San Pedro y San Juan, dice la V. Agreda, fué muy amado de la Santísima Virgen, el Apóstol Santiago el mayor, hermano del Evangelista, el cual recibió de sus manos los más distinguidos favores. También Andrés fué de los carísimos de la purísima Virgen, porque conocía que este grande Apóstol había de ser especial devoto de la Pasión y Cruz de su Maestro, y había de morir á imitación suya en ella; y á unos por unas virtudes y á otros por otras, y á todos por su Hijo Santísimo los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad. Pero si el conocimiento de las virtudes de los once le servía como hemos dicho de consuelo, producía en su corazón una amarga pena el conocimiento que asimismo tenía del interior de Judas, que teniendo la honra de pertenecer al apostolado, había de cometer la vileza de entregar al Soberano Maestro en manos de sus verdugos. Empero la Señora que era singular en sus virtudes, y que obraba siempre impulsada por la caridad que reinaba en su corazón, se esmeraba con el ingrato apóstol, procurando atraerle al verdadero conocimiento, y justificando la causa de su Divino Hijo. Siendo curiosas las noticias que encontramos en la *Mística Ciudad de Dios*, acerca del traidor discípulo, vamos á ocuparnos de ellas, pues creemos podrán ser de alguna utilidad.

Vino Judas á la escuela de Jesucristo, movido de interior espíritu y atraído por la fuerza de su celestial doctrina. El mismo pidió al Señor le recibiese entre sus discípulos, y por más que al Salvador no se pudiese ocultar la perfidia con que más tarde había de corresponder á sus beneficios, le admitió, porque su caridad infinita no le permitía des-

echar á ninguno de los que le buscaban: recibió en el principio distinguidos favores del Señor, á los cuales correspondió de tal modo por entonces que mereció ser contado entre los Apóstoles, siendo por lo tanto en adelante como los otros once, compañero inseparable del Salvador, y testigo de todas las grandes maravillas que obraba su diestra poderosa. La Santísima Virgen que como hemos dicho tuvo ciencia infusa de la traición que había de cometer, procuraba que nada le faltase, y con el mayor amor le trataba, procurando instruirle, y tal era la predilección que le manifestaba, que llegando alguna vez los discípulos á tener entre sí emulaciones sobre quien había de ser más privado de la Reina Purísima, nunca Judas pudo tener estos recelos, porque siempre la Señora le favoreció mucho en los principios, y él se mostró tal vez agradecido á estos beneficios.

La primera causa de su caída fué el amor propio desordenado, que á tantas almas ha hecho caer de la altura de la virtud al abismo de la perdición eterna. Los Apóstoles no estaban todavía confirmados en la perfección y podían por lo tanto tener algunas faltas de hombres. Judas fijó en esto su atención, y empezó á pagarse de sí mismo teniéndose por mejor que sus hermanos. Entre otras cosas juzgó á San Juan de entremelido con el soberano Maestro y su Santísima Madre, no obstante ser él tan favorecido de ambos. Hasta ahora no vemos en Judas más que estas culpas leves que no le habían hecho perder la gracia justificante. Mas como quiera que un abismo llama á otro abismo, y que la facilidad de dar entrada en el corazón á las culpas leves, le va predisponiendo poco á poco para las graves, Judas fué paulatinamente dejando enfriar el fuego de la caridad para con Dios y para con sus prójimos, en término que llegó á mirar con algún hastío á los demás Apóstoles y á la misma Virgen

María, no encontrando gusto en su trato. En tanto que de este modo se iba apartando del camino de la verdad, la Madre de Dios redoblaba sus esfuerzos por atraerle, amonestándole como á hijo amado con suavidad y fuerza de razones. A su vez trabajaba el demonio por tomar entera posesion de su corazon, haciéndose cada dia mas triste y lamentable la situacion del débil y miserable apóstol. Los consejos y amonestaciones de María, le fueron primero indiferentes y luego objeto de desprecio por mas que con afectada hipocresía tratase de disimularlo. De este modo perdió la gracia, é indignado el Señor le dejó en manos de su consejo, porque él mismo desviándose de la gracia é intercesion de María Santísima, cerró las puertas de la misericordia. Del aborrecimiento que tomó á la Santísima Virgen, pasó á aborrecer tambien al divino Maestro y á indignarse contra él, disgustándose de su doctrina y teniendo por muy pesada la vida del Apostolado.

Grande era la afliccion de la Virgen María por la situacion en que se hallaba aquel infiel apóstol, al cual le ofreció alcanzarle el perdon de su Santísimo Hijo, ofreciéndole de parte del mismo Señor la misericordia, y de la suya que le acompañaria y rogaria por él, queriendo tan solamente que se doliese de sus pecados y se enmendase. La conciencia, ese juez que continuamente acompaña al hombre y le avisa cuando se coloca al borde del precipicio, ponía tambien á Judas delante de los ojos la gravedad de su pecado: pero él temió la confusion por la que tanta gloria podia haber adquirido, y así cerró sus oídos tanto á los consejos de la Virgen como á los llamamientos de la conciencia. Sin embargo, no se aparta de la compañía de los Apóstoles, y para no ser molestado con nuevos consejos protesta con falsas palabras que amaba á su Maestro y á María y que

no tenia en esto que enmendarse, y aquí hemos de admirar el notable ejemplo de caridad que Jesús y María nos dejaron, pues que viendo la caída de Judas le toleraron en su compañía y lejos de repelerle, continuaron tratándole con el mismo agrado que antes lo habian hecho, y esto de tal modo, que por mas que los Apóstoles sospechasen algo de su caída, como veían la afabilidad y amor con que era tratado por Cristo Señor nuestro y su Santísima Madre, trataban de disipar tales sospechas. Así veremos despues que cuando en la cena legal dijo el Señor que uno de ellos le había de entregar, cada uno preguntaba de si era él. Prueba de que ni una palabra habian dicho á los Apóstoles ni Jesús ni su Madre acerca del estado de Judas y de la traicion proyectada. Veamos qué reflexiones útiles podemos sacar de estas esplicaciones que nos ha dado la venerable historiadora de Agreda.

En primer lugar hemos visto que apenas Judas se refrió en su amor á la Santísima Virgen, empezó á saltar de precipicio en precipicio, hasta que vino á caer en el mayor de todos como veremos mas adelante. Así como la devocion de la Madre de Dios es signo de predestinacion, como dicen algunos Padres, así tambien el que de esta Señora se separa camina sin brújula por medio del borrascoso mar de las pasiones, hasta ser ahogado por las encrespadas olas del pecado. ¿Cómo ha de alcanzar la gracia ni la misericordia, el que vuelve las espaldas á la que es Madre de la misma misericordia? ¿Cómo podrá tener á Dios propicio, el que no ama á su Madre? Se endureció el corazon de Judas convirtiéndose en campo estéril donde no produjo fruto el saludable rocío de la palabra de Dios, desde el instante mismo en que se apartó de María. Ojalá sirviese este ejemplo á todos los cristianos para que llegasen á persuadirse de cuán bene-

fica es la devoción de la Madre de nuestro Dios. Es imposible, dice un Padre, que perezca el de votode María. ¡Expresión consoladora que hace rebosar el corazón en las más dulces expansiones de amor y de esperanza!

Otra lección no menos elocuente é importante encontramos en la amabilidad y afecto con que así el Salvador como su Madre Santísima trataban á Judas no obstante conocer la perfidia de su corazón, y el crimen que había de llevar á cabo, y en el secreto que sobre este punto guardaron no revelando á ninguno de los otros Apóstoles el interior de tan ingrato discípulo. ¡Ejemplo admirable de caridad! No así obran por lo común los hombres: la más mínima injuria se pretende lavar con sangre y la falta más leve se hace pública. Olvida el hombre que con la medida que midiere ha de ser medido, y que será juzgado con el juicio que hace de los prógimos. Tenga pues entendido todo aquel que no sea indiferente á su suerte futura, que la Religión se funda en la caridad: que en vano será practicar todas las virtudes sino se labran sobre el sólido cimiento de la caridad, que es la virtud reina y señora de todas las demás. Dios es caridad: el que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él¹. ¡Doctrina evangélica que grabada en nuestros corazones y practicada con exactitud labrará seguramente nuestra suerte en el tiempo y nuestra corona en la eternidad.

Se acercaban á pasos agigantados los días en que Jesucristo debía entregarse en manos de sus enemigos, los cuales le habían de azotar y escarnecer, y por último le habían de quitar la vida en el patíbulo de los criminales. Antes quiso confirmar á sus Apóstoles en la fe, y para esto deter-

¹ Deus charitas est: et qui manet in charitate in Deo manet, et Deus in eo. Joan. IV, v. 16.

minó Transfigurarse en presencia de los tres más privilegiados. Pedro, Santiago y Juan subieron á lo alto del Tabor, mientras que los demás Apóstoles quedaron al pié de la Montaña. Jesucristo se presentó á sus ojos de un modo diverso del que siempre le habían visto. Su rostro estaba brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Elías y Moisés aparecieron hablando con él, y entonces se dejó oír la voz del Eterno Padre que decía: *Este es mi Hijo muy amado en el que yo tengo mi complacencia*: oídle¹. No dice ninguno de los tres Evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas, que este suceso refieren, que la Virgen María se hallase presente á la Transfiguración, pero tampoco la niegan, y es de suponer que pues á ninguna criatura concedió el Señor mayores privilegios y gracias que á su Madre, que esta Señora disfrutaria la dicha de ver como los privilegiados Apóstoles el trasunto de la celestial Jerusalén presentado en la cumbre del Tabor. La V. Agreda lo tiene por indudable, y según la inteligencia que dice habersele dado para escribir la obra que tantas veces nos ha servido de guía en aquellas cosas de las que nada nos dice el Evangelio, afirma que «la divina Señora al mismo tiempo que algunos ángeles fueron á traer el alma de Moisés y á Elías de donde estaban, fué llevada por manos de sus santos ángeles al monte Tabor para que viese transfigurado á su Hijo Santísimo, como sin duda le vió. Aunque no fué necesario confortar en la fe á la Madre Santísima, como á los Apóstoles, porque en ella estaba confirmada é invencible. Pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguración; y en la Madre Santísima había otras razones particulares, para no celebrar Cristo nuestro Redem-

¹ Math. XVII.-Marc. IX.-Luc. IX.

tor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los Apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención y lo había de ser hasta la Cruz, y convenia confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer; y que habiendo de quedar por Maestro de la Iglesia Santa, fuese testigo de este Misterio, y no le ocultase su Hijo Santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar; pues le hacía patentes todas las operaciones de su alma santísima. Ni era el amor del Hijo para la divina Madre de condicion, que le negase este favor cuando ninguno dejó de hacer con ella, de los que manifestaban amarla con tiernísimo afecto, y para la gran reina era excelencia y dignidad. Por estas razones y otras muchas que no es necesario referir ahora, concluye la citada escritora, se me ha dado á entender, que Maria Santísima asistió á la Transfiguracion de su Hijo Santísimo y Redentor nuestro ¹.»

Siendo esto así, imposible es á la menguada inteligencia humana comprender los efectos que en el alma de la Santísima Virgen, causaría la vista de su Hijo rodeado de los resplandores de la divinidad. Verdad es que no necesitaba ser confirmada en la fe, pues que ella la tenía profundamente arraigada en su corazón, y sin necesidad de que presenciase la Transfiguracion, creía firmemente que su Hijo era un Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia y trinidad de Personas, pero sin embargo si asistió á la maravilla del Tabor, aquel día fué uno de los mas felices de su vida. La voz del Eterno Padre que magestuosamente resonó reconociendo á Jesus como Hijo suyo en el que tenía sus complacencias,

¹ Obra citada. Parte II, Lib. VI, Cap. VI.

penetraría hasta el fondo de su corazón: entonces rendiría fervorosa acción de gracias al Señor, porque siendo criatura le había dado por Hijo al que era eterno. El eco de su voz acompañaría á la de los santos ángeles que en aquellos instantes entonarian himnos sonoros en derredor del Salvador de la humanidad. Luego que la Transfiguracion se hubo verificado, sería restituida la Santísima Virgen á su casa de Nazareth, donde seguiría ocupada en los mas santos ejercicios, hasta que llegada la hora en la que Jesucristo debía empezar á padecer, volvería á su lado para emprender desde Nazareth el viaje á Jerusalem, donde habían de cumplirse todas las cosas que los Profetas habían escrito acerca del Hijo del hombre.

El que había descendido del cielo á la tierra por nosotros y nuestra salud, anhelaba por el momento de cumplir la altísima misión de redimir á la humanidad con sus tormentos y su muerte: las almas de los santos Padres que estaban en el seno de Abraham suspiraban por el día de su rescate, y este día tan repetidamente anunciado por los Profetas se acercaba. Jesus, pues, se resolvió á ir á la ciudad que llena de ingratitud y rebosando perfidia le había de sacrificar, y así acompañado de su Madre Santísima, de los Apóstoles y discípulos y también de las santas mujeres que solían acompañar á la Virgen Maria, emprendió el viaje, enviando delante de sí mensajeros. San Lucas al referir este viaje del Salvador á Jerusalem, nos da cuenta de un incidente que aunque no tenga relacion con la historia de la Santísima Virgen, pues pertenece á la de Jesucristo exclusivamente, queremos ocuparnos de él por lo que honra al Santo Patron de nuestra nacion española. Es como sigue:

Los samaritanos, es sabido que eran enemigos irreconciliables de los judíos, en tal término que ni aun se digna-

ban dirigirles la palabra, y así vemos en el Evangelio la estrañeza de la mujer de Samaría á la que Jesucristo pidió agua, en la fuente de Jacob, con el objeto de entrar en conversacion con ella y convertirla, como en efecto sucedió, que admirada de que le hablase, le dijo: ¿Cómo tú siendo judío me pides de beber á mí, que soy mujer samaritana? Pues bien, ahora los mensajeros, que como hemos dicho envió el Salvador delante de sí, entraron en una ciudad de samaritanos, con el objeto de prepararle posada, donde pudiese descansar de las fatigas del viaje. Pero en aquella ciudad se negaron á recibirle apenas fueron sabedores de que se dirigia á Jerusalem. Santiago y Juan indignados por esta repulsa salieron al encuentro del Maestro, y dándole cuenta de lo sucedido, añadieron ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe? Verdad es que como antes hemos dicho, honra á Santiago como igualmente á San Juan este celo por el cual pedian castigo para aquellos que no querian recibir á Jesucristo: pero al fin era espíritu de venganza, y aquel que habia enseñado á volver bien por mal, y que terminantemente habia dicho á sus discípulos: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian*¹, lejos de aprobar la peticion de los dos Apóstoles los reprendió, diciéndoles: *No sabeis de que espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas.* En efecto, aquella peticion era opuesta á la doctrina y á la mansedumbre evangélica, que mas tarde debian ellos predicar. Ya no debian estar animados del espíritu de la ley, cuya justicia consistia en dar ojo por ojo y diente

¹ Joan. cap. IV.

² Luc. IX, v. 52-54.

³ Math. V, 44.

por diente, sino del espíritu del Evangelio que es todo de bondad, de dulzura y de caridad, de aquel espíritu que hizo venir á Jesucristo al mundo, no para juzgarle, sino para salvarle. Así entienden los Espositores aquellas palabras que les dirige el Salvador: *No sabeis de que espíritu sois.*

El Señor con los que le acompañaban se dirigió á otra aldea¹, desde la cual siguió su viaje hácia la ciudad asesina de los Profetas, y autora que iba á ser de la muerte del Rey y Señor de todos los Profetas. Necesariamente antes de emprender el Salvador este viaje precursor de su sacrificio, participaria á su Madre el objeto que se proponia que era dar cumplimiento á la grande obra de la Redencion de la humanidad, puesto que no habia de reservar á su Madre lo que manifestó á los discípulos por estas palabras: «Mirad que vamos á Jerusalem, y allí serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del hijo del hombre, porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido: y azotado y escupido, y despues que le azotaren le quitarán la vida, y él resucitará al tercero dia².» Este anuncio seria para la Santísima Virgen una cruel espada que de una á otra parte atravesaria su alma. Entonces se le presentaria en todo su imponente aspecto el lúgubre vaticinio que hacia cerca de treinta y tres años habia oido de labios de Simeon, y jamás habia podido apartar de su imaginacion. Empero llena de resignacion y conforme con la voluntad divina, preparóse á beber el cáliz de la amargura, sufriendo en su corazon cuanto su divino Hijo en todos los miembros de su cuerpo. Tambien nosotros nos trasladaremos con la consideracion á la ciudad deicida, donde contemplaremos las acer-

¹ Luc. IX, 56.

² Luc. XVIII, v. 31-33.

bísimas penas y terribles dolores que hubo de sufrir la co-Redentora del Mundo y protectora de la humanidad. Mucho tenemos que admirar y no poco que aprender en la consideración de los sucesos de que vamos á ocuparnos. Aflicciones y desgracias, sinsabores de gran tamaño, acibarán los días de nuestra misera existencia y continuamente nos hacen verter lágrimas de dolor y desconsuelo. Solo la fe, virtud sobrenatural y precioso don concedido por el Señor á las criaturas, es la que puede darnos fortaleza para sostenernos firmes y evitar el inminente naufragio que por doquier nos amenaza é intenta sumerjirnos en el abismo de la desesperación. La meditación atenta de los sucesos que van á ocuparnos, será una lección que nos enseñará á sufrir con resignación los trabajos de la vida, por mas que no puedan llegar ni con mucho á los que hubieron de experimentar por nuestro rescate el divino Salvador y su amorosísima Madre.

CAPITULO IV.

La calle de la Amargura.

No habia en Jerusalem, quien ignorase los grandes prodigios efectuados por Jesus de Nazareth. Su fama se habia extendido por los mismos á quienes habia generosamente favorecido. Los ciegos que al imperio de su voz habian recobrado la vista; los cojos que habian dejado de serlo; los paráliticos que andaban con agilidad y la multitud de enfermos á los que habia dado la salud, eran otros tantos clarines que anunciaban sin cesar y daban á conocer el poder de Jesucristo. Asi pues, apenas se supo en Jerusalem su llegada, acudieron muchos con la mayor presteza para recibirle con palmas y ramos de árboles. El Salvador sabia el recibimiento que le aguardaba, y quiso hacer su entrada del modo mas humilde, pues como Maestro del mundo queria enseñar á los hombres, que no deben engreirse con las honras mundanas, que son pasajeras como el humo. Cabalgaba sobre un asno, al cual habian cubierto con sus vestidos los discípulos. Apenas se dejó ver dentro de los muros de Jerusalem, resonaron entusiastas aclamaciones de la multitud que invadía las calles deseosa de verle. Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas. Tales eran las aclamaciones generales, y tales las bendiciones que recibia el Hijo de Dios y de María. Ningun conquistador fué recibido con tanto júbilo en su patria, por mas que no pudiese sostener los

bísimas penas y terribles dolores que hubo de sufrir la co-Redentora del Mundo y protectora de la humanidad. Mucho tenemos que admirar y no poco que aprender en la consideración de los sucesos de que vamos á ocuparnos. Aflicciones y desgracias, sinsabores de gran tamaño, acibarán los días de nuestra misera existencia y continuamente nos hacen verter lágrimas de dolor y desconsuelo. Solo la fe, virtud sobrenatural y precioso don concedido por el Señor á las criaturas, es la que puede darnos fortaleza para sostenernos firmes y evitar el inminente naufragio que por doquier nos amenaza é intenta sumerjirnos en el abismo de la desesperación. La meditación atenta de los sucesos que van á ocuparnos, será una lección que nos enseñará á sufrir con resignación los trabajos de la vida, por mas que no puedan llegar ni con mucho á los que hubieron de experimentar por nuestro rescate el divino Salvador y su amorosísima Madre.

CAPITULO IV.

La calle de la Amargura.

No habia en Jerusalem, quien ignorase los grandes prodigios efectuados por Jesus de Nazareth. Su fama se habia extendido por los mismos á quienes habia generosamente favorecido. Los ciegos que al imperio de su voz habian recobrado la vista; los cojos que habian dejado de serlo; los paráliticos que andaban con agilidad y la multitud de enfermos á los que habia dado la salud, eran otros tantos clarines que anunciaban sin cesar y daban á conocer el poder de Jesucristo. Asi pues, apenas se supo en Jerusalem su llegada, acudieron muchos con la mayor presteza para recibirle con palmas y ramos de árboles. El Salvador sabia el recibimiento que le aguardaba, y quiso hacer su entrada del modo mas humilde, pues como Maestro del mundo queria enseñar á los hombres, que no deben engreirse con las honras mundanas, que son pasajeras como el humo. Cabalgaba sobre un asno, al cual habian cubierto con sus vestidos los discípulos. Apenas se dejó ver dentro de los muros de Jerusalem, resonaron entusiastas aclamaciones de la multitud que invadia las calles deseosa de verle. Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas. Tales eran las aclamaciones generales, y tales las bendiciones que recibia el Hijo de Dios y de Maria. Ningun conquistador fué recibido con tanto júbilo en su patria, por mas que no pudiese sostener los

laureles que orlaran sus sienes. Con la rapidez del rayo estendióse por todo Jerusalem la noticia de la llegada de Jesus: conmovióse la ciudad y todos preguntaban ¿quién es este? A cuya pregunta el pueblo contestaba con las muestras del mayor entusiasmo: «Este es Jesus el profeta de Nazareth de Galilea¹.» ¿Quién habia de creer que aquel mismo pueblo se habia de convertir al poco tiempo en verdugo del mismo al que ahora aplaudian y colmaban de alabanzas? Asi han sido siempre los pueblos, pues tan inconsecuente es el corazon humano. La historia de todas las naciones nos presenta miles de ejemplos como este. Hoy los pueblos aclaman á un personaje, y le reciben en triunfo cubriendo de flores el suelo que ha de hollar la carroza que le conduce, y mañana le arrastra con algazara y griterío al lugar del suplicio. Ayer fué un hombre benéfico de quien esperaban mucho, hoy es un traidor del que es menester desembarazarse. ¡ Tales son los hombres y tales sus inconsecuencias entregados á su propio consejo! Pero ningún pueblo fué tan notablemente injusto en sus veleidades como el pueblo de Israel en su conducta para con Jesucristo.

Innumerables fueron los beneficios que el Señor dispuso en Jerusalem, donde no cesó de predicar hasta que voluntariamente se entregó en manos de sus enemigos como inocentísimo Cordero para padecer por el hombre y pagar sus deudas. Entre tanto los escribas y fariseos no perdonaban medio para perderle. Ora haciéndole preguntas capciosas, para ver si de sus respuestas podian sacar materia de acusación, ora tergiversando sus espresiones ó calumniándole trataban de concitar contra su Persona el odio general. Todo hubiera sido en vano si Jesucristo poderoso en obras y en

¹ Math. cap. XXI.

palabras no hubiese querido caer en sus manos para cumplir su mision divina. Empero iba á sonar en el reló de la eternidad la hora señalada en los consejos eternos, y Jesucristo dispuso celebrar la Pascua con sus discipulos y lo hizo en el Cenáculo, donde efectuó aquella cena memorable en la que instituyó el *Santisimo Sacramento de la Eucaristia*, maravilla sin semejante y el mayor de los prodigios del poder triunfante. De este modo determinó permanecer para siempre entre los hombres. Al contemplar esta obra prodigiosa, vemos que el Salvador agotó en cierta manera los tesoros de su Omnipotencia, no pudiendo darnos mas, los de su sabiduría no sabiendo hacer mas en nuestro favor, y los de su amor, sin encontrar mas que darnos, como dice el Padre San Agustin, en los inagotables erarios de su misericordia, pues que nos dió su mismo cuerpo y sangre.

Poco despues, Judas que habia recibido en su pecho como los otros Apóstoles el Pan Eucarístico, cuando ya habia concertado con los principes de los sacerdotes la entrega de su Soberano Maestro por la retribucion de treinta monedas de plata, llevó á cabo la inicua venta del Santísimo é immaculado Cordero. No vamos ahora á contemplar á Jesus en el Huerto de las olivas, ni á seguirle en los tribunales: cuanto en ellos padeció lo hemos explicado detenidamente en la Historia de su vida: pero no podemos prescindir de fijar nuestra vista en la calle de la Amargura, por haberse verificado en ella el encuentro de la Virgen Maria con su divino Hijo, cuando éste casi exánime por la fuerza de sus tormentos caminaba hácia el Calvario, bajo el enorme peso de la Cruz.

El divino Nazareno, aquel á quien Isaías habia visto á través de los tiempos, despreciado, hecho un varon de dolores y reputado como leproso, herido por la mano de Dios

y humillado por tomar sobre sí nuestras enfermedades y cargar con nuestros pecados¹, había sido objeto de los mas crueles tratamientos en los diferentes tribunales á los que había sido presentado, no obstante ser la santidad por esencia, impecable por naturaleza. Los judios que tantos beneficios habían recibido de sus manos, arrancaron de un juez venal y esclavizado á sus caprichos, su sentencia de muerte, la mas injusta que pronunció jamás juez alguno. Después de haber sufrido el cruel tormento de la flagelación, y de haber sido coronado con una diadema de penetrantes espinas, los encargados de llevar á cabo su ejecución, colocaron sobre sus hombros la cruz en que había de morir, y rodeado de una turba infame, salió del pretorio de Pilatos y se dirigió al lugar llamado Calvario. ¡Terrible espectáculo! El mas inocente Isaac, camina cargado con la leña del sacrificio y no exhala ni la mas mínima queja: su pensamiento está fijo en la Redencion de la humanidad: á través de tantos tormentos y amarguras anhela llegar á la cumbre del Golgotha, para consumir allí la Redencion del hombre. ¡Qué lúgubre cuadro el que se presenta en el camino del Calvario! Resuena por los aires el sonido de las roncadas trompetas: escúchanse las voces de los pregoneros que anuncian la sentencia, y una multitud de criaturas agrupadas por todas las avenidas, ansian ver á la divina víctima! Tan antigua es la bárbara costumbre que aun hoy día y en pleno siglo XIX, cuando los pueblos se tienen por ilustrados, existe de acudir como en romería al lugar donde sobre un patíbulo va á ser sacrificado un hombre. Amanece el día en que ha de tener lugar uno de esos espectáculos sangrientos que hacen estremecer la misma naturaleza, y

¹ Isai. LIII. v. 3 y 4.

cual si se tratase de una fiesta popular dedicada al recuerdo de algun acontecimiento notable, acuden las gentes presurosas disputándose los lugares mas apropósito y desde los que puede presenciarse con mayor comodidad el espectáculo. Y el pueblo que así obra, el pueblo que, satisfecha su curiosidad, se retira despues de la fiesta de sangre, á buscar el descanso, puede llenarse de noble orgullo al contemplar su civilizacion... Sin embargo, hay momentos en que hasta los hombres de corazon mas endurecido, no pueden menos de enternecerse y manifestar señales de compasion. Es el momento en que se vé pasar el reo rodeado de soldados y acompañado de los ministros de la religion y del verdugo que le ha de quitar la vida, y lo es tambien aquel otro momento en que la afilada cuchilla cae sobre el cuello de la victima: por grandes que hallan sido los delitos que expia, la multitud que observa, calla, compadece al desgraciado que se vé en trance tan fatal y se estremece. Ni aun estos sentimientos naturales hubo para Jesucristo: no había cometido ni podia cometer delito alguno, nada podian con justicia echarle en cara; había empleado su vida en dispensar beneficios sin cuento á las criaturas. El delito que le habían achacado y por el cual había sido sentenciado era el de perturbador del orden público é inobediente á las leyes y al César mismo. Esto no obstante es conducido con la precaucion y aparato que pudiera serlo el hombre mas avzado al crimen y que hubiera cometido los mas atroces delitos. Entre aquella turba que le acompaña y entre la multitud que le sale al encuentro, lejos de advertirse el mas leve sentimiento de compasion, no se advierte otra cosa que un general regocijo. Los que iban al lado de Jesus, le escupian y dirigian los mayores improperios; los que estaban á mas distancia le arrojaban piedras, y todos

aclamaban la justicia con que habia sido sentenciado.

No por esto dejaba de haber quien llorara en la mayor angustia por los grandes padecimientos del Redentor: su bendita Madre, cuyo corazon se hallaba traspasado por una penetrante espada de dolor. Ya sabia cuanto habia tenido que sufrir: los desprecios que habian hecho de él; el triste y lamentable estado á que habia sido reducido por el cruel tormento de la flagelacion, y últimamente que habia salido de casa de Pilatos para el monte de la Redencion. Maria era una mujer singular, una heroina admirable: queria acompañar á su hijo en los momentos de sus mayores padecimientos; queria participar de sus tormentos y si posible le hubiera sido hasta morir con él. Asi es que deseando encontrarle vuela en alas de su amor, pero encuentra obstáculos para llegar hasta su Hijo: crecidos grupos de personas le impiden el paso: pero la amorisima Madre confundida entre la multitud logra á fuerza de trabajo ir ganando terreno. En sus oidos resuena el ronco ruido de los atambores: levanta su vista y divisa á lo lejos el brillo de las alabardas ó lanzas: entonces es cuando redoblando sus esfuerzos consigue llegar á colocarse al lado de Jesus. Hijo y Madre se dirigieron una amorosa mirada. El Justiniano dice que en aquel momento enmudecieron sus sacratissimas lenguas, hablando tan solo sus traspasados corazones. La V. Agreda, pone en lábios de Maria estas espresiones dirigidas á Jesus: «Hijo mio y Dios Eterno, luz de mis ojos y vida de mi alma: recibid Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviaros del peso de la Cruz y llevarla yo que soy hija de Adan, para morir en ella por vuestro amor, como vos quereis morir por vuestra ardentissima caridad al linaje humano. ¡Oh amantissimo Mediano entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentais la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh

caridad sin término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dais lugar á los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo! ¡Si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mia para que no dieran tan mala correspondencia á lo que por todos padeceis! ¡Oh, quién hablara al corazon de los mortales y los intimara lo que os deben, pues tan caro os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina!¹

El triste y abatido estado en que caminaba el mansísimo Cordero de Judá é inocentísimo Isaac, no fué suficiente á ablandar los empedernidos corazones de sus verdugos, pero no pudo menos de causar una gran compasion en algunas otras personas de las que no habian tenido parte en su proceso. «Y le seguia, dice el sagrado testo, una multitud de pueblo, y de mujeres, las cuales plañian y lloraban. Mas Jesus volviéndose hácia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos: porque vendrán dias, en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados, cubrirnos. Porque si en el árbol verde hacen esto ¿en el seco que se hará?» La divina filosofía que encierran estas palabras del Salvador, proferidas en el camino del Calvario no debemos dejarla pasar desapercibida. Aquellas piadosas mujeres no pudieron dejar de impresionarse á vista del doloroso espectáculo que el divino Nazareno presentaba cargado con el peso de la Cruz, y lloraron por la compasion que les causaba, pero no por la causa que motivaba tanto dolor y afrenta porque la

¹ Obra citada. Parte II. Lib. VI. Cap. XXI.

¹ Luc. cap. XXIII. 27—31

ignoraban. El Señor aceptó aquella compasion y aquellas lágrimas y quiso recompensarlas con la instruccion que su contestacion envuelve, en la que quiso decirles: Veo con agrado que llorais por el triste y aflictivo estado en que me encuentro: justa y buena es vuestra compasion, pero mas quiero que lloreis por vuestros pecados que por mis tormentos padecidos por ellos, pues de este modo os será fructuoso á vosotras y á vuestros hijos el precio de mi sangre: porque vendrán dias en los que se tendrán por dichosas las que no hubiesen tenido generacion. «Porque si la justicia de Dios permitió que los hombres tratasen así á su propio Hijo, porque puso sobre sí los pecados que no eran suyos, ¿qué deben esperar esos mismos hombres que siendo árboles secos, estériles é inútiles para el reino de los cielos, están destinados para el fuego eterno del infierno?» Creemos que aquellas piadosas mujeres serian ilustradas divinamente para que pudiesen comprender esta doctrina en premio de sus lágrimas.

La Santísima Virgen era la que comprendia perfectamente el motivo de la Pasion de su Divino Hijo: ella sabia que no era tan solo el peso material de la Cruz el que agobiaba su cuerpo casi estenuado, sino los pecados del mundo todo que voluntariamente habia querido llevar para satisfacer la justicia del Eterno Padre. Por esta fineza de su amor, dice un Padre, le eran debidos, todos los tormentos que merecian los hombres: Maria, pues, llora amargamente no solo por el impulso de su materno corazon al presenciar los tormentos de su Hijo, sino por la causa de tales padecimientos: mira el pecado en toda su deformidad y ve á consecuencia de él, como criminal al santo, estar

1 Anotacion del P. Scio.

como leproso la hermosura misma, oyendo en vez de los cánticos de los soberanos espíritus, blasfemias de manchados labios. Ella sola sabia dignamente conocer y amar al que era su Hijo, y por lo tanto escede á todo humano encarecimiento el dolor que traspasaba su bendita alma. Mira aquel divino rostro, en el que se miran los ángeles y le ve cubierto de sangre: aquella cabeza, centro de la sabiduría eterna y la ve atravesada por punzantes espinas que le hacen verter su deificada sangre en abundancia: su hermosa y resplandeciente garganta, llagada por la crueldad con que tiraban de las cuerdas: aquellas manos que formaran el universo y que tantos beneficios habian dispensado á la humanidad, sujetando el sagrado leño, y no pudiendo contener los sollozos de su corazon, exclamaria con palabras entre cortadas: ¿Eres tú mi divino Emmanuel? ¿Eres tú el que yo tuve nueve meses en mis entrañas y alimenté con el néctar de mis pechos? ¿Eres tú aquel cuyo nacimiento fué anunciado á los magos del Oriente por un luminoso astro y á los pastores por los ángeles? ¿Eres tú el Hijo amado del Eterno Padre en quien tiene sus complacencias? ¿En qué estado te ve tu Madre!.. Pero Jesus cae repetidas veces en tierra, y estas caidas son otros tantos golpes de martillo que caen sobre la afilada cuchilla que hiere el immaculado corazon de la bendita Madre... Por fin se divisa el Gólgota en cuya cumbre debe verificarse el sacrificio. La mirada de Jesus se fija en él, al par que su pensamiento está fijo en el hombre cuya Redencion vá á consumir, y en aquel monte clava tambien su mirada la bendita Madre de la sagrada víctima, que si no muere á la violencia del dolor es porque el Espíritu Santo la conforta y llena de fortaleza.

El Salvador que despues de caer y levantar repetidas veces, habia llegado al pié de la montaña de la expiacion,

se dispuso á subir, cuando tuvo lugar un hecho notable que la tradicion nos ha conservado á través de cerca de diez y nueve siglos. Una piadosa mujer que generalmente se cree fuese la Hemorroisa que con solo tocar la orla de los vestidos del Salvador cuando iba á resucitar á la hija de Jairo, quedó libre del flujo de sangre que padecía, se acercó al Señor y le limpió el sudor y la sangre de su divino rostro, sacando en premio de su piedad impresa en el lienzo con que le limpiara, su sacratísima imágen. Esta mujer es conocida con el nombre de la *Verónica*. El divino Nazareno emprendió la subida del Gólgota, ayudándole á llevar la Cruz un hombre de Cyrene en la Livia, llamado Simon, á quien los enemigos del Señor, habian obligado á ello temiendo no se les muriese antes de llegar al lugar del suplicio por la suma debilidad en que le veian. Al lado de Jesus, caminaba tambien Maria, esa heroína la mas esforzada que conocieran los siglos, que con la mayor resignacion y sin exhalar una palabra de queja, ni irritarse contra los enemigos de la sagrada víctima, devoraba en su corazon el mas amargo pesar. ¡Qué paciencia tan extraordinaria y admirable! Ella hubiese querido poder aun á costa de su propia vida librar la de su Hijo Santísimo, pero esto no le era posible. Sabe la voluntad de Dios de que se consume el sacrificio, y no ignora que era necesario si la humanidad habia de conseguir su rescate. Amaba á Jesus con un amor extraordinario y de preferencia, pero amaba tambien á la humanidad, y como su Hijo, anhelaba por la Redencion. Asi, pues, á través de sus grandes angustias y terribles dolores que la ponian á punto de espirar, está conforme con que se lleve á cabo el sacrificio.

Tal es el precioso modelo de paciencia y conformidad con la voluntad divina que se nos presenta, y que imitado

en cuanto nuestras fuerzas lo permiten, nos haria llevaderas las aflicciones de la vida. El mundo habia tenido ya ocasion de observar y admirar la paciencia heroica del príncipe de Hus, que sufriera todo el rigor de las mayores desgracias bendiciendo la mano que le heria; pero las aflicciones de Job, privado de sus bienes, cubierto de llagas de los piés á la cabeza y abandonado de sus amigos y hasta de su propia mujer, no pueden servir de punto de comparacion para espresar las angustias del corazon de Maria y lo invicto de su paciencia. Jesus era su Hijo, y si cualquiera madre hubiera muerto de dolor al ver un hijo en tan triste y aflictivo estado, Maria que como hemos dicho conocia ella sola toda su dignidad y perfecciones, padecía precisamente mas que cuanto han padecido despues los mártires de todos los siglos: pero sufría en silencio y colmando de bendiciones á Dios que ordenaba todos los sucesos.

¡Cuán débil y miserable es el hombre! Apenas se vé obligado á sufrir la mas pequeña adversidad se queja y murmura de la Providencia: el mas leve contratiempo le lleva á la desesperacion. Si fijara su vista en Jesucristo cargado con la Cruz y en su bendita é inmaculada Madre: si contemplara sus penas y en ellas su resignacion, encontraria dulzuras en el centro mismo de la adversidad; serenidad en medio de las borrascas y suaves consuelos en las mayores aflicciones. ¡Libro elocuente! La doctrina que de sus doradas páginas se desprende fortaleció el corazon de tanta multitud de mártires como han salpicado con su sangre los vestidos de la inmaculada esposa del Cordero; la que arrancó y arranca cada dia á la seduccion del mundo tanta multitud de vírgenes inocentes que cual sencillas palomas se refugian al seguro nido de los claustros para abrazar una vida de mortificacion, viviendo en la fervorosa y continua

contemplacion de las cosas divinas y caminando por las hermosas sendas de la Cruz; la que en suma llena de alegría á los verdaderos cristianos que agoviados bajo el peso de la adversidad, ó postrados en el lecho del dolor, oprimidos por cruel enfermedad, viven en la mayor resignacion no deseando otra cosa sino el cumplimiento de la voluntad de Dios. ¡Plegue á Dios que los hechos admirables de la vida de la Virgen María, que venimos narrando, no sirvan tan solo de objeto de admiracion, sino tambien de imitacion! De este modo el corazon se hará apto para contrarrestar los duros embates de los azares de la vida.

CAPITULO V.

El Golgotha.

El divino Isaac habia llegado al monte del sacrificio. María su Madre coronada de tribulacion habia seguido sus pasos y se disponia á presenciar la trájica escena de la muerte del libertador de la humanidad. Con una sola palabra nos esplican los historiadores sagrados todo el hecho importantísimo de la crucifixion: «y le crucificaron,» ó bien, «despues de haberle crucificado.» El mismo laconismo usan para espresar el tormento del corazon de la Virgen Madre siendo testigo de tan cruel escena: «Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.» La tradicion se ha encargado de trasmitir de una en otra generacion todas las circunstancias que callaron los Evangelistas y que vienen siendo objeto de la contemplacion de los cristianos. A la luz pues de la tradicion hemos de trepar con la imaginacion á la cresta de aquel monte sembrado de maravillas: para comprender siquiera sea imperfectamente toda la magnitud de los dolores de la Santísima Virgen, necesario es que veamos á la divina Victima, sufriendo los mayores improperios al par que los mas crueles tormentos: que veamos correr por sus sacratísimos miembros aquel torrente de divina sangre en que quedaron anegados los crímenes de la humanidad: preciso nos es presenciar su agonía en el patíbulo de los dilincuentes, oír sus últimas palabras y verle lanzar el postrimer aliento. Empero séanos licito ya que en el Gol-

contemplacion de las cosas divinas y caminando por las hermosas sendas de la Cruz; la que en suma llena de alegría á los verdaderos cristianos que agoviados bajo el peso de la adversidad, ó postrados en el lecho del dolor, oprimidos por cruel enfermedad, viven en la mayor resignacion no deseando otra cosa sino el cumplimiento de la voluntad de Dios. ¡Plegue á Dios que los hechos admirables de la vida de la Virgen María, que venimos narrando, no sirvan tan solo de objeto de admiracion, sino tambien de imitacion! De este modo el corazon se hará apto para contrarrestar los duros embates de los azares de la vida.

CAPITULO V.

El Golgotha.

El divino Isaac habia llegado al monte del sacrificio. María su Madre coronada de tribulacion habia seguido sus pasos y se disponia á presenciar la trájica escena de la muerte del libertador de la humanidad. Con una sola palabra nos esplican los historiadores sagrados todo el hecho importantísimo de la crucifixion: «y le crucificaron,» ó bien, «despues de haberle crucificado.» El mismo laconismo usan para espresar el tormento del corazon de la Virgen Madre siendo testigo de tan cruel escena: «Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.» La tradicion se ha encargado de trasmitir de una en otra generacion todas las circunstancias que callaron los Evangelistas y que vienen siendo objeto de la contemplacion de los cristianos. A la luz pues de la tradicion hemos de trepar con la imaginacion á la cresta de aquel monte sembrado de maravillas: para comprender siquiera sea imperfectamente toda la magnitud de los dolores de la Santísima Virgen, necesario es que veamos á la divina Victima, sufriendo los mayores improperios al par que los mas crueles tormentos: que veamos correr por sus sacratísimos miembros aquel torrente de divina sangre en que quedaron anegados los crímenes de la humanidad: preciso nos es presenciar su agonía en el patíbulo de los dilincuentes, oír sus últimas palabras y verle lanzar el postrimer aliento. Empero séanos licito ya que en el Gol-

gotha vamos á contemplar á Jesus y á María, fijar nuestra imaginacion en las causas que motivaron tan crueles tormentos. De este modo sabremos apreciar mejor el plan infinito de la Reparacion humana, y las sábias disposiciones de la Providencia para que la justicia y la paz se uniesen con estrecho vínculo, dándose un ósculo amoroso, como habia anunciado el Profeta Rey ¹.

El hombre formado por Dios á su imagen y semejanza, fué dotado de santidad. El Hacedor Supremo á quien plugo adornarle con un alma racional que le ennobleciera y le distinguiera de los irracionales, le constituyó rey de la naturaleza, y le concedió el don de la libertad, para que voluntaria y libremente le ofreciese homenajes de adoracion que se disponia aceptar. Empero el hombre para quien todo fué hecho, segun dijimos al tratar de la Concepcion en gracia de María, hizo un funesto abuso de la libertad que le fuera concedida, y olvidándose que él habia sido hecho para Dios, cayó con facilidad en el crimen de desobediencia, mereciendo un castigo que hiciese conocer la enormidad del delito. Desde aquel momento un fúebre velo se estiende sobre la creacion, y la humanidad cae en un profundo abismo, ejerciendo su dominacion sobre todo cuanto existe, el soberbio príncipe que por medio de la serpiente astuta sedujera á la desgraciada Eva: su imperio no podia ser derrocado ni por la turba de soberanos espíritus que habitan los cielos ni por los justos que habian de aparecer sobre la tierra. Los hijos del primer padre se cubrieron con las vestiduras del dolor para llorar las consecuencias de la culpa primitiva. En vano levantaban los ojos al cielo, pues que el cielo permanecia cerrado; y por do quier se escuchaban

¹ Justitia et pax osculatae sunt. Psalm. LXXXIV, v. 11.

los lamentos de aquellos mismos á quienes Israel por justos reconocia. Ningun ser finito podia ser mediador entre el Criador y la criatura: ningun hijo de Adan podia satisfacer la divina justicia hollada por la culpa. Era necesario un mediador de propia autoridad y escelencia que pudiese ofrecer un sacrificio de valor infinito. El Verbo Eterno, compadecido de la desgracia de la humanidad, *Ecce venio*, dijo á su Eterno Padre... y llegada la plenitud de los tiempos, ese Verbo de Dios, esplendor de la gloria del Padre é imagen de su sustancia, que habitaba en el seno de su felicidad, desciende á la tierra de nuestra peregrinacion, y se humana, revistiéndose de nuestra carne para padecer en ella, y que lo mismo que nos envileció sea lo que nos eleve y nos ensalce. Este Verbo divino, Hijo de Dios, es Jesucristo el Hijo de María, cuyo sacrificio vamos á contemplar. Si un dia dijo á los hombres: *Ecce venio*, yo vendré para salvaros; en la cresta del Calvario: *Ta he venido*, les dice, y tomando sobre mis hombros todas nuestras maldades, voy á abriros con mi Cruz la puerta de los cielos.

La caridad infinita en que se abrasaba el corazon del divino Salvador le habia hecho desear con anhelo el momento de consumir el sacrificio. El amor le hizo tan ardoroso en el deseo de gemir bajo el peso de la Cruz, de morir sobre ella, de sufrir los ultrajes, tormentos, blasfemias y afrentas de la Cruz y su pasion como lo declaró á sus Apóstoles ¹. Fijemos ya nuestra atencion en la escena de dolor que debe ocuparnos en el presente capitulo.

El Hijo del hombre vá á entregar su vida en manos de sus enemigos, segun les habia anunciado á sus discípulos á su entrada en Jerusalem. Las circunstancias mas dolorosas

¹ Baptismo autem habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur? Luc. cap. XII, v. 50.

van á acompañar su sacrificio. Lo primero que hicieron los verdugos luego que Jesus llegó al Calvario, fué despojarle de sus vestiduras, dejándole desnudo á vista del numeroso concurso que habia acudido á presenciar el sangriento espectáculo. ¡Dolor profundísimo para aquella bendita Madre que escede en pureza á los mismos ángeles, el ver á su Hijo en tan completa desnudez! Llena de afliccion, dice San Anselmo, corre presurosa y quitándose la toca de su cabeza se la coloca en su cintura: pero queda sumergida en el piélago inmenso de la mayor amargura cuando acercándose á su Hijo vé su cuerpo, todo hecho una viva llaga de los piés á la cabeza, pues que sus virginales carnes están despezadas por el cruel tormento de los azotes. ¡Cómo podrá la menguada inteligencia humana comprender el estado angustioso en que se encontraría en tan solemnes momentos el alma de la bendita Madre de Jesus. Seguramente tendria que ser confortada por el Espíritu Santo; porque de otro modo, hubiera muerto á la violencia de sus dolores. Cualquiera madre hubiera sucumbido en trance semejante: pero á la cualidad de madre, hay que agregar el profundo conocimiento que tenia la Santísima Virgen de toda la grandeza, de todas las perfecciones de su Divino Hijo, por lo que su amor hácia él tuvo necesariamente que ser superior al que todas las madres del mundo han profesado á sus hijos.

Despojado Jesus de sus vestiduras, sus verdugos se preparan á efectuar el sacrificio. Entretanto la multitud de pueblo que llenaba las avenidas del Calvario, reía á carcajadas y se mofaba de la sagrada víctima. El populacho de todas las naciones, ha dicho Orsini, ha tenido siempre instintos feroces, pero el de los hebreos se escedió en esta ocasion. Y tiene razon el erudito historiador. La historia de todos los tiempos y de todas las naciones, nos presenta mil prue-

bas de que un populacho desenfrenado, para el que nada significan las leyes: un populacho guiado por sus propios instintos y en libertad para obrar segun su capricho, está pronto para lanzarse á los actos del mas horroroso vandalismo. ¡Cuántos hombres modelos de honradez y probidad han sido miserablemente sacrificados por los mismos pueblos á los que habian dispensado los mayores beneficios! Empero por mas que registremos con atencion y detenimiento los anales de todos los pueblos, la historia de todas las revoluciones que han afligido á las naciones, no encontraremos pueblo alguno cuya degradacion y vileza pueda compararse con la del pueblo hebreo, que con feroz instinto y la mas monstruosa ingratitud, cual lobos hambrientos se arrojan sobre el mas inocente Cordero para despedazar sus carnes, olvidados de los grandes beneficios que con mano liberal les habia dispensado. Cada obra prodigiosa que habia obrado su diestra poderosa, cada milagro que habia obrado en la curacion de tantos enfermos, cada instruccion pública que habia dado en las sinagogas ó en las plazas, habia servido para mas escitar el odio y la venganza que les habia movido á solicitar la sentencia de su condenacion á muerte. Sigamos nuestra narracion de los sucesos del Calvario.

Con la mayor fiereza hicieron tender sobre la Cruz al divino Redentor, y habiendo puesto un clavo sobre su mano derecha, alzan el inhumano martillo, que dando sobre él la traspasa de parte á parte. Aquel golpe fatal dió al mismo tiempo que en el clavo sobre el corazon de la Virgen Maria, que quedó como sin vida, segun ella misma reveló á su sierva santa Brígida. La Magdalena abrazada con la angustiadísima Señora y el fiel discípulo Juan que quedó estático y pasmado, formaban al lado de Jesus el

grupo mas interesante y aflictivo que vieran los siglos.

Tras la mano derecha fué clavada la izquierda con la misma inhumanidad, y como si no fuera bastante el tormento de la crucifixion por sí solo, con la mas dañada intencion hicieron este segundo barreno á mas distancia de lo que era necesario, aumentando de este modo los crueles padecimientos del Redentor, pues que amarrándole una cuerda á la muñeca tiraron con la mayor fuerza hasta descoyuntarle los brazos, haciendo igual operacion con los piés. Así crucificado ya el mansísimo Cordero, elevaron la Cruz en presencia de aquel pueblo ávido de sangre, dejándola caer en el agujero de la peña. Este acto produjo en Jesus un horrible sacudimiento de todos sus miembros, renovándose todas sus llagas, de las cuales corria en abundancia su divina sangre que era hollada por aquellos miserables verdugos. Así Jesucristo quedó elevado entre el cielo y la tierra en lo mas alto del Golgotha. ¿Y María? ¿Qué se ha hecho de esa afligísima Madre? Escuchemos al Evangelista.

Tan solamente nos dice San Juan que «estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.» ¡Cuánto laconismo! ¿Pero qué mas pudiera decirnos? ¿Ni quién será capaz de desenvolver el divino énfasis que tan breves palabras encierran? Decir que estaba al pié de la cruz de Jesus, su Madre, es lo mismo que afirmar que padeció mas que han padecido los mártires de todos los siglos. María escede en valor á Débora y en intrepidez á Judith: su heroísmo no tiene semejante ni lo tendrá en el mundo. Ya lo hemos dicho: ella padece en su corazon los mismos tormentos que su Hijo en todos los miembros de su cuerpo, y en medio de tanta angustia ni una sola palabra de queja. Eleva sus ojos al cielo y pide al Eterno Padre tan solamente que le aumente las fuerzas

para sufrir tantos tormentos, conformándose con su voluntad soberana.

«Cuando se quiere probar una espada, dice Argentan, y asegurarse de que no faltará á lo mejor del combate se la prueba sobre las piedras, sobre el hierro, y sobre el bronce; y si corta las piedras, raspa el hierro y penetra hasta en el bronce, se tiene por cierto que cortará fácilmente brazos y cabezas, y que todo lo que sea menos duro que el mármol no será capaz de resistirla: hé aquí, pues, Virgen Santísima, aquella espada hecha á toda prueba, de la cual os habló el santo anciano Simeon en el templo de Jerusalem. Hé aquí aquella espada de dolor que ha partido las piedras, traspasado el corazon de los verdugos y la impenetrable dureza de los mismos demonios, y finalmente se ha hecho sentir hasta de las cosas mas insensibles. ¿Pues quién comprenderá á qué estado redujo el corazon de la mas tierna de las madres?»

«Pero aquí descubrimos otra estension aun mayor de los dolores de esta Madre al pié de la Cruz; *Ibi dolores ut parturientes*: allí es donde ella sufre los dolores del parto. No los padeció cuando dió á luz á su Hijo en el portal de Belen; pero San Bernardo la contempla al pié de la Cruz como pagando con usura en la muerte del Amado de sus entrañas los dolores de que se vió libre en su nacimiento por su virginal pureza¹.»

Jesucristo estaba pendiente de la Cruz presentando el mas terrible espectáculo: su cuerpo estaba totalmente descoyuntado en disposicion que se le podian contar todos sus huesos, segun que anticipadamente habia predicho el Pro-

¹ *Nunc solvis, Virgo, cum usura dolorem quem in partu non habuisti, nunc millies replicatum Filio moriente passa fuisti.*

feta¹: viéndose á mas de tanta multitud de llagas y heridas, las que acababan de hacerle, pues con la mas refinada malicia, cuando le levantaron de la tierra, le sostuvieron con las lanzas por debajo de los brazos. Los judíos blasfemaban y los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban, unos á otros se convidaban al espectáculo; otros no lo podían mirar á causa del dolor que les causaba; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo, y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre². ¡Qué espectáculo tan terrible el que presenta el Gólgota en momentos tan solemnes!; Jesús se halla elevado en la Cruz en medio de un pueblo que le maldice con todas sus fuerzas, creyendo hacer en ello un acto meritorio, porque Moisés habia escrito por mandado del Señor: maldito es de Dios el que es colgado en un madero³. Mas en medio de tan infernales voces se levanta la voz mas pura é inocente que existia entre todos los vivientes: era la voz de la afligida Madre de la divina víctima, que á nombre de toda la Iglesia, saluda la primera al Verbo hecho carne elevado en la Cruz, siguiendo su ejemplo San Juan y las piadosas mujeres, que tambien adoraron al divino Nazareno pendiente del santo madero.

A vista, pues, de las terribles escenas del Calvario, comprendemos el profundo silencio de los Evangelistas acerca del martirio de la Santísima Virgen. Todo cuanto pudieran haber dicho, está manifestado en estas palabras: «Estaba al pié de la Cruz de Jesús, su Madre.» Dentro del seno virginal de esta divina Rebeca, luchaban los dos gemelos Jacob

¹ Dinumeraverunt omnia ossa mea. Psalm. XXI, v. 18.

² Mística ciudad de Dios. Parte II, lib. VI, cap. XXII.

³ Maledictus á Deo est qui pendet in ligno Deut. XXI, v. 23.

y Esaú, el inocente Jesús y el infeliz pecador. ¿Y cómo llamaremos á María, cuando la contemplamos en el Calvario? Ella es la bella rosa de Jericó, pero está llena de tristura. No descubrimos en ella la intrépida Judith, que llena de gozo se oye aclamar, gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de su pueblo: no la bellísima Estér, por cuya hermosura, Asuero revoca el decreto de muerte que contra los judíos le había arrancado el pérfido Amán: no le podemos dar ahora otro nombre que la amarga Madre de Jesús, porque el Omnipotente ha llenado su alma de amargura; por esto esclama: No me considereis que soy morena porque el Sol me quitó el color¹. Vamos ahora á escuchar una cláusula del Testamento del Redentor, benéfica en alto grado á la humanidad, y en virtud de la cual, María adquirió el título de Madre de los hombres.

¹ Cant. cap. I, v. 5.

CAPITULO VI.

Maternidad humana de Maria, por un misterio del amor de Jesucristo para con los hombres.

Hemos visto ya efectuarse sobre la cima del Gólgatha, el espectáculo mas grandioso que pudo presenciar jamás la naturaleza. El Unigénito del Padre tan eterno, tan omnipotente y tan santo como él, está pendiente de una Cruz. Los espíritus celestiales se hallan asombrados como si se hubiera desconcertado el orden de la creacion, y contemplan admirados al Santo de los Santos, al Redentor del género humano, brotando torrentes de preciosísima sangre por todas las partes de su cuerpo. En medio dos ladrones se halla el que vino á dar la salud al mundo: pero desfallecido, cárdeno y próximo á exhalar su postrimer aliento: habíanse cumplido los vaticinios de los Profetas, olvidados por aquel pueblo ingrato y desleal que no habia querido reconocerle como Mesías. La naturaleza empezaba á estremecerse, dando pruebas del sentimiento que le causaba la muerte de su autor. Entre tanto el entendimiento del Redentor se ocupa en penetrar los siglos venideros y en considerar que la ingratitud de los israelitas ha de tener muchos imitadores en los tiempos futuros, en los que tan poco fruto habian de reportar en muchos hombres sus padecimientos y tormentos. Presente á su imaginacion se hallan no solamente las grandes persecuciones que habia de experimentar su Iglesia por parte del paganismo, sino tambien las heregias todas

que á tanta multitud de criaturas habian de apartar de su verdadera doctrina, y veia á muchos de los que habian de componer su nuevo pueblo, que volviéndoles las espaldas habian de quemar incienso ante deidades fementidas. Mucho le hacian sufrir los tormentos á que voluntariamente se habia entregado por el hombre: un dolor inconcebible le producian las llagas que cubrian su cuerpo; pero mucho mas despedazaban su corazon sus melancólicos pensamientos. Jesus va á entregar su espíritu en manos del Eterno Padre para consumir la obra de la Redencion; pero antes pronuncia siete palabras que rebosan amor, bondad y misericordia; palabras que nos declaran toda su infinita caridad para con el hombre, causa de sus tormentos y su muerte: para con el hombre, cuyas carcajadas é improperios estan aun resonando en sus oidos. Vamos á indicar las siete palabras pronunciadas por el Redentor, y nos detendremos despues en la esplicacion de la tercera, que ha dado motivo al epígrafe de este capítulo, y que es la que nos cumple explicar en la Historia de la Santísima Virgen.

1.^a PALABRA. *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* De este modo disculpa con su Eterno Padre á los mismos que le habian crucificado y aun le llenaban de improperios, pidiendo para ellos perdon y misericordia, y enseñando con este sublime ejemplo á las criaturas á perdonar las ofensas y á volver bien por mal.

2.^a PALABRA. *En verdad te digo: Hoy serás conmigo en el Paraíso.* Dimas, crucificado á la derecha del Salvador, tuvo la dicha de reconocer la inocencia y santidad de Jesucristo. Desde su cruz contemplaba la paciencia inalterable del Señor, y en el momento en que le compadece y reconoce que padece sin causa, oye una voz interior que le declara la divinidad de Jesucristo. *Señor*, esclama en el

momento, *acuérdate de mí, cuando vinieres á tu reino*. El premio á su pública confesion no se hizo esperar, ofreciéndole el Señor llevarle consigo á su gloria.

3.^a PALABRA. *Mujer, hé ahí á tu Hijo... Hé ahí á tu Madre*. Esta es la preciosa cláusula del Testamento del Salvador, en la que nos hemos de detener. Sigamos antes indicando las otras palabras que pronunciaron sus divinos y agonizantes lábios.

4.^a PALABRA. *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?* En el estado afflictivo en que se hallaba la santísima humanidad de Cristo nuestro bien, solo podía recibir consuelo de su Eterno Padre. Mira á su Madre y la vé sumergida en un piélago insondable de penas y dolores: piensa en sus Apóstoles y los vé escondidos á causa del miedo. ¿A quién se dirigirá? A su Eterno Padre, y en esta palabra que pronuncia queda cumplido otro vaticinio, con el que dió principio David al salmo XXI: « Dios mio, Dios mio, mírame; ¿por qué me has desamparado? »

5.^a PALABRA. *Sed tengo*. Quiso Jesus que no quedase por cumplir ni una sola de las profecías y acordándose que David habia dicho: *En mi sed me dieron vinagre*, exclamó: *sed tengo*. Pero no era la sed materia la que afligia su Cuerpo casi estenuado, sino la sed de padecer mas y mas por el hombre si necesario hubiese sido salvarle. Tenia sed de glorificar á su Padre, y de ver al mundo entero postrado ante su Cruz: tenia sed de la salvacion universal. Los que allí estaban « poniendo alrededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca. » Jesus gustó el vinagre porque era amargo, pero no lo bebió por que confortaba.

6.^a PALABRA. *Todo está consumado*. Al acercarse Jesucristo á la ciudad deicida, habia anunciado á sus discípulo-

los que iban á cumplirse todas las cosas que habian sido escritas por los Profetas acerca del Hijo del hombre. Ahora, pues, antes de exhalar el último suspiro, anuncia que todo está consumado. *¡Todo está consumado!* Cumpliéronse las setenta semanas sobre el que ha sido pueblo de Dios, ya envilecido y degradado, y sobre la santa ciudad. El pecado tiene fin, la maldad es borrada, la justicia es plantada sobre la tierra y ha sido ungido el Santo de los Santos. *¡Todo está consumado!* Ha desaparecido la noche del pecado, sustituyéndola el dia claro y refulgente del amor y de la misericordia. Lo que habia sido prometido á los Patriarcas, lo que habian anunciado los Profetas, lo que estaba significado en las antiguas ceremonias, todo ha sido cumplido. Esto significó el Salvador cuando momentos antes de espirar en la Cruz, exclamara: *¡Todo está consumado!*

7.^a PALABRA. Cuando el divino Salvador iba á exhalar los últimos alientos vitales, hizo un esfuerzo y acompañando su voz con muchas lágrimas, como dice el Apóstol exclamó: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. No nos detengamos ahora en contemplar el último momento de la existencia de Jesucristo, porque espuestas la siete palabras que habló, pendiente del sagrado madero, vamos segun ofrecimos á ocuparnos de la tercera, en virtud de la cual, María que era Madre de Dios por un misterio del amor del Espíritu Santo, queda constituida Madre de los humanos por otro misterio del amor de Jesucristo para con las criaturas.

María inmóvil cual estatua de piedra al pié de la Cruz, contemplaba el terrible espectáculo que presentaba su divino Hijo. No es una Agár que aparta sus ojos por no ver espirar á su Ismael amado; es sí, una heroína admirable y sin segunda, que tiene fija su vista en el desfigurado y acardenalado rostro de su divino Ismael, que contempla sus

llagas y presencia sus tormentos. Ella habia oido la voz de Jesus, pidiendo al Eterno Padre, perdon y misericordia para sus miserables enemigos, é identificada ella con sus mismos sentimientos, pide tambien perdon para los que habian causado los tormentos de su Hijo y sus propios dolores. Tambien habia oido la promesa del Paraiso hecha al buen Ladron, y da gracias al Señor por la conversion de aquel pecador que formaba las primicias de los innumerables pecadores que habian de ser atraidos por Jesus crucificado al conocimiento de la verdad.

Una nueva palabra se dispone á pronunciar el Señor, pero palabra que vá á llenar de ventura á la doliente humanidad, por la que da su sangre. Su mirada se ha encontrado con la de María, abre sus cárdenos lábios en los que ya se advertian las señales de una próxima muerte, y no llamándola en aquellos instantes supremos Madre, sino tan solo mujer, decreta su maternidad á favor de los que quedaban redimidos por el sacrificio de su vida. *Mujer, hé ahí á tu hijo...* ¿Qué palabras acaban de pronunciar los lábios de Jesus! ¿Qué efecto han de producir en adelante? Habla el que padeciendo como hombre, es al mismo tiempo un Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Las palabras han sido dirigidas á su Madre, y el nuevo hijo, representado en Juan, es todo hombre, porque por todos padece y muere en la Cruz el que lega su Madre á la humanidad. ¡Legado precioso! Manda de un valor inapreciable! Por ella el hombre queda constituido hermano del Redentor é hijo de la Co-Redentora. ¿Qué vínculos tan honrosos al par que benéficos para el mísero mortal! Pero aun no ha concluido Jesucristo: vuelve los ojos hácia San Juan y *hé ahí*, le dice, *á tu Madre*. Hé ahí á la Virgen singular que fué predestinada desde antes que existiesen los siglos para ser mi Madre: es la

criatura mas bienaventurada de la tierra: si por los hombres he sufrido yo tantas aflicciones y tormentos; si por el rescate de la humanidad me veo pendiente de este patíbulo de infamia, no han tenido otro motivo los crueles dolores que de un modo el mas violento martirizan su corazon: quiero dejarla por madre de los hombres, pues asi como yo soy el solo Mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre mi Eterno Padre y los hombres, la constituyo á ella Medianera de intercesion para conmigo, para conceder por su mano á las criaturas mis gracias y bondades. ¡Oh fineza de incomprendible valor! ¡Oh amor extraordinario y caridad infinita de Jesucristo para con los mortales! A María se la confían los destinos del mundo moral, y ella ha aceptado y acatado la voluntad de su divino Hijo: modelo el mas perfecto de obediencia, apenas ha escuchado el mandato de Jesus, abre sus brazos y estrecha en su corazon á toda la humanidad. Jesus ha hablado, ha declarado su voluntad, y el hombre que se vé de continuo rodeado de peligros en la tierra de su peregrinacion, tiene ya una madre, pero no una madre cualquiera, sino la misma que es Madre de Dios. Nada podia faltar en este nuevo Testamento de la ley de gracia. En él se declaran herederos de la gloria á todos los que creyesen y confesasen á Jesucristo, con tal que esta confesion y esta creencia vaya acompañada con el arrepentimiento de las culpas. Del modo mas elocuente lo declara el Señor desde la Cruz, convertida en cátedra de la mas divina enseñanza, con la promesa que hace á Dimas del Paraiso. Era necesario mas: el hombre desgraciado necesitaba á cada paso consuelo y amparo en las tribulaciones de la vida: á esta necesidad proveyó tambien Jesucristo. ¿Y á quién elige para este cargo? A su misma madre; á la que habia sido su compañera insepara-

ble durante los tormentos del Calvario: á la que tantos y tan crueles dolores habia sufrido por los hombres. La Iglesia queda dotada de una Reina elementísima y los hombres de una madre cariñosa dispuesta siempre á dispensarles su proteccion y amparo. Justo era, pues, que quedaba cumplida la promesa hecha en el Paraiso á los primeros padres, quebrantando María la cabeza de la serpiente, que ella se pusiese á la cabeza de todos los hijos de Eva. En adelante todos los cristianos, representados en Juan, discípulo fiel que no la abandonó en los momentos de la tribulacion y del peligro, llamarán á María madre, y ella como verdadera madre les amparará en todas sus tribulaciones, enjugará sus lágrimas, les acogerá bajo su manto de misericordia, y como reina y medianera de intercesion les alcanzará el perdón de sus delitos.

Pero debemos considerar ahora qué efectos produjo en el corazón de la Santísima Virgen esta disposicion del Testamento de su divino Hijo. ¿Pudo servirle de consuelo? ¿Pudo aliviar en algun tanto la amargura de su corazón? Es indudable que no, y antes por el contrario formó un nuevo golpe y golpe cruelísimo para la Señora. Eran las palabras precursoras de una cruel despedida. Exánime y ya casi sin vida, la llama mujer y no madre, porque habla como Dios y Salvador. Mujer... «En aquella palabra, tácitamente y en su aceptacion, dijo, segun la venerable Agreda: Mujer bendita entre todas las mujeres, la mas prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme, y á quien las muchas aguas de mi pasion no pudieron extinguir ni contrastar. Yo me voy á mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte: mi discípulo amado te asistirá y servirá como á Madre, y será tu hijo: él repre-

senta en su persona á todos los que como él me sean fieles y me reconozcan por su Dios.» Juan, pues, sustituye á Jesus. «¡Oh sustitucion amarguísima! ¡Oh cambio doloroso para el corazón de María! dice San Bernardo: ¡Juan en lugar de Jesus! ¡El esclavo en vez del Señor! ¡El discípulo en lugar del Maestro! ¡El hijo del Zebedeo ¡por el Hijo de Dios! ¡Un simple mortal por Dios mismo! ¡Ah! ¡Cruel y funesto cambio! ¡Triste y malhadado consuelo!»

Ya hemos citado unas palabras del mismo San Bernardo en las que nos dice que María al pié de la Cruz, pagó con usura los dolores de que se vió libre en su parto por su virginal pureza. En efecto: «al pié de la Cruz, dice Augusto Nicolás, sintió María estas angustias de parto, donde se hizo Madre nuestra por la muerte de Jesucristo, que desgarró su alma. Esta muerte que fué su gran dolor, fué nuestro parto: parto real de parte de María, puesto que ese dolor inmenso concurrió á él en la union mas estrecha con la victima.»

«Esta victima la fué un instrumento de suplicio, una Cruz en la cual padeció en su alma cuanto aquel objeto amado padecia en su cuerpo, ofreciendo con él, con una misma voluntad, un mismo holocausto, derramando ambos á dos su sangre: el uno la de sus venas, la otra la de su corazón; y muriendo los dos, en cierto modo, por la salud del mundo: él con una muerte que ponía fin á sus padecimientos, ella por una supervivencia que era solo una muerte.» ¡Oh! ¡Cuánto costó á María nuestra maternidad! Bien podemos decir que nos dió á luz en el Calvario en medio de los mas crueles tormentos. Empero el hombre puede darse á sí mis-

1 S. Bern. Serm. De duodecim stellis.

2 La Virgen María segun el Evangelio, cap. XIX.

mo el parabien porque no queda en el mundo huérfano y sin apoyo.

Ahora quisiéramos que nos fuera dado poder explicar los continuos beneficios que el mundo recibe cada día por esta Virgen Santísima á la que millones de cristianos saludan con el tierno título de Madre. Pero por nosotros habla la devocion universal que es como innata en todos los pechos católicos: hablan tanta multitud de templos que dedicados á Dios, llevan su nombre: tantos bellos simulacros, imágenes preciosas, que recuerdan de continuo los misterios de su vida ó las diversas advocaciones con las que la Iglesia la saluda. Mal que les pese á los impios Nestorianos, á los sacrilegos sectarios de Leon Isáurico y á los atrevidos Protestantes, el mundo está lleno de monumentos que la gratitud cristiana ha elevado en honra de la Madre de Dios y de los hombres. ¿Qué significa ese entusiasmo de todos los pueblos, cuando se trata de celebrar las glorias de la Virgen Maria? ¿Qué significa ese continuo clamoreo de todos los cristianos, llamándola Madre, siempre que se encuentran en afliccion? ¿Qué da á comprender ese regocijo con que se forman tantas hermandades y congregaciones con el objeto de bendecir su nombre, de cantar sus alabanzas, de impetrar sus piedades? Es claro á todas luces: Maria es la Madre de todos los humanos y los hijos á nadie llegan nunca con la confianza que á sus madres. Apenas la luz de la razon empieza á disipar las tinieblas de la ignorancia en que nacemos envueltos, aprendemos á bendecirla y nos acostumbramos á amarla: nos es simpático su culto, y su devocion parece que nace con nosotros. ¡Qué felices somos en haber nacido en el seno del cristianismo! ¡Cuánta es nuestra dicha en tener una Madre tan amante y tan misericordiosa! En ella, *escala misteriosa por donde Dios bajó á la*

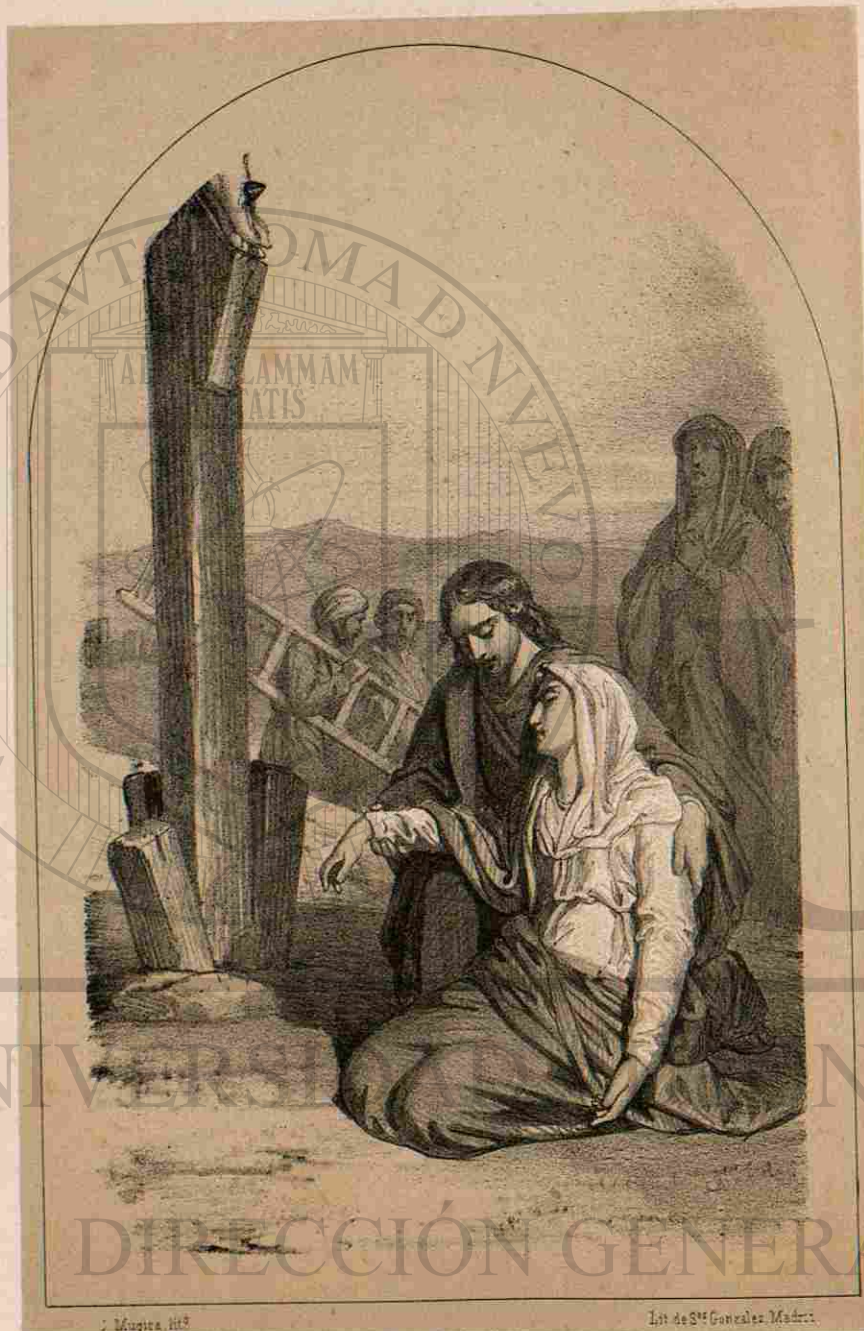
tierra, para que los hombres mereciesen subir al cielo, fijamos con razon nuestra esperanza de salvacion. ¡Gloria á la Madre de la humanidad! ¡Maldicion á sus enemigos!...

Asi como no sabemos apartarnos de sus altares, pues no nos cansamos de enviarle nuestros suspiros, asi no sabemos concluir cuando nos ocupamos de sus glorias ó de los bienes sin cuento que por ella recibe la humanidad: su belleza nos encanta: sus gracias arrebatan nuestras atenciones; sus virtudes nos admiran: su caridad para con las criaturas alienta nuestra confianza, y nos hace experimentar dulces consuelos: en nuestras tribulaciones nos abandonamos en sus manos: su devocion tiene sobre nuestro corazon un dominio que no sabemos explicar, pero que nos impulsa á amarla despues de Dios mas que á todas las cosas: su culto tiene para nosotros una simpatia, una poesia indefinible: ¡Ah! Que no puede ser de otro modo: es nuestra Madre, y jamás podremos olvidar el precioso legado del Testamento del Hombre-Dios: ¡*Hé ahí tu Madre!*

CAPITULO VII.

Amarga soledad de Maria Santisima.

En el momento en que Jesus hubo pronunciado sus últimas palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu;» inclino la cabeza y espiró. La naturaleza hizo su duelo y dió á conocer suficientemente que la obra de la infame sinagoga habia sido un horrendo sacrilegio. En el instante de exhalar su postrimer aliento el Libertador de las naciones, el sol se oscureció ocultando la luz de sus dorados rayos: un espantoso terremoto hizo que las piedras chocaran unas con otras: el velo del templo se rasgó y algunos muertos salieron de sus sepuleros. ¡Momento solemne! Las profecias habian tenido entero cumplimiento. Jesus que habia sufrido por los hombres tristezas, agonias, bofetadas, azotes, espinas y Cruz, ha consumado la obra para que habia sido enviado por su Eterno Padre: habia salido fiador del hombre y habia pagado cuanto el hombre debia. ¡Un silencio sepulcral reina en la cumbre del Gólgotha!.. Las señales de la naturaleza han movido á uno de los testigos de tan trájica escena á exclamar: «Verdaderamente que este era Hijo de Dios.» Entre tanto el populacho satisfecho se vuelve á Jerusalem, no sin proferir blasfemias. Aun debemos por mas tiempo fijar nuestra consideracion en el santo monte por el cual ha corrido á torrentes la divina sangre de la inocentísima víctima. ¡Qué grupo tan interesante el que se presenta á nuestra vista! Jesus cadáver con la cabeza



J. Mugica, 1852

Lit. de S^{te} Gonzalez, Madrid.

Maria al pie de la Cruz.

sobre el pecho y colgado del madero, presenta un espectáculo imponente. Al pié de la Cruz se deja ver una mujer inmóvil, casi exámine y sin vida: embargada su garganta por la fuerza del dolor ni puede quejarse en su aflicción: su mirada estaba fija en el sagrado cádaver. ¿Y quién es esta mujer que así permanece en aquel lugar de sangre y que se halla fuertemente asida á la Cruz? Es la Virgen María: la Madre de la sagrada víctima. Se halla como absorta por que acaba de perder á su Hijo, que á la vez era su Padre, su Esposo, la luz de sus ojos, la vida de su alma. ¡Mujer singular! ¡Heroína admirable y mas esforzada que cuantas conocieran los siglos!

Jesús habia muerto, y por lo tanto, habia concluido de padecer: no mas será entregado en manos de sus enemigos: no mas se verá cubierto con la vestidura de los dementes: su divino rostro no volverá á recibir golpes de sacrílegas manos: no mas será llevado de tribunal en tribunal, ni pasará la vergüenza y el tormento de la flagelación. Concluyeron de una vez sus ignominias: su sagrado eadáver será colocado en un sepulcro, del cual saldrá triunfante de la muerte para subir al cielo y sentarse á la diestra de su Eterno Padre. Empero María no muere: la Providencia sábia en sus juicios, dispone que sobreviva á su Hijo para mayor prolongacion de su martirio. María no ha acabado todavía de padecer. Uno de los soldados que guardaban el santo cádaver, guiado por su feroz instinto, lanza en ristre acomete al Señor y le abre su costado divino del que sale el último resto de su sangre. Verdad es que esta injuria no fué sentida por el Salvador por estar ya difunto, pero atravesó de parte á parte el corazon de su Madre.

En el colmo de la aflicción hace María los mayores esfuerzos por abrazarse al cádaver de su Hijo, pero no puede

conseguirlo. San Efrén, que la contempla en este estado pone en sus labios estas palabras: «¡Oh cruz santísima y venerable! inclínate á mis manos, para que yo pueda recoger tu dulce fruto, que fué antes fruto de mis entrañas: inclínate á mis ruegos y suspiros, para que yo practique con mi Hijo los piadosos oficios que debo como Madre!» Nadie se presenta á dar consuelo á la afligidísima Señora: la tempestad es espantosa; ni el mas veloz relámpago viene á alumbrar siquiera momentáneamente aquel cuadro de tristeza. María eleva sus clamores al cielo, pero el mismo cielo parece que se hace sordo. Hé aquí el principio de la soledad amarguísima de María: la luz de sus ojos le ha faltado, el norte que la guiara en el proceloso mar del mundo ha dejado de existir.

Dos varones de los que no habian tenido parte en la muerte de Jesus y que antes por el contrario detestaban en sus corazones el sacrílego atentado de la Sinagoga, se presentaron á Pilatos para pedirle el cuerpo de Jesus, lo que les fué concedido. Con la mayor piedad, pues, se dirigieron al Calvario, con el objeto de bajarle de la Cruz, para darle honrosa sepultura en un sepulcro nuevo de piedra que era de José. María los vió llegar y esperó en silencio saber el objeto que traian. Ellos se lo manifestaron, y la Señora que no deseaba otra cosa que estrechar entre sus brazos el cadáver de su Hijo, otorgó el consentimiento, agradeciéndoles al mismo tiempo la piedad con que venian á desempeñar aquella obra.

Lo primero que hicieron los piadosos varones fué despojarse de sus mantos para poder con mas facilidad llevar á cabo su intento, y colocaron á los dos lados de la Cruz las escaleras que á prevencion habian llevado. La Virgen-Madre no se habia movido del pié de la Cruz: por esto, los

piadosos varones, dice la V. Agreda, le suplicaron á S. Juan la hiciere retirar un poco, conociendo que se habia de renovar su dolor; pero el santo Apóstol que conocia el invencible corazon de su Señora y Madre, contestó que desde el principio de la Pasion habia asistido á todos los trabajos del Señor, y que no le dejaria hasta el fin porque le veneraba como á Dios y le amaba como á Hijo de sus entrañas, y como á la misma Señora le hiciesen igual súplica, los respondió: «Que pues se habia hallado á ver clavar en la Cruz á su dulcísimo Hijo tuviesen á bien que se hallase á verle desclavar, pues que este acto tan piadoso, por mas que lastimase de nuevo su corazon, daria mayor alimento al dolor.

José y Nicodemus dieron principio á su obra, por quitar de la cabeza del Redentor la corona de espinas fabricada por el ódio y la venganza, colocándola en manos de la Santísima Virgen que á su vez se hallaba coronada con diadema de tribulacion. La desconsoladísima Madre regó con sus lágrimas aquellas espinas que habian tan cruelmente martirizado la cabeza del Salomon divino. ¡Ah! ¡Cuáles serian en aquellos momentos las reflexiones que haria á través de la angustia de que estaria poseida! ¡Cuáles serian los afectos de su corazon maternal al contemplar la diadema de tribulacion en que la perfidia de los judíos habia trocado la hermosa diadema de inmortalidad que Jesus recibiera de su Padre, antes que existiesen los siglos!... Entre tanto que María contemplaba aquel instrumento de martirio, los piadosos varones continuaban su obra: uno tras otro sacaron los clavos que igualmente recibió la Señora con la mayor veneracion. Pocos momentos despues el sagrado cadáver de Jesus era depositado en el regazo de su Madre. Nunca como ahora hemos conocido nuestra pequeñez y lo menguado de nuestra inteligencia. ¿Dónde encontraremos colores vi-

vos para pintar el cuadro que nos representa á esta amantísima Madre en el acto de recibir en sus brazos el yerto cadáver de Jesus? Los sentimientos de Abraham, las lágrimas de Agár, las angustias de la madre de Moisés, los desconsuelos de Anna, los gemidos de Respha, son muy débiles imágenes de los tormentos del corazón de la Madre de Jesus, que despues de haber visto morir á este inocentísimo Abel á manos de la envidia, le recibe cadáver en sus manos. Aun duraba el duelo de la naturaleza: opacos celajes, negros nubarrones ocultaban la faz del firmamento: ni se oía el canto de las aves que impelidas por la oscuridad aligeraban el vuelo por buscar sus nidos. El aspecto del Gólgota era el mas imponente: el hombre de mas valor acostumbrado á las fatigas y desastres del campo de batalla, hubiese temblado de miedo como un niño al verse en aquellos momentos en la cresta de la montaña santa. La fe era únicamente la que podía sostener las fuerzas, y la fe animaba aquel pequeño grupo que se hallaba al lado de la Cruz. Los piadosos varones que habian descendido del sagrado leño, el cuerpo de Jesus, San Juan y las piadosas mujeres, contemplaban como estáticos y pasmados aquel terrible cuadro de dolor, y María, la heroína mas admirable que conocieran los siglos cerró con sus manos los entreabiertos ojos de su Hijo, y lavó sus heridas colocando sobre ellas bálsamo aromático. Un sudor frio mezclado con lágrimas amargas cubría la hermosura de su rostro. ¡Oh Eterno Padre, exclamaria, por que no he muerto yo en lugar de mi Hijo! ¡En qué estado le veo!..

El tiempo avanzaba, y la noche parecia adelantar su curso, á causa de la oscuridad producida por el eclipse de los astros. José y Nicodemus llamaron la atención de la Santísima Virgen, harto embebida en la contemplacion del

yerto cadáver de su Jesus: pidiéronle permiso para verificar el entierro, y la Señora que no hubiese querido separarse jamás de aquel tesoro tan amado de su corazón, lo otorgó, disponiéndose á acompañarle. José tenia un sepulcro nuevo de piedra y le habia destinado para el Señor. El sagrado cadáver envuelto en una sábana limpia fué conducido por San Juan, José de Arimathea, Nicodemus y el Centurion. María formaba parte de la fúnebre comitiva compuesta de las piadosas mujeres. Ni una voz interrumpia el sepulcral silencio en que caminaba aquella procesion, la mas lúgubre que vieron los siglos, y solo se dejaban oír los sollozos y gemidos. Todos bañaban la tierra con sus lágrimas, dice el Justiniano. Multitud de ángeles al efecto convocados por la Santísima Virgen, habian descendido de las alturas, en cuerpos visibles, aunque no para los demas circunstantes, sino para su Reina y Señora, y formaban un cortejo fúnebre que era debido al dueño de la naturaleza. Por fin, llegaron al huerto donde estaba situado el sepulcro de José en el cual nadie habia sido todavia enterrado. Un temblor convulsivo se habia apoderado de todos los miembros de María: vió llegado el instante de separarse de su Hijo, y el solo pensamiento de la amarga y triste soledad en que habia de quedar la hacia estremecer de los piés á la cabeza. La sensacion que experimenta el navegante cuando á través de una noche cubierta de tinieblas, ve agitado el bajel por el impulso de encrespadas olas que le amenazan con una muerte próxima y desastrosa, cuando el trueno le intimida y los repetidos relámpagos le deslumbran, y que observa que la frágil casa de madera que le conduce se va hundiendo en el agua, no puede servir de punto de comparacion para comprender la sensacion del alma de María, cuando los piadosos varones colocaron en el sepulcro el cuerpo de su Hijo.

¡Escena de dolor, que estáticos contemplarian los ángeles!

La losa sepulcral iba á ser colocada, pero la desconsolada Virgen de Nazareth, quiere despedirse de su Jesus amado y se precipita á estrecharle de nuevo entre sus brazos. ¡Con qué espresiones demostraria los dulces afectos de su corazon amante! ¡Adios, esclamaría con palabras entrecortadas por los sollozos y gemidos, adios Hijo de mi vida, luz de mis ojos, y prenda amada de mi corazon! ¡Por qué no has permitido que sea yo encerrada contigo en el sepulcro! ¡Por qué he de verme obligado á separarme de tí!.. Era necesario que tuviese término aquella desgarradora escena. Maria despues que hubo desahogado los afectos de su corazon como Madre abrazada con su Hijo, se postró en tierra como esclava delante de su Señor, como criatura en la presencia del Criador. Con la mayor reverencia adoró el sagrado cadáver haciendo lo mismo cuantos estaban presentes. Un instante despues, la pesada losa cayó á un mismo tiempo sobre el cuerpo del Hijo y sobre el corazon de la Madre...

Vió este momento Isaias divinamente inspirado cuando á través de los tiempos exclamara: *¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la Señora de las naciones; la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria. Lloró hilo á hilo en la noche y sus lágrimas se secaron en sus mejillas: no hay quien la consuele entre todos sus amados*¹. Y en efecto la ciudad de Dios, el Tabernáculo santificado del Altísimo se vé solitario: Maria la Señora de las naciones, la Reina del universo, la que era la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel y la honra de su pueblo, ha quedado como triste y desamparada viuda: *¿A quién te compararé, hija de Jerusalem? ¿Con*

¹ Thren. cap. 1, v. 1 y 2.

*quién te asemejaré ó Virgen hija de Sion? porque grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién será capaz de consolarte*¹? Tal era el desconsuelo de la Santísima Virgen, que como dice San Bernardo, los mismos discípulos al verla en tal estado lloraban amargamente, mas que por la muerte del Hijo por este nuevo dolor de la Madre, siendo lo mas notable que llorasen tambien á vista de su afliccion, algunos de los mismos que habian tenido parte en la muerte de Jesus².

Luego que el sagrado cadáver quedó depositado en el sepulcro, volviéronse todos con el mayor recogimiento y compostura al Calvario. Maria quiso que todos pasasen con ella por el lugar del sacrificio para que en su compañía adorasen la santa Cruz. Asi, pues, todos subieron en silencio hasta la cumbre del Gólgatha, y la Reina de los mártires fué la primera en postrarse ante el instrumento santo de la muerte de Jesus, que si hasta entonces habia sido objeto de terror y espanto, habia de ser en adelante y hasta el fin de los siglos, signo de adoracion en los pueblos y naciones: la Cruz ante cuya presencia habian de caer por tierra los ídolos, que se habia de elevar sobre las mas altas torres y pirámides y que habia de adornar y embellecer como trofeo de gloria y el mas honorífico de la tierra, la diadema de los Césares. San Juan, la Magdalena, José, Nicodemus y las piadosas mujeres siguieron el ejemplo de la Reina de todas las virtudes, y rostro en tierra adoraron al sagrado leño. ¡Dichosas criaturas! Ellas formaron las primicias de esa innumerable multitud de adoradores que de siglo en siglo vienen rodeando el lecho florido del Salomon divino, la cátedra de la mas sublime enseñanza, la Cruz salvadora.

¹ Ibid. II, v. 13.

² S. Bern. De lam. Virg.

El Sol se ocultaba despues de haber dividido en el momento de su eclipse el mundo de las profecias del mundo del Evangelio: la época de los vaticinios de la época de la realidad. María se retiró del Calvario, dirigiéndose al Cenáculo, y tal era el desconsuelo que se retrataba en su rostro, que no solamente llenaba de afliccion á los que la acompañaban sino que muchos judíos, dice San Buenaventura, salian de sus casas y vertiendo lágrimas de compasion se reunian á aquella corta comitiva. Luego que la Señora llegó al Cenáculo se despidieron de ella todos los que la habian acompañado menos San Juan y las Marías que con ella se quedaron.

¡Qué noche tan cruel! Cuanto la rodeaba aumentaba las angustias de su soledad. La ausencia de aquel que formaba sus mas bellos encantos le era insoportable. Sus ojos se dirigian de una á otra parte: le habia visto colocar en el sepulcro, pero se figuraba oír su divina voz cada instante. ¡Cruels desengaños! ¡Jesus! ¡Jesus!... esclama, pero todo calla, todo enmudece y ella vuelve á quedar sumergida en el insondable piélago de la mas cruel amargura: como embargada y fuera de sí á fuerza de la angustia de su corazon, cree estrechar entre sus brazos al amado de su alma, pero vuelve en sí, y solo ve tristes objetos que le recuerdan la pérdida que acaba de experimentar. Verdad es que allí está Juan, y tambien aquellas mujeres que llenas de piedad procuraban consolarla y enjugar sus lágrimas: ¿pero cómo habia de encontrar consuelo? ¿Quién podria llenar el vacio que en su corazon habia dejado su Jesus amado? ¡Ah! Que á proporcion que era grande el amor que siempre le habia profesado, y el conocimiento que tenia de sus perfecciones, era extraordinario el dolor que su pérdida le ocasionaba. Nada podia prestarle consuelo. En tan angustioso estado

podia esclamar y esclamaría con el Profeta de los lamentos: *Han oido que estoy gimiendo, y no hay quien me consuele*¹.

En vano trataríamos de buscar comparaciones, ni de servirnos de símiles para espresar segun fueran nuestros deseos las amarguras de María en su soledad: la elocuencia mas robusta, la pluma mejor cortada retrocederia al querer describirla. Era necesario ser María para poderlo comprender. Quisiéramos llamar la atencion de aquellas madres á quienes la muerte arrebatara aquel hijo único que era objeto de sus delicias ¿pero qué comparacion hay entre la madre de un puro hombre, y la Madre de un Dios? y si el dolor producido por la muerte de un hijo es tanto mas cruel, cuanto es mas desastroso el género de muerte que le ha arrebatado, bástanos fijar nuestra consideracion en los tormentos de la pasion y crucifixion del Salvador para que de una vez renunciemos á toda clase de símiles, y dejemos á un lado toda comparacion humana. Empero siquiera sea en justo obsequio á la divina Eva que dolores tan crueles experimentara por la humanidad, detengámonos á meditar en la amargura de su corazon, y fijando nuestra imaginacion en el Cenáculo, tratemos de delinear aunque no sea mas que un débil y pálido bosquejo.

Al verse María privada de la vista de su divino Hijo, recordaria todos los acontecimientos que se habian ido sucediendo desde aquel instante feliz sobre toda ponderacion, en que el enviado del cielo le anunciara la Encarnacion del Verbo en sus purisimas entrañas. A su vista se presentaria la humildad de la gruta de Belen, y las pajas donde se habia reclinado aquella cabeza que era el centro de la sabiduria eterna, pero recordaria tambien que allí recibió las

¹ Audireunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me. Ehen. I, v. 21.

primeras adoraciones de los humildes pastores y de los opulentos monarcas del Oriente. Recordaria tambien aquel otro dia en que despues de buscarle con el mayor dolor le habia visto radiante de hermosura en medio de los doctores de la Sinagoga, derramando de sus lábios un torrente de sabiduría y confundiendo la arrogancia y presuncion de aquellos á quienes Israel por sábios reconocia: y los extraordinarios y repetidos milagros que efectuara en el tiempo de su predicacion, y las aclamaciones que habia recibido de los que á su palabra omnipotente debieran el haber recobrado la salud: y las contradicciones que experimentara por parte de sus enemigos, y las calumnias con que quisieron eclipsar sus glorias y sus triunfos, y las recientes escenas de los tribunales y del Calvario... y todos estos recuerdos formaban para aquella amante Madre otros tantos cuchillos que desapiadadamente y del modo mas violento herian su corazon. Verdad es que si la Virgen Madre tuvo durante su vida, motivos de gozo y de alegría, siempre fueron mezclados de angustias pues jamás se apartó de su mente el lúgubre vaticinio de Simeon: pero al fin tenia el consuelo de poseer á su Hijo, de comunicarse con él, y en el amor que reciprocamente se profesaban, encontraba una indemnizacion á sus sinsabores. Pero ahora, cuando Jesus ha muerto á manos de sus crueles enemigos, cuando sobre su cadáver ha caido la losa del sepulcro, ¿con quién se asociará que pueda dar algun lenitivo á sus angustias? ¿Quién podrá ocupar en su corazon el lugar de su Hijo? ¿En quién encontrará el amor que aquel la profesaba?

Soledad amarguísima é incomparable!.. Las mas angustiosas situaciones de la vida, los mas terribles azares, los cruellimos tormentos que despues han sufr' do los innumerables y esforzados mártires del Cristianismo que han sido es-

pectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres, sombra son y nada mas. comparados con el hondo pesar é incomprendible angustia que experimenta María en su soledad. ¡La razon humana se pierde en un abismo que no le es dado sondear!.. A María separada de su Hijo, no le resta otra cosa que gemir y llorar. Hubiera querido morir con él, pero Dios dispuso que apurase hasta las heces el cáliz de la amargura: debió sobrevivir á su Hijo, quedar algun tiempo en el mundo, no solamente para compañera y maestra de los Apóstoles y primeros discípulos, sino tambien para que en todas las situaciones de la vida, tuviesen las criaturas un perfecto modelo que imitar.

Por cuanto acabamos de decir, se comprende en algun modo que la soledad de la Santísima Virgen María, fué la mas espantosa que puede concebirse. Grande fué en verdad su afliccion cuando al pié del árbol del sacrificio presenciaba la cruenta escena de la muerte de Jesus, reconcentrándose en su corazon todos los tormentos que aquel sufría en todos los miembros de su cuerpo. Profunda, inconcebible fué su angustia cuando le contemplaba cadáver al pié del sacrosanto leño; empero tenia el consuelo de verle, y podia adorar aquellas manos que aunque rasgadas por los clavos, eran las que habian fabricado el firmamento: veia aquella cabeza que aunque ceñida por una corona matizada de punzantes espinas, era el centro de la sabiduría eterna: mas ahora que la losa sepulcral le habia ocultado á sus ojos; ahora que en el retiro del Cenáculo se ve sin la luz que era su guia, es cuando agota las últimas heces del amargo cáliz de sus dolores y aflicciones. Busca al amado de su corazon y no le encuentra: le llama y en vano espera escuchar su voz divina. Para María no podia ofrecer ya la tierra otra cosa que amargos recuerdos y soledad horrible. Como el

Profeta de los Salmos esclamaría: «¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de tí que he querido sobre la tierra?»¹ ¿Qué cosa podrá ya satisfacer mis deseos y esperanzas?..

Imposible nos es seguir en la contemplacion de la soledad de María. Por mas que con este asunto llenásemos un grueso volúmen, nada podriamos añadir, porque como hemos dicho antes y repetimos ahora, era necesario ser María misma, estar dotados de sus mismos sentimientos para comprender la honda pena de su corazon á través de los sucesos que venimos describiendo. Si supiéramos amar á Jesus al modo que le amó su bienaventurada Madre; si nuestro corazon helado por desgracia, estuviese abrasado por el fuego activo de la caridad hermosa, las lágrimas arrasarian nuestros ojos, y el espanto se apoderaria de nuestra alma ante el sombrío cuadro de la soledad de María. ¿Y no hay en ella enseñanza para nosotros? ¡Ah! Jesus que habia dicho lo que él solo podia decir: «Yo soy el camino» nos ha enseñado por sí mismo que la Cruz es la senda que conduce á la felicidad por la que ansía el corazon humano: con sus tormentos y su muerte nos ha hecho conocer que no es un camino sembrado de flores el que conduce al cielo, sino las aflicciones y trabajos sufridos con resignacion y con alegría. Asi nos lo enseña el modelo de santidad increada: y María, modelo de santidad creada nos ha enseñado en el Calvario y despues en la soledad del Cenáculo, la conformidad que el cristiano debe tener con la voluntad divina. Ni la mas mínima queja salió de sus labios no obstante la terrible tempestad que se estrellaba en el fuerte muro de su corazon.

No concluiremos este capítulo sin dedicar cuatro líneas

¹ Quid enim mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Psalm. LXXII.

á honrar á aquellos piadosos varones que llenos de fe, sin temor á aquel pueblo bárbaro, se atrevieron á tributar á Jesucristo los últimos honores bajándole de la Cruz, y dándole sepultura. Las bendiciones del cielo serian el premio de obra tan meritoria. ¡Dichoso el que no se avergüence de ser hijo de Jesucristo y profesor de su doctrina! ¡Dichoso aquel que sin temor á las contradicciones y las burlas de un mundo insensato, sabe ofrecer al divino Redentor de la humanidad los justos homenajes de amor, de veneracion y de respeto que le son debidos! Aquellas almas tímidas y cobardes, que por mas que estén dotadas de un corazon recto, huyen por respetos humanos de confesar públicamente á Jesucristo, se ponen en el caso de que el mismo Señor los desconozca á ellos delante de su mismo Padre. Terminantemente lo ha dicho por el evangelista San Mateo.¹

Si el Evangelio fuese el libro de nuestras continuas meditaciones: si en los azares de la vida, en las tribulaciones y angustias que necesariamente nos rodean en este valle de lágrimas ó tierra de peregrinacion, recordáramos los padecimientos de Jesus y de María, formariamos de nuestros mismos trabajos, escala para el cielo.

¹ Qui negaverit me coram hominibus, negabo et eum coram Patre meo qui in cœlis est. Math. cap. X. v. 33.

CAPITULO VIII.

María en la Resurreccion del Salvador.

La Sinagoga habia llevado á cabo la obra de iniquidad que en su loco orgullo concibiera. El justo por excelencia habia muerto cual un malhechor pendiente de un patíbulo de afrenta, y su cadáver habia sido encerrado en el sepulcro. Ya nada podrá temer aquel pueblo ingrato sobre el cual va á caer la terrible maldicion que él mismo invocara: *Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Desaparecerá la mesa de los panes de proposicion, el candelabro misterioso, é imposibilitados quedan de celebrar sus Pascuas, sus Azimos y festividades. El mismo Dios que antes les dijera « inmolarme victimas en el templo que he escogido » ya esclama: « No me agradan las victimas de Judá y Jerusalem. » ¡Pueblo infeliz!..

Los enemigos del Salvador; los que le habian conducido como oveja al lugar del sacrificio, tenian presente el anuncio que repetidas veces habia hecho de que resucitaria á los tres dias de su muerte. Creyeron, pues, que seria muy conveniente custodiar el sepulcro, tomar precauciones sin dar á comprender que temian su poder, sino algun fraude que pudiesen llevar á cabo sus discípulos, estrayendo el cadáver y haciendo creer que habia resucitado. « Asi pues, » dice el Evangelio, al otro dia que sigue á la Parasceve, los « príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron á Pilatos » diciéndole: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor

cuando todavia vivia: Despues de tres dias resucitaré. « Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el tercero dia, » no sea que vengan sus discípulos, y hurtando el cadáver » digan á la plebe: resucitó de entre los muertos, y será » este error peor que el primero. Teneis soldados, les con- » testó Pilatos, para la guardia de vuestro templo: tomad » pues, un fuerte destacamento y custodiad con toda vigi- » lancia el sepulcro de Jesús segun vuestro saber. Ellos, » pues, fueron y para asegurar el sepulcro, sellaron la pie- » dra y pusieron guardas ¹.

Hasta aqui, solo nos hemos detenido en los grandes acontecimientos de la vida y muerte del Salvador de la humanidad, que se hallan intimamente enlazados con la Historia de la Santísima Virgen María, que es el objeto de este libro; sin embargo, la Resurreccion de Jesucristo, una vez tocada, no podemos pasar adelante sin detenernos en ella, porque es el misterio fundamental de nuestra fe, por lo que dice San Pablo: Si Jesucristo no hubiese resucitado, vana seria nuestra predicacion, vana nuestra fe ².

San Juan Crisóstomo hace una reflexion digna de que en ella fijemos la atencion. Los judios tenian una compañía de soldados para la guarda del templo. Esto no obstante ordenó Dios que Pilatos no dispusiese que fuesen sus soldados los que custodiasen el sepulcro, sino que lo hiciesen ellos mismos, para que de este modo no pudiesen decir despues, que los discípulos del Señor se habian concertado con los guardas para que le entregasen el cadáver haciendo creer falsamente que habia resucitado. Dios admirable en todas sus obras quiso de tal modo ordenar los sucesos, que aquel

¹ Math. XXVII, 62-66.

² Si Christus non re-urrexit, inanis est prædicatio nostra, inanis est fides vestra. I ad Cor. XV, v. 14.

pueblo rebelde no tuviese disculpa ni aun á los ojos del mundo, del horrible crimen que acababa de cometer. Es claro á todas luces que los Apóstoles no tenían interés alguno en suponer la Resurrección. Cobardes á la vista del peligro, solo Juan se había atrevido á presentarse en el lugar del sacrificio, y uno de ellos se resistió después á creer á sus compañeros cuando le notificaron que habían visto y hablado al Maestro. Si pues Jesucristo no hubiera verdaderamente resucitado, si no le hubiesen hablado, sino hubiesen oído el eco de su voz divina, ¿cómo hubiesen tenido valor para predicar su doctrina esponiéndose á conceitar contra ellos el odio de los poderosos? ¿Cómo hubiesen entregado voluntariamente su vida en los mas crueles tormentos? Era necesario para esto una plena convicción. Si la Resurrección de Jesucristo no hubiera sido cierta y evidente, los Apóstoles que tan cobardes habían sido, se hubieran retirado á buscarse el sustento con las redes, y á pesar de todos los prodigios obrados por su Maestro y de tanta multitud de maravillas como habían presenciado, hubiesen concluido por creer que no podía ser un Dios el que no había tenido poder para resucitarse á sí mismo, segun que tan repetidas veces lo había anunciado.

Luego, pues, que los judios hubieron recibido el permiso que habían pedido á Pilatos, fueron á formar la guardia del sepulcro, y los mismos que tan inhumanamente le habían quitado la vida, se constituyeron vigilantes centinelas del sagrado cadáver del Salvador. Que era grande el interés que tenían en evitar un fraude es claro á todas luces. Pero nada importaba toda su vigilancia y todos sus esfuerzos y cuidados. Nada había mas lejos de la intención de los Apóstoles que el acercarse al sepulcro, pues que en mucho estimaban su vida los que mas tarde y con tanto

heroismo habían de entregarla en manos de los verdugos. Aquel á quien el mar y los vientos habían obedecido, á cuyo mandato todas las enfermedades se retiraban, y que tuvo poder para sacar á Lázaro del sepulcro después de muerto de mas de cuatro dias, no podia dejar de tener poder para resucitarse á sí mismo.

Lo primero que hicieron los judios fué registrar el sepulcro, y después que se hubieron asegurado de que allí estaba el cuerpo de Jesus, sellaron la piedra que le cubria, constituyendo centinelas, á los cuales dieron consigna de no permitir acercarse persona alguna á aquel lugar. Al día siguiente, salido ya el sol, María Magdalena, acompañada de la otra María madre de Santiago y de Salomé, que habían comprado aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus, fueron con la mayor diligencia al sepulcro, pues ignorando que estaba custodiado, querian embalsamar el sagrado cadáver. Al llegar vieron la losa que había sido movida de su lugar y sobre ella un ángel vestido de blanco que les dijo: «No os asustéis, buscad á Jesus Nazareno el que fué crucificado; ha resucitado: no está aquí; ved el lugar adonde le pusieron. Mas id y decid á sus discipulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea; allí le vereis como os dijo.»

En ninguna parte vemos resaltar mas la perfidia judaica que en la Resurrección del Salvador. Ellos quedaron precisamente aturdidos cuando le vieron salir del sepulcro, y entonces no pudieron menos de reconocer la gravedad del delito que habían cometido, pero se propusieron encubrirlo á todo trance. Llenos de dolor debian haber entrado en la ciudad proclamando la verdad de la Resurrección del

1 Math. cap. XXVIII, 1-7.—Marc. cap. XVI, v. 1, et seq.—Luc. cap. XXIV, v. 1 et seq.—Joan. cap. XX, v. 1.

Señor y diciendo: hemos pecado contra Dios: aquel á quien quitamos la vida en la Cruz ha resucitado de entre los muertos, segun habia predicho anticipadamente. No hicieron esto y antes por el contrario, luego que se hubieron re- puesto algun tanto del susto que les causara la salida triun- fante de Jesucristo del sepulcro, se dirigieron algunos de ellos en consulta á los principes de los sacerdotes, los cuales enterados de lo ocurrido, distribuyeron una crecida suma de dinero entre los guardas del sepulcro, encargándoles que dijeran que habian venido de noche sus discípulos y le habian hurtado mientras ellos dormian, y recibiendo ellos el dinero lo hicieron segun se les habia encargado¹. No puede presentarse seguramente un argumento mas ridiculo contra la Resurreccion del Salvador. No es posible que todos los individuos de una guardia que tan interesada se hallaba en vijilar, se quedasen dormidos abandonando de este modo lo que debia ser objeto de sus mayores cuidados. Y aun que- riendo suponer que asi hubiese podido ser ¿cómo no se des- pertaron con la llegada de los discípulos y el ruido que ne- cesariamente hubieran tenido que hacer al levantar la losa? ¡Vana y miserable astucia! esclama San Agustin: ¡Vosotros si que sois los dormidos! En la Historia de Jesucristo, nos hemos detenido en presentar sólidas pruebas de la Resur- reccion del Salvador. Ahora es fuera de nuestro propósito el continuar en este terreno. Sigamos pues la narracion de los sucesos.

Las piadosas mujeres, que como hemos dicho, habian ido de mañana al sepulcro, y á las cuales el ángel les noti- ció la Resurreccion, fueron inmediatamente y llenas del mayor regocijo á dar cuenta á Pedro y Juan de todo lo que

¹ Math. XXVIII, 11 et seq.

les habia ocurrido. Apenas aquellos dos discípulos recibieron la noticia fueron al sepulcro y vieron en efecto los lienzos ó sábanas en que habia sido envuelto y el sudario de su cabeza.

Hé aquí como describe San Juan la primera aparicion de Jesucristo resucitado á los Apóstoles: «Llegada la tarde de aquel dia, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesus y se puso en medio de ellos y les dijo: Paz á vosotros. Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los disci- pulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Y di- chas estas palabras sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, perdo- nados les son, y á los que se los retuviereis, les son rete- nidos. Pero Tomás uno de los doce, que se llamaba Didy- mo no estaba con ellos cuando vino Jesus. Y los otros disci- pulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él les con- testó: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar donde estuvieron, y metiere mi mano en su costado no lo creeré. Y al cabo de ocho dias estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos: vino Jesus cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: Paz á vosotros. Y despues dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y dá acá la tuya y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dijo: Porque me has visto Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron¹»

Varias son las apariciones de Jesucristo despues de re-

¹ Juan. cap. XX.

sucitado de las que nos hablan los evangelistas, pero no hacen mencion alguna de la Virgen Santísima. Este silencio del sagrado testo ha sido motivo de asombro para muchos, creyendo que en primer lugar debíanse señalar las apariciones á la Virgen-Madre. Nosotros por el contrario, encontramos en este silencio pruebas honrosísimas para la Señora. Los evangelistas se fijan tan solamente en las apariciones á los Apóstoles, porque estos eran los destinados á manifestar al mundo la verdad de la Resurreccion. La opinion de muchos Padres y escritores es que la Santísima Virgen fué la que tuvo la dicha de verle triunfante de la muerte, antes que ninguna otra criatura. Augusto Nicolás deduce del silencio de los evangelistas que Jesucristo resucitado no cesó de estar presente á su Santa Madre y que por esto no se le apareció como á los demas. Y así tambien lo comprendemos nosotros. María merecia mas que los Apóstoles y discipulos. ¿No habia en esto de ser privilegiada? Si dolores tan acerbos habia sufrido en la pasion y muerte de su divino Hijo, ¿cómo este no habia de apresurarse á darle el inefable consuelo que tenia que causarle su presencia? «Si se negase esta verdad, porque ninguno de los Evangelistas la ha dejado consignada, seguiríase, dice oportunamente Roca y Cornet, que nunca jamás despues de su resurreccion se dejó ver de su Madre, pues ninguno de aquellos dice dónde y cuándo se le apareció. ¿Y esto se creerá de Aquel que en su ley estableció el precepto de honrar al padre y á la madre? ¿Y es de presumir que con tan cruda negligencia, su tal Hijo dejase desairada á una Madre cuyo corazon habia sido por causa de él traspasado con un cuchillo de dolor?» Escusado nos parece detenernos mas tiempo en la

1 Historia de Jesucristo. Cap. XCVIII.

demostracion de una verdad que no puede poner en duda ninguno que conozca los privilegios de la Santísima Virgen María, y el amor que la profesaba su Hijo el divino Reparador. Contemplemos ahora los afectos que experimentaríase la Señora cuando en medio del hondo pesar que oprimia su corazon en su amarga soledad vió delante de sí aquel Hijo cuya pérdida lloraba inconsolable. Es sabido que lo mismo puede matar una alegría que un pesar: así creemos que si la Virgen-Madre necesitó ser confortada del cielo para no morir de pena en el Calvario, tendria que serlo tambien ahora para poder sobrevivir al regocijo que experimentaríase su amante corazon. Durante el tiempo de su soledad, su pensamiento estaba fijo en el Calvario, no apartándose de su imaginacion las lúgubres escenas que habia presenciado. Aun le parecia ver á su Hijo en manos de sus verdugos, y fijando su consideracion en lo mucho que le habia costado la Redencion de la humanidad, estremeciase á la sola consideracion de la ingratitud con que habian de corresponderle una multitud de criaturas. Pensamientos eran estos que no podian menos de contribuir á hacer mas amarga su soledad.

María sabia que su Hijo habia de resucitar como lo habia anunciado. Esperaba pues que así se verificase, y entretanto las horas le parecian siglos. Durante el tiempo que el Señor estuvo en el sepulcro, la imaginacion de su Madre estuvo fija en el Calvario: aun le parecia escuchar las blasfemias que impuros lábios les dirigieran; aun parecian resonar en sus oidos los golpes del martillo: cuanto habia pasado, hasta la mas mínima circunstancia, cuantas palabras habia pronunciado su Jesus amado, todo estaba presente á ella, y si bien estos tristes recuerdos no podian menos de afligirla, habia un motivo que contribuía poderosamente á

aumentar la amargura de su soledad. Presente á su privilegiada imaginacion, hallábanse las generaciones futuras: como si á su vista se hubiese descornado el velo del porvenir, atravesaba desde el Cenáculo por medio de los tiempos y veia la ingratitude monstruosa de una multitud de criaturas que no queriéndose aprovechar de los frutos de la Redencion, habian de hacer infructuosa para ellos la muerte del Redentor; veialos Maria, y tantos y tan ciertos presentimientos daban los últimos y mas crueles golpes á la afilada cuchilla que atravesaba su corazon amante. ¿Qué nuevo martirio el que le hacian experimentar tan lúgubres pensamientos! Elevando sus ojos al cielo y juntas sus manos ante el pecho, no podria menos de esclamar: ¡Oh Eterno Padre, mi Dios y mi Criador! ¿Será posible que tanto dolor, tanta afrenta, tormentos tan crueles, y una muerte tan cruel é ignominiosa, no sea aprovechada por tan gran número de hombres que mirando con menosprecio ó indiferencia esa gloria que vuestro Santísimo Hijo y mio les ha conquistado con su Cruz, prefieran el infierno? ¿Será posible que hombres insensatos continúen por mas tiempo quemando incienso ante deidades fementidas? ¿Será posible que haya criaturas tan faltas de juicio que prefieran morir de sed, por no llegarse al pozo de agua viva? ¿Habrá de conseguir aun nuevas conquistas el fuerte armado, no obstante haberse verificado la Redencion de la humanidad?

De este modo atormentaban su corazon sus mismos pensamientos. Veia apartarse de su Hijo y de ella aquellos falsos cristianos, que olvidados de las promesas que solemnemente hicieron al ser regenerados por el agua del Bautismo, y dando oídos á las falsas doctrinas del error y de la incredulidad, renuevan continuamente los tormentos del Hijo y los dolores de la Madre. Veia apartarse de su Hijo

y de ella aquellos hombres entregados al vicio que formando sus delicias de la mas criminal degradacion, viven envueltos en las funestas redes de la sensualidad, arrastrando tras de ellos otra multitud de almas incautas para conducir las con ellos al abismo de la perdicion. Veia ese egoismo y ambicion con que muchos de los que profesan la doctrina de Jesucristo forman colosales fortunas sobre la ruina del huérfano ó del necesitado. Veia ese cinismo de los que no titubean en poner sus plantas en gradas ensangrentadas para poder ocupar puestos de distincion en el mundo. Veia en suma, todo el Cristianismo que debia formar un pueblo de ángeles, en el que solo debia existir un solo corazon y una sola alma, pues todas debian estar unidas por los vínculos de la caridad divina, y se presentaban ante sus ojos reyes tiranos, pueblos rebeldes, poderosos abusando de su poder, jueces iníquos condenando al inocente y salvando al culpable, no á causa de juicios erróneos, sino movidos por el oro; sacerdotes olvidados de su ministerio y fieles imitadores del traidor discipulo, que si no entregan al Salvador por dinero, le destronan de su corazon, dando su imperio á Belial: militares llenos de arrogancia y de orgullo, constituidos en martillos en vez de defensores de su patria, y que creyéndose autorizados para todo atropellan con el mayor despotismo al honrado ciudadano. Y el padre que olvidado de sus sagrados deberes, lejos de guiar á sus hijos con una saludable enseñanza por los caminos de la rectitud, para que sean buenos cristianos y buenos ciudadanos, les llevan como por la mano con sus perniciosos ejemplos por el camino del crimen: y los hijos rebeldes que desconociendo la autoridad paterna menosprecian á los autores de sus dias y desobedecen sus mandatos; y los que se avergüenzan de parecer cristianos á la presencia de los

hombres, todo estaba presente á la solitaria Madre del Redentor.

Como embebida en tales pensamientos estaria la Señora cuando se encontró agradablemente sorprendida con la presencia de su Divino Hijo resucitado y glorioso. ¡Qué consuelo! ¡Qué momento de tanta felicidad para aquella amantísima Madre! Vé á su Hijo: pero no ya en manos de sus enemigos: le contempla, pero no agonizante bajo el enorme peso de la Cruz, ni pendiente de ella escuchando las blasfemias é insultos de sus enemigos, sino victorioso y triunfante de la muerte. ¡Cuáles serian en aquellos instantes los efectos de su corazon! ¡Cuáles las dulces espresiones que Madre é Hijo se dirigian! La V. Agreda se ocupa de esta visita de Jesucristo resucitado á su Santísima Madre, y dice que recibió en ella tantos favores y consuelos que recompensaron cuanto habia padecido durante su pasion y muerte. Porque en efecto, pasaron para Maria los dias del rigoroso invierno de las tribulaciones y amarguras, y aparecieron las hermosas mañanas de la mas deliciosa primavera. El gozo y la alegría sucedieron al dolor y la amargura, y Maria poseia ya otra vez el amado de su corazon: verdad es que de nuevo ha de separarse de ella, pero es para subir al cielo triunfante, y dominar desde allí como Rey universal de los cielos y de la tierra al mundo entero: subirá al cielo y cuando haga su segunda venida á la tierra no será ya en el estado humilde que hizo la primera, sino lleno de Magestad y de grandeza para juzgar á los pueblos y naciones. Esto consolaba necesariamente á aquella Madre feliz y bienaventurada, que mas tarde habia de subir tambien al cielo para ser coronada por Reina de lo ángeles y de los hombres.

No queremos dejar de hablar de la aparicion de Jesucristo sobre el mar de Tiberiades, que el Evangelio nos re-

fiere del modo siguiente: Poco tiempo despues de su llegada á aquella provincia, y cuando ya las primeras apariciones del Maestro habian disipado todas las dudas, Pedro, Tomás Didymo, Nathanael, que suponemos sea el mismo Bartolomé oriundo de Caná de Galilea, Santiago y Juan hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos de Jesus se hallaban reunidos á la orilla del mar, y Simon Pedro les dice: Yo me voy á pescar. Los compañeros le dijeron: Vamos tambien nosotros contigo: Salieron, pues, y habiendo entrado en un barco, trabajaron toda la noche sin conseguir sacar nada. A la mañana se acercaron á tierra donde Jesus les esperaba, pero ellos, si bien lo vieron, ni aun sospecharon que pudiese ser el Maestro. Dirigiéndose á ellos el Salvador, muchachos, les dijo: ¿teneis algo que comer? No: le respondieron. Segun eso, nada habeis cogido durante la noche: no os desalenteis por eso, echar la red á la derecha del barco y hallareis. Asi lo hicieron: echaron la red y ya no podian sacarla de cargada que venia. A vista de tal prodigio no pudieron menos de reconocer al Salvador: El Señor es, dijo el amado discípulo, y siguiendo Pedro los impulsos de su corazon y la impetuosidad de su amor, se puso la túnica exterior de que estaba desnudo, se arrojó al agua y vino á través de las olas á abrazarse con su divino Maestro. Los demas discípulos guiaron la barca á la orilla, trayendo con gran trabajo la red que contenia ciento cincuenta y tres grandes peces, sin que por esto se rompiese por un nuevo milagro. Habiendo desembarcado los Apóstoles, vieron brasas puestas y un pez sobre ellas y pan. Traed, dijo el Señor á sus Apóstoles, alguno de esos pescados que acabais de coger: sentaos y comed porque teneis necesidad de alimento y de descanso. Ninguno de ellos dudaba que fuese Jesucristo el que les hablaba: su voz, su rostro, el milagro,

todo les demostraba su presencia, pero ninguno de los que comían con él osaron preguntárselo.

Concluida que fué la comida, Jesus empezó á conversar con los Apóstoles, y dirigiéndose á Pedro, le preguntó por tres veces seguidas si le amaba. Pedro, contestó afirmativamente, y el Señor le dió el noble cargo de apacentar su rebaño, por estas palabras: «Apacienta mis corderos: apacienta mis ovejas.» Hé aquí como Jesucristo confiara á Pedro el cuidado de apacentar el comun de los fieles, constituyéndole por estas palabras cabeza universal de toda la Iglesia. En vano querrán los protestantes negar la autoridad del Vicario de Jesucristo, pues claramente se descubre por estas palabras del Salvador á San Pedro, aunque no estuviera suficientemente declarada por aquellas otras con las cuales un día el Señor le manifestara la eleccion que de él habia hecho por estas palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos¹.» ¡Cuán grande y sublime es la dignidad del Vicario de Jesucristo! Dichoso el que no se separa de su obediencia, y el que guarda á la cátedra de Pedro el respeto y la veneracion que le es debida. El que se aparta de Pedro, se separa de la Iglesia y fuera de la Iglesia no hay salvacion. No lo olviden, los que dejándose seducir por las doctrinas del error, se convierten en enemigos de aquel á quien dió Jesucristo todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores. No hay señales mas ciertas de la estincion de la fe, en una familia ó en un reino que la disminucion de este respeto y veneracion á la cáte-

¹ Math. cap. XVI.

dra de Pedro, al paso que el Señor colma de bendiciones á los que viven sumisos y obedientes á la suprema potestad de su representante en la tierra, que es el sucesor de Pedro, cabeza visible de la Iglesia católica.

Se acercaba el dia en el que Jesucristo habia de subir al cielo para ocupar su trono á la diestra de su Eterno Padre, y la inmaculada Virgen en cuyo seno habia sido concebido y que dolores tan crueles habia sufrido al par que la víctima sagrada, debia quedar en la tierra por algun tiempo para consuelo de los Apóstoles y maestra de la naciente Iglesia. Determinó la Trinidad Beatísima que tantos y tan singulares privilegios y favores le habia concedido, dispensarle uno nuevo, del cual nos habla la V. historiadora de Agreda, cuya inspiracion vamos á seguir para narrarlo. «Pocos dias antes de la Ascension del Señor, estando su Madre Santísima en el Cenáculo, apareció el Padre Eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los ángeles y santos que allí asistian y otros espíritus que acompañaban á las divinas Personas. Luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos. Y la humilde siempre y Madre del Altísimo se postro en tierra, retirada á un rincon, donde adoró con suma reverencia á la Beatísima Trinidad y en ella á su mismo Hijo humanado. Por mandato del Eterno Padre, dos ángeles la intimaron á que se acercase al divino trono, lo que obedeció en el momento. El Eterno Padre la dijo: *Amiga, asciende mas alto*, y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fué elevada y puesta en el trono de la Magestad Real, con las tres divinas Personas¹. Causóles

¹ Téngase presente al leer estas revelaciones lo que dijimos en la nota puesta en el capítulo III de la segunda parte, página 123, acerca de los escritos de la venerable española Sor María de Jesus de Agreda.

nueva admiracion á los santos ver una pura criatura levantada á tan celeste dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza, confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos. Habló el Eterno Padre con Maria Santísima y la dijo: Hija mia, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado, y la nueva ley de gracia que ha enseñado en el mundo, y el pueblo que ha redimido, todo lo fio á tí y te lo encomiendo. Dijo luego el Espíritu Santo: Esposa mia, escogida entre todas las criaturas; mi sabiduría y gracia te comunico, con la que se depositen en tu corazón los Misterios, obras y doctrina y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo. El mismo Hijo de Maria habló en seguida y dijo: Madre mia amantísima; yo me voy á mi Padre; en mi lugar te dejo, y encargo el cuidado de mi Iglesia, te encomiendo á sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me lo encargó á mi.»

Luego que las tres divinas Personas hubieron hablado á la Santísima Virgen del modo que acabamos de ver, dirigieron sus divinas palabras al coro de los santos ángeles y hablando con ellos y con los demas justos y santos dijeron: «Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra; es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada por los pecadores, Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza; la Poderosa para inclinar nuestra voluntad á la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia, y su corazón fidelísimo será la tabla donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra Omnipotencia ha obrado para la salud del linaje humano. Esta obra perfecta de nuestras manos, donde se comunican y descansa la plenitud de

nuestra voluntad, sin algun impedimento con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazón la llamare no perecerá, quien alcanzare su intercesion conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere le será concedido y siempre haremos su voluntad oyendo sus ruegos y deseos, porque con plenitud se dedicó toda á nuestro beneplácito¹.»

Las apariciones de Jesucristo resucitado á los Apóstoles fueron muy repetidas, durante los cuarenta dias que mediaron desde que salió triunfante del sepulcro hasta que subió á los cielos. Vamos á hacernos cargo de la última acaecida en el mismo dia de la Ascension. Estando los once Apóstoles comiendo en el cenáculo de Jerusalem, entró el Señor y comió con ellos con admirable dignacion y afabilidad. Como ellos habian de continuar la obra de la propagacion de la nueva ley, durante la comida les dió las mas oportunas instrucciones sobre el modo como habian de obrar y los medios de que se habian de servir para llenar dignamente el alto ministerio para que los habia destinado. Para ello les trajo á la memoria la doctrina que les habia anteriormente enseñado, los prodigios de que habian sido testigos y las órdenes que les tenia comunicadas: «Vosotros me dice, me servireis de testigos, y cuento con la fidelidad de vuestro testimonio, pues vosotros experimentaréis tambien la fidelidad de mis promesas. Luego que yo esté sentado en el trono de mi gloria os enviaré el don precioso con que mi Padre quiere enriqueceros. Nada temais, permaneced en la ciudad; no os alejéis de ella, mas que el camino que es permitido hacer en un dia de sábado, hasta que seáis revestidos de la fortaleza que os ha de venir de lo alto, y recibais el efecto de mis promesas. Porque, añá-

¹ Obra citada. Parte II, lib. VI, cap. XXVIII.

»dió, el bautismo que Juan conferia á sus discípulos era un bautismo de agua; mas el bautismo que vosotros vais á recibir es el bautismo del Espíritu Santo. Y sabed que esta gracia que os anuncio, no tardará en tener cumplimiento.»

Es de creer y así lo juzgan varios autores que al dar el Salvador esta última instrucción á sus Apóstoles les recomendaría muy eficazmente el respeto y veneración á su Santísima Madre. Esto mismo afirma la V. Agreda, cuyas palabras son del mayor consuelo, y suficientes para alentar la devoción de la Madre de Dios y de los hombres que es como innata en todos los pechos católicos. Hed aquí esas palabras que según dicha escritora, dirigió el Señor, no solamente á los apóstoles, sino á otros muchos discípulos y piadosas mujeres que con ellos se habían reunido. «Hijos míos: Yo me subo á mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir á los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada os dejo en mi lugar á mi Madre, á quien habeis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien á mí me viere verá á mi Padre, y el que me conoce, conocerá también á él; ahora os aseguro, que quien conociere á mi Madre, me conocerá á mí; y el que á ella oye á mí oye, y el que la obedeciere me obedecerá á mí; y me ofenderá quien la ofendiere, y me honrará quien la honrará á ella. Todos vosotros la tendreis por Madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá á vuestras dudas, resolverá vuestras dificultades y en ella me hallareis siempre que me busqueis, porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.

Dijimos que estas palabras son del mayor consuelo: ¿Y quién puede dudarlo? ¿La realidad que encierran, no la viene experimentando la humanidad hace cerca de diez y

nueve siglos? ¿No ha sido siempre María, el amparo, el consuelo y la abogada de las criaturas? ¿Puede decirse que ha habido quien á ella haya acudido en el día de la tribulación ó la desgracia, que no experimentase los suaves y hermosos efectos de su protección benéfica? Bien lo saben los cristianos: el que encuentra á María, encuentra á Jesucristo, como el que encuentra á Jesucristo, encuentra al Padre: y por esto la maestra de la verdad é intérprete sagrada de la Escritura, la Iglesia Santa aplica á la Señora estas expresiones del sagrado libro de los Proverbios: «El que me halle, hallará la vida y alcanzará salud en el Señor: mas el que pecare contra mí, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte ¹.» ¡Cuán presentes debemos tener estas palabras! Si bien como ya hemos tenido ocasión de decir, la devoción de la Santísima Virgen María, es como dicen algunos padres, signo de predestinación, pues por ella se llega á Dios, casi también es signo de reprobación la indiferencia para con la amabilísima co-Redentora de la humanidad. Dios estima en mucho sus virtudes y los grandes privilegios con los que plugo adornarla y engrandecerla; dicen que todas las criaturas la aman, y no concede gracias sino por su mano, como dice San Gerónimo, patriarca de Constantinopla. Aquellas heresiarcas que se propusieron combatir los privilegios de la Virgen Madre, fueron siempre visiblemente castigados y confundidos. Continuamos nuestra narración.

Los apóstoles que hasta tanto que hubieron recibido el Espíritu Santo, continuaron preocupados con ideas terrestres y groseras, quedaron maravillados cuando Jesucristo

¹ Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino. Qui autem in me peccaverit, lædet animam suam. Omnes qui me oderunt, diligunt mortem. Prov. VIII, v. 35 y 36.

les habló de su subida al cielo, cuando ellos esperaban que reinara en Israel, elevando su nación á un estado de grandezas y de gloria; así pues se apresuraron á decirle, apenas habian escuchado sus palabras: « Vos nos hablais de subir al cielo y de dejarnos: segun eso, ¿no habeis de restablecer ahora la gloria del reino de Israel y la independenciam de nuestra nación?» Jesus sabia que luego que fuesen iluminados por el Espíritu Santo, habian de quedar trocados en otros hombres, cuyas ideas no habian de ser teóricas sino espirituales, les contestó de este modo: « No os toca á vosotros saber los tiempos y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado mi Padre, y de los cuales hará uso, segun su saber y Omnipotencia. Acordaos solamente de que recibireis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá repentinamente sobre nosotros, que os convertirá en otros hombres y que os hará capaces de servirme de testigos en Jerusalem, en la Judea, en la Samaria, en la Galilea, y hasta en los últimos confines de la tierra.»

Llegó en suma el momento en que las puertas de los cielos iban á abrirse para que por ellas penetrase lleno de gloria y de magestad el que habia redimido á la humanidad con el precio de su preciosísima sangre, pasión y muerte. Jesucristo habia consumado la obra para que habia sido enviado por su Eterno Padre: habia pagado la deuda del hombre, y segun habia repetidas veces anunciado, habia salido del sepulcro triunfante de la muerte. Desde el instante en que efectuó este gran prodigio anunció su Ascension á los cielos, diciendo á la Magdalena: « Vé á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y vuestro Dios.»

El gran día amaneció: Jesucristo condujo á sus apóstoles hácia la aldea de Bethania y desde allí le siguieron

todos hasta el monte de las Olivas. Allí despues de haber estendido sus manos sobre ellos dispensándoles su bendicion, se fué elevando dulcemente ante sus ojos hasta que le fueron perdiendo de vista. Atravesando las nubes, penetrando los cielos, Jesucristo llegó hasta el Empireo, entre las aclamaciones de la milicia celeste, y fué á colocarse en su trono á la diestra de su Padre. En aquel momento dichoso sobre toda ponderacion, los justos del Testamento antiguo que habian esperado en el seno de Abraham el día de su libertad, vieron cumplidos sus deseos, pues que formaron la corte del soberano Libertador y tras él entraron en la gloria en esa mansion de felicidad y puro gozo, cuyas puertas quedaron abiertas para la descendencia del Padre prevaricador. María quedó en la tierra, pues no era llegada la hora señalada en los consejos eternos para que entrara á reinar con su Hijo en la gloria.

Admirable fué á los ojos de los apóstoles el espectáculo de la Ascension del divino maestro. Atónitos y pasmados no se atrevian á articular palabra. Ya habia desaparecido de su vista el que era objeto tan amado para ellos, y sin embargo, permanecian inmóviles olvidados de todas las cosas de la tierra. Las lágrimas corrían por sus mejillas y no podia ser de otro modo. Subiendo Jesucristo al cielo, quedaban huérfanos, sin padre que los dirigiera. En aquellos momentos recordaban sus dulces palabras, los grandes prodigios que le habian visto efectuar, y los muchos beneficios que con mano pródiga les habia dispensado. ¡Cómo vivir sin Jesus á quien tanto amaban! Empero no era en aquel estado de ociosa contemplacion como debian prepararse para recibir el Espíritu Santo, y así se aparecen junto á ellos dos ángeles en figura corporal, los cuales les hablan de este modo: « Varones de Galilea, ¿qué estais mirando

al cielo? Este Jesus vuestro Salvador y nuestro Dios, que á vuestra vista ha ascendido á él, volverá un dia como lo ha anunciado. Entonces se volvieron á Jerusalem desde el monte llamado del Olivar ¹. »

No concluiremos este capítulo ya demasiado estenso, sin fijar nuestra consideracion en una circunstancia que envuelve una enseñanza provechosísima. Nos refieren los Evangelistas que Jesucristo verificó su Ascension gloriosa desde el monte de las Olivas, donde se hallaba el huerto de Gethsemani: ¿Y por qué elige aquel lugar, donde empezó á padecer siendo aprisionado por sus enemigos? Es claro á todas luces: para que sepamos que no es posible participar de la gloria de Jesucristo, sin participar de sus oprobios: que los trabajos y aflixiones de la vida forman la escala para el cielo. La cruz y los padecimientos han de labrar la corona del cristiano. Los que siguen á Jesucristo, deseosos de participar del bien supremo, se glorían siempre como el Apóstol San Pablo en las adversidades y tribulaciones.

1 Act. Apost. I. v. 11 y 12.

CAPITULO IX.

Maria Maestra de la Iglesia.

Jesucristo habia subido á los cielos y fundada quedaba la Iglesia, que cual arca misteriosa habia de conducir al puerto de la felicidad á cuantos en ella se refugiasen hasta la consumacion de los siglos. Los Apóstoles encargados de llevar la luz del Evangelio hasta los confines de la tierra, eran hombres toscos é ignorantes. Las obras de Dios no necesitan de la sabiduría de la tierra, y por esto el Salvador no se dirigió al pórtico ni al areópago, en busca de los que habian de llevar á cabo la obra de la regeneracion social, sino á las orillas del mar: la sabiduría divina que era necesaria para efectuar la revolucion moral mas espantosa que conocieran los siglos, la habian de recibir del cielo oportunamente antes de dar principio al cumplimiento de su altísima mision sobre la tierra. Uno de los Apóstoles habia prevaricado vendiendo al soberano Maestro, y arrastrado á la desesperacion se habia quitado la vida. Consignemos aqui los nombres de los once Apóstoles que permanecieron fieles al Señor, y en los cuales se habia de cumplir la promesa de la venida del Espíritu Santo. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alpheo, Simon el Zeloso y Judas hermano de Santiago. Todos estos permanecian reunidos, perseverando en la oracion en compañía de la Santísima Virgen y de las piadosas mujeres que no habian querido aban-

al cielo? Este Jesus vuestro Salvador y nuestro Dios, que á vuestra vista ha ascendido á él, volverá un dia como lo ha anunciado. Entonces se volvieron á Jerusalem desde el monte llamado del Olivar ¹. »

No concluiremos este capítulo ya demasiado estenso, sin fijar nuestra consideracion en una circunstancia que envuelve una enseñanza provechosísima. Nos refieren los Evangelistas que Jesucristo verificó su Ascension gloriosa desde el monte de las Olivas, donde se hallaba el huerto de Gethsemani: ¿Y por qué elige aquel lugar, donde empezó á padecer siendo aprisionado por sus enemigos? Es claro á todas luces: para que sepamos que no es posible participar de la gloria de Jesucristo, sin participar de sus oprobios: que los trabajos y aflixiones de la vida forman la escala para el cielo. La cruz y los padecimientos han de labrar la corona del cristiano. Los que siguen á Jesucristo, deseosos de participar del bien supremo, se glorían siempre como el Apóstol San Pablo en las adversidades y tribulaciones.

¹ Act. Apost. I. v. 11 y 12.

CAPITULO IX.

Maria Maestra de la Iglesia.

Jesucristo habia subido á los cielos y fundada quedaba la Iglesia, que cual arca misteriosa habia de conducir al puerto de la felicidad á cuantos en ella se refugiasen hasta la consumacion de los siglos. Los Apóstoles encargados de llevar la luz del Evangelio hasta los confines de la tierra, eran hombres toscos é ignorantes. Las obras de Dios no necesitan de la sabiduría de la tierra, y por esto el Salvador no se dirigió al pórtico ni al areópago, en busca de los que habian de llevar á cabo la obra de la regeneracion social, sino á las orillas del mar: la sabiduría divina que era necesaria para efectuar la revolucion moral mas espantosa que conocieran los siglos, la habian de recibir del cielo oportunamente antes de dar principio al cumplimiento de su altísima mision sobre la tierra. Uno de los Apóstoles habia prevaricado vendiendo al soberano Maestro, y arrastrado á la desesperacion se habia quitado la vida. Consignemos aqui los nombres de los once Apóstoles que permanecieron fieles al Señor, y en los cuales se habia de cumplir la promesa de la venida del Espíritu Santo. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alpheo, Simon el Zeloso y Judas hermano de Santiago. Todos estos permanecian reunidos, perseverando en la oracion en compañía de la Santísima Virgen y de las piadosas mujeres que no habian querido aban-

donar el cenáculo. En tan estrecho lugar estaba reunida la Iglesia que mas tarde se habia de estender por todo el mundo. El gefe de aquella asamblea era Pedro, á quien Jesucristo habia entregado las llaves de los cielos, dándole todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores. Diferente era la mision de la Santisima Virgen Maria. Destinada á reinar en el cielo en compañía de su divino Hijo, siendo coronada por emperatriz soberana de los ángeles y de los hombres, habia quedado por algun tiempo sobre la tierra para ser la luz que guiase los pasos de los que habian sido destinados á congregar los pueblos y naciones alrededor del árbol de la Cruz, dando á conocer á los hombres por verdadero Dios al que habia muerto en la cresta del Gólgota con la nota de infamia. Maria, pues, quedó constituida en Madre de la Iglesia. ¿Quién mejor que ella podia enseñar á los primeros predicadores del Evangelio? Mujer privilegiada de un modo extraordinario por la diestra del Escelso, y á quien plugo á la Omnipotencia enriquecer y adornar con magnificencias superiores á cuanto la humana inteligencia es capaz de comprender; era Maria el mas perfecto modelo, el tipo mas bien acabado que debian tomar para su imitacion los primeros seguidores de la doctrina evangélica. Heróica en todas las virtudes no habian sido en su comparacion las célebres heroínas del antiguo Testamento, otra cosa que sombras y figuras. En el Calvario y al par que la Divina Víctima que expiara los delitos de la humanidad habia sufrido los mas crueles tormentos en el fondo de su corazon adquiriendo el titulo de co-Redentora del hombre. A mas de esto, ya añadía á su dignidad de Madre de Dios el titulo de Madre de los humanos. La maternidad divina le une á Dios: la maternidad humana le une al hombre; y hed aqui porque podemos de-

cir que ella es la escala que une al cielo con la tierra, á la criatura con el Criador. Jesucristo destruyó con la poderosa arma de la Cruz la muralla de bronce que separaba el cielo de la tierra, pero este libertador esforzado vino al mundo por Maria, que como ya hemos dicho en otra ocasion con el Padre San Agustin y nos complacemos en repetir, fué la celestial escala por donde Dios bajó á la tierra para que los hombres mereciesen subir al cielo. ¡Cómo no habia de ser la Maestra de la naciente Iglesia!...

Confiados en la solemne promesa de Jesucristo, los Apóstoles esperaban al Paráclito que los habia de iluminar haciéndolos aptos para desempeñar la sublime mision que se les habia encomendado, y les habia de hacer adquirir una fortaleza invencible para luchar con toda clase de contradicciones, y para entregar mas tarde su vida en los mas crueles martirios. Diez dias mediaron desde que Jesucristo subió al cielo hasta que envió el Espíritu Santo. Durante ellos la Virgen Madre ocupábase en instruir y exhortar á aquellas felices criaturas escogidas por su Divino Hijo para primicias de su Iglesia y pastores de los primeros fieles. ¡Qué virtud despedirian los lábios de la purisima Señora! Cada una de sus palabras seria una gota de aquella uncion santa que purifica y ablanda los corazones. El tiempo que le restaba de estas instrucciones se empleaba en la oracion. Veamos cómo tuvo cumplimiento la promesa de la venida del Paráclito, segun lo encontramos consignado en el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles: «Y cuando se cumplian los dias de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar, y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que soplabá con impetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, que reposaron

«sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y empezaron á hablar en varias lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca.¹» En medio de aquella asamblea estaba la Santísima Virgen Maria, para la que no era nuevo este especial favor de recibir el Espíritu Santo, puesto que sobre ella había descendido cuando concibió en sus entrañas al divino Verbo. Le recibió, pues, ahora con la misma humildad que la vez primera, deseando tan solamente la gloria de su Hijo y que la naciente Iglesia se extendiese con rapidez por el mundo para bien de las criaturas.

No será fuera de nuestro propósito el dedicar algunas líneas á manifestar el admirable efecto que en los Apóstoles produjo la venida del Espíritu Santo sobre ellos. Desde aquel instante dejaron de ser hombres carnales y terrenos, trocándose sus corazones y quedando convertidos en hombres enteramente espirituales. Ya no tuvieron mas disputas sobre la primacía, y su único objeto fué ya el estender el imperio de Jesucristo, dando á conocer su nombre en los pueblos y naciones. «Cuando hubieron recibido el Espíritu Santo, dice San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, residían en Jerusalem, judíos, varones religiosos de todas las naciones del mundo: divulgado el suceso, acudió una gran multitud de ellos y quedaron atónitos al ver que cada uno oía hablar á los Apóstoles en su propia lengua. Así llenos de admiración se decían unos á otros: ¿Por ventura no son galileos estos que hablan? Pues ¿cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar en nuestra lengua nativa? Parthos, medos y elamitas; los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Cappadocia, del Ponto y del

¹ Act. Apost. cap. II.

«Asia, los de Phrigia, de Pamphilia y del Egipto, los de la Libia confinante con Cirene, y los que han venido de Roma tanto judíos como prosélitos, y los cretenses y los árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas, las maravillas de Dios.» ¡Virtud admirable la que imprimió el Señor á las palabras de sus Apóstoles! El don de lenguas con que les adornó le hicieron aptos para poder llevar la luz del Evangelio á todos los pueblos de la tierra. El don de sabiduría, los hizo capaces para combatir todos los errores del paganismo. No hay que estrañar que en un solo sermón convirtiese el Príncipe de los Apóstoles cincuenta personas.

Jesucristo que tan cruelmente había sido perseguido durante el tiempo de su predicación, y á quien el odio de sus implacables enemigos había quitado la vida en el patíbulo de la Cruz, había advertido á sus discípulos que también serían perseguidos: «Os arrojarán, les había dicho, de las sinagogas, y hasta vendrá tiempo en que cualquiera que os haga morir, creerá haber hecho un sacrificio á Dios.» Preparados pues estaban para hacer frente á las persecuciones, y como quiera que ya no eran unos hombres tímidos ni cobardes como antes de recibir el Espíritu Santo, emprendieron la grande obra de evangelizar el mundo, sin paramientos en el odio de los grandes ni en las grandes tribulaciones que necesariamente habían de experimentar. El martirio había de ser la recompensa de sus apostólicos trabajos; pero su sangre había de ser una fecundísima semilla de nuevos adoradores del Crucificado del Gólgota. No siendo nuestro objeto detenernos en explicar las grandes conquistas, los penosísimos trabajos y los hechos todos de los apóstoles, porque nos apartaríamos demasiado del objeto prin-

¹ Act. Apost. cap. II.

principal de nuestro trabajo, volveremos á fijar nuestra atención en la Virgen Madre, á la que venimos considerando en este capítulo como Maestra de la naciente Iglesia.

Y ciertamente lo fué: en tanto que los Apóstoles, cumpliendo el precepto del Maestro, predicaban, María oraba con el mayor fervor, suplicando á Dios que la simiente de la divina palabra cayese en tierra buena, es decir, en corazones bien dispuestos para recibir la doctrina de salud, y cuando los Apóstoles le presentaban los recién convertidos, la Señora les daba nuevas instrucciones, exhortándoles á ser fieles discípulos de su divino Hijo. La V. Agreda que habla con detención acerca de esto, dice, que cuando el Príncipe de los Apóstoles presentó á la Santísima Virgen los primeros convertidos, que fueron las primicias de su predicación, les habló de esta manera: «Hermanos míos y siervos del Altísimo; esta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro Jesus, cuya fe habeis recibido reconociéndole por Dios y hombre verdadero. Ella le dió la forma humana, concibiéndole en sus entrañas, y salió de ellas quedando Virgen antes del parto, en el parto y despues del parto: recibidla por Madre, por amparo y medianera vuestra, que por ella recibireis vosotros y nosotros, luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias. Aquellos fieles se postaron en la presencia de María, la cual los exhortó á que dieran gracias de todo corazon y alabasen al Omnipotente Dios, porque de entre los demas hombres los habia traído y llamado al camino verdadero de la eterna vida, ofreciéndoles rogar por ellos á su Hijo y Dios Eterno para que les manifestase la alegría de su rostro en la felicidad verdadera y al presente les comunicara su gracia».

1 Agreda. Obra citada. Parte III, lib. VII, cap. VI.

El rebaño del divino Pastor se aumentaba con rapidez, merced al celo infatigable de los Apóstoles. Diariamente llegaban nuevos cristianos á los piés de María, deseosos de conocer y ofrecer homenajes de respeto á la venturosa Madre de Dios. Esta por su parte cumplia con la mayor exactitud su ministerio de Madre de la naciente Iglesia, enseñando á todos no solo con sus purísimos lábios, sino con su ejemplo, la práctica de todas aquellas virtudes que su Santísimo Hijo quiere que observen sus seguidores. Todo predicaba en María: su mansedumbre, su humildad, su modestia, y aquella caridad con que se hacia toda para todos, deseando que todos se salvaran en el Arca mística de la nueva y militante Jerusalem.

No ignoraba la Santísima Virgen que la Iglesia fundada por su divino Hijo habia de prevalecer contra todas las persecuciones que el infierno suscitara contra ella, y que á través de los mas rudos combates existiria hasta la consumacion de los siglos: esto no obstante, llenó de tristeza su corazon el conocimiento anticipado que tuvo de la primera persecucion que estaba próxima á estallar contra la fundacion divina, y que fué la que le movió á abandonar á Jerusalem en compañía de los Apóstoles. Redobló sus exhortaciones á fin de prevenir no solamente á los Apóstoles, sino á todos los que ya habian abrazado la doctrina de su divino Hijo, para que permaneciesen firmes en la fe y que no flaqueasen á vista de los crueles martirios que prepararia el paganismo. San Juan era entre todos los discípulos de Jesucristo el que mas tiempo permanecia al lado de la Santísima Virgen dedicado á prodigarle los mayores cuidados. La historiadora tantas veces citada, dice, que este Apóstol fué el primero que conoció en el semblante de la Señora la tristeza que naturalmente la produjo el anticipa-

do conocimiento que tuvo de la próxima persecucion de la Iglesia, aunque ignoraba la causa. El profundo respeto que profesaba á la Madre de Dios fué causa de que no se atreviese á preguntarle nada sobre el particular, y dirigiéndose al Señor hizo esta fervorosa oracion: «Señor y Dios inmenso, Reparador del mundo; confieso la obligacion en que sin méritos míos, y por sola vuestra dignacion me pusisteis, dándome por Madre á la que verdaderamente lo es vuestra, porque os concibió, parió y alimentó á sus pechos. Yo, Señor, con este beneficio quedé próspero y enriquecido con el mayor tesoro del cielo y de la tierra; pero vuestra Madre y mi Señora quedó sola y pobre sin vuestra Real presencia, que ni pueden recompensar ni suplir todos los ángeles, ni los hombres, cuanto menos este vil gusanillo y siervo vuestro. Hoy, Dios mio y Redentor del mundo, veo triste y afligida á la que os dió forma de hombre y es alegría de vuestro pueblo. Deseo aliviarla y consolarla en su pena, pero soy insuficiente para hacerlo. La razon y amor solicitan, y la veneracion me detiene. Dadme, Señor, virtud, luz de lo que debo hacer en vuestro agrado y en servicio de vuestra digna Madre.» La oracion del discípulo amado subió al cielo en olor de suavidad, y Dios dispuso que la Santísima Virgen, sin que él nada le hubiese preguntado, le informase de la causa que motivaba la tristeza que se retrataba en su semblante, y que ya conocemos.

Hé aquí el discurso que San Juan dirigió á la purísima María despues de haberla escuchado con la mayor veneracion y respeto: «Madre y Señora mia; no ignoro vuestra sabiduria, que de estos trabajos y tribulaciones sacará el Altísimo grandes frutos para su Iglesia y sus fieles hijos, y que les asistirá en sus tribulaciones. Preparados estamos los Apóstoles para sacrificar nuestras vidas por el Señor, que

ofreció la suya por todo el linaje humano. Hemos recibido inmensos beneficios, y no es justo que en nosotros sean ociosos y vacíos. Cuando éramos pequeños en la escuela de nuestro Maestro y Señor, obrábamos como párvulos: pero despues que nos enriqueció con su Divino Espíritu y encendió en nosotros el fuego de su amor, perdimos la cobardía y deseamos seguir el camino de la Cruz, que con su doctrina y ejemplo nos enseñó; y sabemos que la Iglesia se ha de plantar y conservar con la sangre de sus ministros é hijos. Rogad vos, Señora mia, por nosotros, que con la virtud divina y vuestra proteccion alcanzaremos victoria de nuestros enemigos, y en gloria del Altísimo triunfaremos de todos ellos. Pero si en esta ciudad de Jerusalem, se ha de ejecutar lo fuerte de la persecucion, pareceme, Señora y Madre mia, que no es justo la espereis en ella para que la indignacion del infierno no intente alguna ofensa contra el Tabernáculo de Dios.» Con tal respeto y veneracion hizo presente el Evangelista su opinion á la Santísima Virgen: reconocia su altísima é incomparable dignidad de Madre de Dios, y queria evitar por todos los medios posibles el que pudiese recibir la menor ofensa por los enemigos de su divino Hijo: Por su parte María escuchó con atencion á San Juan, en el que respetaba su carácter sacerdotal, y ambos convinieron en consultar con Dios por medio de la oracion lo que habian de hacer que fuese mas agradable á la Magestad divina. Dios les inspiró el salir de Jerusalem, y así lo verificaron según que antes insinuamos, dirigiéndose á la ciudad de Efeso.

Antes que este viaje se verificase tuvieron lugar dos acontecimientos notables. El primero de ellos fué la conversion de San Pablo, uno de los mayores milagros de la Gracia, que le hizo trocarse de perseguidor de la Iglesia y

blasfemo, como el mismo San Pablo dice, en vaso de eleccion y Apóstol de las Gentes. Gozaba Saulo (por tal nombre era conocido Pablo antes de su conversion) de gran reputacion entre los judios, y pasaba entre ellos por uno de los varones mas doctos y entendidos en las sagradas letras, y era en efecto muy estudioso de la ley de Moisés, preciándose el mismo de gran profesor de ella. Sin embargo, en hecho de verdad era ignorante, como él mismo dice en su carta á Timoteo, puesto que solo entendia la ley como los demás judios en la corteza, siendo todas sus ideas carnales y terrenas. Era entusiasta por la conservacion de las tradiciones de los Rabinos, y concibió un odio implacable contra los cristianos. Participante de la ceguera que no le habia dejado descubrir en Jesucristo los caracteres marcados en la Escritura Santa, y que habian de dar á conocer al verdadero Mesías, juzgaba un crimen el querer hacer prevalecer sobre la Ley de Moisés, una nueva Ley, inventada por un Hombre que habia muerto con la nota de infamia en el patíbulo de los criminales. La Ley de Moisés fué dada por el mismo Dios en el monte Sinai, pero aquella Ley, no fué otra cosa que introduccion de la Ley de Gracia, y en sus ceremonias y figura era temporal y no eterna. El mismo Moisés habia anunciado la venida de otro Legislador, mandando que cuando viniese, todos le escuchasen y obedeciesen: «El Señor Dios tuyo, levantará para tí de tu nacion y de tus hermanos un PROFETA, como yo: á él oirás¹.» Indiscretamente celoso Saulo por aquella Ley cuyo espiritu no comprendia, incitado por el enemigo de Dios y de su Iglesia que siempre se vale de los instrumentos que cree mas apropiado para llevar á cabo sus proyectos, se propuso perse-

¹ PROPHE TAM de gente tua et de fratribus tuis sicut me, suscitabit tibi Dominus Deus tuus: ipsum audies. Deut. XVIII, v. 15.

guir á muerte á la naciente Iglesia y no descansar hasta concluir con el nombre cristiano.

Con ocasion de la muerte de San Esteban, fuese Saulo al Principe de los Sacerdotes, y vomitando blasfemias contra los discípulos de Cristo, que ya habian salido fuera de Jerusalem para estender la nueva doctrina, se ofreció á perseguirlos y traer á la ciudad á cuantos encontrase. Concediósele el permiso, siendo advertido de ir principalmente á Damasco, á donde segun las noticias que tenian se habian retirado muchos de los discípulos. Determinó Saulo rodearse de gente armada que le ayudase en su empresa, y habiéndolo hecho así, emprendió el camino de Damasco.

No era nada de esto oculto á la Santísima Virgen María, la que tambien tenia interior conocimiento de la conversion que en Saulo habia de obrar la divina Gracia. Sin embargo, conocia la señora el gran incremento que iba tomando la persecucion, y así rogaba al Señor en la mas fervorosa oracion, abreviase el tiempo de la conversion del que tenia destinado para la manifestacion de su gloria y para llevar su nombre hasta los confines de la tierra. Hé aqui la plegaria que la V. Agreda pone en lábios de la Beatísima Virgen: «Altísimo Señor, Hijo del Eterno Padre, Dios vivo y verdadero; engendrado de su misma é indivisa sustancia, por la inefable dignacion de vuestra bondad infinita, Hijo mio, y vida de mi alma, ¿cómo vivirá esclava á quien habeis encomendado vuestra amada Iglesia, si la persecucion que han movido vuestros enemigos contra ella, prevalece, y no la vence vuestro poder inmenso? ¿Cómo sufrirá mi corazon ver despreciado y conculcado el precio de vuestra muerte y sangre? Si me dais, señor mio, por hijos míos los que engendrais en vuestra Iglesia, y yo los amo, y miro con el amor de madre, ¿cómo tendré consuelo de verlos oprimidos

y destruidos, porque confiesan vuestro santo nombre, y os aman con corazón sencillo? Vuestro es el poder y la sabiduría; y no es justo se glorie contra Vos el dragón infernal, enemigo de vuestra gloria, y calumniador de mis hijos y vuestros hermanos. Confundid, hijo mío, la soberbia antigua de esta serpiente que de nuevo se levanta contra Vos orgullosa, derramando su furor contra las simples ovejas de vuestra grey: Atended cuán engañado lleva á Saulo, á quien Vos tenéis elegido y señalado para vuestro Apóstol. Tiempo es ya, Dios mío, de obrar con vuestra Omnipotencia, y redimir aquella alma, de quien y en quien tanta gloria ha de resultar á vuestro Santo Nombre, y tantos bienes á todo el universo.¹»

Oyó el Señor los ruegos de su Madre y ordenó que se verificase la conversión del perseguidor de su Iglesia, para que en adelante fuese predicador de su gloria y de su nombre. Entretanto, Saulo se dirigía precipitadamente hácia Damasco. De repente vióse rodeado de un resplandor del cielo, y cayendo del caballo oyó una voz que le decía: —Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?— Todo turbado y con gran pavor contestó:—¿Quién eres, Señor?— Yo soy, replicó la misma voz; Jesús, á quien tú persigues. Dura cosa es para ti resistir á mi gracia.—La palabra de Jesucristo fué una flecha que atravesó el corazón de Saulo, el que atónito y pasmado, exclamó de este modo:—Señor, ¿qué queréis que haga?— Levántate, le dijo el Señor, y entra en la ciudad, y allí te se dirá lo que te conviene hacer.—Y cuantos le acompañaban quedaron atónitos oyendo bien la voz y no viendo á nadie. Y Saulo se levantó de la tierra, y abiertos los ojos no veía nada, y conduciéndolo

¹ Agreda, obra citada, Parte III, lib. VII, cap. XIV.

por la mano le llevaron á Damasco, donde teniendo Ananías revelación del suceso, se presentó á él, é imponiéndole las manos sobre la cabeza le hizo recobrar la vista, al mismo tiempo que fué lleno del Espíritu Santo¹. El Padre San Agustín admira el efecto que en este perseguidor del Cristianismo causó la divina gracia, que le trocó de lobo en oveja, y le hizo someterse humildemente á la voluntad de Dios. Vaso de elección, se preparó con el ejercicio de la oración para recibir el Santo Bautismo, y trabajó después con celo infatigable por la propagación de la celestial doctrina. Sus cartas dirigidas á los fieles de diferentes localidades, que la Iglesia ha recibido como canónicas, están llenas de instrucciones á cual más sublimes, y en ellas encuentra la regla que debe seguir en su conducta y modo de obrar el sacerdote y el lego, el príncipe y el vasallo, el poderoso como el menestral.

Es indudable que la conversión de San Pablo produjo un gran gozo en el corazón de la Santísima Virgen María, que tanto la había deseado. Por su parte San Pablo tuvo conocimiento de los ruegos que por él había hecho la purísima Señora, de cuya dulzura y piedad oía hablar con frecuencia á los discípulos, y así deseó conocerla y arrojar-se á sus plantas desde el momento en que convertido á la fe de Cristo tuvo noticias de su Madre. Sin embargo, poníasele delante de los ojos sus pecados y extravíos, la dura persecución que había entablado contra la Iglesia, y el mucho sentimiento que este su modo de obrar había causado en el corazón de la Santísima Virgen, y temía presentarse á ella por el rubor y vergüenza que experimentaba: empero al fin conoció que siendo clementísima y

¹ Act. Apost. cap. IX.

Madre de misericordia, aceptaria su arrepentimiento y le acogeria con benignidad, y así determinó presentarse á ella, como lo hizo, postrándose en su presencia y reconociéndola como Reina y Maestra de la Iglesia.

El segundo de los sucesos á que nos referiamos es la venida en carne mortal de la Santísima Virgen Maria á España, donde se presentó al Apóstol Santiago el Mayor, en ocasion de que este con celo infatigable trabajaba en el ministerio de la divina Palabra, ordenándole le construyese un templo, donde reuniéndose los hijos de esta nacion, orasen al Dios de las misericordias y donde ella pondria en juego su poder de intercesion á fin de alcanzarles especiales auxilios de la Divina Magestad. A este acontecimiento que tanto honra á nuestra patria, dedicaremos las primeras páginas del tomo segundo de esta obra, por lo que creemos oportuno no pasar aquí de esta indicacion.

El santo protector de España, Santiago el mayor, que con la mayor constancia trabajó por destruir la idolatría en España, tuvo la inestimable dicha de que la Santísima Virgen Maria asistiese milagrosamente á su martirio ocurrido en la ciudad de Jerusalem. Fué esto del modo siguiente: Después que el Apóstol hubo recorrido las principales ciudades de España predicando en ellas la doctrina de Jesucristo, determinó volver á Jerusalem, dejando el encargo de continuar su obra en esta nacion á sus nueve discipulos llamados Atanasio, Teodoro, Torcuato, Tesifon, Segundo, Indalecio, Cecilio, Isiquio y Eufrasio. Cuando el valeroso hijo del Zebedeo llegó á Jerusalem, aquella ciudad se hallaba muy agitada, en contra de los discipulos y seguidores de Cristo, á lo que dió ocasion la predicacion de San Pablo, el que en los pocos dias que permaneció en ella, habia obrado muchísimas con-

versiones. No menos celoso Santiago que el Apóstol de las Gentes, por la gloria de Jesucristo y la estension de su Imperio, apenas entró en Jerusalem empezó á predicar aumentando el crecido número de los que volviendo las espaldas á sus antiguas creencias abrazaban la doctrina evangélica. La conversion de Fileto, y la de Hermógenes, magos ambos que gozaban de gran reputacion, concitaron contra Santiago el ódio de los judíos, los cuales trataron de quitarle la vida. Hallábase un dia predicando con santo celo, esplicando al pueblo el Misterio de la Redencion de la humanidad, cuando Abiatar que era sumo sacerdote en aquel año, y Josias, que era otro escriba tan enemigo como aquel de los seguidores de Jesucristo, prendieron al santo Apóstol, como inquietador del orden público y autor de una nueva religion contra el imperio Romano.

Herodes, hijo de Archelao, á quien lo presentaron, mandó que fuese degollado Santiago segun que lo pedian los judíos. Para el fiel discipulo de Jesucristo fué de gran gozo la nueva de su próximo martirio, pues como los demas Apóstoles no deseaba otra cosa que morir en defensa de Aquel que por la salud del mundo habia entregado su vida en el árbol de la Cruz. Con nuevo fervor aprovechó los momentos que le restaban en protestar públicamente la Santa Fe de Cristo, Señor nuestro, y deseó vivamente ver antes de morir á la Santísima Virgen Maria. Hallábase esta en Efeso, donde por ilustracion divina, tuvo conocimiento de la sentencia de muerte que pesaba sobre el Santo Apóstol, y Jesucristo que quiso premiar aun aquí en la tierra, la constancia de su fiel discipulo, dispuso que su Madre fuese trasladada por manos de los ángeles á Jerusalem y al lugar donde debia verificarse la inmolation de la primera víctima del Apostolado. En tanto que esto se verifi-

caba, Santiago era conducido al martirio, efectuando el Señor por su medio multitud de milagros, pues habiéndose estendido la noticia de que Herodes le había mandado degollar, acudieron muchos de los convertidos, entre los cuales iban varios enfermos, los cuales recobraron instantáneamente la salud. Era llegado el momento del sacrificio: el Santo Apóstol puso sus rodillas en tierra, ofreciendo á Dios su vida en holocausto: mas como levantase los ojos al cielo, vió en el aire sostenida por los ángeles á la Santísima Virgen, de la que tanta memoria hacia en aquellos momentos supremos. Quedó como fuera de sí el fiel discípulo de Jesucristo, y su corazón ardía en el fuego activo de la caridad divina. Solo de él fué vista la Santísima Virgen, por cuyas manos ofreció al Señor el sacrificio de su vida. La V. Agreda pone en sus labios esta fervorosa oración: «Madre de mi Señor Jesucristo, Señora y amparo mio, consuelo de los afligidos, refugio de los necesitados, dadme
»Señora vuestra bendición tan deseada de mi alma en esta hora. Ofreced por mí á vuestro Hijo y Redentor del mundo, el sacrificio de mi vida en holocausto, encendido en el deseo de morir por la gloria de su Santo nombre. Sean
»hoy vuestras manos purísimas y candidísimas el ara de mi sacrificio, para que le reciba aceptable el que por mí se ofreció en la santa Cruz. En vuestras manos y por ellas
»en las de mi Criador encomiendo mi espíritu.» Dicha esta oración, el hacha del verdugo cayó sobre su cuello, y su alma por manos de la Reina de los apóstoles fué presentada ante el divino acatamiento. Trasladado su bendito cuerpo por sus discípulos á España, teatro de sus grandes triunfos y admirables victorias, se conserva siendo objeto de la veneración de los fieles en Compostela.

Efectuado el martirio de Santiago, la Santísima Virgen

fué trasladada de nuevo á su oratorio de Efeso. Allí como Maestra de la Iglesia daba santas instrucciones á los que abrasando la doctrina evangélica acudían á postrarse en su presencia, reconociéndola como Madre de Dios y de los hombres. No enseñaba tan solamente con su palabra, la purísima Virgen. Todo predicaba en ella: su modestia, su mansedumbre, su humildad, la caridad que animaba todas sus obras, arrebatava las atenciones de los nuevos cristianos que á su vista no podían menos de enfervorizarse y adquirir vivos deseos de llegar á la perfección. Si es una verdad demostrada por la esperiencia que la santidad de vida del predicador hace mas fructuosa su palabra, por el concepto que goza entre las gentes, ¿cómo no habían de llegar hasta lo mas profundo de los corazones las instrucciones de María, cuya santidad no reconoce superior fuera de la de Dios? Una palabra suya, la mas ligera insinuación era suficiente para que los que tenían la dicha de escucharla quedasen como fuera de sí y embebidos en el amor de Dios.

Pasado algun tiempo del martirio de Santiago, Jerusalem quedó algun tanto tranquila, y aquella primitiva Iglesia pudo gozar de algun sosiego. El Apóstol San Pedro, que cuando por ministerio de un ángel se vió libre de sus cadenas se había retirado hácia la parte del Asia, volvió á fijar su residencia en Jerusalem, á donde acudían todos los cristianos para consultarle en sus dudas como á Maestro de la fe y Vicario de Jesucristo en la tierra, cabeza visible de la Santa Iglesia. Clamaban los discípulos por tener allí á la Santísima Virgen María, para consolarse con ella y recibir sus instrucciones como de soberana Maestra. Pedro tomó á su cargo el suplicarle, concediese á los fieles esta gracia por la que anhelaban, y la Madre de Dios que en su profunda humildad miraba como precepto la menor insinuación del

Principe de los Apóstoles, al que respetaba como representante en la tierra de su divino Hijo, determinó abandonar la ciudad de Efeso y partir para Jerusalem, no sin despedirse con amorosas palabras de las muchas piadosas mujeres y de los fieles de todas clases, á los que habia alimentado con el nutritivo alimento de la enseñanza católica. Segun la V. Agreda, la permanencia de la Santísima Virgen en Efeso fué de dos años y medio. Maria en compañía de San Juan llegó á Jerusalem, donde se presentó al Sumo Sacerdote San Pedro, para darle cuenta de su arribo y pedirle su bendicion.

Así el Gerarca Supremo de la Iglesia, como los demas fieles de Jerusalem se llenaron del mayor regocijo, agradeciendo la dignacion y afecto con que la Santísima Virgen venia á visitarlos y á llenarlos de consuelos. Todos se postraban en su presencia disputándose el honor de servirla. Con lágrimas en los ojos y rebotando el corazon en las mas dulces expansiones de amor y gratitud la llamaban Bienaventurada. ¡Era el preludio de la aclamacion universal que habia de resonar en la sucesion de los siglos!...

Maria vivia y ya puede decirse que recibia culto por parte de los Apóstoles y demas fieles que á ella acudian como á su Maestra, y atraidos por el olor de sus heroicas virtudes, y la veneracion que les infundia su dignidad casi infinita por el respeto que dice orden á la union hipostática. Hé aqui de que modo se explica el erudito Augusto Nicolás: « Los Apóstoles, testigos de los tres últimos años de la vida de Jesus, como ellos nos lo dicen, confesaron no obstante los acontecimientos anteriores que no habian presenciado, como la Natividad y la Encarnacion, con la misma firmeza que la Transfiguracion y Resurreccion que habian visto. Y aun de allí sacan la noticia del Verbo he-

«cho carne, que circula en toda su doctrina, lo que no podian apoyar sino en el testimonio de Maria. ¿Pero qué es lo que daba tanta fuerza á este testimonio, que valia para ellos tanto como lo que habian visto, hasta el punto de venir á ser el fundamento de su doctrina? Nada de cuanto recomendaba su propio testimonio, ni poderes milagrosos, ni dones sobrenaturales, ni la prenda del martirio, como no fuese el martirio intimo del dolor: Maria habia vivido tranquilamente, é iba á morir en paz. ¿Qué es pues lo que constituia el valor de su testimonio? una sola cosa: su santidad preeminente, su dignidad de MADRE DE JESUS: santidad y dignidad que fueron los únicos garantes de la fe de los apóstoles en el misterio de la Encarnacion, y por consiguiente de la fe del universo en el Cristianismo. Así el universo cristiano, sépalo él ó no lo sepa, rinde á la eminente santidad y dignidad de Maria un testimonio proporcionado á su fe en el Verbo encarnado, puesto que no cree en el Verbo encarnado, sino porque cree á la Virgen Maria *.

Necesariamente al hablar los Apóstoles del misterio de la Redencion de la humanidad, tenian que enseñar que Jesucristo era Dios verdadero, al tiempo mismo que verdadero Hombre, motivo por el que, el sacrificio de su vida fué de valor infinito y suficiente por lo tanto para reconciliar á la humanidad con el Eterno Padre: la demostracion de esta verdad envolvia la explicacion de la Encarnacion del Verbo, misterio fundamental de la religion. Ahora bien: los fieles que oian en los sermones de los Apóstoles, la doctrina que les enseñaba al mismo tiempo la divinidad de Jesucristo y las grandezas de su Madre, ¿cómo no habian de

* Augusto Nicolás. La Virgen Maria, segun el Evangelio. 2.ª parte, cap. XXI.

esperimentar un amor extraordinario hácia la bendita Virgen cuyo purísimo seno había sido tabernáculo del mismo Dios humanado? ¿Ni qué cosa mas natural que acudiesen á ella con la mayor veneracion y el mas profundo respeto suplicándole su proteccion y amparo? Estas sencillas y lacónicas reflexiones sirven para demostrar que la devocion y el culto de la Santísima Virgen nació con la Iglesia. Si como mas adelante tendremos ocasion de decir, su primer altar fué el sepulcro donde momentáneamente descansó su bendito cuerpo, podemos afirmar que aun vivia sobre la tierra y ya era objeto del mayor entusiasmo por parte de los fieles: estas juiciosas reflexiones debia haber hecho el blasfemo Daillé antes de tener el atrevimiento de afirmar que la devocion de Maria fué la enfermedad de los cristianos del siglo IV¹.

En haber permitido el Señor que la Santísima Virgen Maria viviese muchos años sobre la tierra despues de la gloriosa Ascension de Jesucristo á los cielos, descubrimos otra prueba nueva de infinita caridad de Dios para con las criaturas. El Eterno Padre deseaba á su dilectísima Hija; el Hijo á su amada y verdadera Madre; el Espíritu Santo á su predilecta Esposa, y los Angeles y Bienaventurados á su Reina y Señora. Sin embargo, la Iglesia necesitaba de tal Madre y Maestra, y el Señor se la concedió por el tiempo que en su altísima sabiduría é inescrutables juicios juzgó oportuno. Durante este tiempo la inmaculada Virgen en cuyo pecho siempre conservó encendida la llama de la caridad que la inflamó en el amor de Dios desde el instante primero de su animacion, podemos decir que vivia como endiosada. Los singulares favores que del cielo recibia, los

¹ El ministro Daillé pone estas palabras en su libro de las *Tradiciones de los latinos*, lib. IV, cap. 18.

grandes misterios que en ella se habían obrado, la gracia santificante y las *gratis datas* que en toda su plenitud residían en ella, su contacto físico con la divinidad que en ella había residido, su continuo trato con Dios y con los ángeles visibles para ella, todo hacia que Maria viviese con el espíritu en el cielo, no obstante hallarse aun en la tierra. Vivía solo en Dios y para Dios y conforme se iba acercando el día de su glorioso tránsito, se aumentaba el júbilo de su purísimo corazón, sin cesar de cumplir con exactitud su ministerio de Maestra de la Iglesia, dirigiendo y enseñando á los seguidores de la doctrina de su divino Hijo. Tiempo es ya de que nos fijemos en su feliz tránsito á la Gloria. La consideracion de su preciosa muerte es una nueva leccion cuyo estudio nos será de la mayor utilidad.

CAPITULO X.

De la muerte de la Santísima Virgen María, su Asuncion á los Cielos y Coronacion por Reina de los Angeles y de los hombres.

¡ Morir!... Tal es el destino de la humana naturaleza. Que el hombre ocupe un trono y se cubra con el matizado manto de los monarcas; que sea dueño de inmensas riquezas; que por su sabiduría sea el objeto de la admiracion de sus semejantes y acreedor á los aplausos del mundo, ó bien que no posea otra cosa que miseros harapos con que cubrir su desnudez, el sepulcro es su inevitable destino. Cuanto nos rodea, cuanto percibe nuestra mente, cuanto á nuestros sentidos se presenta, nos recuerda una verdad de la que el hombre trata de desentenderse. ¿Qué nos presenta el mundo, sea cualquiera el giro que tomen nuestros pasos? Venerables restos de tiempos que pasaron; monumentos, mausoleos, arcos de triunfo que nos recuerdan hombres beneméritos que fueron y ya no son; la tierra que pisamos se halla cubierta de miseros despojos de una humanidad orgullosa; la descomposicion se presenta á nuestra vista doquiera que volvamos los ojos. Y es mas: nos alimentamos y cubrimos nuestras carnes con despojos de la muerte. Esas ricas pieles buscadas con empeño por los hombres que las hacen objeto de su orgullo, ¿qué otra cosa son sino restos de la muerte? Ni aun las criaturas inanimadas dejan de recordarnos lo ilusorio de la vida: nos encanta una flor y en ella admiramos la sabiduria del autor de la naturaleza; aspiramos el suave y delicioso aroma que despide, pero

C. Mugica, lit^a

Lit. de S. Gonzalez, Madrid.

La Asuncion de Ntra. Sra.

aquella rosa que tan vivos colores presentaba se marchita y se deshoja á las pocas horas de haber arrebatado nuestra atencion: los altos y corpulentos árboles destinados á ver pasar mas de una generacion, vienen á encorvarse bajo el peso de los años, y al fin despues de haber resistido los más fuertes huracanes y de haberse enseñoreado cual gigante rodeado de pigmeos, cae por tierra perdida la sustancia que le alimentaba y nutria. Todo recuerda al hombre una verdad que con facilidad y para su mal olvida, á saber: que están cortados sus dias y que no andará uno mas que los que le están señalados en el reloj de la eternidad. Si el hombre no tuviera un porvenir: si nuestro fin fuese ese polvo en que nos reducimos despues de la muerte, triste seria entonces nuestra condicion y poco halagüena la existencia, toda vez que por lo comun está rodeada de sinsabores. Pero no es tan pobre y miserable nuestro destino, y la fe nos enseña la existencia de otra vida de eterna duracion. No es nuestro ánimo presentar aquí pruebas de la inmortalidad del alma. Bástenos decir que negar la inmortalidad del alma equivaldria á negar la existencia de Dios; y los acontecimientos que cada dia presenciarnos que nos demuestran que muchas veces queda sin castigo la maldad y sin premio la virtud en el mundo, nos hacen conocer que hay otra vida donde se premia y se castiga, pues que Dios, justo en todas sus obras, no habia de permitir el triunfo del crimen. La Escritura Santa distingue dos clases de muerte: muerte desgraciada y muerte feliz: muerte del pecador obstinado que es pésima á los ojos de Dios ¹, y muerte del justo que es preciosa en la presencia del Señor ². Es la primera, efecto de una vida desordenada pasada en la maldad

¹ Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII, v. 22.

² Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus. Ps. CXV, 15.

y en el crimen, al paso que consiguen la segunda de aquellos que temerosos de Dios ó bien conservaron sin mancha la blanca estola de la inocencia ó bien borraron su infidelidad por una saludable penitencia. En la Santísima Virgen María tenemos el mas elocuente libro para aprender á morir santamente, estudio al que el hombre debe aplicar todos sus desvelos.

Parece á primera vista que el fatal decreto impuesto á toda criatura, no debia envolver á María, toda vez que la muerte es pena del pecado del que María fué libre. Asi como un privilegio singular la preservó del pecado original, pudo por otro igual ser libre de la muerte. Empero María debia ser semejante á su divino Hijo, y Dios quiso por lo tanto que ella muriese como habia muerto Jesus. A mas de esto, María debia enseñar á los fieles que componen la Iglesia, y con su muerte debia enseñarnos á morir santamente.

Muchos autores y entre ellos Nicéforo y la V. Agreda dicen que la Santísima Virgen habia tenido revelacion comunicada por un ángel del dia y la hora en que habia de verificarse su muerte. Bástanos saber que tal gracia ha sido dispensada por Dios á algunos santos para creer cierta la anterior opinion, puesto que es indudable que ninguna criatura ha sido tan enriquecida de gracias y privilegios como la Madre de Dios, á la que no habia de negarse ningun favor que á otra hubiese sido concedido. Hé aquí la salutacion que segun la escritora que acabamos de citar, dirigió el Arcángel San Gabriel á la purísima Señora al anunciarla el término de su vida mortal: «Emperatriz y Señora nuestra: el Omnipotente y Santo de los Santos nos envia desde su corte para que de parte suya os evangelicemos el término felicísimo de vuestra peregrinacion y destierro en la vida mortal. Ya Señora, llegará presto el dia y la hora tan de-

seada en que por medio de la muerte natural recibireis la posesion eterna de la inmortal vida, que os espera en la diestra y gloria de vuestro Hijo Santísimo y nuestro Dios. Tres años restan desde hoy para que seais levantada y recibida en el gozo interminable del Señor, donde todos sus moradores os esperan codiciando vuestra presencia.»

La inteligencia humana no es capaz de comprender el gozo que inundaria la bendita alma de María al recibir tan feliz nueva. Ella no tenia voluntad propia: entregada completamente en las manos del Señor, ni deseaba vivir ni morir: queria tan solo que se cumpliese la voluntad divina; pero sabe que va á ser llamada para entrar en el goce de su Señor, y se alegra y regocija, porque para ella no podía haber mayor felicidad ni ventura que la de disfrutar para siempre de la vista del amado de su alma. La llama del divino amor que siempre estuvo vivísima en su pecho, se inflamó mas y mas, y el navegante que despues de haber luchado largo tiempo con el ímpetu de embravecidas olas, experimentando todo el rigor de una noche tempestuosa, llega á fijar su planta en el suspirado puerto, no así vierte lágrimas de alegría y de consuelo, como las vierte María al saber el dia en que debe descansar en el puerto de la felicidad eterna. Ella habia vivido muchos años en medio del borrascoso mar de las aflicciones del mundo: contra su corazon purísimo habianse estrellado las enrespadas olas de la tribulacion: su vida habia sido un encadenamiento de dolores, que si tuvieron principio al escuchar el lúgubre y fatídico vaticinio de Simeon, no tuvieron término en la muerte de su divino Hijo, sino que duraron aun mas allá, por razones que hemos manifestado al tratar de su soledad amarguísima.

Los tres años que mediaron desde la revelacion de su

muerte hasta que llegó á verificarse, empleólos en fortificar en la fe á los que abrazaban la doctrina de Jesucristo, y en practicar como siempre lo habia hecho las mas heróicas obras de piedad y de virtud que no podian tener aumento en la que siempre fué perfectísima en toda clase de virtudes.

Antes de dejar el mundo para partir al cielo, quiso Maria Santísima visitar los lugares de la Redención, y lo hizo en compañía de San Juan. Su primera visita fué al Calvario: allí se postró y dió gracias á su divino Hijo que lleno de caridad habia entregado en aquel sitio y entre los mayores tormentos su vida por el rescate de la humanidad. Desde allí pasó á visitar otros lugares donde se habian verificado otros misterios de la vida del Señor, volviéndose despues á Jerusalem, retirándose á la montaña de Sion, y á la misma casa donde el Espíritu Santo habia descendido sobre ella y sobre los Apóstoles.

Acercábase el día en el que la verdadera Arca del Testamento debia ser trasladada de la tierra á la celestial Jerusalem, y Dios dispuso que se verificase este acto con la mayor solemnidad. Los Apóstoles y discípulos del Salvador, se fueron congregando en Jerusalem, de suerte que, tres días antes de que se verificase la muerte de la Santísima Virgen se hallaban todos reunidos. El primero que llegó á Jerusalem fué el Príncipe de los Apóstoles, el que segun la venerable Agreda fué trasladado por un ángel desde Roma, donde se hallaba predicando. La Santísima Virgen recibió al Vicario de su divino Hijo con las muestras del mas profundo respeto, dando gracias al Señor porque le habia llevado para que la asistiese en la hora de su muerte. Despues llegó San Pablo y sucesivamente fueron llegando los demas Apóstoles y discípulos.

Grande era el desconsuelo de los Apóstoles por la gran

pérdida que iban á experimentar; pero conformes todos con la divina voluntad, rogaron sin cesar á la que era su Madre y su Señora les concediese su bendicion y que rogase por ellos á su divino Hijo, á fin de que los protegiese y les concediese las fuerzas necesarias para trabajar en el aumento y estension de la Santa Iglesia. Maria por su parte, llegado que fué el día en que debia partir de este mundo para entrar á reinar con su Hijo en la Gloria, viendo reunidos en torno suyo á todos aquellos santos discípulos de Jesus, les dirigió las mas dulces palabras, exhortándoles á que permaneciesen firmes en la fe y á que siguiesen trabajando con celo infatigable en la propagacion de la religion y ofreciéndoles ampararlos y protegerlos desde el cielo. Esta última exhortacion de la Santísima Virgen Maria produjo en los circunstantes una grande afliccion, porque vieron en ella una despedida tan amorosa, y no pudieron menos de romper en un copioso llanto. No podia ser de otro modo: las palabras de la Santísima Virgen al prepararse para abandonar la tierra, tenian que ser necesariamente saetas de amor para todos los que componian aquella santa é ilustre asamblea.

Si como antes hemos dicho con la Sagrada Escritura, es preciosa la muerte del justo á los ojos de Dios, ¿cuál sería en vista de esta verdad la muerte de aquella criatura, en la que no habitó jamás ni la mas leve sombra de pecado, y que fué la mas perfecta entre todas? No otra cosa que un sueño dulce y agradable. No se presentó en ella enfermedad alguna: su muerte fué el amor. No recibió la purísima Señora para morir el sacramento de la penitencia, ni antes lo habia recibido jamás: la que escedia en pureza á los mismos ángeles y en santidad á todas las criaturas no pudo tener materia sobre la que recayese la absolucion sacramental. Lo que si es evidente que recibió

como Viático el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, manjar divino con el que se había alimentado desde que fué instituido por su Santísimo Hijo. ¡Ah! Y quién se habrá acercado á la mesa Eucarística con mas amor que Maria? Ninguna otra criatura le ha igualado en fervor ni con mejores disposiciones ha recibido el pan de los ángeles, porque nadie mejor que ella ha conocido todo el valor infinito de tan augusto Sacramento. Acerca de si recibió ó no el Sacramento de la Extremauncion hay diversas opiniones: á nosotros nos parece fuera de toda duda que no lo recibió por las mismas causas que dejó de recibir el Sacramento de la Penitencia. ¿Qué efectos causa la Extremauncion? Perdona los pecados veniales y las reliquias de los mortales. Luego si en Maria no hubo ni la mas minima sombra de pecado ni aun venial, claro es que no tuvo necesidad de tal Sacramento.

Hemos llegado á la última hora de la vida mortal de la Madre de Dios. Si repetidas veces y durante el curso de esta obra, hemos conocido todo el peso de la árdua empresa que hemos acometido, ahora es cuando con mas motivo reconocemos nuestra pequeñez: pintar con vivos colores el glorioso tránsito de Maria: formar un cuadro que de á conocer la solemnidad de la traslacion de la verdadera arca del Nuevo Testamento, exige luces superiores y un ingenio ajigantado. No por nuestra propia gloria, sino por la gloria de Dios y la honra de la que fué su Tabernáculo y sagrario, desearíamos en este momento poseer la elocuencia de un San Agustin, el celo de un San Cirilo y la ardiente devocion del Santo Abad del Claraval. Ya que no esté en nuestra mano revestirnos de tales dones, seguiremos, siquiera sea con el desaliño de nuestras palabras, satisfaciendo los deseos del devoto lector.

La hora suprema de Maria se acercaba, y la noticia de su próxima muerte se había estendido con rapidez, motivo por el cual su augusta morada, vióse llena de fieles que ansiosos se disputaban la gloria de verla y de recibir su bendicion, impetrando su proteccion y amparo. El mismo Jesucristo, dice San Juan Damasceno, bajó del cielo para recibir el alma de su Madre. ¡Espectáculo admirable! La milicia angélica hacia resonar en los aires los armoniosos ecos de sus sublimes cánticos, en los cuales glorificaban á la que era su Reina y su Señora: los Apóstoles y discípulos postrados en tierra, rodeaban el lecho ó tarima sobre la cual iba á entregar su espíritu la Santísima Virgen en manos de su divino Hijo: los bienaventurados llenos del mayor regocijo esperaban el suspirado momento, y así en el cielo como en el Cenáculo resonaban cánticos de alabanza á la co-Redentora de la humanidad. Entretanto llegó el momento decretado en los consejos de la Trinidad Beatísima y Maria cerró sus ojos virginales y espiró, quedando su bendito cuerpo resplandeciente de gloria y el Cenáculo lleno de un suavísimo aroma y celestial fragancia, que embriagando en dulzuras á todos los presentes les hicieron prorrumpir en nuevas bendiciones.

Los Apóstoles veneraron aquel bendito cuerpo y besaron las manos de su madre, permitiendo hiciesen lo mismo cuantos presentes se hallaban. Varias son las opiniones acerca de la edad que tenia la Madre de Dios cuando ocurrió su muerte: el silencio del Evangelio sobre este extremo nos hace recurrir á la tradicion. Esta nos enseña que Maria sobrevivió mucho tiempo á su divino Hijo enseñando y edificando á la Iglesia de Jerusalem. San Antonino dice que murió á la edad de sesenta años, habiendo sobrevivido á su hijo doce. Nicéforo dice que no vivió mas que cincuenta y nueve. San An-

drés decreta le dá setenta y dos años ¹. Santa Brígida asegura que la misma señora la reveló que su tránsito ocurrió á los sesenta y tres años. Para no dejar de citar ninguna de las opiniones que tenemos á la vista, hé aquí el relato que sobre este punto hace la V. Agreda. «Sucedió este glorioso tránsito de la gran Reina del mundo, viernes á las tres de la tarde, á la misma hora que el de su Hijo Santísimo, á trece días del mes de agosto, y á los setenta años de su edad, menos los veinte y seis días que median desde 13 de agosto en que murió hasta 8 de setiembre en que nació y cumpliera los setenta años.» A nuestro modo de entender, la opinion mas digna de seguirse es la de Santa Brígida, puesto que sus revelaciones han sido aprobadas por la Iglesia, honor que aun no han alcanzado las de la V. Agreda, por mas que para nosotros sean respetables y que las hayamos venido siguiendo, aunque como opinion piadosa y nada mas en muchos pasajes de la presente obra.

El entierro de María se verificó sin pompa ni aparato de ninguna clase, sino con la mayor piedad y religiosidad. Varios discursos fúnebres se pronunciaron antes de verificarse el sepelio, siendo el mas notable el de Hieroteo, como refiere San Dionisio Areopagita que fué testigo ocular del entierro de la Santísima Virgen María. Un sepulcro nuevo, pero pobre y sencillo que estaba inmediato al del Salvador, dice el P. Argentan, recibió el cuerpo de María. Este sepulcro quedó perdido y sepultado bajo la ruinas, cuando la destrucción de Jerusalem en tiempo de Tito y Vespasiano. Despues en el imperio de Marciano y Pulqueria se descubrió á fuerza de buscarlo, pero tan escondido debajo de las ruinas de la antigua Jerusalem, que era preciso bajar sesenta escalones

¹ Orat. 1 in *Dormitione S. S. Deiparæ*. Biblioth. Patr., tomo X, pág. 355, citado por Augusto Nicolás.

para llegar á él: ahora le visitan los viajeros que van á la tierra santa, y aun exhala no se que de celestial fragancia de que estuvo embalsamado por haber recibido y conservado algunos dias el preciosísimo cuerpo de la Reina de nuestros corazones ¹.

Momentánea fué la permanencia del cuerpo de la Santísima Virgen en el sepulcro. La que habia recibido el privilegio de la exención del pecado original, recibió tambien el de no pasar por la corrupcion de la carne. Dispuso Dios que aquel bendito cuerpo que habia sido templo de su magestad divina entrase en el cielo, sin esperar el dia de la resurreccion universal. Tres dias hacia que María se hallaba en el sepulcro: los Apóstoles rodeaban aquella sagrada tumba, sin atreverse á separarse de aquel lugar donde les detenia una fuerza irresistible, que era el amor que la profesaban. El Apóstol Tomás no habia llegado á tiempo de ver antes de morir á su Reina y señora, y por consiguiente tampoco tuvo la honra de asistir á la traslacion de su cadáver: al llegar á Jerusalem, su primera diligencia fué dirigirse al sepulcro, alrededor del cual encontró á sus compañeros, á los cuales suplicó le permitieran contemplar y ver por última vez aquel santuario de Dios. Ellos consintieron y abrieron el sepulcro, pero ya no estaba allí el cuerpo, encontrándose tan sólo los lienzos en que habia sido envuelto, los cuales exhalaban una celestial fragancia. En el momento los Apóstoles, cuyos entendimientos estaban divinamente iluminados, comprendieron que Dios la habia llevado al cielo en cuerpo y alma. Tal es la creencia de la Iglesia Católica, la que celebra con la mayor pompa y regocijo el dia 15 de agosto de cada año, la solemne fiesta de la Asuncion de la santi-

¹ P. Argentan, cap. XXVI.

sima Virgen á los cielos, exhortando á todos los fieles en el introito de la misa, á que se alegren y regocijen en el Señor. El mundo cristiano que con tanto cuidado he recogido y conservado las reliquias de los mártires y demas justos que se hicieron célebres en los primeros siglos del Cristianismo, no posee ninguna parte del cuerpo de la Santísima Virgen, y esto forma una prueba de su Asuncion gloriosa á los cielos aunque no necesitamos pruebas algunas sobre el consentimiento de la Iglesia que iluminada y dirigida por el Espíritu Santo, celebra como hemos dicho la festividad de la Asuncion de la Madre de Dios.

Multitud de espíritus angélicos que hacian la córte á su Soberana Emperatriz, acompañan á la Santísima Virgen en su entrada triunfante en la gloria, y en alegres himnos bendecian á Dios y colmaban de alabanzas á la que subia del desierto del mundo, llena de delicias y apoyada sobre su amado. ¿Y quién será capaz de pintar el regocijo de la Beatísima Trinidad, la alegría de los ángeles y el gozo de todos los bienaventurados al presenciar la entrada en los cielos de la feliz y venturosa criatura que habia tenido la dicha incomparable de ser Madre de todo un Dios? Al contemplar esta escena magestuosa, al fijar nuestra consideracion en la Asuncion de la Santísima Virgen María, parecen escuchar de lábios de los espíritus angélicos estas bellas espresiones del sagrado libro de los Cantares: «¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible cual un ejército ordenado en forma de batalla?» ¿Y quién podrá comprender ni menos explicar el gozo que inundaría el alma de María al ver á su divino Hijo sentado á la diestra de su Eterno Padre?

1 Cant. VIII, v. 3.

¡Qué dicha tan inesplicable! La purísima Virgen vé al Hijo de sus entrañas, á aquel mismo Hijo que habia visto pendiente del madero de la Cruz, ahora revestido de magestad y de grandeza como Rey inmortal de las eternidades. Recuerda en tan feliz instante los insultos, blasfemias y tormentos del Calvario, y su alma se llena de un puro regocijo al verle rodeado de tanta gloria, servido por tanta multitud de ángeles y reconocido y adorado como Dios por todos los Bienaventurados.

María sube á mas altura que todos los coros angélicos y llega hasta las mismas gradas del Dios Omnipotente, por quien es recibida: la córte celestial presencia en el mayor silencio aquel imponente espectáculo, y todos los habitantes de la celestial morada se inclinan ante la feliz criatura que habiendo sido en la tierra morada y templo de la Divinidad, vá á ser coronada por Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; y todos los coros angélicos y los Bienaventurados: ¡bendicion, esclaman; bendicion á la sin par María!

María vá á obtener el justo premio merecido por sus virtudes heróicas, por sus grandes sufrimientos, recibiendo en sus sienes de manos de la Trinidad Beatísima la corona que la dará á conocer en adelante y para siempre por Reina de los ángeles y de los hombres. ¡Qué recompensa mas bien merecida! Jesucristo es verdad que sufrió en la tierra grandes persecuciones, insultos, blasfemias, tormentos inesplicables y la muerte en afrentoso patibulo, porque quiso voluntariamente pagar los delitos de la humanidad; pero al fin hubo momentos en los que entusiasmadas las turbas á vista de sus milagros quisieron aclamarle Rey: un dia, tres de sus privilegiados Apóstoles le vieron transfigurado y quedaron deslumbrados en el Tabor á vista de los esplenden-

tes rayos que rodearan su divino rostro: pendiente estaba de la Cruz y es reconocido Dios por uno de los criminales que con él habian sido crucificados: muerto habia y no falta quien á vista del eclipse de los astros y del estremecimiento de la tierra, esclame: «Verdaderamente este era Hijo de Dios.» Para María, para la humildísima Virgen de Judá, no hubo mas que humillaciones: desconocida en el mundo, quiso Dios que su corazon experimentase los mas crueles martirios.

En efecto: despues de haber seguido paso á paso la vida de la Santísima Virgen María, hemos tenido ocasion de observar que sus dias sobre la tierra, formaron una cadena de padecimientos, de angustias y tormentos mayores que cuanto puede concebir la imaginacion humana. Ella era la criatura mas santa, la mas pura, la mas angelical que conocieran los siglos: habia sido predestinada desde antes que existiesen los tiempos, en la mente de Dios, para su Tálamo y Sagrario: en su seno habiase verificado el gran prodigio de la humanacion del Verbo, y por consiguiente habia sido elevada á la mayor de las dignidades posibles: Hija predilecta del Eterno Padre, Madre del Verbo Divino, y Esposa escogida del Espiritu Santo, su grandeza era incomparable: esto no obstante, su patrimonio en la tierra lo constituyeron las angustias y los dolores. Hubo un momento del cual pendieron los destinos de la humanidad, de gran gozo para la humilde y pudorosa Virgen y fué aquel en que la saludó un mensajero del cielo, anunciándola que habia hallado gracia en los ojos del Señor, y que en ella se iba á verificar por virtud del Espiritu Santo la Encarnacion del Hijo de Dios. Verificóse el Misterio en el momento mismo en que María aceptó la maternidad divina: nueve meses despues su seno virginal produjo al que venia á dar la salud

al mundo, y la Bienaventurada Virgen no solamente escuchó los himnos que en torno de la gruta de Belén entonaron los ángeles del cielo, sino que tuvo la dicha de ver á los reyes y pastores postrados ante su divino Hijo, ofreciéndoles dones y reconociéndole como á verdadero Mesías. Poco despues la Virgen Madre oyó un anuncio fatidico: la inspirada voz de Simeon le hizo saber que aquel tierno Infante seria el objeto de las contradicciones del mundo, y que una aguda espada de dolor atravesaria el alma de aquella Madre. A su tiempo hicimos las reflexiones oportunas á este asunto, y siguiendo el curso de nuestra historia hemos visto que desde entonces dieron principio sus padecimientos que no concluyeron ni aun en la muerte de su divino Hijo. Mientras las predicaciones de Jesus, si bien este fué muchas veces aclamado como antes hemos dicho, y se vió rodeado de turbas que quisieron hacerle Rey, nadie paraba mientes en la sin par María, que deseando únicamente la gloria de su Hijo, vivia desconocida en la oscuridad. Justo era que la Trinidad Beatísima la concediese el premio en proporcion á sus merecimientos y asi lo hizo.

Ya hemos rodeado con el mayor afecto el lecho mortuario y hemos visto el tránsito suave y glorioso de la Madre de nuestro Dios: hemos contemplado su Asuncion á los cielos y el recibimiento que en aquella morada del Dios Omnipotente le hicieron los coros de los Espiritus angélicos. Vamos ahora á contemplar y ver con los ojos de la fe la escena mas sublime que tiene lugar en el Empireo: la coronacion de la Santísima Virgen María, por la que es proclamada reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y los humanos. Vamos á ver como la Trinidad Beatísima la eleva sobre todo cuanto es criado, rodeándola de una gloria y de una magestad, que solo tiene por su-

perior la gloria y la magestad del Dios que la engrandece.

María había llegado hasta donde no les es dado llegar ni á los más encumbrados serafines: había fijado sus plantas en el mismo trono del Escelso, donde profundamente inclinada adora á las tres divinas Personas: la corte celestial presencia aquel imponente espectáculo, al tiempo mismo que Jesucristo la presenta á su Eterno Padre, haciendo mencion de sus grandes virtudes y los cuidados que le había prodigado durante su morada entre los hombres. Párecenos escuchar al Eterno Padre que esclama: «Levántate, apresúrate amiga mia, paloma mia, hermosa mia y ven: ya pasó el invierno de las tribulaciones y amarguras: ven á mis brazos¹.» Al mismo tiempo el Espíritu Santo: «Ven, esclama, ven del Libano y serás coronada².»

Colocada la Bienaventurada Maria en un trono, dice la venerable escritora tantas veces citada, que hablaron las tres divinas Personas para darla á conocer á todos los cortesanos del cielo, declarando los privilegios de que gozaba. Dice que habló primero la Persona del Eterno Padre como primer principio de todo, y dirigiéndose á los ángeles y santos, exclamó: *Nuestra Hija Maria fué escogida y poseída de nuestra voluntad eterna entre todas las criaturas, y la primera para nuestras delicias, y nunca degeneró del título, y sér de hija, que le dimos en nuestra mente Divina; y tiene derecho á nuestro reino de quien ha de ser reconocida, y coronada por legitima Señora y singular Reina.* El Verbo humanado dijo: *A mi Madre verdadera y natural le pertenecen todas las criaturas, que por mí fueron redimidas y de todo lo que yo soy Rey, ha de ser ella legitima y suprema Reina.* El Espíritu Santo dijo: *Por el título de Esposa mia,*

¹ Cant. cap. II, 10 y 11.

² Ibid. cap. IV, 8.

amiga y escogida á que con fidelidad ha correspondido, se le debe también la corona de Reina por toda la eternidad. Inmediatamente las tres divinas Personas colocaron sobre la cabeza de María Santísima la corona de admirable resplandor que declaraba su dignidad sublime.

Coronada que fué la Santísima Virgen, dice la misma escritora, salió del trono del Señor una voz que decía: «Amiga y escogida entre todas las criaturas, nuestro reino es tuyo; tú eres Reina, Señora y Superiora de todos los serafines y de todos nuestros ministros los ángeles, y de toda la universidad de nuestras criaturas. Atiende, manda y reina prósperamente sobre ellas, que en nuestro supremo consistorio, te damos imperio, magestad y señorío. Siendo llena de gracia sobre todos, te humillaste en tu estimacion al inferior lugar: recibe ahora el supremo que te se debe, y el dominio participado de nuestra Divinidad sobre todo lo que fabricaron nuestras manos con nuestra Omnipotencia. Desde tu real trono mandarás hasta el centro de la tierra; y con el poder que te damos sujetarás al infierno y todos sus demonios y moradores; todos te temarán como á Suprema Emperatriz y Señora de aquellas cavernas y morada de nuestros enemigos. Reinarás sobre la tierra y todos sus elementos y sus criaturas. En tus manos y tu voluntad ponemos las virtudes y efectos de todas las causas, sus operaciones, su conservacion, para que dispenses de las influencias de los cielos, de la lluvia, de las nubes, de los frutos de la tierra, y de todo distribuya por tu disposicion, á que estará atenta nuestra voluntad para ejecutar la tuya. Serás Reina y Señora de todos los mortales para mandar y detener la muerte y conservar su vida. Serás Emperatriz y Señora de la Iglesia militante, su protectora, su Abogada, su Madre y su Maestra. Serás especial Patrona de los reinos católicos,

y si ellos y los otros fieles y los demás hijos de Adán te llamasen de corazón y te sirviesen y obligasen, los remediarás y ampararás en sus trabajos y necesidades. Serás amiga, defensora y capitana de todos los justos y amigos nuestros; y á todos los consolarás, confortarás y llenarás de bienes, conforme te obligaren con su devoción. Para todo esto te hacemos depositaria de nuestras riquezas, tesorera de nuestros bienes, ponemos en tu mano los auxilios y favores de nuestra gracia, para que los dispenses; y nada queremos conceder al mundo que no sea con tu mano y no queremos negarlo si lo concedieres á los hombres. En tus labios estará derramada la gracia para todo lo que quisieres y ordenares: en el cielo, en la tierra y en todas partes te obedecerán los ángeles y los hombres; porque todas nuestras cosas son tuyas, como tú siempre fuiste nuestra y reinarás con nosotros para siempre.¹

¡Con cuánta alegría escucharían los coros angélicos tan soberanas disposiciones! ¡Qué himnos y cánticos resonarían en el augusto palacio de la Divinidad! ¡Gloria á Dios que de tal modo quiso enriquecer y elevar á la Purísima Virgen, cuyo seno inmaculado le sirvió de templo y de sagrario! ¡Gloria á María que habiendo sabido corresponder fielmente á tantas gracias cómo le concediera el Omnipotente fué digna Madre de Dios y mereció ser coronada Reina de todo lo criado! ¡Felices mil y mil veces nosotros los mortales, que tenemos en el cielo una Madre tan misericordiosa como llena de poder, de intercesión á favor de los pecadores!

Con razón los fieles en toda la extensión del cristianismo, acuden á María en demanda del remedio de los males del mundo: con razón la Iglesia la llama, *Consuelo de los*

¹ V. Agreda. Obra citada. Parte III, lib. VIII, cap. XXII.

aflijidos y Refugio de los pecadores, porque ella es la medianera de intercesión interpuesta entre Jesucristo su Hijo y las criaturas: en ella se hallan como reasumidas todas las riquezas del Omnipotente y su pensamiento culminante, su deseo constante no es otro que favorecer desde el cielo á los pecadores que arrepentidos se acojen á su protección é imploran su patrocinio. Dotada de un corazón misericordioso é identificada con los sentimientos de su Divino Hijo, está pronta á favorecer y amparar á todos los que la profesan una devoción cordial y verdadera, que esté cimentada en la práctica de las virtudes.

Dijimos al principio de este capítulo que en la Santísima Virgen María tenemos el mas elocuente libro para aprender á morir santamente, estudio á que el hombre debe aplicar todos sus desvelos. Y en efecto, nos es de tanta importancia el aprender á morir cuanto que de la muerte pende la eternidad como dice San Bernardo. Que el hombre llegue á reunir á las grandezas de un Alejandro, la sabiduría de un Salomón y las riquezas de un Crespo, que inflamado su pecho por el fuego del amor patrio, se sacrifique en bien de sus semejantes, y del país al que debe naturaleza é instrucción, ¿qué le aprovechará todo esto sino sabiendo morir pierde su alma? Hé aquí porque hemos procurado al narrar la vida de Nuestra Señora, detenernos varias ocasiones en hacer algunas reflexiones, acerca de la necesidad de imitar los ejemplos que nos dejó de sus virtudes para alcanzar su protección, y por ella el fin último á que debemos aspirar que no es otro que la posesión de la felicidad suprema. Ahora bien, cuando hemos pintado aunque con tosco pincel la muerte de la Santísima Virgen María, su

¹ Quid enim predest homini, si mundum universum lucretur, anima vero sua detrimentum patiat? Math. XVI, 26.

Asuncion á los cielos y coronacion por Reina de los ángeles y de los hombres, ¿no deberemos fijar nuestra atencion en la enseñanza sublime que de estos hechos se desprende?

Nunca podemos aspirar á una gloria semejante á la de María, nunca podremos merecer tanto como ella, porque ninguna criatura ha recibido tanta gracia, como le fué concedida á la destinada para Madre de Dios, y la razon creemos haberla insinuado ya con Santo Tomás de Aquino en otro lugar de esta obra: *Dios dá á cada criatura la gracia en proporcion á la dignidad á que la destina.* Empero si esto es una verdad innegable por la que probamos atendida la dignidad de María, con la que ninguna otra puede compararse, que ella es la criatura que mas gracias ha recibido, tambien lo es que el Señor que quiere que todos se salven y ninguno perezca, á nadie niega el auxilio de su gracia sin la que ciertamente pereceriamos á través de los mil escollos y peligros que nos rodean en este valle de lágrimas y de miserias en que vivimos, y esta gracia que el Señor concede, se vá aumentando progresivamente en proporcion que la criatura vá correspondiendo á ella. En María no pudo tener aumento la gracia, toda vez que desde el instante de su Concepcion Inmaculada le fué concedida, como á su tiempo dijimos, no solamente toda la plenitud de la santificante, sino á mas todas las llamadas por los teólogos *gratis datas*: empero su vida toda fué una no interrumpida cadena de merecimientos, premio de los cuales fué el triunfo de su Asuncion á los cielos y coronacion. Reasumamos para concluir y sacar una consecuencia de gran utilidad, cuanto hemos dicho en este libro acerca de las virtudes de la Santísima Virgen y de su correspondencia á las gracias con que plugo enriquecerla á la diestra del Escelso.

¿Qué es lo que hace á los mundanos amarga la memo-

ria de la muerte? No otra cosa que el deseo de poseer las grandezas de la tierra y el apego á los bienes del mundo, como se lee en las páginas de la Escritura Santa ¹. Nada hubo para la Bienaventurada Madre del Salvador mas distante de su corazon que el apego, asi á las grandezas de la tierra como á las riquezas, móvil las mas veces de trastornos y de pecados. Ella contaba en su ilustre ascendencia muchos reyes y soberanos pontifices, patriarcas y esforzados capitanes, como nos demuestra San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio. Cuando se verificó su nacimiento hallábase como oscurecido el lustre de la descendencia de David; asi es que no obstante lo ilustre de su linaje, y de estar destinada para concebir en su seno virginal al Verbo Eterno, María vivió en sus primeros años pobremente en compañía de sus padres Joaquin y Ana, en la pequeña villa de Nazareth en Galilea. Adornada de un entendimiento superior, y en el libre uso de su razon por un privilegio extraordinario desde el instante de su animacion, conocia sus derechos á tener parte en la casa real, pero en vez de hacerlos conocer, el amor la lleva á Dios, con la velocidad que la piedra busca el centro de su gravedad. Nada hay de verdad en la grandeza, en los honores, en los bienes de la tierra: María lo conoce y por eso busca la verdad sobrenatural que es Dios. Santos son sus padres, y grande el amor que la profesan: esto no obstante, en alas de su amor se dirige al templo cuando solo contaba tres años de edad, y en el deseo de atender tan solamente al servicio de Dios al que ha hecho formal y completa entrega de su corazon. Niña es y ya se presenta cual una torre inespugnable, fuerte cual un ejército ordenado: nada pue-

¹ Oh mors quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis! Eccli. XLI, 1.

de contra ella el enemigo de la humanidad. Los grandes ejemplos de virtud que dió durante su permanencia en el templo lo vimos demostrado en el capítulo que en la primera parte de esta obra dedicamos á este asunto.

La humildad mas profunda resplandeció en todos los actos de su vida: aquellas espresiones que contestó al ángel cuando le anunció el gran Misterio de la Encarnacion del Verbo en sus purísimas entrañas, *he aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*, nos demuestra que su humildad no podía tener aumento. Cuán aceptable era á los ojos de Dios esta humildad de la Señora, lo declara la misma, diciendo á Santa Brígida: «el motivo porque yo recibí tanta gracia, fué porque pensé y conocí que por mí nada era y nada tenía, porque deseché las alabanzas propias y no quise que fuese alabado sino el dador y criador de todas las cosas!»

Su obediencia es incomparable, y tanto, que el Padre San Agustin dice que María reparó con su obediencia el daño que hizo Eva con su desobediencia. Obediente á la voz de Dios acepta la maternidad: obediente á las leyes emprende un penosísimo viaje para empadronarse sin escusarse por el estado en que se encontraba: sumisa á la voz de su esposo emprende otro nuevo viaje á Egipto para liberrar á Jesus de la tiranía del cruel Herodes. Amando á su Dios con todo su corazon, con toda su alma, como mandaba Moisés, no encontraba mas gloria que estar retirada con él, en la oracion ferviente, demostrando su amor al prójimo, aquella prontitud con que interpone sus ruegos para que su divino Hijo convierta el agua en vino en las bodas de Caná. Su pureza fué superior á la de los mismos ángeles: tan

¹ S. Brig. Rev. lib. II, cap. 23.

amante fué de la virtud de la castidad, que como dice San Alfonso de Ligorio, citando á otro autor, por conservarla hubiera renunciado aun la dignidad de Madre de Dios¹, y esto se infiere, dice el mismo santo, de las mismas palabras que respondió al Arcángel: *¡Cómo ha de ser eso! Cuando yo no conozco varon, ni jamás conoceré varon alguno*; y de las palabras que añadió despues: *Hágase en mí segun tu palabra*, es decir que daba su consentimiento, segun se lo aseguraba el Angel, porque llegaría á ser Madre no por obra de varon, sino del Espiritu Santo.

Cuando hemos descrito las trájicas escenas de la calle de la Amargura y del Calvario, fijamos nuestra consideracion en la Maestra de la humanidad. Llena de resignacion y conforme con la voluntad divina, la vimos sufrir en su corazon los mas terribles tormentos al par de la Divina Victoria que se sacrificara por la salud del mundo. ¿No ejercitó en el Gólgota de un modo heroico y admirable todas las virtudes? ¿No se presenta en ese monte santificado por la sangre de un Dios-Hombre, como un perfecto modelo, ante el cual queda confundida toda la arrogancia y altanería del misero mortal? Despues de la Ascension de su divino Hijo á la gloria, ¿no cumple como hemos visto, con la mayor exactitud el cargo que la confiere el Salvador de Maestra de la naciente Iglesia? ¡Conducta admirable, coronada por una muerte preciosa!...

Enseñanza sublime la que encontramos en cuanto acabamos de decir. Discurre San Juan Damasceno sobre el triunfo de la Santísima Virgen en su tránsito feliz al cielo y su coronacion, y esclama de este modo: «Fué verdaderamente bienaventurada porque dió oídos á la palabra de Dios y sa-

¹ S. Alf. Ligor. Glorias de María. Tom. I, párrafo de la Castidad de María.

lutacion del Angel, en virtud de la cual sin concurso de varon concibió al Hijo de Dios, le parió sin dolores y se consagró toda á Dios; y siendo así ¿cómo la muerte habia de apoderarse de ella? ¿Cómo el infierno habia de tener parte en ella? ¿Cómo la corrupcion habia de invadir aquel cuerpo en el que tomó carne el que es la verdadera vida? Así comprende este Padre, las razones que movieron á la Trinidad Beatísima para ordenar en sus altos consejos la Asuncion en cuerpo y alma de la Santísima Virgen Maria á los cielos, que constituye el triunfo y la recompensa de sus virtudes. ¿Y cuál es la enseñanza que deciamos desprenderse de este triunfo de Maria? Es muy sencilla: que el grado de gloria que los que se salvan gozan, es proporcionado á los méritos que allegaron sobre la tierra¹: pero ninguna de las mansiones de la celestial morada dará entrada á los que no hayan logrado la dicha de morir en el ósculo del Señor.

Grande es el entusiasmo que las almas cristianas experimentan al contemplar las magnificencias de Maria: ellas nos demuestran su poder, así como sus bondades y su maternidad espiritual es el fundamento de la esperanza que en su proteccion ha fundado siempre el mundo cristiano. Las generaciones, una en pos de otra vienen reconociendo estas consoladoras verdades: Desde el dia mismo en que la Virgen Maria abandonó la tierra para ser coronada en el cielo, los fieles de la militante Iglesia la han invocado como su mas poderosa y eficaz medianera. En las mas sólidas razones se apoya esta conducta. Un hijo que viera á su madre ocupando un trono en la tierra, ¿no se sonreiria á la consideracion de un porvenir venturoso? Del mismo modo

¹ S. Joan. Damasc. Orat. 2 de Dormit. B. Mariæ.

² In domo Patris mei mansiones multæ sunt. Joan. XIV, 2.

el cristiano tiene motivos de regocijo y de grande confianza acerca de su suerte. Maria es para todos Madre y es tambien Reina: el primer título lo recibió en el Calvario de lábios de su divino Hijo, al paso que el segundo lo conquistó con su fidelísima correspondencia á la gracia, y las heroicas virtudes que la hicieron espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. A ella obedece toda la naturaleza en virtud de los privilegios de que ha sido investida por la diestra del Omnipotente: una madre se complace siempre en dispensar sus favores y en colmar de beneficios á los caros objetos de su amor y de su ternura. ¿Y habrá quien dude del amor de Maria para con los hombres? «El amor de los hijos, dice San Alfonso de Liguorio, es un amor necesario¹, y esta es la razon, dice el mismo, porque reflexiona Santo Tomás², que en la ley divina se ha impuesto á los hijos precepto de amor á los padres; pero al contrario, no hay precepto espreso á los padres de amar á los hijos, porque el amor hácia los propios hijos es un amor infundido con tanta fuerza por la misma naturaleza, que hasta las fieras mas salvajes, no pueden dejar de amar á sus hijos, como dice San Ambrosio³.» Este amor necesario, es en Maria extraordinario, como vamos á demostrar.

Sabido es, y que lo hemos visto demostrado en el curso natural de esta obra, que Maria fué enriquecida y adornada por Dios con todas las gracias y carismas celestiales: predestinado Jesus para Reparador de la estirpe culpable, lo fué Maria para cooperadora suya en esta obra de su amor para

¹ Glorias de Maria. Tom. I, cap. I, pár. III.

² Opusc. LX, cap. IV.

³ Natura hoc bestiis infundit, ut catulos parvulos ament. Lib. VI, Exam. cap. IV.

con las criaturas: asociada por lo tanto á su divino Hijo, é identificada aun en sus mismos deseos, su corazon fué, dice el Justiniano, el espejo perfectísimo de la pasión y muerte de Jesucristo¹, siendo necesario que en todo se hiciese semejante al Redentor que se inmoló por la salud del mundo. Asi al mismo tiempo que hemos visto á Jesucristo sufrir por el rescate de la humanidad tormentos cruelísimos y la más trágica de las muertes, hemos contemplado á María, sufriendo en su corazon los mismos tormentos que la divina Víctima en todas las partes de su cuerpo. Una misma causa produjo ambos martirios: tanto amó Dios al mundo que dió á su Unigénito por salvarnos: de tal modo nos amó Jesucristo que se entregó voluntariamente á los tormentos y á la muerte por borrar la escritura de nuestra maldición, y rescatarnos los derechos que teníamos perdidos á la posesión del cielo: pues bien, de tal modo amó María á la humanidad, que sabiendo que solo podía salvarla el sacrificio cruento de la muerte de su Hijo, sufre en silencio y sin exhalar la menor queja, tormentos que esceden incomparablemente á los que han experimentado despues los invictos mártires de la Religión. El corazon de Jesus estaba inflamado en el fuego del amor á las criaturas, y María que como hemos dicho, estaba identificada con los mismos deseos y aun pensamientos de su divino Hijo, ardía en su corazon el mismo fuego de la caridad, por lo que deseaba con inmenso amor en la muerte de Jesus el morir por amar á las criaturas.

Si abrigáramos la más ligera duda acerca del amor de la Santísima Virgen para con nosotros, bastarianos fijar nuestra consideracion en aquella hermosa manda y precioso le-

¹ Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago. Justin. lib. de triunf. Christi agone.

gado con el que el Señor quiso enriquecernos pocos momentos antes de exhalar el postrer aliento en el árbol de la Cruz, y á cuyo don precioso hemos dedicado un capítulo de esta obra: *Hé ahí á tu Hijo... Hé ahí á tu Madre*; tales son las palabras que constituyen la herencia estimadísima de nuestro corazon: de este soberano mandato, nacen obligaciones de un amor recíproco entre María y los mortales. Aceptada la maternidad humana por María, aceptó necesariamente sus consecuencias y deberes, á los que nunca puede faltar la Maestra de la obediencia. El amor, el cuidado de los hijos, forman aquellas obligaciones, y cada día la humanidad recibe pruebas tangibles del modo con que la Virgen María vela por sus hijos. ¿Qué significa tanto entusiasmo por sus glorias? ¿Por qué el mundo en toda la estension del Cristianismo, ha elevado en su honor tantos y tan preciosos monumentos? ¿Por qué su proteccion es implorada por millones de fieles que rodean los bellos simulacros que nos recuerdan los misterios de su vida, ó nos la representan bajo diversas y á cual más bellas advocaciones? ¿Qué significa ese grito uniforme unisono que invoca el nombre de María que es tan simpático al corazon y que se halla como impreso en nuestros lábios? Es el convencimiento de su amor y de su poder: el justo que en descanso de una conciencia tranquila contempla sus magnificencias: el pecador que se esconde bajo su manto protector: el huérfano que la llama en su auxilio: el náufrago que la invoca en el momento supremo en que se ve próximo á una muerte desastrosa en el fondo de los mares: el mendigo que en su nombre implora el pan de la caridad, todos saben que su poder de Reina y su amor corresponden á la general confianza que la humanidad en ella deposita.

Es consolador el unánime sentimiento de todos los pue-

blos cristianos en este punto. ¿Qué se dice en todas partes de la Madre de Dios y de los humanos? Aquí es una ciudad rica y poderosa que se libró de las consecuencias de un espantoso terremoto, por la intercesión de María, á la que el mar y los vientos obedecieron. Allí es un pueblo que se gloria en tributar cultos á una bella imagen de la Señora del mundo, milagrosamente aparecida para consuelo y amparo de los fieles de aquella localidad. ¡Cuántas historias! ¡Cuántas tradiciones que nos revelan lo mucho que la humanidad debe á su bellísima co-Redentora! Ciertos estamos, como lo estaba San Bernardo, que si la rogamos nos oye y si ella ruega por nosotros es escuchada. Justo es que al concluir de narrar la historia de la Santísima Virgen María, y antes de entrar en la esplicacion de las advocaciones bajo las cuales el Cristianismo la saluda, y en la reseña de las principales entre las imágenes suyas que en España son objeto de la devoción mas entusiasta, demos una rápida ojeada á la antigüedad del culto que la Iglesia la tributa, con el objeto de confundir la arrogancia de los que, enemigos declarados de la Soberana Emperatriz de todos los serafines, tratan de persuadir á los fieles que no se conocía la devoción de María en los primeros siglos del Cristianismo, habiéndola enjendrado despues el fanatismo. No necesita ciertamente el culto de la Virgen María, de la exigüidad de nuestra defensa: nada significará cuanto pudiéramos decir al lado de los sábios discursos de un San Bernardo, y de otros Padres y célebres escritores que emplearon sus claras luces y privilegiadas inteligencias en trabajar sobre un tema tan fecundo y de tamaño importancia: esto no obstante nos creemos obligados á completar en cuanto nos sea posible esta obra, por exigirlo así la gloria de una Madre cariñosa y la gratitud de hijos agradecidos.

CAPITULO XI.

Del culto de la Virgen Madre.

Una impiedad ciega y orgullosa, ha hecho objeto de sarcasmos el culto de la Madre de Dios, queriendo hacerlo aparecer como parásito é infecundo. Obligacion es pues de todos los que se glorian de ser hijos de esta cariñosa Madre coadyuvar á destruir el edificio de la iniquidad, emprendiendo la defensa de sus soberanos derechos, levantando de su abatimiento las piadosas prácticas de su devoción, y este deber es aun mas imperioso en los que por la unción sagrada hemos sido elevados á la dignidad del sacerdocio. La marcha del siglo XIX no necesitamos estudiarla: está patente á nuestra vista: las doctrinas emanadas de las escuelas filosóficas que el orgullo y la impiedad erigieran en el pasado siglo, minan los cimientos de la Religion, que sin duda triunfa por María de todos sus enemigos. Criminales nos haríamos y acreedores al castigo del cielo si en las circunstancias presentes permaneciésemos como perros mudos sino nos presentáramos al combate revestido nuestro pecho con la coraza de la fe y empuñando con nuestra diestra la poderosa arma del razonamiento fundado en los libros santos y en la tradicion. Verdad es que la hija del cielo, la religion santa ha tenido en todos tiempos denodados adalides que animados por un celo santo hánse empleado en la defensa de la mas justa de todas las causas. Sin embargo, muchas veces hemos deplorado en el fondo de nuestro corazon la indolencia de algunos sábios que contentos con orar entre

blos cristianos en este punto. ¿Qué se dice en todas partes de la Madre de Dios y de los humanos? Aquí es una ciudad rica y poderosa que se libró de las consecuencias de un espantoso terremoto, por la intercesión de María, á la que el mar y los vientos obedecieron. Allí es un pueblo que se gloria en tributar cultos á una bella imagen de la Señora del mundo, milagrosamente aparecida para consuelo y amparo de los fieles de aquella localidad. ¡Cuántas historias! ¡Cuántas tradiciones que nos revelan lo mucho que la humanidad debe á su bellísima co-Redentora! Ciertos estamos, como lo estaba San Bernardo, que si la rogamos nos oye y si ella ruega por nosotros es escuchada. Justo es que al concluir de narrar la historia de la Santísima Virgen María, y antes de entrar en la esplicacion de las advocaciones bajo las cuales el Cristianismo la saluda, y en la reseña de las principales entre las imágenes suyas que en España son objeto de la devoción mas entusiasta, demos una rápida ojeada á la antigüedad del culto que la Iglesia la tributa, con el objeto de confundir la arrogancia de los que, enemigos declarados de la Soberana Emperatriz de todos los serafines, tratan de persuadir á los fieles que no se conocía la devoción de María en los primeros siglos del Cristianismo, habiéndola enjendrado despues el fanatismo. No necesita ciertamente el culto de la Virgen María, de la exigüidad de nuestra defensa: nada significará cuanto pudiéramos decir al lado de los sábios discursos de un San Bernardo, y de otros Padres y célebres escritores que emplearon sus claras luces y privilegiadas inteligencias en trabajar sobre un tema tan fecundo y de tamaño importancia: esto no obstante nos creemos obligados á completar en cuanto nos sea posible esta obra, por exigirlo así la gloria de una Madre cariñosa y la gratitud de hijos agradecidos.

CAPITULO XI.

Del culto de la Virgen Madre.

Una impiedad ciega y orgullosa, ha hecho objeto de sarcasmos el culto de la Madre de Dios, queriendo hacerlo aparecer como parásito é infecundo. Obligacion es pues de todos los que se glorian de ser hijos de esta cariñosa Madre coadyuvar á destruir el edificio de la iniquidad, emprendiendo la defensa de sus soberanos derechos, levantando de su abatimiento las piadosas prácticas de su devoción, y este deber es aun mas imperioso en los que por la unción sagrada hemos sido elevados á la dignidad del sacerdocio. La marcha del siglo XIX no necesitamos estudiarla: está patente á nuestra vista: las doctrinas emanadas de las escuelas filosóficas que el orgullo y la impiedad erigieran en el pasado siglo, minan los cimientos de la Religion, que sin duda triunfa por María de todos sus enemigos. Criminales nos haríamos y acreedores al castigo del cielo si en las circunstancias presentes permaneciésemos como perros mudos sino nos presentáramos al combate revestido nuestro pecho con la coraza de la fe y empuñando con nuestra diestra la poderosa arma del razonamiento fundado en los libros santos y en la tradicion. Verdad es que la hija del cielo, la religion santa ha tenido en todos tiempos denodados adalides que animados por un celo santo hánse empleado en la defensa de la mas justa de todas las causas. Sin embargo, muchas veces hemos deplorado en el fondo de nuestro corazon la indolencia de algunos sábios que contentos con orar entre

el vestibulo y el altar, y con llorar los males producidos por la impiedad, no se han presentado ni con la palabra ni con la pluma á defender la fundacion divina: mas de una vez hemos preguntado á alguno de estos hombres, por otra parte de una virtud austera, predicadores de la moral evangélica con el ejemplo de su conducta y modo de obrar, y hemos tenido ocasion de conocer que la desconfianza de sí mismo y una humildad laudable si las circunstancias no estrecharan, ha sido el motivo de su silencio. Nosotros pensamos de diferente manera, sin que tengamos la pretension de ser infalibles. No somos sábios: estamos á gran distancia de serlo: pero cuando pelagra la patria ó el enemigo presenta la batalla ¿basta al militar deplorar la calamidad en el reposo de su albergue? Si levantara su voz y exclamase: «carezco de valor» ¿no seria desde aquel instante el oprobio de su patria, el objeto del comun desprecio, viéndose obligado á huir á pais donde no fuese conocido para ocultar su vergüenza y su deshonra? Con esto contestamos á los que nos tachan de atrevidos, porque sin estar adornados de superior ingenio, emprendemos la formacion de obras, que requieren mas profundos conocimientos que los que poseemos y pluma mas bien cortada que la que manejamos. Si nos hubiéramos propuesto al dedicarnos á estos trabajos recompensas terrenas, este seria el único galardón que tendríamos derecho á esperar; pero no es tal ciertamente el objeto que nos proponemos, sino el contribuir con nuestras escasas fuerzas á la regeneracion social que felizmente y mal que les pese á los ciegos partidarios de las doctrinas modernas, vislumbramos.

El asunto que nos va á ocupar en el presente capítulo es de la mas alta importancia, y así no podemos menos de llamar sobre él la atencion de nuestros lectores. Vamos á

examinar la antigüedad del culto de la Santísima Virgen María en la Iglesia, y discurriendo despues sobre el carácter de las nuevas luchas sostenidas en la época presente entre la verdad y el error, observaremos que allí donde mas desarrollo adquiere el culto y la devocion de María, mas triunfos consigue la verdad y mayor tranquilidad los estados. Todo esto nos conducirá necesariamente á la manifestacion de una verdad suficiente á disipar todas nuestras tristezas, á alentar nuestra confianza y á hacer renacer en nuestro corazon la calma y la tranquilidad que nos roba el mundo con sus aflicciones y sinsabores. La verdad es esta: El culto de María fundado en una verdadera devocion es justo y razonable: por su medio se consigue el remedio de todos los males y aseguramos la salud eterna. Presentemos con orden los asuntos de la presente discusion.

¿Es debido y razonable el culto de la Virgen María?

¿Es tan antiguo como la Iglesia, ó es como quieren los enemigos de sus glorias, producto del fanatismo de los cristianos del siglo IV?

¿Qué beneficios ha experimentado la humanidad por este culto y devocion?

Examinado el carácter particular de la persecucion que en el presente siglo se hace á la Iglesia, ¿podemos asegurar que á María se debe el triunfo de la buena causa?

¿Y deberemos en ella fundar la esperanza de nuestra salvacion?

Tan importante es el exámen de cada uno de estos puntos que nos ocuparia muchas páginas: empero tocando á su fin el presente volumen al que no queremos dar mayor latitud, procuraremos con la concision que nos sea posible examinarlos para nuestro propio bien y el de nuestros lec-

tores á quienes consideramos tan amantes como nosotros de la Madre de Dios.

Para demostrar que es justo y razonable el culto que tributamos los católicos á la Santísima Virgen María, debemos advertir que la Iglesia no confunde nunca ni puede confundir el culto de la Virgen María con el de Dios; ni hace de los dos uno solo. A Dios se le tributa un culto de adoracion que solo á él es debido y que se llama de *latría*. El culto que tributamos á María, es un culto de intercesion que llaman los Teólogos de *hiperdulia*, y de aquí la diferencia que ya hemos hecho notar en otro lugar de esta obra, de nuestros ruegos, diciendo al Señor, *Miserere nobis* y á María *Ora pro nobis*. Los que creen que incurrimos en una especie de idolatria secreta al postrarnos ante la imagen de María, ó al menos nos intitulan fanáticos, no atienden seguramente á esta notable diferencia que hemos señalado entre el culto de Dios y el de su Madre, y siendo esto tan fácil de comprender podemos asegurar la mala fe que los guía: La Iglesia, maestra y depositaria de la verdad, enseña á los fieles en la piadosa costumbre de invocar á María haciéndoles comprender que ella es la tesorera de las divinas misericordias, y el acueducto por donde se comunican á los mortales. Nunca son mas justos nuestros sentimientos que cuando son mas conformes á los designios de Dios. ¿Quién duda que Jesucristo ama á María con un amor extraordinario? ¿No la honró de un modo admirable eligiéndola por Madre suya, y llenando con ella todos los deberes que puede cumplir el mejor de los hijos con la mejor de todas las madres? Claramente nos dice el Evangelio que á María vivió Jesucristo subordinado y sumiso. Aquellos que tachan de indiscrecion el culto que tributamos á la Madre de Dios y la devocion que la profesamos, les haremos callar repitiendo

lo que ya hemos dicho en otro lugar, esto es: Que sabemos que Jesucristo es la causa primera y principal de nuestra salud, porque nos ha rescatado con su preciosa sangre. Pero San Ireneo no hace otra cosa que conformarse con la doctrina corriente entre todos los Padres y escritores sagrados, al afirmar que María es la causa segunda é instrumental, pues nadie puede dudar que contribuyó poderosamente á nuestra salvacion, pues su humildad dice San Agustin dió la vida á los mortales y abrió á los hombres las puertas de los cielos.

Si se registran las obras de los santos Padres, advertimos en todos ellos unos mismos y unisonos pensamientos sobre este punto. Acabamos de citar á San Agustin, y no creemos que haya quien se atreva á disputarle el talento, la ciencia mas portentosa, la santidad mas consumada, sus profundos conocimientos en las sagradas letras, como asi mismo su celo por la salvacion de las almas: pues bien ¿de qué modo habla de María? Celebra sus glorias, sus prerogativas, los beneficios que por ella recibe la humanidad, y la llama, escala celestial y puerta del cielo. Léase á San Bernardo y á los demas Padres y se verá como todos hablan de la misma manera y demuestran cuán justo y racional es el culto que tributamos á la Madre de Dios y cuán eficaz su devocion. Si á ella recurriésemos como á Dios: si la confundiésemos con Dios, si la llamásemos Omnipotente, ciertamente incurririamos en una supersticion y cometeriamos un pecado gravísimo. Empero, ya lo hemos dicho: hacemos una notable diferencia, y si recurrimos á ella en nuestras aficciones, si nos postramos ante su imagen, si á ella acudimos tal vez con mas frecuencia que á Dios, lo hacemos de la misma manera que en la tierra y en el orden natural, acudimos para conseguir las gracias de los monarcas á aque-

llas personas que estan mas cerca del trono y que gozan de mayor influencia con el que puede otorgarnos la gracia que deseamos conseguir. Nos deslumbran los resplandores de la Magestad divina, y al dirigir nuestras súplicas á Dios reconocemos nuestra ingratitud y las miserias bajo cuyo peso vivimos agoviados; pero en el momento recordamos que tenemos en el cielo una Madre que es Reina y cuyo trono está inmediato al del mismo Dios: la confianza de hijos nos alienta: sabemos que es grande y poderosa la influencia de esta Madre á la que no vemos rodeada por otra parte de los resplandores de la divinidad, y esto nos hace acudir á ella sin la menor dilacion. Dios es nuestro Padre, es nuestro Criador y nuestro Juez y á este Dios cuya autoridad soberana reconocemos y rostro en tierra adoramos, es á quien nos dirigimos por María. Deseamos la gracia del perdon, la gracia de la salvacion: solo Dios puede conceder gracias tan inestimables, porque de él pende la vida y la muerte, siendo el dueño absoluto y soberano de cuanto existe en los cielos y en la tierra: pero fundamos nuestra confianza en María porque conocemos su piedad y la bondad de su corazón: sabemos que nos escucha y que siempre es escuchada. El conocimiento de su intercesion poderosa y de su maternal ternura era la razon que daba el devotísimo San Bernardo para justificar la esperanza que en ella fundaba, y esta misma razon presentaremos nosotros á los impíos enemigos del culto de María.

Tal vez se nos diga que el entusiasmo por la Virgen Madre es atentatorio de los derechos de la Divinidad: ya hemos dicho lo suficiente para desvanecer error tan grosero, para cuyo sostenimiento es necesario haber perdido todo sentimiento, desconocer los designios de Dios para con su Madre, las magnificencias con que plugo adornarla

y enriquecerla, y en suma, todo el valor de la dádiva del Calvario, dándola Jesucristo por Madre á todos los mortales. Si nada podia hacer en nuestro favor, si cosa alguna podíamos esperar por ella, ¿á qué fin dejárnosla por Madre en el solemne momento en que ofrecia el sacrificio de su vida? Por otra parte: Dios jamás podrá ofenderse porque recurramos á su Madre y le ofrezcamos el culto de *hiperdulia* que jamás puede confundirse con el de *latria* que á él ofrecemos. María es Madre de Dios: ¿cómo pues podia Dios ofenderse porque se honrara á su Madre? Digan lo que quieran los atrevidos nestorianos, vomiten blasfemias execrables los atrevidos protestantes: el culto de María es justo y racional: siempre acudiremos á ella, siempre invocaremos su nombre, siempre la suplicaremos con el mayor fervor que interceda por nosotros ante la Magestad divina: sabemos que seguimos el camino recto: la Iglesia, que es columna y fundamento de la verdad no puede dirigirnos por caminos extraviados. Lo confesamos: sin María, la vida nos seria insoportable: con ella nos es grata. Verdad es que padecemos, que mil azares vienen á turbar nuestro reposo; que enemigos poderosos conspiran contra nuestra tranquilidad; que á cada paso se presenta un abismo ante nuestros ojos, pero apenas nuestros lábios han pronunciado el angelical, el simpático nombre de María, que está tan lleno de poesía, se disipan nuestras tristezas, se alejan nuestros males, experimentamos los mas dulces consuelos, y nuestro corazón rebosa en las mas dulces expansiones. «Esta confianza, diremos por último, copiando las espresiones de uno de los mas elegantes y eruditos escritores de nuestros dias, está fundada en las relaciones del hombre con Dios, salvándose la inmensa distincion que hay entre Dios y la criatura primero por Jesucristo, que es Dios y

hombre, y despues por la mediacion de la Santísima Virgen descendiente de Adán y Eva como nosotros, pero Madre del Verbo encarnado, y Madre nuestra por el Testamento de Cristo ¹»

Algo hemos dicho ya acerca de la antigüedad del culto que la Iglesia tributa á la Santísima Virgen María, sin embargo, no nos creemos dispensados de estendernos ahora sobre este punto que no solamente es harto interesante, sino á mas del mayor consuelo y gozo para los que tenemos la dicha de conocer y amar á la Madre de Dios.

Es un hecho evidente que el sepulcro donde momentáneamente descansó la Virgen María, fué su primer altar, segun digimos al hablar de su preciosa muerte. Ella habia dirigido y enseñado á los Apóstoles y discípulos desde que el divino Fundador y Maestro de la Iglesia subió al cielo el día de su gloriosa Ascension: á ella acudian en todas sus dudas, escuchándola como á un oráculo: ¿y á quién mejor pudieran acudir que á la que habia dado el sér de hombre al que los habia llamado y escogido para continuar la grande obra de evangelizar á las naciones? ¿Quién mejor pudiera enseñarlos é instruirlos, que aquella Virgen purísima que tan íntimamente habia tratado á Jesucristo y que tan identificada estuvo siempre con sus mismos sentimientos? Cuando María fué colocada en el sarcófago quedaron los Apóstoles en la mas triste orfandad: lloraban inconsolables y postrados ante aquel sepulcro que miraban como un altar, oraban con el mayor fervor. De allí se apartaron cuando levantando la losa sepulcral para que Tomás satisficiera sus amorosas ansias de ver por última vez á su Reina y Señora, vieron que habia subido al cielo. El recuerdo de tan cariño-

¹ Muñoz Garnica. Sermones de la Bienaventurada é Inmaculada Virgen María. Patrocinio de la Virgen.

sa Madre no podia borrarse de su imaginacion: sus altísimas virtudes, sus dulces palabras, sus saludables consejos, aquella caridad con que los habia tratado estaba presente ante sus ojos y se regocijaban por su triunfo, no podian consolarse de la amarga pena que su ausencia les causara. Urgía el continuar la obra comenzada de la predicacion del Evangelio: el mundo tenia hambre y sed de doctrina: la humanidad necesitaba el rocío de la celestial enseñanza, y los Apóstoles que se habian congregado en Jerusalem segun dijimos á su tiempo para asistir á la muerte de la Virgen se separaron y dirijieron sus pasos por diferentes paises para hacer resonar en todas partes el sonoro clarín de la Palabra divina. Creian los Apóstoles con fe viva que Jesucristo era verdadero Dios, al tiempo mismo que verdadero hombre y asi lo consignaron en el símbolo: ¿cómo habian pues de ignorar la altísima dignidad de María? Y sabiendo que era verdadera Madre de Dios verdadero ¿cómo dejarían de hablar de ella en sus sermones y de recomendarla á los nuevos fieles, haciéndoles conocer lo mucho que podian confiar en su valimiento y proteccion? Insensatez seria cualquiera duda en esta materia. Pongámonos de frente á las predicaciones de los Apóstoles. La Encarnacion del divino Verbo tenia que ser el asunto principal de sus enseñanzas. Necesariamente tenían que esplicar el modo prodigioso con que se obró por obra del Espíritu Santo la union hipostática de ambas naturalazas en la Persona del Verbo. ¿Y cómo habian de prescindir de recomendar la purísima Virgen en cuyo casto seno se verificó obra tan admirable? Al hablar de la Redencion de la humanidad efectuada en el Gólgota, ¿cómo no esponer los crueles sufrimientos, los terribles tormentos que la Santísima Virgen esperimentó en su corazon al presenciar el sacrificio de su divino Hijo? Su heroismo

singular, su fortaleza admirable, su paciencia á toda prueba, su conformidad con la voluntad divina, sería necesariamente objeto de sus alabanzas, y los fieles no podrían menos de entusiasmarse por las glorias de tan privilegiada criatura á la que plugo á la Omnipotencia adornarla y enriquecerla con tales magnificencias. ¿Y podrían olvidarse de la preciosa cláusula del Testamento del Salvador, en la que nos la dejó por Madre á todos los mortales? De ningún modo. Si María habia aceptado la maternidad humana y los Apóstoles lo sabían, no podían privar á los fieles del consuelo que por tales relaciones con la Madre de Dios podían recibir. Hablar de la maternidad de María para con los hombres, y no decir nada acerca de su poder de intercesion, de la bondad de su corazón y su patrocinio, eran cosas que debían ir unidas estrechamente. De consiguiente donde quiera que era reconocida la divinidad de Jesucristo, era alabada y bendecida la purísima criatura en cuyo seno virginal se verificará su Encarnacion.

Do quiera pues que era anunciado el Evangelio, empezaba á tener cumplimiento aquella bella Profecía de la Madre del Salvador: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada*. Puede decirse pues que su devocion, lejos de haber sido el delirio de los cristianos del siglo IV, como neciamente quieren suponer los enemigos de sus glorias nació con la Iglesia.

Una observacion hace Augusto Nicolás en la introduccion á su hermosa y escelente obra titulada: *La Virgen Maria y el Plan Divino*, que confirma cuanto venimos diciendo. Hé aquí como se espresa este moderno cantor de las magnificencias de María. «Lo perteneciente á la Santísima Virgen ha sido objeto muy tratado. Este asunto que se piensa ordinariamente no prestarse sino á emociones pia-

»dosas, sin ser capaz de sostener la atencion del espíritu, es tal vez la materia sobre que mas se ha ejercitado la inteligencia humana. Nosotros conocemos un catálogo, aun no acabado, de los libros que ha producido, y que presenta ya cuarenta mil volúmenes la mayor parte en *cuarto* y en *fólio*. Y entre estos monumentos elevados á la gloria de la humilde María, los que mas se encumbran en loor suyo y que mas rivalizan en su devocion, estan firmados por los nombres mas sublimes y puros que hayan brillado en el mundo: San Agustin, San Anselmo, Alberto Magno, San Bernardo, el cardenal Berulle, Bossuet, Juan Gerson, por no señalar sino los mas devotos é ilustres. Pero de entre todas estas obras tan numerosas y algunas hermosísimas, de entre todos estos trabajos que vé florecer y producirse el Mes de Maria cada año cual ramillete de flores mas tempranas ó mas tardías, no conocemos un solo libro ú obra que no suponga ya la devocion á la Santísima Virgen en el alma del lector, y que no tenga por objeto satisfacerla.» De esta observacion deduce el inimitable escritor consecuencias que nos demuestran que el culto de María pertenece á los siglos de la fe, á los tiempos primitivos del Cristianismo, por lo que este asunto, añade con tanta gracia como verdad, se trata siempre á la moda antigua.

Se nos dirá que desde muy antiguo fué combatido el culto de María, pero estas mismas contradicciones nos prueba que ya existia ese culto y esa devocion. Era necesario que hubiera algun pequeño eclipse para que apareciese con mas brillo y esplendor. Nunca aparece el sol mas brillante y hermoso á nuestra vista que cuando se presenta despues de algunos dias de oscuridad y densos nubarrones. Así Dios ha permitido que su Iglesia, en sus dogmas y en su moral esperimente contradicciones terribles, porque las

defensas hechas por los varones que ha suscitado segun las necesidades de los tiempos, dotados de ciencia y de virtud le habian de dar nuevo lustre y esplendor.

Siempre, lo repetimos con gloria y con el mayor júbilo de nuestro corazon, ha sido la Virgen María conocida y honrada por los cristianos, por mas que de una manera perfecta haya sido conocida tan solamente de los Santos, y por aquellos á quienes ha querido revelarse el Espíritu Santo. Nosotros tenemos la dicha de vivir en un siglo que puede apellidarse el siglo de María, porque en él ha querido Dios manifestar al mundo las glorias de su Madre. La declaracion dogmática del Misterio de su Concepcion Inmaculada, ha sido una nueva perla que la mano del Santo Pontífice Pío IX ha colocado en la diadema de la Señora del cielo y de la tierra. No diremos que estaba amortiguada la devocion de la Virgen, pero si hemos visto que de un modo prodigioso se ha alentado de tal suerte, que en todos los pueblos cristianos se oye un continuado grito de entusiasmo por sus glorias y sus privilegios. Cada dia se forman nuevas congregaciones que tienen por objeto el tributarle cultos, é implorar su proteccion y amparo. Hemos visto en nuestros dias nacer la devocion del mes de las flores, y cada año se abraza en nuevos pueblos donde es conocida, y multitud de altares donde aparecen bellas imágenes de María, se cubren de odoríferas flores, y entusiasmados los fieles hacen resonar bajo las bóvedas de los templos preciosas letrillas, en loor de la que es el *Consuelo de los Afligidos*. Y no tan solamente son jóvenes los que rodean los simulacros de María: no; cristianos de toda edad, sexo y condiciones, acuden presurosos á tomar parte en la comun alegría; el decrepito anciano que agoviado por el peso de los años, necesita un apoyo para mover sus piés, la doncella

en cuya mente bullen las ideas del amor, el tierno parvulillo que juguetea aun sobre el regazo materno, forman un coro con el valiente militar que terrible al enemigo en el campo de batalla se encuentra aprisionado ante la imagen de María, y con el hombre de negocios que olvidándose de cuanto ocupa su imaginacion, llora de afecto y ofrece tambien sus flores ante el altar de la purísima María. Escribimos en la córte del reino Mariano por escelencia, donde tanto esmero se advierte por el culto de la Reina de los cielos y de la tierra, y justamente en los dias en que se están celebrando las flores de María en muchos templos de la capital¹. En algunos de ellos disfrutamos la honra de dirigir la palabra desde la cátedra del Espíritu Santo, á numerosos auditorios que acuden presurosos en alas de la mas acendrada devocion, con el deseo de tomar parte en las públicas alabanzas de María, y estamos presenciando un espectáculo consolador. La temprana asistencia por conquistar un puesto cercano á la imagen de María; la atencion con que son escuchados los oradores sagrados; el entusiasmo que se retrata en todos los semblantes; la alegría con que se repiten las preciosas letrillas que se cantan en su obsequio; todo esto que nos hace conocer que el amor á María se halla como grabado en el fondo de todos los corazones, mas de una vez ha hecho arrancar lágrimas á nuestros ojos, y nos ha hecho repetir por un movimiento particular que hemos experimentado, aquel bellissimo vaticinio que con tanta exactitud vemos cumplido: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada*. ¿Y qué podremos esperar de María cuando de tal modo se ha despertado su devocion y el entusiasmo por sus glorias? Empero demos una rápida

¹ Mes de mayo de 1862.

ojeada á los beneficios que en todos tiempos ha dispensado á la humanidad, y despues veremos, atendido el carácter particular del presente siglo y su marcha, qué es lo que descubrimos para el porvenir. De este modo esplanaremos las dos últimas de las cuestiones que presentamos y daremos fin á la Historia de la vida de la Santísima Virgen Maria, para ocuparnos en el siguiente volúmen de sus advocaciones y demas asuntos que tenemos ofrecido, y que creemos satisfarán los devotos deseos de los lectores.

No pocas insinuaciones hemos tenido ocasion de hacer sobre este punto en el discurso de esta obra: pero no creíamos concluir la siguiendo el método que nos hemos propuesto, si ahora no nos estendiéramos en este asunto de tan vital é importantísimo interés.

Predicaba Jesucristo la celestial doctrina que venia á echar por tierra las absurdas doctrinas del paganismo, cuando una mujer entusiasmada esclama: « Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. » ¡Voz sublime que habiendo sonado hace cerca de diez y nueve siglos resuena en los oídos de todas las generaciones! ¡Voz encantadora, que forma el primer eslabon de esa cadena de interminables alabanzas que de edad en edad, de siglo en siglo, viene tributando la humanidad á su escelsa protectora! Y no en vano los mortales acudieron á ella en todos tiempos para alcanzar el remedio de sus males, pues que han experimentado siempre los benéficos efectos de su proteccion. ¿Qué significa el recojimiento de esos hombres que con los piés desnudos y llevando en sus manos los despojos de un buque trepando á través de descarnadas rocas se dirigen á la cima de un monte donde tan solo se ve una pobre ermita? Son unos infelices marineros que van á postrarse ante la imágen de Maria cuyo nombre invocaron á través

de una horrorosa tempestad, viendo instantáneamente calmarse el aire y suceder al imponente aspecto del mar embravecido una apetecible bonanza. ¿Por qué vierte lágrimas ante el simulacro de Maria ese jóven en cuyo semblante aparecen aun las señales que demuestran haber sufrido una enfermedad cruel? Porque en el lecho del dolor y casi tocando el borde del sepulcro invocó el auxilio de la que es amparo de la humanidad, y vió alejarse la muerte que soltó su presa. A postrarse á los piés de Maria acuden tambien los reyes de la tierra deponiendo sus coronas, los poderosos ofreciendo sus tesoros y todos los afectos de tiernos y amantes corazones. Tan cierto es que nadie se ha escondido del calor de su caridad, que ninguno ha llamado á las puertas de su corazon que no las haya encontrado abiertas. Cada uno de los siglos del Cristianismo ha erigido monumentos que recuerdan á la posteridad beneficios dispensados por Dios por mano de Maria: mas alto y con mas elocuencia que nosotros pudiéramos hacerlo cuentan las misericordias de la Santísima Virgen la multitud de templos, bellas pinturas y encantadoras esculturas que la gratitud ha erigido para perpetuar la memoria de tan señaladas mercedes, dispensadas no solamente á individuos en particular sino tambien en general á los pueblos y naciones que se colocaron bajo su proteccion. No puede ser de otro modo, puesto que á sus manos ha confiado la distribucion de todas las gracias que el Señor por su mediacion reparte entre los mortales, como se explica el devotísimo Ricardo de San Lorenzo.

¿Deberemos esperar con fundado motivo que por Maria cesarán los males que la humanidad viene experimentando en el presente siglo? Así debemos esperarlo, toda vez que en su nombre fueron vencidas todas las herejias de los antiguos

tiempos. La guerra que hoy ha declarado la impiedad al Catolicismo sino es tan descarada es por fatalidad mas funesta que las producidas por el paganismo y por el espíritu filosófico del pasado siglo. No se presentan herejes presuntuosos que manejando las perniciosas armas del sofisma tratan de combatir á la religion en sus dogmas ó en su moral: la presente guerra se presenta revestida con el deslumbrador manto de la hipocresía aceptando un catolicismo sincero y á toda prueba; escudados con el supuesto deseo de guiar á la humanidad á un estado de verdadera felicidad, proclámase funestas ideas que no pueden menos de conducir á las sociedades á una anarquía de las mas funestas consecuencias, así en el orden religioso como en el político ó civil. En virtud de estas ideas que con la mayor rapidez van adquiriendo prosélitos corren los hombres tras una independencia absoluta que les hace hollar todo principio de autoridad, menospreciar toda ley y no tener otro arreglo de conducta que los caprichos del corazón y las veleidades de la fantasía. A impulsos de este huracan revolucionario hemos visto caer los tronos, hundirse las dinastías y verse precisados á comer el pan siempre amargo de la emigración aquellos príncipes á quienes aquellos mismos que contra ellos se rebelaran, no debieran otra cosa que beneficios sin cuento. Para los hombres que á tan lamentable estado vienen conduciendo á la sociedad no hay otra moral que la mas desenfadada licencia; el vicio, la maldad, los mas espantosos crímenes son para ellos un heroísmo, al par que la virtud un resto de los tiempos de la ignorancia. ¿Y quién podrá contener el rápido torrente de la iniquidad? ¿Quién salvará al mundo del horroroso cataclismo en que se vé envuelto? No dudamos afirmarlo. De María hemos de esperar todo. Este es su siglo; la declaración dogmática

del misterio de su Concepcion es la prenda de nuestra esperanza: visiblemente estamos experimentando los benéficos efectos de su proteccion. El inmortal Pontífice Pio IX, que tan ardientemente la ama, y cuyos lábios han pronunciado el solemne fallo que ha llenado de alegría á los cielos y la tierra; ¿por quién sino por María es defendido de sus numerosos enemigos? ¿Quién está á su lado? ¿Quién dulcifica sus momentos de amargura? ¿Quién le alcanza del Señor, esa fortaleza admirable, que le está haciendo espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres? María, cuya proteccion experimentó de un modo el mas tangible, el memorable dia en que quedara ileso al arruinarse la parte del templo de Santa Inés de Roma, donde se hallaba rodeado de algunos prelados y de muchos fieles que demandaban su bendicion. Y en la actualidad, admira ver la tranquilidad de alma, la serenidad con que hace frente á la cruel persecucion que contra su augusta persona ha levantado la impiedad. Pio IX escucha sin que se altere su semblante el sordo é imponente ruido que producen las encrespadas olas del borrascoso mar de la impiedad y la mas negra ingratitud: pero nada teme; confia en la promesa divina de que todo el poder del infierno no será suficiente para conmover la Iglesia, y en la proteccion de María objeto de sus mayores delicias.

Quisiéramos en verdad que los hombres observadores, fijasen su vista en Roma y contemplasen con detenimiento el sublime y grandioso espectáculo que está presentando á la faz del mundo entero: cuando las naciones todas de la Europa, se agitan al impulso de espantosas revoluciones que siembran por do quier el terror, la desolacion y la muerte: cuando monarcas cuyos derechos son incontrovertibles y que han dispensado beneficios sin cuento á sus va-

sallos, se han visto obligados á abandonar sus tronos, ocupados despues por la usurpacion: cuando la bella Italia, llamada con razon por la benignidad de su clima, por la fecundidad de sus campos y por la posicion que ocupa, jardin de la Europa, se ve convertida en un campo de Marte: cuando sus principales ciudades se ven oprimidas con los pesados hierros de una dominacion extranjera y tiránica, que sin piedad hace correr la sangre de sus hijos: cuando no se observa otra cosa que la desolacion de sus pueblos, y la muerte de sus habitantes, á los que no se les prueban otros delitos que el amor á su patria y á sus antiguas instituciones: cuando los enemigos de la religion, incendian los templos, destruyen sus muros, destrozando los baluartes de la doctrina santa y esparciendo sus preciosidades y tesoros¹; cuando toda la Europa se estremece presagiando males sin cuento, un anciano venerable, sin fuerzas materiales, sin estar defendido por numeroso ejército, sin mas armas que la oracion; un varon lleno de virtudes y animado por una gran confianza en la proteccion del cielo: un Pontífice, digno sucesor de Gregorio VII y de los Pios VI

¹ Si el lector tiene en cuenta el estado actual de la Italia, el abatimiento á que ha reducido la usurpacion á algunas de sus provincias, el torrente de sangre que ha inundado las calles de Napoles y otras ciudades importantes, los decretos publicados para extinguir las asociaciones religiosas, la profanacion de los templos y las demas desgracias porque está pasando una parte considerable de aquel desgraciado pais, no estrañará que para calificar á los que obran males de tal tamaño nos sirvamos de las mismas espresiones con las que el Espíritu Santo da á conocer en el II de los sagrados libros de los Paralipómenos, la perfidia y maldad de los principes de los sacerdotes y del pueblo prevaricador que siguiendo las abominaciones de los Gentiles, profanaron la casa del Señor: hé aqui las palabras contenidas en el verso 19 del cap. XXXVI del citado libro: *Incenderunt hostes domum Dei, destruxeruntque murum Jerusalem, universas turres combusserunt, et quidquid pretiosum fuerat, demoliti sunt.* Increíble parece que hombres que profesan tales principios que necesariamente arrastran á las sociedades á una funesta anarquía destructora de todo lo bueno, encuentren entusiastas seguidores.

y VII, el gran Pio IX, permanece firme sobre su trono, sin que hayan sido suficientes para abatirle y despojarle de su poder temporal que por voluntad divina, y para mayor esplendor de la Iglesia, une á su poder espiritual, todos los esfuerzos de sus coaligados enemigos. Maria lo defiende, y lo sacará á salvo del borrascoso mar de las persecuciones; Maria que si siempre ha sido aclamada y bendecida por la humanidad, lo es con un entusiasmo indescriptible desde el momento en que Pio IX con la autoridad que ha recibido del cielo declaró dogma de fe el Misterio de su Concepcion en gracia, ruega indudablemente por su devoto Pontífice, y como sus ruegos son siempre escuchados, manifiesta nos es la causa de esa fortaleza invicta que adorna á nuestro amado y supremo Gerarca de la Iglesia. ¡Gloria á la Bienaventurada Virgen que es siempre el consuelo y el amparo de todos los que en ella ponen su confianza!

Que por Maria hemos de conseguir el remedio de todos nuestros males; que por ella debemos esperar la salvacion, es cosa que creemos haber demostrado con claridad. Con razon afirma con otros Padres San German, Patriarca de Constantinopla, que nadie consigne la salvacion sino por Maria: para comprender esta verdad, bástanos considerar las luchas continuas que tenemos que sufrir mientras somos viadores; los mil peligros de que nos vemos rodeados, y los sinsabores que experimentamos. Bástanos á través de tales azares invocar el nombre de Maria para encontrar consuelo; bástanos implorar su proteccion para que queden remediadas nuestras desgracias, si la fe guia nuestros ruegos. Débil y miserable nuestra naturaleza, propensos al mal y al pecado, caeriamos indudablemente de precipicio en precipicio, y no dariamos un paso seguro y firme en la senda de la salvacion, si Maria no alejase de nosotros los

peligros, si no nos cubriese con su manto, si no nos alcanzase los divinos auxilios. Madre nuestra, adornada de un corazon benignísimo, y dotada de un gran poder de intercesion, su ocupacion en el cielo es pedir gracia para los infelices pecadores. ¡Ojalá que sabiendo cimentar la devocion que tantos bienes reporta á la humanidad, en la observancia de la ley divina que profesamos, lleguemos á alcanzar por ella la salud y vida de nuestras almas! Dedicuemos nuestro último capítulo á dar siquiera una rápida ojeada por el bello cuadro de sus glorias.

CAPITULO XII.

Glorias de Maria.

Si bien nos ha parecido oportuno dedicar el último capítulo del presente volumen á cantar las Glorias de la Virgen María para coronar la Historia de su vida que con el mejor deseo aunque con no acertado tino hemos trazado, no dejamos de conocer cuán insuficiente somos para llevar á cabo de un modo digno nuestro trabajo. El formar un cuadro que dé á cononer las Glorias de la Bienaventurada Madre de Dios y de los hombres, empresa es superior á la escasez de nuestros conocimientos. Y por otra parte: aunque estuviésemos adornados de las mas claras luces, ¿cómo seria posible reducir á los estrechos límites de un capítulo final, las glorias de cerca de diez y nueve siglos? ¿Cómo poder hablar de la multitud de preciosos documentos que encontramos en las obras de los Padres y célebres escritores de todas las edades? ¿Cómo numerar los bellos y magníficos monumentos que la fe, la piedad y la mas acendrada devocion ha erigido para perpetuar la memoria de sus magnificencias y de los grandes beneficios que á ella debe la humanidad? Do quiera que dirijamos nuestra vista encontramos iglesias que están consagradas á su nombre: no hay uno de nuestros templos donde no se venere con la mayor devocion alguna imagen suya. Los cristianos mas tibios no se entregan al sueño sin saludar á María; los fervorosos se han impuesto como una obligacion el saludarla tres veces al dia, por la mañana, al medio dia y al ocaso

peligros, si no nos cubriese con su manto, si no nos alcanzase los divinos auxilios. Madre nuestra, adornada de un corazon benignísimo, y dotada de un gran poder de intercesion, su ocupacion en el cielo es pedir gracia para los infelices pecadores. ¡Ojalá que sabiendo cimentar la devocion que tantos bienes reporta á la humanidad, en la observancia de la ley divina que profesamos, lleguemos á alcanzar por ella la salud y vida de nuestras almas! Dedicuemos nuestro último capítulo á dar siquiera una rápida ojeada por el bello cuadro de sus glorias.

CAPITULO XII.

Glorias de Maria.

Si bien nos ha parecido oportuno dedicar el último capítulo del presente volumen á cantar las Glorias de la Virgen María para coronar la Historia de su vida que con el mejor deseo aunque con no acertado tino hemos trazado, no dejamos de conocer cuán insuficiente somos para llevar á cabo de un modo digno nuestro trabajo. El formar un cuadro que dé á cononer las Glorias de la Bienaventurada Madre de Dios y de los hombres, empresa es superior á la escasez de nuestros conocimientos. Y por otra parte: aunque estuviésemos adornados de las mas claras luces, ¿cómo seria posible reducir á los estrechos límites de un capítulo final, las glorias de cerca de diez y nueve siglos? ¿Cómo poder hablar de la multitud de preciosos documentos que encontramos en las obras de los Padres y célebres escritores de todas las edades? ¿Cómo numerar los bellos y magníficos monumentos que la fe, la piedad y la mas acendrada devocion ha erigido para perpetuar la memoria de sus magnificencias y de los grandes beneficios que á ella debe la humanidad? Do quiera que dirijamos nuestra vista encontramos iglesias que están consagradas á su nombre: no hay uno de nuestros templos donde no se venere con la mayor devocion alguna imagen suya. Los cristianos mas tibios no se entregan al sueño sin saludar á María; los fervorosos se han impuesto como una obligacion el saludarla tres veces al dia, por la mañana, al medio dia y al ocaso

del sol, sin dejar de repetir sus afectuosos saludos otras muchas ocasiones durante el día. Millones de voces repiten á cada paso las espresiones de Gabriel: *Dios te salve María, llena eres de gracia*. Los génios mas sublimes la han dedicado el fruto de sus inspiraciones, y no hay ciencia ni arte que no haya contribuido á las Glorias de María.

Quando registramos las mas completas y ricas bibliotecas, nos encontramos con multitud de libros que nos hablan de María. Si pasamos la vista por las obras de los Padres, vemos que se detuvieron gozosos en describir las glorias de la protectora de la humanidad: San Atanasio, San Efren, San Cirilo de Alejandria, Origenes, el Crisóstomo, el Damasceno, San Basilio, San Andrés de Creta, San Gerónimo, San Agustín, San Bernardo y otros muchos no encontraban voces suficientes para emplearlas en su elogio: el último en particular parece que se enagenaba y no sabia concluir al hablar de las glorias de María; su dulce lenguaje penetra al corazón y es suficiente para enfervorizar la mas tibia devoción. Mas modernos Tomás de Kempis y San Alfonso de Liguorio, han empleado sus plumas en honra de María. No hay época alguna en la que no aparezcan nuevos é ilustrados trovadores que con agradable cithara y dulce melodía se empleen en cantar las grandezas de la bella Virgen de Judá. Hoy mismo cuando el mundo se agita y se conmueve á impulso del huracán revolucionario, en el centro de la Francia aparece un fervoroso hijo de María, que dotado de un talento nada comun y de los mas superiores conocimientos, entusiasta por las glorias de su Madre, le erige con su pluma nuevos monumentos que serán imperecederos. Se propone formar *Estudios sobre el Cristianismo*, y hace á María el objeto particular de sus desvelos. Queremos hacer justicia al mérito, y si no somos competentes

para juzgar las obras de *Augusto Nicolás*, que es el escritor á quien nos referimos y al que repetidas veces hemos citado, tomando por guía sus profundas instrucciones, no podemos menos de recomendar sus escritos á los que encontrando un vacío en nuestra obra, deseen mayor instrucción y mas sublime enseñanza sobre la vida y misterios de la Santísima Virgen María. Tal es el mérito de estas obras, que apenas salidas de la pluma de su ilustre autor han sido traducidas en diversos idiomas.

Nada de cuanto han dicho los Padres y los célebres escritores que de María se han ocupado ha sido relegado al olvido: por el contrario, « parece, dice otro nuevo y elocuente cantor de las glorias de María, nuestro compatriota: Parece que no han muerto los Padres de la Iglesia, ni los soberanos Pontífices que honraron á la Virgen, ni sus mas ardientes y celosos panegiristas, ni los escritores y oradores eclesiásticos. A cada momento se les cita; copiamos sus palabras; repetimos sus testimonios; llenamos sus libros de acotaciones y hablamos con su estilo y lenguaje. No podemos cantar las glorias de María, sin que ellas participen de sus alabanzas. De estos puede decirse lo que Bossuet dice de César y de Alejandro; que teniendo que figurar en las alabanzas de los Príncipes, parecen *arrastrados por una fatalidad gloriosa*. Viven, si, los Pontífices y Padres de la Iglesia que alabaron de tal modo á la Santísima Virgen. » Con sobrada razón se explica de este modo el ilustrado y elegante escritor: si entramos en nuestros templos y asistimos á las festividades de María, vemos siempre, que los oradores sagrados citan á cada paso las mismas espresiones con las que los padres la elogiaron:

1. Muñoz Garnica. Obra citada: *Glorias de María*.

lentos de placer y buscando no la propia gloria y estimacion sino la gloria de María, renuncian las mas veces á la originalidad por presentar trozos enteros llenos de poesia de aquellos escritores sagrados que mas sublimes se presentan al cantar sus glorias.

Somos españoles y no podemos menos de hacer una observacion honrosísima para nuestra patria. No es en esta ó la otra localidad donde se advierte entusiasmo extraordinario por las glorias de María: en todos los paises cristianos háñese esmerado los fieles, desde principios del Cristianismo, en teger coronas para ceñir sus sienes: Roma, entre otra multitud de templos que ha consagrado á su nombre, ostenta la grandiosa y bella Basílica de Santa María la Mayor, en la que mas de una vez hemos tenido el consuelo de postrarnos ante la *Madonna* tan amada de los romanos; pero podemos decir que España se ha distinguido entre todas las naciones, en justa recompensa del favor que María la dispensara, viniendo en carne mortal á Zaragoza, donde sobre la misteriosa columna en que su imagen se celebra, estableció su trono, para dispensarnos en todo tiempo su proteccion y amparo. Quiere recorrer el escritor que acabamos de citar el catálogo de los cantores de las glorias de María que ha producido nuestra patria, y conociendo la imposibilidad de hacerlo, por su crecido número, dice con tanta gracia como verdad: «en España los cantores de María se encuentran á bandadas, confundiéndose sus melodías como el canto de muchos ruiseñores en una frondosa selva.» En efecto: imposible seria contar los tratados, sermones, homilias y otra clase de escritos, que varones tan ilustrados como fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, fray Luis de Leon, fray Juan de Cartagena, y otros muchos españoles formaron para esponer y estender las glorias de María. Todo ha parecido

poco á los fieles para honrar á la Reina del universo. La poesia española como la italiana ha dedicado sus mas sublimes cantares á elogiar la belleza de María, sus virtudes, y los misterios de su vida. La música tambien ha erigido preciosos monumentos en todos los paises católicos: los músicos cristianos no podían desentenderse de la bella Virgen que tantas simpatías encuentra siempre en todos los corazones, y por eso formaron en loor suyo preciosas composiciones que no solamente arrebatan nuestras atenciones, sino que arrastra al conocimiento de la verdad y al amor de María á los fieles que atentamente las escuchan. En Oriente y en Occidente se ostentan bellísimas iglesias, templos suntuosos que llevan el nombre de María: millares de lámparas arden de continuo ante sus imágenes y estas se encuentran no solamente en los lugares consagrados al culto, sino en todas las casas cristianas, en los paseos, en las calles, en todas partes: sus estampas adornan las casas de aquellos que no poseen pinturas de gran precio. En una palabra, en todas partes nos encontramos con María: su nombre resuena á cada instante en nuestros oídos, y le pronuncian nuestros lábios: sus glorias nos encantan: sus privilegios arrebatan nuestras atenciones: su maternidad espiritual nos enagena de gozo y el recuerdo de la bondad de su corazón y de su ternura para con la humanidad, al mismo tiempo que la consideracion del gran poder de intercesion que le ha sido concedido, alienta nuestra esperanza, suaviza nuestros sinsabores, y nos hace encontrar alegría aun en medio de las desgracias que experimentamos en el mundo.

¡La Madre de Dios! ¿Cómo pronunciar con indiferencia este nombre, que revela tantas glorias, tanta dignidad, tantos y tan extraordinarios beneficios? ¿Cómo temeremos

ni aun en medio de los mas terribles peligros, cuando contamos con su proteccion? Empléese pues, toda lengua en bendecirla, todo corazon cristiano en amarla, toda criatura en servirla, porque de ella y por ella la sociedad recibirá el remedio de sus males. Concluiremos confesando, que despues de Dios á quien amamos sobre todas las cosas y á quien únicamente debemos la adoracion suprema, amamos á María con todo el ardor de nuestro corazon. ¡Ojalá hubiésemos podido con mejor tino y mas acierto narrar sus virtudes y sus glorias! Sin embargo y atendida su hondad creemos aceptará benigna el pequeño don que la ofrecemos, siquiera sea por el buen deseo que nos anima. ¡Qué como la alabamos en la tierra, la veamos en el cielo! Asi será si Jesus Redentor y María co-Redentora, ocupan nuestro corazon en el tiempo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

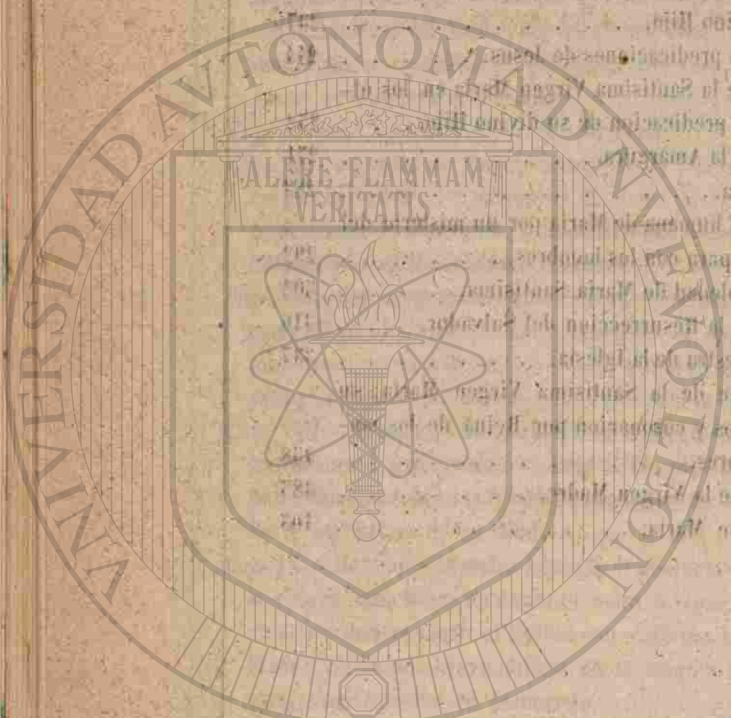
ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO PRIMERO.

	<i>Páginas.</i>
Introduccion.	3
PRIMERA PARTE.—Capitulo I.—Estado del mundo al empezarse á cumplir con el nacimiento de la Santisima Virgen los sucesos anunciados en el Testamento antiguo en orden á la Redencion de la humanidad.	17
Cap. II.—De la Concepcion Inmaculada de María Santisima.	25
Cap. III.—Del Nacimiento de la bienaventurada Virgen María y su santa infancia, hasta la Presentacion al Templo.	42
Cap. IV.—De como la Santisima Virgen fué presentada al Templo cuando tenia tres años de edad: su orden de vida en aquel lugar y muerte de sus benditos Padres.	60
Cap. V.—De como trataron los sacerdotes de dar esposo á la humilde y pudorosa Virgen, y manifestada la voluntad de Dios por un prodigio, se verifican sus Desposorios con el escelso patriarca San José.	82
SEGUNDA PARTE.—Cap. I.—Anuncia el Arcángel San Gabriel á la Santisima Virgen el misterio de la Encarnacion del Verbo en sus entrañas, mostrándose la Señora tanto mas humilde, cuanto de mayor grandeza se ve rodeada.	99
Cap. II.—De la Visitacion de la Santisima Virgen á su parienta Santa Isabel, la que divinamente inspirada la dirige una salutation semejante á la del Arcángel San Gabriel. Concluye con la esplicacion del bello cántico <i>Magnificat</i> , entonado en esta visita por la Madre de Dios.	111
Cap. III.—De como la Santisima Virgen María regresó á su casa de Nazareth despues de haber permanecido en la de Zacarias como tres meses, y de la admirable conducta de San José al conocer el embarazo de su purisima Esposa.	122

- Cap. IV.—Del viaje que en virtud del decreto de César Augusto para que se verificase un empadronamiento general, hicieron los Santos Esposos desde Nazareth á Belen, donde por no encontrar hospitalidad tuvieron que albergarse en una miserable gruta. 133
- Cap. V.—Del Nacimiento del Hijo de Dios. 143
- Cap. VI.—De como un Angel evangeliza el Nacimiento del divino Salvador á los pastores, dándoles la señal por la cual habian de conocerle, y la prontitud y alegría con que ellos fueron á buscarle para adorarle. 157
- Cap. VII.—De la adoracion que recibió el divino Infante de unos Magos del Oriente que siguiendo el curso de una misteriosa estrella llegaron á Belen, y de los infames proyectos formados por Herodes para quitarle la vida. 164
- Cap. VIII.—Cumple la Santísima Virgen Maria la ley de la purificacion, presentando su Hijo al Templo; donde profetiza Simeon sobre los futuros padecimientos del Salvador y los dolores de su Madre. 173
- Cap. IX.—Habiendo Herodes formado el proyecto de quitarle la vida al Niño Dios, un ángel lo avisa á José, intimándole la orden de partir al Egipto con el divino Infante y su Madre. Se da una breve noticia de la trágica muerte del primer perseguidor de Jesucristo. 189
- Cap. X.—De la permanencia de la Santa Familia en Egipto hasta su regreso á tierra de Israel. 198
- Cap. XI.—De como el niño Jesus fué perdido en Jerusalem por sus Padres, y del dolor que por esta pérdida experimentó la Santísima Virgen, hasta hallarle en el Templo entre los Doctores. 204
- Cap. XII.—De la muerte del bendito Esposo de Maria Patriarca San José. 217
- Cap. XIII.—Del primer milagro publico obrado por Jesucristo á ruegos de su Madre en las bodas de Caná de Galilea, que es una demostracion de cuán eficaces son los ruegos de la Santísima Virgen Maria en favor de las criaturas. 225

- TERCERA PARTE.—Cap. I.—Reflexiones acerca del martirio del corazon de la Santísima Virgen Maria en las contradicciones de su divino Hijo. 237
- Cap. II.—Maria en las predicaciones de Jesus. 244
- Cap. III.—Trabajos de la Santísima Virgen Maria en los últimos tiempos de la predicacion de su divino Hijo. 252
- Cap. IV.—La calle de la Amargura. 271
- Cap. V.—El Gólgotha. 283
- Cap. VI.—Maternidad humana de Maria por un misterio del amor de Jesucristo para con los hombres. 292
- Cap. VII.—Amarga soledad de Maria Santísima. 302
- Cap. VIII.—Maria en la Resurreccion del Salvador. 316
- Cap. IX.—Maria, Maestra de la Iglesia. 337
- Cap. X.—De la muerte de la Santísima Virgen Maria, su Asuncion á los cielos y coronacion por Reina de los ángeles y de los hombres. 358
- Cap. XI.—Del culto de la Virgen Madre. 383
- Cap. XII.—Glorias de Maria. 405



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

1. Portada.	
2. La Inmaculada Concepcion.	25
3. La Presentacion de Nuestra Señora en el templo.	60
4. Los Desposorios.	82
5. La Anunciacion de Nuestra Señora.	99
6. Visitacion de la Virgen á Santa Isabel.	144
7. La Adoracion de los Reyes.	164
8. La Asuncion de Nuestra Señora.	358
9. María al pié de la Cruz.	302

ERRATAS.

Página 366, línea 1.ª, dice decreta, léase de Creta.
400, 8, aceptando, demostrando.



